

Elan Mastai

Todos nuestros presentes equivocados



Elan Mastai

Todos nuestros
presentes equivocados

Traducción del inglés de Mariano Peyrou

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mi esposa

1.

A ver, la cuestión es que yo vengo del mundo en el que deberíamos vivir.

Esto a vosotros no os dice nada, evidentemente, porque vosotros estáis aquí, en este mundo de mierda en el que vivimos. Pero las cosas no deberían haber salido así. Y todo es por culpa mía. Bueno, mía y en menor medida de mi padre. Y un poco de Penelope, diría yo.

No es fácil empezar a contar esta historia. Pero bueno, ya sabéis cómo se imaginaba el futuro la gente de los años cincuenta, ¿no? Con coches voladores, robots que hacían las tareas domésticas, alimentos comprimidos, teletransporte, mochilas cohete, aceras deslizantes, pistolas de rayos, monopatines eléctricos, vacaciones en el espacio y bases en la Luna. Nuestros abuelos estaban convencidos de que todas esas increíbles innovaciones tecnológicas se encontraban a la vuelta de la esquina. Lo que anunciaban las exposiciones universales y las revistas baratas de ciencia ficción que se llamaban *Relatos Futuristas Fantásticos* o *El Asombroso Mundo del Mañana*. ¿Os lo podéis imaginar?

Bueno, pues ha sucedido.

Ha sucedido todo, y más o menos como lo habían imaginado. No estoy hablando del futuro. Estoy hablando del presente. Hoy, en el año 2016, la humanidad habita en un paraíso tecno-utópico y nada en la abundancia. La vida tiene sentido y el mundo es una maravilla.

Pero nosotros no estamos ahí. Desde luego que no. Nosotros vivimos en un mundo en el que, eso sí, hay iPhones e impresoras 3D y, no sé, drones o lo que sea. Pero no se parece en nada al mundo de *Los Supersónicos*. Solo que debería. Y se parecía, hasta que dejó de parecerse. Se habría parecido si yo no hubiera hecho lo que hice. Ah, no, esperad, lo que habré hecho.

Lo siento, pero aunque he recibido la mejor educación a la que puede aspirar un ciudadano del Mundo del Mañana, la gramática de esta situación es un poco complicada.

Tal vez sea un error elegir la primera persona para contar esta historia. Tal vez si me refugio en la tercera persona, encontraré la distancia o la inspiración o por lo menos la paz interior que necesito. Vale la pena intentarlo.

2.

Tom Barren se despierta en su propio sueño.

Todas las noches, mientras duerme, unos escáneres cerebrales hacen esquemas de sus sueños para poder entender las pautas de su pensamiento consciente e inconsciente. Todas las mañanas, los escáneres cerebrales introducen los datos obtenidos en un programa que genera una proyección virtual en tiempo real, y él se despierta siempre en ella. El argumento vago e impreciso del sueño se va volviendo lineal y claro hasta que se consigue llegar a una resolución psicológicamente satisfactoria en el momento de plena conciencia...

Lo siento. No puedo escribir así. Es demasiado falso. Es demasiado prudente.

La tercera persona resulta reconfortante porque da una sensación de control, lo cual es muy agradable a la hora de relatar acontecimientos que fueron, en gran parte, sumamente descontrolados. Es como cuando un científico describe una muestra biológica vista a través de un microscopio. Pero yo no soy el microscopio. Yo soy lo que hay en el portaobjetos. Y no estoy escribiendo esto para sentirme a gusto. Si quisiera estar a gusto, escribiría una obra de ficción.

En las obras de ficción, todos los detalles evocadores y reveladores pasan a formar parte, de un modo coherente, de una visión del mundo. Pero en la vida cotidiana uno apenas percibe las pequeñas cosas. No es posible. El cerebro las deja de lado, sobre todo cuando se trata de cosas que suceden en la propia casa, un lugar que apenas se diferencia de las profundidades de la mente o de la superficie del cuerpo.

Cuando uno se despierta de un sueño real en un sueño virtual, es como si estuviera en una balsa, yendo a toda velocidad de un lado para otro, llevado por las corrientes turbias e impenetrables del inconsciente, hasta que de pronto se da cuenta de que está deslizándose suavemente por la superficie de

un enorme lago de aguas tranquilas y poco profundas, y entonces la extrañeza, tirante e inestable, se desvanece para dejar paso a una claridad que nos transmite una sensación de serenidad y confianza. La historia se desarrolla como debería y, por muy perturbadora que sea, uno se despierta con una rejuvenecedora impresión de solidez, de orden restaurado. Y entonces es cuando uno se da cuenta de que está en la cama, listo para empezar un nuevo día, sin ese cartílago pegajoso del inconsciente que se queda atrapado en los estrechos pliegues de la mente.

Quizá eso sea lo que más echo de menos del lugar del que vengo. Porque en este mundo, despertarse es un asco.

Aquí parece que nadie se ha planteado emplear ni siquiera la tecnología más rudimentaria para mejorar ese proceso. Los colchones no vibran sutilmente para mantener los músculos relajados. No hay unas válvulas de vapor situadas de manera estratégica para lavarte el cuerpo durante el sueño. A ver, las mantas están hechas de fibra vegetal convertida en hilo y, en algunos casos, rellena de plumas. De plumas. O sea, de plumas de pájaros de verdad. El momento de despertar debería ser el mejor del día, un momento en el que la mente inconsciente y la mente consciente se encontraran sincronizadas y en armonía.

Para vestirse hay un artilugio automático que cada mañana diseña y crea una nueva vestimenta, adecuada al estilo personal y a la complexión física de cada uno. La tela se hace con unas hebras de polímero líquido sensible a la luz que se endurecen por medio de un láser y se reciclan durante la noche para volver a emplearse al día siguiente. Para desayunar hay un sistema similar que genera la comida que desee cada uno a partir de un gel nutritivo que se mezcla con elementos que le dan diversos colores, sabores y texturas. Y si esto os parece asqueroso, debéis saber que en la práctica resulta indistinguible de lo que vosotros consideraríais comida de verdad, salvo por el hecho de que está preparado a la medida de los receptores sensoriales de la lengua de cada uno, de modo que siempre tiene un sabor y una consistencia ideales. ¿Conocéis esa sensación deprimente que uno tiene cuando corta un aguacate para descubrir que debajo de la piel está duro y verde, o marrón y lleno de magulladuras? Bueno, yo no sabía que eso podía suceder hasta que llegué aquí. Todos los aguacates que había comido antes eran perfectos.

Es de locos sentir nostalgia por experiencias que al mismo tiempo tuvieron lugar y no tuvieron lugar. Como despertarse todas las mañanas

completamente revitalizado. Una cosa que ni siquiera había advertido que podía dar por hecha, porque simplemente era así. Pero esa es la cuestión, claro: las cosas que eran así... nunca fueron así.

Lo que no me hace sentir nostalgia es que todas las mañanas, cuando me despertaba y me vestía y desayunaba en esa brillante utopía tecnológica, estaba solo.

3.

El 11 de julio de 1965, Lionel Goettreider inventó el futuro.

Evidentemente, nunca habéis oído hablar de él. Pero en el lugar de donde yo vengo, Lionel Goettreider es el ser humano más famoso, querido y respetado del planeta. Todas las ciudades tienen docenas de cosas que llevan su nombre: calles, edificios, parques, lo que sea. Todos los niños saben cómo deletrear su nombre gracias a la pegadiza canción que dice G-O-E-T-T-R-E-I-D-E-R.

No tenéis ni idea de lo que hablo. Pero si fuerais del lugar de donde yo vengo, esa canción os resultaría tan familiar como el abecedario.

Hace cincuenta y un años, Lionel Goettreider inventó una manera revolucionaria y completamente limpia de generar energía en cantidades ilimitadas. Su artefacto pasó a conocerse como el Motor Goettreider. El 11 de julio de 1965 fue el día en que lo encendió por primera vez. Su invento hizo que todo fuera posible.

Imaginaos que en las últimas cinco décadas no hubiera habido ninguna restricción energética. Que no hubiera habido necesidad de cavar cada vez más en el suelo y de contaminar cada vez más el cielo. Que la energía nuclear se hubiera empezado a considerar innecesariamente violenta, y el carbón y el petróleo, inútilmente turbios. Que las energías solar y eólica e incluso hidráulica se hubieran considerado alternativas pintorescas y poco prácticas por las que nadie se preocuparía salvo que tuviera la firme determinación de vivir al margen de la red eléctrica principal.

Bueno, ¿cómo funcionaba el Motor Goettreider?

¿Cómo funciona la electricidad? ¿Cómo funciona un horno microondas? ¿Cómo funcionan un teléfono móvil o una televisión o un mando a distancia? ¿Lo entendéis de verdad, o sea, técnicamente? Si esos inventos desaparecieran, ¿podrías volver a concebirlos, a diseñarlos y a construirlos? Y si no es así, ¿por qué? ¡Si solo usáis esas cosas a diario!

Pero no sabéis cómo funcionan, desde luego. Porque salvo que trabajéis en algo relacionado con esos inventos, no necesitáis saberlo. Simplemente funcionan, sin que haya que hacer ningún esfuerzo. Para eso fueron ideados.

En el lugar de donde yo vengo, eso es lo que pasa con el Motor Goettreider. Es un invento tan importante como para que el nombre de Goettreider sea tan conocido como el de Einstein, el de Newton o el de Darwin. Pero a ver, ¿cómo funciona técnicamente el Motor? La verdad es que no sabría explicároslo.

¿Sabéis cómo produce energía una presa? Las turbinas emplean la propulsión natural del agua, que fluye hacia abajo gracias a la gravedad, para generar electricidad. Lo diré claramente: eso es más o menos todo lo que yo sé sobre la energía hidráulica. La gravedad hace que el agua vaya hacia abajo, de modo que si uno pone una turbina en su camino, el agua hace que gire y eso genera electricidad.

El Motor Goettreider hace eso con el planeta. Sabéis que la Tierra gira sobre su eje y también da vueltas alrededor del Sol, mientras que el Sol, por su parte, se mueve incesantemente por el sistema solar. El Motor Goettreider emplea la constante rotación del planeta para crear una cantidad ilimitada de energía. Tiene algo que ver con las fuerzas magnéticas y la gravedad y..., bueno, la verdad es que no lo sé, como tampoco entiendo del todo el funcionamiento de una pila alcalina ni el de un motor de combustión ni el de una bombilla incandescente. Funcionan y ya está.

Y lo mismo pasa con el Motor Goettreider. Funciona y ya está.

O funcionaba. Antes de que, a ver, antes de que apareciera yo.

4.

No soy un genio. Si habéis leído hasta aquí, ya os habréis dado cuenta de eso.

Pero mi padre es un auténtico genio, un genio hecho y derecho y de primer orden. Tras terminar su tercer doctorado, Victor Barren dedicó unos años cruciales a trabajar en el ámbito del teletransporte a larga distancia antes de fundar su propio laboratorio para centrarse específicamente en su campo: los viajes en el tiempo.

Incluso en el lugar de donde yo vengo, los viajes en el tiempo se consideraban más o menos imposibles. No debido al tiempo, en realidad, sino al espacio.

Este es el motivo por el que todas las películas sobre viajes en el tiempo que habéis visto son una chorrada: porque la Tierra se mueve.

Ya lo sabéis. Y lo mencioné en el capítulo anterior. La Tierra gira sobre sí misma una vez al día y da una vuelta alrededor del Sol una vez al año, mientras que el Sol sigue su propia ruta cósmica por el sistema solar, que por su parte avanza a toda velocidad a través de una galaxia que recorre un épico camino a través del universo.

El suelo que hay bajo vuestros pies se está moviendo muy rápido. En el ecuador, la Tierra rota a más de 1.500 kilómetros por hora durante las veinticuatro horas del día, al tiempo que orbita alrededor del Sol a más de 100.000 kilómetros por hora. Es decir, a unos 2.500.000 kilómetros al día. Mientras tanto, el sistema solar se mueve, en relación con nuestra galaxia, la Vía Láctea, a más de 2.000.000 kilómetros por hora, recorriendo unos 50.000.000 kilómetros cada día.

Si quisierais retroceder en el tiempo y viajar al día de ayer, la Tierra se encontraría en otro lugar. Incluso si retrocedierais en el tiempo un segundo, el suelo que pisáis se habría movido casi medio kilómetro. En un segundo.

El motivo por el que todas las películas sobre viajes en el tiempo carecen

de sentido es que la Tierra se está moviendo constantemente, siempre. Si retrocedes un día en el tiempo, no apareces en el mismo lugar. Apareces en el inmenso vacío del espacio exterior.

No es posible que Marty McFly apareciera treinta años antes en su localidad natal de Hill Valley (California). Su emperifollado DeLorean tuvo que materializarse en el vacío oscuro e infinito del cosmos, a unos 500.000 millones de kilómetros de la Tierra. Suponiendo que no hubiera perdido la conciencia de inmediato debido a la falta de oxígeno, la ausencia de presión atmosférica habría hecho que todos los fluidos de su cuerpo empezaran a bullir, se evaporaran parcialmente y se congelaran. En menos de un minuto habría muerto.

Terminator probablemente sobreviviría en el espacio porque es un robot, una máquina de matar imparable, pero el viaje desde 2029 hasta 1984 le habría proporcionado a Sarah Connor una ventaja de unos 850.000 millones de kilómetros.

Los viajes en el tiempo no consisten solo en retroceder en el tiempo. También consisten en retroceder a un punto muy preciso del espacio. De lo contrario, como sucede con el teletransporte común y corriente, podríais acabar en cualquier parte.

Pensad en el sitio en el que estáis sentados ahora. Digamos que es un sofá verde oliva. Hay un cuenco blanco de cerámica lleno de peras verdes falsas y piñas marrones auténticas junto a vuestros pies, en una mesita baja de madera de teca. Hay una lámpara de pie de acero pulido a vuestra espalda. Y una alfombra bastante tosca sobre una tarima de olmo reciclado, de esas que son carísimas pero preciosas.

Si os teletransportarais aunque fuera unos centímetros en cualquier dirección, vuestro cuerpo acabaría incrustado en un objeto sólido. Un par de centímetros y os haríais una herida. Cinco centímetros y quedaríais mutilados. Diez centímetros y estaríais muertos.

En todo momento, a lo largo del día, todos estamos a diez centímetros de morir.

Por eso el teletransporte solo es seguro y eficaz si se realiza entre lugares muy bien pensados y haciendo unos cálculos sumamente precisos.

Los primeros pasos que dio mi padre en el mundo del teletransporte fueron muy importantes porque lo ayudaron a entender la mecánica de la desincorporación y la reincorporación de un cuerpo humano en lugares

concretos. Eso era lo que había impedido que los intentos previos de realizar viajes en el tiempo tuvieran éxito. Ni siquiera revertir el flujo temporal es tan complejo. Lo que resulta increíblemente complejo es hacer viajes instantáneos en el espacio con una precisión absoluta a través de millones de kilómetros.

Mi padre no solo fue un genio por superar los retos tanto teóricos como logísticos que planteaban los viajes en el tiempo. También lo fue por darse cuenta de que en relación con esto, como en tantos otros aspectos de la vida cotidiana, estábamos en deuda con Lionel Goettreider.

5.

El primer Motor Goettreider se encendió una vez y nunca se apagó. Lleva en marcha sin interrupción desde las 14:03 del domingo 11 de julio de 1965.

El invento original de Goettreider no fue diseñado para generar y emitir grandes cantidades de energía. Fue un prototipo experimental con un rendimiento que superó todas las expectativas de quien lo había creado. Pero la clave del Motor Goettreider es que no hay que desactivarlo nunca, del mismo modo que el planeta nunca para de moverse. Por lo tanto el prototipo se dejó funcionando en el mismo lugar en que fue encendido por primera vez, frente a un pequeño grupo de dieciséis observadores, en un laboratorio situado en el sótano de la sección B7 del Centro Científico y Tecnológico del Estado de San Francisco.

En el lugar de donde yo vengo, todos los niños conocen los nombres y las caras de los Dieciséis Testigos. Se han escrito numerosos libros sobre cada uno de ellos, y su presencia en aquel acontecimiento histórico siempre figura como el evento más importante de su biografía, sea esto verdad o no.

Son incontables las obras de arte que representan *La Activación del Motor Goettreider*. Es *La última cena* del mundo moderno. Ahí están esas dieciséis caras, cada una con su propia reacción codificada. Ahí están el escéptico, el asombrado, el distraído, el entretenido, el celoso, el enfadado, la pensativa, el asustado, el indiferente, el preocupado, la entusiasta, el sereno, el agobiado..., y hay tres más. Maldita sea, tendría que acordarme.

Cuando encendió el prototipo por primera vez, Goettreider solo quería verificar si sus cálculos eran correctos y demostrar que su teoría no iba completamente desencaminada. Para ello, bastaba con que el Motor funcionara y punto. Y se vio que funcionaba, y también que tenía un defecto importante. Emitía unas radiaciones muy particulares, que más tarde se llamarían *radiaciones tau*, en un guiño al empleo, por parte de los físicos, de la T mayúscula griega para representar la *constante de tiempo* en las

ecuaciones de la teoría de la relatividad.

La milagrosa capacidad del Motor para generar energía se fue desarrollando hasta que llegó a proporcionársela a todo el mundo. Por otra parte, la emisión de radiaciones tau se logró eliminar de los modelos industriales a gran escala. Pero el prototipo se dejó funcionando, en teoría para siempre, en el laboratorio de Goettreider de San Francisco —que ahora es uno de los museos más visitados del planeta— por respeto, por nostalgia y por una cláusula legal muy estricta que figuraba en el testamento de Goettreider.

Lo que se le ocurrió a mi padre fue usar las radiaciones tau del modelo original como si fueran un rastro de migas de pan que atravesara el espacio y el tiempo. Cada miga era del tamaño de un átomo, un hilo anudado al pasado, y orbitaba por el cosmos anclada al momento más importante de la historia, el domingo 11 de julio de 1965 a las 14:03:48, el instante exacto en que Lionel Goettreider hizo que comenzara el futuro. Eso significaba que mi padre no solo podría lograr que alguien retrocediera en el tiempo hasta un momento muy concreto, sino que las radiaciones tau lo conducirían hasta un lugar muy concreto: el laboratorio de Lionel Goettreider justo antes de que el mundo cambiara para siempre.

Al darse cuenta de esto, mi padre ya tenía casi todas las piezas necesarias para completar el puzle de los viajes en el tiempo. Solo quedaba una cosa, una cuestión menor comparada con la posibilidad de transportar a un ser humano consciente al pasado, pero crucial para no destruir el presente sin querer: hacía falta algún modo de asegurarse de que quien viajara en el tiempo no pudiera modificar el pasado de un modo tangible. Había diversos dispositivos de seguridad en el plan de mi padre, pero el único que a mí me importa es la esfera de defusión. Porque por su causa, la vida de Penelope Weschler entró en colisión con la mía.

6.

Prácticamente todas las obras de arte y todos los objetos que sirven para entretenerse son distintos en este mundo. Al principio las diferencias no eran tan importantes. Pero cuando los últimos años sesenta dieron paso a los enormes saltos tecnológicos y sociales de los setenta, casi todo cambió, generando décadas de una cultura pop que nunca había existido, cincuenta años durante los que escritores y artistas y músicos crearon unas obras que diferían de un modo radical de todo lo que se había hecho hasta entonces. En algunos casos se encuentran paralelismos fascinantes: un elemento secundario de una historia pasa a ser el clímax de otra, o un personaje dice una frase que no le corresponde, o aparece una composición visual de lo más impactante en un contexto nuevo, o se oye una progresión de acordes conocida con una letra completamente cambiada.

El 11 de julio de 1965 fue un punto de inflexión en la historia, aunque nadie lo supiera.

Por suerte, la novela preferida de Lionel Goettreider se publicó en 1963: *Cuna de gato*, de Kurt Vonnegut.

La escritura de Vonnegut es diferente en el lugar de donde yo vengo. Aquí, a pesar de su ingenio y lucidez, uno tiene la impresión de que a él le parecía que un novelista no podía producir ningún efecto real sobre el mundo. Se sentía obligado a escribir, pero no confiaba en que la escritura pudiera cambiar nada.

Pero debido a que *Cuna de gato* tuvo una influencia tan profunda en Lionel Goettreider, en mi mundo a Vonnegut se lo considera uno de los filósofos más importantes de finales del siglo xx. Probablemente esto fuera estupendo para Vonnegut, pero no lo fue tanto para sus novelas, que se empezaron a leer como homilías.

No pienso hacer un resumen de *Cuna de gato*. Es un libro corto y mucho mejor escrito que este, así que coged y leedlo. Tiene algo de cansado, de

descarado y de sabio: mis tres cualidades favoritas tanto de las personas como de las obras de arte.

Por cierto, la cansada, la descarada y el sabio son los que me faltaban de los Dieciséis Testigos de la Activación.

Cuna de gato habla de un montón de cosas, pero uno de sus temas principales es la invención del hielo-nieve, una sustancia que congela todo lo que toca y que escapa del control de su creador y destruye todas las formas de vida del planeta.

Lionel Goettreider leyó *Cuna de gato* y se dio cuenta de una cosa fundamental, que llamó el «accidente»: cuando uno inventa una tecnología nueva, también está inventando el accidente que dicha tecnología puede provocar.

Cuando uno inventa el coche, también está inventando el accidente de coche. Cuando uno inventa el avión, también está inventando el siniestro aéreo. Cuando uno inventa la fisión nuclear, también está inventando la fusión nuclear. Cuando uno inventa el hielo-nieve, también está inventando el congelamiento involuntario del planeta.

Cuando Lionel Goettreider inventó el Motor Goettreider, tenía claro que no podía encenderlo hasta que no se imaginara cuál sería su accidente y cómo prevenirlo.

Mi pieza preferida del Museo Goettreider es la simulación de lo que podría haber ocurrido si por algún motivo el Motor hubiera funcionado mal cuando Goettreider lo encendió por primera vez. En el peor de los casos, la inaudita cantidad de energía generada por el Motor sobrepasaba lo que su núcleo de admisión podía asimilar, produciendo una explosión que arrasaba la ciudad de San Francisco y la convertía en un humeante cráter, envenenaba el océano Pacífico con radiaciones tau, calcinaba 15.000 kilómetros cuadrados de tierras cultivables y volvía inhabitable durante décadas una parte inmensa de América del Norte. De vez en cuando, algunos padres se quejaban al personal del museo de que las pesadillescas imágenes de la simulación eran demasiado gráficas para los niños y de que, como el experimento evidentemente no había fracasado, no hacía falta desviar la atención de la grandiosa aportación de Goettreider a la civilización humana con aquellas especulaciones grotescas sobre desastres globales imaginarios. La simulación, al final, se trasladó a un rincón del museo un tanto apartado, donde generaciones de adolescentes que habían ido de excursión con el instituto se apiñaban en la oscuridad para

contemplar en un bucle continuo cómo el mundo se hacía añicos.

Yo no soy un genio como Lionel Goettreider o Kurt Vonnegut o mi padre, pero también tengo una teoría: lo del accidente no solo se aplica a la tecnología, sino que asimismo se aplica a la gente. Cada persona que uno conoce supone la posibilidad del accidente provocado por dicha persona: hay cosas que pueden salir bien y otras que pueden salir mal. No hay intimidad sin consecuencias.

Lo cual nos lleva de nuevo a Penelope Weschler y nuestro accidente. El accidente que sufrimos todos nosotros.

7.

Se suponía que Penelope Weschler iba a ser astronauta. Ya de niña sus matrices de evaluación mostraban que tenía las aptitudes mentales necesarias, la capacidad física y una ambición inquebrantable. Desde que era pequeña, Penelope supo que ese era su camino. No quería otra cosa, y se entrenaba sin parar, en el colegio y fuera del colegio. Su objetivo no era dar una vuelta por la Luna. Cualquiera podía dar una vuelta por la Luna, como cualquiera podía hacer un viaje orbital de un mes de duración. Penelope cruzaría la nueva frontera: se dedicaría a la exploración del espacio sideral.

No se trataba solo de estudiar, de entrenar, de las constantes pruebas. Era también una cuestión social. O, más bien, antisocial. Para las operaciones espaciales de larga duración, las agencias encargadas de reclutar candidatos querían que uno hubiera crecido con sus padres y hermanos para que tuviera unos modelos de empatía que aplicar a los otros astronautas en misiones que podían durar años e incluso décadas. Querían que uno tuviera la capacidad de preocuparse por los demás. Pero, al mismo tiempo, no querían que uno echara demasiado de menos a nadie, para que no sufriese una crisis cuando hubieran pasado los primeros seis meses de una misión de seis años. Empleaban una escala psicológica bastante sutil, en la que las personas solitarias y seguras de sí mismas cuyos padres no se habían divorciado resultaban adecuadas, pero los sociópatas egoístas no lo eran tanto.

Desde que entró en el instituto, Penelope entabló relaciones personales amistosas pero voluntariamente limitadas, de modo que no hubiera nadie que la atara a la Tierra.

Era una chica impresionante. La mejor en todo. Nadie dejaba de ver en ella a una líder natural. No había duda de que sería una pionera. Vería con sus propios ojos las tormentas de Júpiter y visitaría los anillos de Saturno. Eso compensaba que no tuviera amigos íntimos ni relaciones amorosas ni un perro leal.

Todo iba según el plan previsto hasta que salió al espacio por primera vez.

El despegue fue impecable. Penelope llevó a cabo sus funciones con tanta precisión que podrían emplear su actuación para enseñarles a los futuros reclutas lo gloriosamente eficaz que podía llegar a ser un astronauta. Estaba muy bien preparada. Estaba lista. Era perfecta.

Hasta que atravesó la capa superior de la atmósfera terrestre y se quedó completamente en blanco.

Hay una pequeña proporción de gente cuyas funciones cognitivas empiezan a fallar en el espacio exterior. Algo relacionado con la manera en que el cambio de presión del vacío afecta a los enlaces entre las moléculas de las neuronas de su cerebro. Nadie sabe a ciencia cierta por qué ocurre esto. Pero resulta que a Penelope le ocurrió; era una de esas personas. Por algún motivo, este hecho se había pasado por alto a pesar de los rigurosos exámenes que había tenido que superar durante tantos años. Va conduciendo con absoluta destreza la lanzadera a través de las últimas capas de la atmósfera, y su corazón late con mesura pero alborozado, y nunca se ha sentido tan feliz, y de repente... nada.

No sabe quién es. No sabe dónde está. No sabe qué hacer. Hay algo en su constitución que evita que sufra un ataque de pánico, cosa que le ocurriría a casi todo el mundo que de repente se encontrara pilotando una nave espacial y dejando el planeta a su espalda. Pero no es capaz de recordar nada. El tablero de mandos que ha pasado años aprendiendo a manejar no significa nada para ella; solo ve unas siglas incomprensibles sobre unas luces que parpadean de un modo que le parece azaroso. Se asoma a la cúpula transparente para observar la brillante estela de estrellas diseminadas sobre el lienzo negro del espacio, semejante a las nubes de polen que se alzaban desde los cedros del jardín trasero de la casa de sus abuelos cuando las ardillas saltaban de rama en rama, aunque no logra comprender por qué está pensando en algo que no ha visto desde los ocho años mientras las voces de sus auriculares suenan cada vez con más fuerza e insistencia.

—Lo siento, pero no tengo muy claro dónde estoy en este momento —dijo.

Sus copilotos, que también estaban perfectamente entrenados y siempre habían sufrido una cierta envidia al ver hasta qué punto los superaba Penelope, la relevaron de sus obligaciones. Tuvieron que abortar la misión, ya que la presencia de ella y lo imprevisible de su conducta suponían un grave riesgo para todos. De un momento para otro, Penelope, la mejor de los

mejores de los mejores, se había convertido en una amenaza.

Atada a un asiento durante el abrupto regreso a casa, estuvo observando cómo la Tierra se iba asomando frente a ella, cubierta de un esmalte azul y rodeada de niebla. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Era lo más bonito que había visto nunca y nunca volvería a verlo, aunque aún no lo sabía.

De vuelta en la Tierra, cuando recuperó sus capacidades mentales, comprendió que su carrera de astronauta había terminado. Había planeado pasarse décadas fuera del planeta, pero al final había estado en el espacio menos tiempo que un turista que sale a dar una vuelta por la termosfera un domingo por la tarde en un transbordador de bajo coste. Podía ser una astronauta perfecta por el cerebro que tenía, pero precisamente su cerebro le impedía dedicarse a ese trabajo.

Eso habría bastado para hundir a cualquiera, pero Penelope no era cualquiera. Tras pasar unos meses sumergida en lo más profundo del pozo gravitatorio de la depresión y negándose a tomar ningún fármaco para que no se reflejara en los análisis médicos que tal vez tuviera que superar para dedicarse a otra cosa, halló un nuevo reto, severo y riguroso, que estimuló su ambición.

Si no podía ser astronauta, sería crononauta.

8.

Salgo de mi apartamento en el piso ciento ochenta y cuatro de una torre de doscientas setenta plantas conectada a otras siete torres por medio de un entramado de pasarelas, con un intercambiador en la base del complejo octogonal. Mi padre me lo consiguió. Tenía enchufe porque el edificio es propiedad de la misma corporación que gestiona la vivienda donde vive con mi madre, así que por lo menos mi casa no da a los barrios más poblados de Toronto y tengo una vista decente del lago Ontario y de la reserva natural de la escarpa del Niágara a lo lejos, mientras los chapiteles del centro de Búfalo destellan con la luz del sol de la mañana contra la curvatura del horizonte.

Hay un montón de gente que va al trabajo en su propio vehículo, pero el tráfico tridimensional es un asco, de verdad. Por muy chulo que sea un coche volador, no compensa el atasco que hay veinte pisos por encima de cualquier calle.

Prefiero ir en transporte público, coger una cápsula de las que circulan por las pistas que recorren la ciudad a distintas alturas. Las cápsulas son unos brillantes receptáculos metálicos que se abren como las almejas y que tienen en su interior unos asientos acolchados y unas pantallas y altavoces para que cada uno pueda conectar su interfaz y entretenerse durante el viaje. Las cápsulas te llevan hasta el punto del sistema de transporte urbano al que necesites ir, aunque también tienen un motor plegable que les permite recorrer distancias cortas por el aire.

Llego al trabajo doce minutos tarde, lo cual es típico de mí. Mi jefe está tan amargado con prácticamente todos los aspectos de mi vida que no se preocupa por mis retrasos crónicos. Porque mi jefe es mi padre.

El cartel que hay en el exterior del edificio dice INSTITUTO CRONONÁUTICO. A mí esto me parece insoportablemente cursi, pero, como todos los empleados de mi padre lo veneran, es evidente que estoy en minoría. A nadie más se le ocurriría poner los ojos en blanco al ver ese cartel idiota al llegar a

trabajar al laboratorio. Todos están demasiado ocupados poniendo los ojos en blanco cuando me ven a mí.

Debería aclarar algo: el hecho de trabajar en un laboratorio no significa que sea listo. En el lugar de donde yo vengo todo el mundo trabaja en un laboratorio.

La tecnología gestiona todas las trivialidades de la vida cotidiana. No hay tiendas de comestibles ni gasolineras ni locales de comida rápida. Nadie recoge la basura de un contenedor situado en la acera ni te arregla el coche con unas, no sé, con unas herramientas en un taller. Los trabajos manuales y no especializados, que eran la mayoría en épocas pasadas, han sido automatizados y mecanizados, y las corporaciones internacionales que se encargan del mantenimiento de esa tecnología siempre están jugando con pequeñas mejoras. Si tu módulo para triturar residuos orgánicos dejara de funcionar, no llamarías al fontanero, aunque todavía existieran los fontaneros, porque en tu edificio hay unos drones que siempre están preparados para hacer cualquier reparación. En el mundo contemporáneo, los sastres, los conserjes, los jardineros y los carpinteros han quedado tan obsoletos como los faroleros que recorrían las calles con un frasco de queroseno y una larga vara con una mecha.

Todavía existen algunos lugares como las librerías y los cafés, pero son negocios especializados y destinados a fetichistas nostálgicos. Puedes ir a un restaurante y que un chef te prepare la comida a mano. Pero el camarero que te la sirve no es más que un actor desempeñando un papel en un escenario en el que tú también eres un intérprete. Se trata de una narración envolvente que se desarrolla a tu alrededor en tiempo real.

A falta de necesidades materiales, la economía mundial se ha desplazado casi en exclusiva al campo del entretenimiento. El entretenimiento es tanto la base como la fuente de energía de la civilización moderna. Prácticamente todos trabajamos en laboratorios imaginando, diseñando y construyendo la próxima innovación guay en el campo del entretenimiento. Es lo único que necesitas en un mundo en el que no se te pide casi nada. Lo único que se te pide es que pagues por dicho entretenimiento. Y cuanto más novedoso y brillante y extraño sea, más cuesta.

Si eres un científico que tiene la ambición de descifrar códigos indescifrables y de transitar caminos intransitables, no vas a encontrar a nadie, al margen de unas pocas agencias gubernamentales que siempre andan

escasas de presupuesto, dispuesto a financiar tus investigaciones. Pero si de algún modo logras venderle a alguien que tu proyecto está destinado a crear la forma de entretenimiento más novedosa, brillante y extraña que hay, puedes obtener una financiación ilimitada.

Por este motivo, mi padre, que está considerado uno de los mayores genios del mundo, ha dedicado su carrera y su reputación esencialmente a los viajes turísticos en el tiempo.

Los «viajes en el tiempo» no atraen grandes inversiones. Pero si les añades la palabra *turísticos*, que parece prometer un flujo incesante de clientes haciendo cola y dispuestos a desembolsar lo que haga falta para visitar la época del planeta Tierra que quieran ver con sus propios ojos, bueno, entonces el dinero empieza a llegar a raudales. Así surgieron los crononautas.

9.

El experimento de mi padre, programado para el 11 de julio de 2016, permitirá por primera vez que unos seres humanos retrocedan en el tiempo. Los enviará a presenciar el momento en que se encendió el Motor Goettreider, empleando el propio Motor como anclaje temporal, ya que sus radiaciones tau servirán para rastrear la trayectoria de la Tierra por el espacio hasta el 11 de julio de 1965, cincuenta y un años antes.

En 2015 se cumplió el quincuagésimo aniversario de la Activación del Motor Goettreider. Claro está, fue un acontecimiento importante. Todas las ciudades del planeta compitieron para superar a las demás con sus celebraciones. La presión sanguínea del pueblo danés aumentó peligrosamente debido a que aprovecharon la oportunidad de recordarle al mundo que, aunque realizó sus grandes descubrimientos científicos en los Estados Unidos de América, Lionel Goettreider había nacido en Dinamarca. Pero el principal evento tuvo lugar en el Museo Goettreider, construido alrededor del Centro Científico y Tecnológico del Estado de San Francisco, cuyos mortecinos muros de cemento y sus ventanas minúsculas se conservan en su estado original en el interior de un edificio moderno, con forma de espiral, que refleja la luz del Sol por el día y la de la Luna por la noche.

La mañana del sábado 11 de julio de 2015, subido a un estrado delante del Museo Goettreider para que se viera perfectamente en todos los reportajes, Victor Barren dio el pistoletazo de salida a las celebraciones del medio centenario anunciando que el primer experimento del mundo con viajes en el tiempo tendría lugar exactamente un año después, a las 10:00:00 del lunes 11 de julio de 2016. Señaló un gran reloj que había sobre el estrado y entonces comenzó la cuenta atrás: 31.622.400 segundos, 527.040 minutos, 8.784 horas, 366 días. Sería el principal experimento llevado a cabo desde, bueno, la Activación del Motor Goettreider. Y en cuanto se cumpliera con las medidas de seguridad gubernamentales, la tecnología pasaría a estar

disponible para el público, y se inaugurarían unas instalaciones crononáuticas autorizadas para que todo el mundo pudiera disfrutar de la oportunidad de viajar en el tiempo con absoluta seguridad. La gente se puso como loca desde el comienzo. La máquina del tiempo de mi padre sin duda sería uno de los productos más exitosos jamás puestos a disposición del público.

Así fue como Victor Barren se convirtió en la estrella del quincuagésimo aniversario del Motor Goettreider.

El gran reloj fue transportado al Instituto Crononáutico de Toronto y allí continuó con la cuenta atrás, como si el momento preciso en que mi padre ocuparía su lugar entre los gigantes de la ciencia fuera matemáticamente inevitable. Lo único que hacía falta era que el reloj llegara a cero.

Por cierto, lo del quincuagésimo aniversario no tenía ninguna importancia científica. Era una cosa teatral y medio estrambótica para despertar el interés del público e impresionar a los inversores que habían puesto dinero en la nueva forma de entretenimiento, supuestamente innovadora y de gama alta, concebida por mi padre.

Pero para que fuera un negocio viable, mi padre tenía que demostrar que la gente podía viajar en el tiempo sin correr ningún riesgo. Y aquí es cuando entran en escena los crononautas.

Por motivos de seguridad, el prototipo de la máquina del tiempo se programa para un único destino: el laboratorio que tiene Lionel Goettreider en el sótano del edificio donde trabajaba en San Francisco (California) el 11 de julio de 1965. El rastro de las radiaciones tau conduce hasta allí y solo hasta allí. De este modo, debería evitarse cualquier error de cálculo que pudiera enviar a los crononautas a otra época. El prototipo es como una góndola anudada entre dos cumbres alpinas: no puede emplearse para ir al momento o al lugar que uno desee. Cuando el experimento se realice con éxito y el trayecto entre 2016 y 1965 se cartografíe con precisión espacial y temporal, podrán llevarse a cabo nuevas exploraciones. Pero hasta que dé comienzo la misión, todo el asunto no es más que una teoría muy cara y aún por demostrar. Los crononautas, por lo tanto, deben estar preparados para cualquier cosa.

Forman un equipo de seis personas, que parece ser el número ideal para esta clase de misiones. Desde un punto de vista psicológico, es lo bastante grande como para que sus miembros lo perciban como una unidad, y al mismo tiempo es lo bastante pequeño como para que puedan cultivarse

relaciones personales con un grado razonable de intimidad. Todos los integrantes del equipo han recibido un entrenamiento exhaustivo para poder sobrevivir en muy diversas circunstancias. No se trata de un adiestramiento meramente físico, sino también cultural. Supongamos que algo sale mal y, en vez de viajar en el tiempo cinco décadas, viajan cinco siglos o cinco milenios. Los crononautas tienen que estar muy familiarizados con las condiciones de cualquier época a la que puedan llegar.

Hay un protocolo para abortar la misión y catapultarlos de vuelta al presente, pero lleva unos segundos cruciales ponerlo en marcha, por mucho que se hallen en peligro mortal. Por supuesto, hay una función de recuperación automática que se activa en caso de un fallo catastrófico del sistema, de modo que incluso si todos los miembros del equipo mueren, se evita que el invento quede perdido en el pasado, lo cual podría tener consecuencias desastrosas en la historia.

Evidentemente, desde un punto de vista científico tiene más sentido enviar al pasado un objeto inanimado o un animal bien adiestrado, pero esta estrategia más cautelosa presenta dos problemas. En primer lugar, mi padre quiere dejar a todo el mundo alucinado desde el principio, y enviar a un grupo de personas al pasado es mucho más guay que, bueno, enviar un dron o un conejito. En segundo lugar, el margen de error es tan pequeño cuando uno está jugando con el espacio-tiempo que es mejor contar con mentes humanas de lo más ágiles a la hora de tomar decisiones, de modo que si ocurre algo inesperado nadie modifique por error y de forma calamitosa el orden de los acontecimientos. Eso sería grave.

Casi cualquier cosa puede salir mal. Hacen falta individuos que mantengan una calma absoluta bajo presión y que puedan sobrevivir en condiciones letales imprevisibles. Seis crononautas, escogidos entre las personas más extraordinarias que existen.

Por eso era completamente absurdo que yo participara en esa misión.

10.

Probablemente este sea un momento tan bueno como cualquier otro para mencionar que mi madre, Rebecca Barren, murió hace cuatro meses en un accidente de lo más extraño.

Sí, a pesar de las numerosas maravillas tecnológicas de mi mundo, la gente seguía siendo asesinada sin ningún motivo. La gente también se comportaba como si fuera gilipollas sin ningún motivo. Pero perdonad, quería hablaros de mi madre, no de mi padre.

Como muchos otros pensadores influyentes, mi padre necesitaba que alguien se ocupara de todo lo que no tenía que ver con su poderosa mente. Por supuesto, casi todas esas cuestiones podían automatizarse, pero mi madre aportaba un toque artesanal a nuestra vida familiar que podía considerarse tangible y pintoresco aunque también neurótico y triste. O sea que ella decía que si no se hubiera dedicado a doblarle la ropa a mi padre, a limpiar su estudio y a llevarle la comida, él no habría podido desvelar los misterios de los viajes en el tiempo. Y es muy probable que tuviera razón, porque él logró desvelar los misterios de los viajes en el tiempo cuando estaba ella, y unos meses después de que muriera repentinamente ya todo era un desastre absoluto.

Se conocieron en la Universidad de Toronto. Los padres de mi padre se habían trasladado de Viena a Toronto cuando él tenía nueve años, y él nunca perdió su manera austriaca de pronunciar las vocales. Mi madre había venido de Leeds con un programa de intercambio internacional para licenciarse en Literatura y nunca perdió su capacidad, típicamente británica, de moverse de un modo meditado y sereno en el interior de una estructura de clases muy rígida.

Mi padre estaba haciendo el doctorado en Física y mi madre se fijó en él en el campus. Siempre llevaba calcetines desaparejados. Ella quería saber si era una elección que obedecía a un concepto de la moda que no podía entender o

una señal de que mi padre era alguien con cosas más importantes en la cabeza. Un día se le acercó y le dio un regalo: una caja con cien calcetines idénticos. Mi padre no tenía ni idea de quién era ella. En menos de un año ya estaban casados e instalados en sus respectivos roles, que desempeñarían durante toda la vida. Mi padre era el faro y mi madre la farera que daba cuerda al mecanismo, limpiaba las lentes y barría los escalones de piedra.

Mi padre tuvo una esposa que se parecía más a una madre. Y yo tuve una madre que se parecía más a una hermana. Mi padre llegó a tener una gran reputación en la comunidad científica, pero dicha reputación impidió que mi madre cultivara amistades íntimas y sinceras. Debía cumplir con su papel — el de comadrona del genio de mi padre— y no podía admitir ante nadie que se sentía vacía, sola, asustada.

Salvo ante mí. Mi madre me lo contaba todo. Yo era su confidente, su bobísimo terapeuta, y siempre estaba dispuesto a oír su parloteo ansioso e inagotable. El trabajo de mi padre consistía en cambiar el mundo. El trabajo de mi madre consistía en crear un nido cálido y acogedor para que él se pavoneara. Mi trabajo era escuchar interminablemente a mi madre para que no tuviera una crisis nerviosa por reprimir algo importante para ella con la intención de evitar que mi padre se pusiera de mal humor y cesara su efusiva contemplación del cosmos.

Mi madre encontraba consuelo en los libros. No disfrutaba de los fascinantes módulos virtuales donde se relataba una historia, como todos los demás; ella leía libros de verdad, de los de papel y tinta que ya nadie imprimía y mucho menos escribía. Dedicaba todo su tiempo de ocio a leer palabras escritas en una época anterior. Antes de conocer a mi padre, se imaginaba una carrera profesional en la que estaría rodeada de libros, quizá dando clases, quizá editándolos, quizá incluso escribiéndolos.

Debo aclarar que mi padre nunca pidió nada de esto. Hasta cierto punto, su estado de feliz inconsciencia y su sensación de grandiosidad e importancia tenían que ver con que no se enteraba de nada de esto. Había encontrado una pareja que se infravaloraba espontáneamente y con total naturalidad. Mi madre se convirtió en una especie de calcetines aterciopelados y cómodos que siempre estaban limpios y listos, y que esperaban en el cajón a que él tuviera frío en los pies. Por lo que él sabía, las cosas de la casa se organizaban solas.

Y entonces, hace cuatro meses, mientras estaba dando sorbos a un café y

leyendo una novela en una franja de hierba que hay en el exterior de la unidad habitacional de mis padres, falló el sistema de navegación de un coche planeador que rompió la formación, quedó fuera de control y embadurnó el césped con la mitad de mi madre, dejando una mancha húmeda de sangre y huesos y piel y el final de todo.

Cuando la gente muere, se queda muy fría y muy quieta. Probablemente esto parezca obvio, pero en el caso de tu madre no resulta obvio, sino impactante. Observas, jadeando y tambaleándote, cómo los técnicos médicos neutralizan el campo de estasis y apagan el metabolizador de órganos sintéticos. Pero el gesto sentimental de darle un beso en la frente te provoca cierta repulsión, ya que en el momento en que tus labios tocan su piel te das cuenta de lo fría y lo quieta que está, y de la impresión de permanencia que transmiten esa frialdad y esa quietud. Tu cuerpo sufre convulsiones como si lo hubieran sumergido en agua hirviendo y por primera vez en la vida consideras la muerte como un estado biológico, y tu madre se convierte en un organismo que ha dejado de funcionar. Salvo que hayas tocado un cadáver antes, no puedes entender la incorrección visceral de la carne inerte que envuelve un objeto inanimado que tiene la cara de tu madre. Sientes náuseas y culpa y arrepentimiento y tristeza por cada vez que la miraste como si fuera una pesada o desatendiste alguna de sus peticiones o te pusiste a pensar en otra cosa mientras ella te contaba alguna anécdota intrascendente. No eres capaz de recordar ni una sola vez en que la trataras con amabilidad o con cariño o con ternura, aunque piensas que alguna tiene que haber. Lo único que te viene a la memoria es la cantidad de veces en que fuiste ruin, egoísta y falso. Era tu madre y te quería de una manera en que nadie te ha querido ni te querrá, y ahora se ha ido para siempre.

Cuando nací, mi madre plantó un limonero en su propiedad, y una vez al año hacía tarta de limón siguiendo la receta de su abuela, para mi cumple. Aquel árbol, que tiene treinta y dos años, igual que yo, fue lo bastante fuerte como para evitar que el coche planeador entrara por la gran ventana del estudio de mi padre, donde él estaba meditando sobre asuntos de enorme importancia y comiéndose, distraído, el sándwich de queso fundido que mi madre le había preparado mientras se hacía una taza de café para tomarse fuera, al sol, leyendo un capítulo de *Grandes esperanzas* antes de que fuera la hora de realizar alguna otra actividad increíblemente considerada de las que hacían que la vida de mi padre fuera tan agradable y de las que él solo se dio

cuenta de que mi madre llevaba ocupándose durante más de treinta años cuando ella murió.

Sin aquel árbol, mi padre también estaría muerto. Yo sería huérfano. Y todo sería mucho, mucho mejor para todos.

Me acuerdo de cuando entendí por primera vez, en la infancia, que solo la mitad de los árboles es visible, que las raíces que se hunden en el suelo son equivalentes a las ramas que se alzan hacia el cielo, que hay toda una mitad bajo tierra. Tardé mucho más, hasta bien entrada la edad adulta, en darme cuenta de que la gente también es así.

11.

El funeral fue una mañana clara y soleada. Unas cuantas docenas de empleados de mi padre, sus esposas y sus aburridos hijos, los parientes de mi madre venidos del norte de Inglaterra, los parientes de mi padre venidos de Austria, varias familias de la subsección habitacional de mis padres, algunos amigos íntimos míos y tres exnovias se congregaron en el lugar donde había muerto mi madre para escuchar un montón de encomios realizados por personas que demostraron muy rápidamente no saber nada sobre su mundo interior.

Yo tendría que haber hablado. Quería hacerlo, pero ese día no pude decir ni una palabra.

Tras los vacuos panegíricos que, que quede claro, me hicieron llorar muchísimo, todo el mundo se quedó mirando con solemnidad cómo mi padre esparcía las cenizas de ella junto a la base del limonero que habían plantado el día de mi nacimiento y que había evitado que él muriera, y yo quería gritar que aquello era una conmemoración repulsiva de una mujer amable y frágil que se había metido en sí misma por su marido. Pero no era así. De hecho, era una conmemoración completamente adecuada. El último acto de su vida fue ralentizar el coche planeador lo bastante para que el limonero pudiera detener su mortífera trayectoria. En la muerte y en la vida había servido a mi padre.

Así que él esparció sus cenizas y, después de la recepción, me acosté con una de mis exnovias en mi antiguo cuarto.

Para decir toda la verdad, más tarde también me acosté con las otras dos exnovias que vinieron al funeral, así como con una amiga íntima del instituto, con la que nunca había intentado nada porque ella era tan enrollada que estaba seguro de que la decepcionaría como novio y no quería estropear nuestra camaradería.

No estoy fanfarroneando. A ver, podría ser más discreto, pero estoy

tratando de serlo al no decir sus nombres. Por respeto. O quizá, no sé, no decir sus nombres me haga parecer un poco cutre.

Los cuatro encuentros siguieron más o menos el mismo guion. Ellas me pedían hablar en privado, *para hablar de verdad*, decían. Yo tenía la vaga impresión de que sentían una especie de ataque de excitación cuando les expresaba mi dolor de una manera tan abierta y a solas, como si cada una de ellas fuera la única que pudiera consolarme antes de que me pudriera por dentro.

Visto desde ahora, es como si el dolor fuera una ofrenda que yo les hacía a cambio de sus cuerpos y como si, por razones que no soy lo bastante perspicaz para comprender, mis lágrimas las pusieran cachondas. O tal vez cada una por su parte decidiera que era una cosa sencilla que yo necesitaba y que podía hacer por mí y debería sentirme agradecido, porque me ayudó de verdad. En aquel momento sentía una tristeza y una carestía completamente auténticas. Necesitaba sentirme vivo como fuera. El sexo fue lo primero que me vino a la cabeza para recomponer mi corazón, y si esas cuatro mujeres me hubieran rechazado, supongo que se me habría ocurrido alguna otra cosa. Pero su amable disposición y mi falta de imaginación dieron lugar a cuatro encuentros prácticamente calcados.

Estábamos solos, por la noche, y yo les hablaba de cuando estaba sentado al lado de mi madre en el hospital, en las horas que transcurrieron entre el accidente y el momento oficial de su muerte, mientras el campo de estasis la mantenía viva de cintura para arriba porque había quedado destruida de cintura para abajo, y de que lo único que ella podía hacer era repetir la misma frase una y otra vez, como si los trillones de neuronas de su cerebro estuvieran colaborando en un último impulso para asegurarse de que su última idea llegaba a quien estuviera escuchándola.

—Está perdido, mi amor, así que tienes que ayudar a que lo encuentren —decía constantemente.

Y yo lloraba y decía que tenía razón, que yo estaba perdido, pero que no creía que pudieran encontrarme. Sabía que decirlo así, sollozando y de forma abrupta, en vez de mostrar indiferencia desvalorizándome en broma o desvalorizándola a ella con un comentario mordaz, causaría un mayor impacto en aquellas mujeres, ya que tres de ellas habían cortado conmigo por el mismo motivo: que estaban hartas de mis gilipolleces y se habían dado cuenta de que mi vida no iba a ninguna parte. Mi amiga del instituto, en

cambio, me conocía lo bastante bien como para descartar una relación romántica antes de que pudiera empezar, pues sin duda sabía que acabaría cortando conmigo harta de mis gilipolleces y al darse cuenta de que mi vida no iba a ninguna parte.

Entonces yo lloraba y ellas me abrazaban y nos mirábamos y yo las besaba.

—No sé si esto es buena idea —decían ellas.

—Es la única idea que tengo —decía yo.

Volvían a besarme. Nos desnudábamos. Yo había vivido en un mundo lleno de grandes sorpresas y de maravillas tecnológicas, pero nada de eso valía un carajo comparado con aquellas cuatro noches.

Dudo que ellas sintieran lo mismo hacia mí. Quizá les diera pena, y la pena es un extraño afrodisiaco. Desde luego, la relación con mi amiga del instituto se estropeó. Afirmó que no se arrepentía, pero que evidentemente yo estaba en una posición muy difícil y que sería un error plantearse nada más en aquel momento, y añadió que esperaba que con el tiempo las cosas volvieran a su cauce. Yo dije que esperaba lo mismo, pero después de aquello solo nos vimos una última vez, con otros amigos que intentaron mostrarse ligeros y despreocupados para animarme, que no sabían cómo comportarse con alguien cuya madre había muerto y que, por lo tanto, estuvieron actuando como si nada hubiera pasado, a pesar de que todos habían estado en el funeral. Salvo ella, mi amiga, que estuvo más callada que de costumbre, sonriendo tristemente ante mis chistes tontos, como si pensara que eso era lo que yo necesitaba para sentirme mejor: que ella sonriera tristemente ante mis chistes tontos.

Aunque pudiéramos irnos de vacaciones a la Luna o teletransportarnos a un centro comercial u observar la gestación de un feto en el útero de una celebridad o regenerar cualquier parte del cuerpo a partir de una sopa de plasma o hacer cualquiera de esas innumerables cosas que a vosotros os suenan a ciencia ficción pero que para mí forman parte de la vida cotidiana, no teníamos todo resuelto. Seguíamos siendo personas. Personas jodidas e incapaces de evitar joder a los demás. Personas incapaces de saber cómo actuar cuando a alguien se le jodía la vida. Por eso mis amigos hacían chistes y se sentían incómodos en mi presencia y por eso yo me acosté con todas esas mujeres y, fuera lo correcto o no, durante un par de horas me sirvió de ayuda. Y nunca sabré si mi amiga y yo habríamos encontrado una manera de volver

a ser amigos ni si me habría vuelto a juntar con una de mis ex. Nunca sabré si alguna de esas noches de tristeza y carestía podría haber conducido a una relación de años de felicidad y plenitud.

Mi amiga se llamaba Deisha Cline y era divertida y lista y picarona y dulce. Mis exnovias se llamaban Hester Lee, Megan Stround y Tabitha Reese, y también eran divertidas y listas y picaronas y dulces. Y no importa que diga sus nombres, porque ya no existen.

12.

La interpretación de mi padre de «Está perdido, mi amor, así que tienes que ayudar a que lo encuentren» consistió en ofrecerme un trabajo.

Nos sentamos en su estudio. Veíamos por la ventana el limonero que le había salvado la vida, con unos limones bien gordos y pesados colgando de las ramas, ya maduros y listos para las tartaletas que nunca llegarían a hacerse para celebrar un cumpleaños que él olvidaría y yo pasaría por alto. Mi padre había dado innumerables charlas sobre el futuro, pero esa fue la única, que yo recuerde, que tuvo algo que ver conmigo. El quid de la cuestión era que su padre le había dejado libertad para encontrar su camino en la vida y él había intentado hacer lo mismo conmigo, pensar que aunque pareciera que me dedicaba a vagabundear sin rumbo fijo, de un modo completamente desalentador, sin hacer nada de provecho, tal vez en algún momento llegara a algún punto, como por arte de magia, tras una serie de decisiones arbitrarias y caprichosas. Pero al cabo de treinta y dos años, mi padre opinaba que había llegado la hora de reconsiderar su planteamiento. Al fin y al cabo, mi abuelo era farmacéutico, no un inventor visionario, por lo que resultaba lógico que yo, progenie de la grandeza, necesitara una educación algo más estricta.

Resumiendo: él es un genio y yo no lo soy, yo soy decepcionante y él no lo es. Él no necesitaba que yo le dijera que era un genio y no se lo dije. Yo no necesitaba que él me dijera que era decepcionante, pero me lo dijo.

Resulta interesante que a ninguno de los dos, ni por un momento, se nos ocurriera que mi madre quizá no estuviera hablando de mí. «Está perdido, mi amor, así que tienes que ayudar a que lo encuentren», había dicho. Los dos dimos por hecho que yo era quien estaba perdido y que mi padre era ese *mi amor*. Aunque fuera yo el que estaba junto a su cama, dándole la mano en esas últimas horas, sintiendo el contacto de su piel ajada contra mis dedos, tratando de no pensar en que todo lo que estaba por debajo de su caja torácica había desaparecido, un truco de magia de lo más desagradable. En cualquier

caso, no valía la pena plantearse la idea de que pudiera ser él quien estuviera perdido, y mucho menos la de que pudiera ser yo quien tuviera que ayudar.

Todos los crononautas tenían sustitutos —su nombre oficial es «adjuntos para contingencias»— que se entrenaban con ellos, aprendían todo lo que aprendían ellos y estaban siempre dispuestos a ocupar su lugar en cada misión histórica en el improbable caso de que quedaran incapacitados por algún motivo. Cuando mi padre me nombró sustituto de Penelope Weschler, lo presentó como un voto de confianza: me permitiría entrenarme junto a su mejor crononauta.

Evidentemente, eso era mentira. Si me hizo sustituto de Penelope, fue por dos razones. Por una parte, el lado condescendiente de mi padre esperaba que si yo trabajaba codo con codo con alguien tan extraordinario como ella, quizá se me pegara algo de su capacidad de concentración y su energía. Por otra, el lado pragmático de mi padre era consciente de que, de todos los crononautas, Penelope era, con diferencia, la que tenía una probabilidad más baja de necesitar un sustituto. Era la más modélica y al mismo tiempo la más fiable.

De un modo ruin, triste y adolescente, todavía siento un ligero estremecimiento de placer por lo gravemente que mi padre, a pesar de su prodigioso intelecto, se confundió con Penelope.

Pero conmigo no se confundió. A mí me había calado a la perfección.

Así fue como alguien con unas capacidades tan sumamente limitadas como las mías llegó a desempeñar un papel clave —aunque, desde luego, fortuito— en el experimento científico más ansiado del planeta.

Se podría ver como la forma que tuvo mi padre de cumplir el último deseo de mi madre. Yo prefiero pensar que ella tuvo que morir para que él prestara atención a algo de lo que mi madre decía.

13.

La muerte es escurridiza. Nuestra mente no logra aferrarla. Con el tiempo, aprendes a convivir con el vacío que la pérdida genera en tu vida. Como si se tratara de un agujero negro, sabes que está ahí porque es el lugar del que ninguna luz puede escapar. Y está también el agotamiento, el peaje físico que se cobra el dolor y que no consigues superar por mucho que duermas. Si hubiera sido capaz de pensar con claridad, jamás habría aceptado el trabajo con mi padre.

Mi madre me volvía loco buena parte del tiempo, pero la idea de que nunca vaya a volver no tiene ningún sentido para mí. Ella me parió. La mitad de mí está hecha de ella. Ella empezó a modelar mi personalidad antes de que tuviera conciencia de mí mismo. A pesar de sus defectos, era un lugar cálido donde siempre podía refugiarme contra el frío. Pero nunca va a volver.

Cuando eres pequeño, piensas en tus padres con los adjetivos más sencillos. Cuando te vas haciendo mayor, añades más adjetivos y te das cuenta de que algunos son contradictorios. Es alto. Es alto y fuerte. Es alto y fuerte y listo. Es alto y fuerte y listo pero está ocupado. Es alto y fuerte y listo pero está ocupado y es distante y crítico. Es protectora. Es protectora y amable. Es protectora y amable y cariñosa. Es protectora y amable y cariñosa pero está triste. Es protectora y amable y cariñosa pero está triste y se siente sola y se irrita con facilidad. La madurez coloniza tu mente adolescente, como una fotografía ultravioleta de una inmensa nebulosa cósmica que, al examinarla más de cerca, resulta ser un autorretrato puntillista.

En un mundo casi sin delitos, las funciones de la policía incluían actividades actuariales: los polis eran agentes de seguros federales que evaluaban daños, establecían culpables y fijaban el importe de las compensaciones reparatorias. Apenas unas horas después del accidente que mató a mi madre, las circunstancias ya se habían analizado, el dinero que correspondía ya se había transferido, el diagnóstico del fallo ya se había

transmitido a todos los sistemas de navegación conectados, las compañías responsables ya habían enviado una carta de disculpa y el robot de ensamblaje que había ideado el código defectuoso ya había sido inhabilitado y fundido para convertirlo en chatarra reutilizable.

Mi padre organizó el funeral, arregló algunas cuestiones legales y antes de que hubiera pasado una semana volvió al trabajo. Al fin y al cabo, tenía que terminarlo antes de la fecha límite que él mismo se había impuesto con absoluta arbitrariedad. El luto hace que los días parezcan simultáneamente más largos y más cortos, pero el 11 de julio de 2016 era una fecha fijada en el calendario y nada, ni siquiera la muerte de su esposa, iba a impedir que mi padre hiciera historia. Y si alguna pequeña parte de mí se planteaba, siquiera por un momento, que quizá él tampoco estuviera pensando con claridad, se trataba de una minoría reducida y silenciosa, privada de derechos y por lo tanto incapaz de levantar la voz.

14.

Dije que había dos razones para que me nombraran sustituto de Penelope: la condescendencia y el pragmatismo de mi padre. Y hay que añadir la promesa que hizo junto al lecho de muerte de mi madre, así que supongo que son tres razones.

Pero hay una cuarta: Penelope y yo éramos genéticamente compatibles para la esfera de defusión, una máquina que transmite a tu cuerpo un campo de inmaterialidad molecular, lo cual te permite desplazarte atravesando los objetos y viceversa. Por lo tanto, si retrocedes en el tiempo y apareces accidentalmente en medio de algún objeto, grande o pequeño, este pasará a través de tu cuerpo, o tú a través de él, sin que haya ningún daño que lamentar. Los crononautas son inmateriales durante todo el tiempo que permanezcan en el pasado. No pueden tocar nada y nada puede tocarlos.

El campo de inmaterialidad puede durar un máximo de catorce minutos. Transcurrido ese tiempo, tus moléculas comienzan a separarse y, en fin, te mueres. Desde el momento en que te descorporeizan, tienes catorce minutos para volver a la esfera de defusión antes de quedar fatalmente descompuesto.

Como el margen de catorce minutos es tan estricto, cada uno de los seis crononautas necesita tener una esfera de defusión propia, de modo que se los pueda volver inmateriales al mismo tiempo antes de poner en marcha el aparato que los llevará al pasado. Pero es sumamente complicado calibrar un artilugio que exige tanta precisión a un nivel molecular. Y también es muy caro.

Lo que ayuda tanto con la calibración como con los costes es meter solo a personas genéticamente compatibles en la misma esfera de defusión. Hacer una recalibración para adaptarse a diferencias genómicas importantes lleva varios días. Cuando el invento de mi padre salga al mercado, será necesario hallar un modo más eficaz de volver inmateriales en el pasado a los turistas que viajen en el tiempo, pero este es un problema que a él todavía no le hace

falta resolver.

Resultó que Penelope Weschler y yo teníamos una altísima compatibilidad genética. Es una de esas cosas que pueden descubrirse en un programa de donación de células si tus células madre fetales se han corrompido accidentalmente durante la criogénesis y tienes una enfermedad biomolecular eucariótica. O cuando examinas los perfiles de una base de datos si quieres formar una familia pero tienes alguna dificultad reproductiva. Nuestros respectivos cromosomas encajaban con total naturalidad, como los dientes de una cremallera, lo cual hacía que para los técnicos fuera rápido y fácil recalibrar la esfera de defusión de Penelope cuando su adjunto para contingencias necesitara usarla.

Me dijeron que, de todos los sustitutos, yo era el que requería menos recalibración con respecto al crononauta que me habían asignado. Ese era, sin duda, el único punto en el que yo destacaba, ya que se trataba de algo que no hacía falta que intentara. Bastaba con que... existiera.

15.

La experiencia de ser inmaterial es completamente extraña. Te quitas toda la ropa y te pones unas mallas de piel. O sea, unas mallas hechas de piel. Por suerte, no están hechas con la piel de otra persona. Es un traje diseñado genéticamente a partir de las células que te han sacado de tu propia piel. No penséis mucho en ello. Es superasqueroso. Como la esfera de defusión codifica tu secuencia genética para volver a tejer adecuadamente tus moléculas en el momento de la reconstitución, hay que llevar el traje de piel o viajar en el tiempo desnudo.

Así que te pones unos leotardos hechos con tu propia piel pero teñidos de azul oscuro para que tengan un aspecto más guay. Y llevas botas de piel y guantes de piel y un gorro de piel que te cubre la cabeza para evitar que algún pelo suelto se materialice por error en el interior del cerebro. Parece que vas a participar en una competición de luge.

Hay unos siete mil cuatrillones de átomos en un cuerpo humano. Son un huevo de átomos que hay que desmontar, disparar hacia el pasado a través del tiempo y el espacio y volver a montar en perfecto orden. Pero los entes biológicos tienen una importante ventaja sobre los objetos inanimados. No son partículas diferenciadas. Esos 7.000.000.000.000.000.000.000.000 átomos están dando vueltas en los treinta y siete billones de células que hay en el cuerpo, y cada una de esas células viene con su propio diseño arquitectónico. A diferencia de las piedras y del metal y del plástico, una persona está formada por 37.000.000.000.000 mapas de sí misma.

Lo único que hay que hacer para ver esos mapas es programar un ordenador cuántico.

Mi padre se dio cuenta de que al enviar a una persona al pasado, lo mejor que puedes hacer es que todo lo que envíes con ella esté hecho del mismo material genético que esa persona. Para ello hay que contratar a un equipo de bioingenieros de primera categoría que, empleando la magia negra —

negrísima—, logren crear en sus contenedores de plasma una serie de ordenadores orgánicos y personalizados para integrarlos en cada uno de los trajes de piel. Un nódulo central de operaciones se conecta, por medio de unos cables hechos de fascículos de axones neuronales, con una docena de puntos de coordinación, cada uno de los cuales es un haz microscópico de células cerebrales rediseñadas que disparan unos sencillos impulsos eléctricos.

Sí, cuando retrocedes en el tiempo lo haces llevando un traje de piel conectado a través de nervios a una docena de cerebros minúsculos. Se trata de un sistema informatizado y orgánico construido con un único objetivo: permitir que regreses del pasado al presente sano y salvo.

Te metes en la esfera de defusión, un globo blanco perlado con una escotilla que se cierra herméticamente, y entonces la máquina se enciende con un zumbido de bajo profundo. Se te pone la carne de gallina. Todos tus orificios se dilatan. La nariz y la boca se te secan, te da la impresión de que las tienes llenas de humo, como si te hubieras atragantado con una cerilla encendida. Sientes que tienes los huesos huecos y que la sangre se te ha vuelto espumosa en las venas y arterias. Sientes que tus ojos flotan en sus cuencas, que si no los retuvieran los nervios ópticos podrían escaparse volando de tu cráneo como si fueran globos de helio.

Y entonces te has convertido en un fantasma. La gente te ve, pero puedes atravesar cualquier cosa sólida. No puedes hablar —la inmaterialidad les hace una cosa muy rara a las cuerdas vocales— pero ves y oyes a la perfección. El olfato empieza a funcionar de una manera extrañísima: aunque estés oliendo algo que tienes justo delante, te parece un ligero aroma que la brisa te ha traído desde muy lejos.

Nunca llegué a hacer nada guay cuando me volvían inmaterial; solo lo hacían con fines experimentales y de entrenamiento. Me pasaba una media de doce minutos realizando una serie de pruebas rutinarias y luego, cuando entraba en la zona roja de los dos últimos minutos, regresaba a toda prisa a la esfera de defusión para que me reconstituyeran. Después de la reconstitución estás un poco flojo durante un par de horas, como si tus moléculas necesitaran familiarizarse de nuevo con la gravedad, pero por lo demás te encuentras bien.

No tenía la menor importancia cómo salieran esas pruebas. No había ninguna posibilidad de que yo fuera a viajar al pasado. Penelope era

demasiado buena en su trabajo. En realidad, no tendría por qué tener un sustituto.

Yo estaba ahí por cuatro razones, pero en el fondo solo había una: estaba ahí por pena.

16.

¿Por qué estoy dando tantos detalles sobre la esfera de defusión? Porque ahí fue donde vi a Penelope Weschler desnuda por primera vez. También fue donde ella me vio desnudo por primera vez. Lo primero me parecía mucho más interesante, pero lo segundo resultó mucho más importante.

Penelope y yo estamos haciendo un módulo de entrenamiento rutinario, una simulación virtual para aprender a caminar cuando eres inmaterial, de modo que, no sé, no te hundas en el suelo o salgas volando por el aire y puedas poner un pie delante del otro. Hace falta alinear las moléculas intangibles de tus pies con las moléculas consistentes del suelo. Es algo parecido a dar una vuelta sobre un lago cubierto por una fina capa de hielo intentando no romperlo a cada paso.

Hago lo que suelo hacer, que es tratar de imitar lo mejor que puedo a Penelope y fracasar estrepitosamente en el intento. Y ella hace lo que suele hacer, que es sobresalir en la tarea asignada superando todos los registros anteriores mientras me ignora por completo.

Y entonces... algo falla. Suenan las alarmas, se encienden las luces rojas y a Penelope y a mí nos meten a toda velocidad en una cámara de descontaminación y la cierran con llave. Una voz demasiado fuerte y con un zumbido metálico proporcionado por el altavoz nos informa de que el sistema de seguridad ha detectado una sustancia contaminante no identificada que excede los niveles de radiación médicamente seguros. Tienen que seguir el protocolo establecido para estos casos.

Nos dicen que nos desnudemos. Me quedo un poco bloqueado, porque alguien me acaba de decir que tal vez haya recibido una dosis letal de radiaciones, de manera que no acabo de darme cuenta de que estoy en una habitación pequeña a solas con Penelope Weschler y los dos nos estamos desvistiendo. Me quito toda la ropa que llevo y ella se quita toda la ropa que lleva y la dejamos en un contenedor. Unos brazos robóticos lo cogen y lo

introducen en la pared.

Estoy ahí de pie, desnudo. Ella está ahí de pie, desnuda. De unos aspersores que hay en el techo empieza a salir un espray que tiene un olor metálico pero parece purpurina. Ya sabéis, de la que los niños usan para decorar sus manualidades. Estoy seguro de que hay un motivo médico para que tenga ese aspecto, pero hace que mi posible muerte por envenenamiento radiactivo parezca horriblemente festiva.

Estamos a dos metros de distancia y unas nubes de purpurina dan vueltas a nuestro alrededor. Hago todo lo posible por desviar la vista, porque no quiero que me pille mirándola, pero también sé que esta es casi con total seguridad mi única oportunidad de ver a Penelope desnuda, así que le lanzo una mirada furtiva.

Ella me está observando fijamente.

Desde un punto de vista fisiológico, no fue nada sorprendente lo que sucedió a continuación, pero bueno. Y os cuento esto solo por ser completamente honesto, porque si admito una cosa tan extraña y mortificante, ¿qué voy a querer ocultar? En fin, estoy ahí desnudo con Penelope en medio de la purpurina que gira en torno a nosotros y nos miramos y no lo puedo evitar. Tengo una erección.

Penelope parece sorprendida, ¿vale? Y es que nos están empapando con un tratamiento antirradiactivo de emergencia. Yo me doy cuenta de que es ridículo. Quizá esté a punto de morir de una manera espantosa, con el cuerpo lleno de lesiones lacerantes, con los órganos licuados, con los huesos filamentosos y gelatinosos. Pero no me siento como si me estuviera muriendo. Es una idiotez, ya lo sé, pero me siento completamente vivo.

Y Penelope, bueno, me mira como si nunca antes se hubiera dado cuenta de que existo.

Quiero aclarar que no es que mi pene sea tan imponente que ella se sintiera abrumada de deseo. Es más bien que jamás había hecho nada llamativo en su presencia, y aquella reacción fue tan loca, teniendo en cuenta la situación en la que estábamos, que era imposible que no le llamara la atención.

Entonces se oye un fuerte chirrido y se detiene el espray de purpurina. Por el altavoz nos dicen que ya nos han hecho todas las pruebas necesarias y que no ha habido ninguna fuga radiactiva. Dicen también que la alarma saltó debido a un fallo del sistema de seguridad que vigila los niveles de contaminación y que se siguieron todos los protocolos preventivos, que

nosotros nos comportamos admirablemente en una situación de alto estrés y que podemos reanudar nuestro entrenamiento en cuanto nos pongamos los uniformes limpios que ya nos están esperando fuera de la cámara de descontaminación. Pero yo no presto demasiada atención porque estoy tratando de memorizar todos los contornos del cuerpo de Penelope durante los escasos últimos segundos que vamos a estar juntos.

El compartimento hermético se abre. Oigo el siseo de la despresurización. Sin decir ni una palabra, Penelope se da la vuelta para salir delante de mí. Pienso que eso ha sido todo. Me habría guardado mi febril arrebató en las entrañas, en ese terreno fértil y bien regado donde cultivo el desprecio hacia mí mismo, y nada más habría sucedido. Pero cuando se agachó para salir del compartimento hermético, Penelope volvió la cabeza para mirarme. No lo hizo con la intención de confirmar que me encontraba bien después del susto, ni que estaba siguiendo el protocolo. Quería comprobar si le estaba mirando el culo mientras salía. Y se lo estaba mirando. Cuando comprendí por qué le importaba eso, ya era demasiado tarde.

17.

Por ser el hijo del jefe, mi presentación al equipo de crononautas despertó cierta curiosidad inicial. Algunas sustitutas incluso flirtearon conmigo. Pero no pasó demasiado tiempo antes de que empezaran a mirarme con resentimiento y desdén. Era como si mis nuevos colegas hubieran realizado el mismo viaje emocional que había hecho mi padre desde que nací, solo que ellos apenas tardaron un mes en vez de treinta y dos años.

Los crononautas titulares, en general, eran simpáticos conmigo. A ver, no es que tuvieran ningún interés por lo que yo pensara sobre los temas del día ni por mis gustos en cuestiones de cultura popular ni por mis anécdotas personales más adorables, pero eran bastante amables. La gente que tiene esa capacidad de concentración y esa energía no suele dedicar mucho tiempo a pensar sobre cosas que no sean las tareas increíblemente estimulantes a las que deben enfrentarse. Les resulta más fácil mostrar una cordialidad insulsa que gastar aunque sea un julio de energía formulando una opinión sobre alguien que, por encima de todo, les parece irrelevante. Y lo mismo ocurría con los científicos que trabajaban en los modelos teóricos y con los ingenieros que tenían que construir aquellos artefactos endiabladamente complejos. Al fin y al cabo, yo era el hijo del jefe.

Pero los demás sustitutos me odiaban sin paliativos.

Aunque no fueran los crononautas titulares escogidos para formar el equipo principal que desempeñaría la misión, todos eran profesionales de primer nivel que se habían preparado de forma exhaustiva para hacer su trabajo y que, con toda probabilidad, realizarían misiones posteriores.

Y luego estaba yo. Todos sabían que estaba ahí solo porque mi padre no me había exigido la cualificación que les requería a los demás. Cada vez que hacía mal una actividad, cada vez que no lograba superar un módulo de entrenamiento, cada vez que no conseguía llevar a cabo un análisis cognitivo, mi presencia suponía un insulto para ellos, pero además bajaba la puntuación

acumulada del grupo. Para mantener un nivel aceptable, aquellos hombres y mujeres que tanto se esforzaban tenían que esforzarse todavía más.

Era terrible. Lo habría dejado al cabo del primer mes de no haber sido por Penelope.

Todos los empleados de mi padre se habían sentido obligados a asistir al funeral de mi madre, así que cuando empecé a trabajar en el laboratorio se estableció un extraño ritual consistente en que cuando coincidía por primera vez con alguien, me expresaba de inmediato sus condolencias por la pérdida que había sufrido. Estoy seguro de que todos eran sinceros, pero también de que lo que en realidad querían era que le mencionara a mi padre lo atentos que eran si alguna vez hablaba de ellos con él, cosa que no sucedía nunca porque mi padre y yo apenas hablábamos. Cuando se hizo de dominio público lo tirante que era nuestra relación, la compasión de los empleados desapareció junto con los intermitentes flirteos y la curiosidad general.

Cuando vi por primera vez a Penelope Weschler no es que me sintiera intimidado por su reputación ni desesperadamente deseoso de impresionarla, aunque sentí esas dos cosas. Ni siquiera me impactaron su figura esbelta, ni su seriedad, ni la sensación que daba de estar siempre lista para cualquier cosa mientras que yo estaba en un momento de mi vida en el que me parecía que no valía para nada. No, lo que me llamó la atención al instante fue lo que ella no hizo: mencionar a mi madre.

Di por hecho que estaba demasiado inmersa en su entrenamiento como para preocuparse por esa clase de sutilezas sociales, pero más adelante, dos semanas después de que me nombraran su sustituto, me presenté en un seminario sobre el funcionamiento del prototipo original del Motor Goettreider —su maquinaria interna era excepcionalmente compleja, pero el artilugio se manejaba con una sola palanca: había que subirla para encenderlo y bajarla para apagarlo, aunque estaba diseñado para no desconectarse nunca salvo en caso de emergencia— y el técnico que iba a dar la charla, a quien yo aún no conocía, me llevó a un lado para expresarme su pesar ritualizado. Yo mascullé unas palabras de gratitud, como exige la buena educación, y me senté en el asiento que se me había asignado, junto a Penelope. En dos semanas no se había dirigido a mí más que para darme instrucciones técnicas sobre índices de tolerancia o diagnosis de redes, de modo que no esperaba que hablara, en voz tan baja que solo yo la oí, y sin desviar ni por un momento la mirada de la presentación que tenía lugar ante nosotros.

—La solidaridad es una transacción —dijo Penelope—. Si permites que tu dolor se ponga en venta, acabará por no valer nada.

Me quedé tan impactado por el hecho de que me hablara que no pude articular respuesta. Pero sabía perfectamente a qué se refería.

El hecho de haber pasado toda la vida acostumbrándome a la distancia de mi padre y a las necesidades de mi madre me había predispuesto a establecer un vínculo instantáneo —casi como un acto reflejo— con una determinada frecuencia de empatía fática, es decir, con una clase de comprensión auténtica y desprovista de compasión. Era como un patito abandonado ante un cisne que pasa cerca de él.

Me enamoré de ella, aunque ella no se enteró ni le importaba ni lo deseaba. Que no se enterara ni le importara ni lo deseara era algo inherente a su encanto. Yo habría afirmado, en el caso de que alguien se hubiera interesado por el tema, que si le hubiese gustado a Penelope, ella habría dejado de gustarme. Pero estaba equivocado, como de costumbre.

18.

Cuando nunca has sabido qué quieres hacer con tu vida, pasar mucho tiempo cerca de alguien como Penelope Weschler es fascinante. Ella comprendió que mi presencia a su lado para recibir un entrenamiento semejante al suyo era un requisito de su trabajo y lo aceptó sin darle más vueltas. Como los uniformes que llevábamos en el laboratorio, era parte del curro y punto.

Por lo menos eso era lo que yo pensaba. Cuando uno se tira por un barranco, caer puede parecerse mucho a volar, al menos durante un tiempo.

Me pasaba horas manipulando los algoritmos del programa de citas para adornar mi perfil y que el sistema me emparejara con Penelope, pero su nombre nunca aparecía. Algunas de las sustitutas surgían en mi espectro de candidatas, ya que la profesión se considera muy importante a la hora de establecer la compatibilidad amorosa, pero según el criterio de la inteligencia artificial para la correlación de datos, Penelope y yo no encajábamos. Las matemáticas nos daban la espalda.

Pasé tres meses entrenándome junto a Penelope. Ella solía llevar el pelo recogido en una coleta, pero a veces se le escapaba algún mechón y se ponía a bailar, movido por la brisa del aire acondicionado. Es lo único de ella que podría considerarse al menos ligeramente caprichoso. Por lo demás, mostraba una concentración, una determinación y un coraje absolutos.

Era muy inapropiado y un tanto asqueroso que la mirara con lujuria cuando ella no tenía más remedio que entrenarse conmigo, por lo que decidí no fijarme en ella salvo que se presentara alguna justificación profesional razonable para hacerlo. La excepción eran sus manos. Como se suponía que yo estaba aprendiendo de ella, no había nada de malo en observar sus manos a los mandos del simulador. Sus dedos largos y finos y sus nudillos pálidos, sus muñecas extrañamente delicadas, en cierto modo demasiado delgadas para la fuerza que había que hacer, sus músculos tensos y nervudos.

Estudiaba sus dermatoglifos como si fuera un quiromántico de épocas remotas.

Penelope realizaba a la perfección cualquier tarea que se le encomendara, y cuando me tocaba a mí, me miraba, paciente e impasible, mientras yo trataba de imitarla torpemente. Me daba vergüenza, pero la vergüenza envolvía otra cosa, como si fuera un aislante: yo sabía que cuanto más tiempo estuviera haciendo las cosas mal, más tiempo pasaría ella mirándome.

Sí, esto me hace parecer un fracasado increíble. Pero mi madre había muerto, mi padre me trataba con muchísima distancia, mis colegas me despreciaban, mis amigos se comportaban de un modo muy extraño y mis ex, de un modo más extraño todavía. El rato que estaba con Penelope Weschler era el mejor del día.

Ella nunca me faltó al respeto. Se mostraba educada pero indiferente. Por supuesto, se mostraba educada pero indiferente con todo el mundo, pero en comparación con el desdén abierto de los demás sustitutos, casi podía considerarse que me trataba con cordialidad. Yo la observaba hacer cualquier actividad con brillantez, tratando de aprender, y ella me ignoraba diplomáticamente. Hasta el día en que nos vimos desnudos en la cámara de descontaminación. Después de aquello, siguió ignorándome casi todo el tiempo. Pero ya había otra cosa, algo difícil de determinar con exactitud, una carga: un zumbido magnético feromonal que flotaba entre nosotros como una tela de araña, por lo general invisible pero que desde cierto ángulo, salpicado con el rocío de la mañana, podía destellar durante un breve momento.

Nunca nos quedábamos a solas, pero a veces la pillaba mirándome cuando estaba con los simuladores o durante uno de los escáneres médicos que nos hacían a diario o en algún taller sobre referencias culturales de los años sesenta. Si nuestras miradas se cruzaban, ella se ruborizaba en la zona de las clavículas. Yo no me creía que alguien como Penelope Weschler pudiera sentirse atraída por mí. Me imaginaba que solo estaba avergonzada por lo que había ocurrido en la cámara de descontaminación. Pero estaba también la forma en que me había mirado al salir del compartimento hermético. ¿Qué significaba aquella mirada?

Ahí estaba yo: al fin me habían invitado al sanctasanctórum de mi padre, y me preparaba para desempeñar un papel pequeño pero no completamente irrelevante en un experimento científico revolucionario mientras lamentaba la reciente muerte de mi madre, y lo único en lo que podía pensar era en

Penelope.

19.

El domingo 10 de julio de 2016, la noche anterior al comienzo oficial del experimento, se celebró una recepción muy elegante en el estiloso y opulento cuartel general de una de las corporaciones que subvencionaban el proyecto. Todo el mundo se vistió de etiqueta y se dedicó a socializar con los ejecutivos, los altos cargos del gobierno y los asesores científicos que mi padre había congregado para apoyar su iniciativa.

Antes de ir, mi padre me mencionó todas las personas importantes que asistirían. Estaba claro cuál era su intención: se trataba de una lista de gente con la que yo no debía hablar bajo ninguna circunstancia para no avergonzarlo.

Me puse un parche farmacéutico en el abdomen, justo encima del hígado, que me permite establecer mi índice favorito de alcohol en sangre. Una especie de control de crucero para la priva. Si sobrepaso el límite que he fijado, se activan unos filtros que tengo en el hígado para eliminar toxinas. Elegí estar animado y parlanchín sin caer en el descontrol de las funciones motoras ni en la pérdida de la inhibición social. Ese espacio maravilloso entre seguro de mí mismo y arrogante, relajado pero no torpe.

Me tomé unas copas de champán y estuve charlando de banalidades con gente que estuviera al menos a dos grados de distancia de los integrantes de la lista de mi padre e hice todo lo que pude para interpretar al hijo orgulloso pero humilde. Al cabo de un rato me fui a dar una vuelta al edificio, que no era demasiado interesante, ya que todo lo que pudiera serlo había quedado protegido detrás de puertas cerradas con llave.

Así fue como acabé en un patio al aire libre lleno de esculturas, la obra de toda una vida de algún oscuro artista que la compañía había utilizado para apuntalar su credibilidad cultural. Las esculturas eran figuras humanas muy estilizadas que miraban al cielo con sus lustrosos ojos de cristal. La Luna brillaba y los ojos de cristal creaban un efecto visual estupendo con la luz

lunar, reflejándola a través del interior hueco de las esculturas y proporcionándoles un pálido resplandor interno.

Así fue como me di cuenta de que ella estaba allí. Era la única figura que no estaba iluminada desde dentro.

Era Penelope. Estábamos a solas.

20.

Estaba ahí de pie, mirando el cielo negro bajo la luz azulada de la Luna. No sabía si abordarla o retirarme. En la recepción, los demás crononautas estaban rodeados por una multitud de aduladores. Ella había tenido ganas de estar sola un momento y no podía imaginarme ninguna razón por la que pudiera querer que yo me acercara. Pero entonces, sin apartar la vista del cielo nocturno, Penelope me habló.

—Sigo pensando en ello todo el tiempo —me dijo—. En estar ahí arriba. Todo el mundo dice que esto es mucho más importante. Habría sido la millonésima astronauta, pero tengo la oportunidad de ser la primera crononauta. Entonces, ¿por qué preferiría estar ahí arriba?

Me aproximé a ella hasta que mis hombros casi rozaron los suyos e imité su postura, observando el cielo. Por supuesto, ya habíamos tenido algunas conversaciones antes, pero sobre todo acerca de cuestiones técnicas y protocolos de entrenamiento. No como esta. Esta era una conversación personal. Me había hecho una confidencia. Me di cuenta de que si no decía algo de inmediato, me acobardaría.

—A lo mejor es porque ya lo sabemos todo sobre el sitio al que vas a ir —dije—. En el pasado no hay misterio. La cuestión es cómo llegar allí. Tú no querías ir al espacio para poner a prueba un cohete. Querías ver cosas que nadie ha visto antes.

No sabía de dónde había sacado esa idea. Simplemente la dije. Penelope no contestó, así que temí haber dicho algo inadecuado. Pero cuando la miré, tenía los ojos fijos en mí. No tengo ni idea de cómo lo hice, pero logré mantener la boca cerrada y aguantarle la mirada.

Me besó.

Aunque me lo había imaginado muchas veces, no estaba preparado para ese beso. A ver, no me refiero a que no estuviera preparado emocionalmente. Me refiero a su cualidad táctil. A la enfática manera en que sus labios tiraron

de los míos. Tal vez fuese la primera vez que nuestros cuerpos se tocaban deliberadamente, mi boca apretada contra la suya, rodeados por esculturas brillantes, de pie en la dura superficie de una bola de piedra y minerales y agua de 500.000.000 kilómetros cuadrados protegida del vacío infinito por un colchón de gases atmosféricos de quinientos kilómetros.

Fue el mejor beso de toda mi vida y al mismo tiempo me hizo sentir como si hasta ese momento hubiera besado fatal.

Penelope dejó de besarme, volvió a mirar al cielo y se alejó. Durante un instante, pensé que no sería capaz de superarlo, ese desamor, si tenía que pasarme el resto de la vida intentando recrear con otra gente lo que había sentido mientras la besaba.

Pero entonces ella se dio la vuelta y me miró.

—Vamos —dijo Penelope.

21.

De niño, muchas veces amenazaba a mis padres con escaparme de casa. El motivo era muy típico y simple: quería que me prestaran más atención, u otra clase de atención, que fueran más comunicativos y se mostraran más impresionados con mis escasos logros adolescentes. No estoy diciendo que esto me hiciera especial. Nunca he pensado que fuera especial. Por eso quería escaparme de casa.

Pero una vez, y quizá ese fuera el momento decisivo de mi infancia, mi padre reaccionó ante mi amenaza. No sabía cómo resolver la espinosa cuestión de hasta qué punto el impredecible recorrido de un asteroide cargado magnéticamente podía afectar la trayectoria de regreso de alguien que estuviera viajando en el tiempo si se aproximaban demasiado, la cual resultaba aún más compleja debido al hecho de que el asteroide tal vez hubiera dejado de existir mucho tiempo atrás. Por lo tanto, buscó alguna otra cosa en la que concentrarse y, por única vez en toda mi vida, o al menos esa fue la sensación que tuve, me escogió a mí.

Le dije que iba a escaparme de casa.

—Es lo que deberías hacer —dijo él.

Yo no tenía un marco de referencia adecuado para integrar esta respuesta. Mi padre siempre estaba demasiado ocupado como para hacerme caso. Pero ahora me miró a los ojos como si hubiera elegido aquel momento cualquiera para ponerme a prueba. Se dio cuenta de que estaba ahí y quiso saber quién era su hijo en realidad.

¿Qué podía hacer yo? Hice el equipaje y me escapé de casa.

Tenía doce años. Estuve fuera diecinueve días.

22.

Antes de empezar a trabajar para mi padre, tuve otros empleos. Siempre pasaba lo mismo. Las empresas se ponían en contacto conmigo porque algún algoritmo generaba mi nombre en un programa para buscar candidatos a puestos de trabajo y todo el mundo sentía un súbito e intenso interés cuando se daba cuenta de quién era mi padre. Todos se preguntaban si yo sería también un genio y podría revolucionar su producto o servicio o sistema. En las entrevistas, tomaban mi tímida ambivalencia por arrogante despreocupación. Me daban el trabajo —siempre me daban el trabajo— y tardaban un par de semanas en percatarse de su error. Yo no era un genio. Era un tipo cualquiera con un apellido.

Hacía poco, había trabajado para una agencia de publicidad especializada en marketing perceptual, cuya labor consiste en que todos los anuncios que veas en tu vida cotidiana encajen con tus gustos específicos, con tu estilo, con tus condiciones demográficas, con tu historial de compras y con otros numerosos parámetros interrelacionados. Si pasas al lado de una valla publicitaria, te muestra algo que de verdad quieres o una versión mejorada de algo que ya posees. Emplean datos que se van actualizando constantemente, de modo que puedes ver un anuncio distinto antes y después de comer, en función de tus cambios de humor, y dependiendo de si vas con prisa porque llegas tarde o tienes tiempo de sobra, de si tuviste relaciones sexuales la noche anterior o discutiste con tu pareja esa mañana. Y si has tenido una experiencia negativa con los artículos de alguna empresa, le dan a la competencia la oportunidad de que intente que dejes de ser fiel a tu marca habitual.

La gran idea que tuve yo solito fue que los clientes que así lo desearan podían pagar una cuota mensual para no ver ningún anuncio en absoluto. En lugar de estar sometido a un marketing de nicho individualizado, uno podría disfrutar de un mundo felizmente desprovisto de toda esa porquería

publicitaria. Pero fue un fracaso absoluto.

Y es que resulta que a la gente le gustan los anuncios. Sobre todo cuando han sido ideados para modificar tu entorno visual y hacer hincapié en tus necesidades particulares por encima de las de los demás, como si fueras el centro de la economía global, un elemento indispensable para que el mundo funcione. Nadie quiso pagar por el privilegio de ser irrelevante para los intereses comerciales. Salvo yo. Resumiendo, se podría decir que convencí a mi empleador para que sacara al mercado un producto nuevo y costoso exclusivamente para mí. Una industria con un único consumidor.

Antes de eso, trabajé para una compañía que se dedicaba a las microtendencias: modas pasajeras que pueden surgir, alcanzar su punto álgido y desaparecer a lo largo de un día, o incluso de unas horas. A veces alcanzan un nivel global, pero por lo general son hiperlocales: miles de personas de un determinado barrio que llevan idénticos zapatos o chaquetas o cortes de pelo cuando van a trabajar, y que, a la hora de comer, ya no saldrían a la calle con esa pinta ni locas.

Gracias a los recicladores de ropa portátiles, el ritmo de la evolución de la moda es vertiginoso. Puedes reconfigurar tu vestimenta a tu antojo en cualquier momento. Pero si te preocupa esa clase de cosas, y a miles de millones de personas les preocupa, quizá te resulte estresante mantener siempre al día los protocolos de tu aspecto. Hay gente que considera que es más cómodo llevar un bodi de un color uniforme con el atuendo proyectado encima digitalmente, ya que de este modo puede cambiar de *look* todas las veces que quiera.

La compañía para la que trabajé empleaba una tremenda cantidad de datos para predecir y gestionar modas aceleradas para las principales marcas, y tenían la esperanza de que yo pudiera ayudarlos a ampliar su negocio. El problema es que a mí no me gusta destacar, por lo que la moda me pone de mal humor. Tengo un reciclador de ropa fijo, que está siempre en casa, y normalmente lo programo para que realice pequeños ajustes aleatorios en mi atuendo de manera que la gente que se fija en esas cosas me deje en paz, pero suelo ponerme más o menos lo mismo todos los días. Al principio, mis empleadores pensaron que con mi apariencia estaba mostrándome inescrutable aposta para despistarlos, pero cuando terminó mi primera semana de trabajo ya sospechaban algo raro.

Lo cierto es que conseguí que los beneficios aumentaran casi de inmediato,

hasta que cayeron en la cuenta de que lo único que había hecho era lo mismo que hacía en casa: programar sus algoritmos predictivos para que generasen resultados aleatoriamente. Había millones de personas que elegían cierto tipo de pantalones o un corte de camisa o el grosor de sus cinturones porque el sistema les decía que lo hicieran. Pero sus elecciones estaban determinadas por el azar, no por cuestiones estéticas. Me habían hecho un contrato, así que no podían despedirme. Me trasladaron a un proyecto secundario que tenía que ver con las mascotas.

Por desgracia, la compañía no se interesaba especialmente por los beneficios. Cuando vives en un mundo de abundancia universal, la gente aspira de verdad a hacer cosas que funcionen bien. Mis empleadores no querían engañar a sus clientes. Querían ayudarlos a ser más felices.

Pero resulta que mi especialidad es la decepción y la ruina.

Tras terminar la universidad, me pasé diez años haciendo el vago, sintiéndome mal ante las oportunidades que se me presentaban gracias a mi padre, pero sin buscar ninguna otra cosa. Soy consciente de que esta no es una característica demasiado adorable en un ser humano adulto; todas mis exnovias han repetido esta idea con distintos niveles de intensidad en numerosas ocasiones. Si tienes una relación sana con al menos uno de tus padres, es difícil explicar qué demonios te pasa, cuál es el problema. A ver, parece que lo único que tienes que hacer es crecer de una vez por todas. Pero es que echarle la culpa de cualquier cosa a mi padre me sienta muy bien, es algo que siempre me satisface.

Si pudierais dejar de lado todos los rasgos de Penelope y míos salvo los que nos hicieron conectar en el nivel más esencial, veríais que eso era lo que teníamos en común. Alguna gente es como un reloj con el oscilador roto: incapaz de mantener el ritmo que le corresponde por muchas veces que le den cuerda.

23.

Cuando me escapé de casa, tomé una decisión crucial y, vista desde ahora, bastante inteligente: no hablaría con nadie que pareciera tener más de dieciséis años. Metí en una bolsa un sintetizador de alimentos, un reciclador de ropa y una interfaz de entretenimiento, desactivé los protocolos de seguimiento y salí por la puerta.

Me subí a una cápsula transportadora que me llevó hasta uno de los barrios periféricos de Toronto. Allí abordé al primer chico que vi. Le dije que me había escapado de casa y que necesitaba un lugar donde pasar la noche. Él decidió al instante que aquello era genial y me dejó quedarme a dormir en su casa. Sus padres no se enteraron de que estuve allí. Nos quedamos metidos en su habitación jugando a juegos de inmersión virtual hasta bien entrada la noche. Al día siguiente me marché, cogí otra cápsula que me llevó a otro barrio e hice lo mismo: encontré a un chico, le dije la verdad, me quedé en su casa sin que sus padres lo supieran y me largué por la mañana.

Al principio solo abordaba a chicos porque tenía doce años y las chicas me intimidaban. Esperaba que al menos algunos de ellos me delataran, pero nadie lo hizo. Al cabo de dos semanas, abordé a una chica. Se mostró aún más entusiasmada que los chicos. Llevaba toda la vida esperando que un absoluto desconocido se le acercara y le propusiera alguna aventura, pero una aventura que no le exigiera renunciar a la seguridad de su cuarto. Esa noche no jugamos a ningún juego, salvo que consideréis que estar cuatro horas enrollándonos sea un juego. Fue la primera vez que besé a una chica. Se llamaba Robin Swelter.

Me quedé con Robin cinco noches, hasta que su hermano mayor nos pilló en su dormitorio en ropa interior. Me apartó de ella de un empujón mientras Robin se tapaba el pecho a medio formar y me dio un puñetazo en la cara. Luego llegaron sus padres, que se sintieron demasiado avergonzados por el hecho de que llevara cinco días viviendo en su casa sin que se dieran cuenta

como para enfadarse como correspondía. Llamaron a mis padres mientras su dron médico me ponía un poco de hielo en el ojo morado. Mi madre acudió a recogerme con una cara de lo más triste.

Durante aquellas cinco noches de torpes exploraciones adolescentes, Robin y yo aprendimos lo bastante sobre la naturaleza de nuestros físicos complementarios como para situarnos en el nivel más alto de experiencia sexual en nuestros respectivos colegios. Yo me convertí en una leyenda, y lo notaba al recorrer los pasillos. Todas las chicas que me habían estado ignorando resueltamente parecieron reparar en mi existencia de un día para otro. Y gracias a Robin y a su escuálida y generosa curiosidad, yo ya sabía algo sobre lo que debía hacer con la atención de esas chicas.

Robin y yo seguimos en contacto, pero los dos sabíamos que el hechizo se había roto. No puedo decir que la amara, pero sí que nunca he apreciado más a otro ser humano.

Mi madre se convenció de que yo me había escapado a causa de Robin. No quiso creer que la había conocido en mi huida. Los romances juveniles eran aceptables. El irreflexivo desafío de mi padre no lo era.

En cuanto a él, se preocupó ligeramente, sobre todo porque el pánico y la angustia que había sentido mi madre durante esos diecinueve días habían invadido su rutina. Cuando descubrió que yo podría haber sobrevivido de manera indefinida de no haberme dejado seducir por los suaves abrazos de Robin Swelter, decidió que su trabajo como padre había concluido. Si me iba por mi cuenta, no me moriría. Incluso era capaz de ligar.

24.

Al volver al colegio después de escaparme de casa, realicé el descubrimiento más importante de mi adolescencia: no importa que seas listo o que estés muy bien preparado, lo que importa es ser el primero.

Los cinco días que pasé con Robin Swelter me convirtieron en un pionero en el importante campo de la sexualidad adolescente. Los chicos, vacilantes y huraños, deseaban desesperadamente que les contara mis descubrimientos, aunque insistían en que ya sabían todo lo que yo pudiera decirles. No tardé mucho en aprender otra lección fundamental: a nadie le gustan los sabelotodos. La envidia se tornó en resentimiento y todos los chicos se pusieron en mi contra. Pero a mí no me importó, porque tenía a las chicas. Y las chicas no querían descripciones. Querían pruebas. Por una vez, mi atractivo no tenía nada que ver con mi apellido. En el lugar de donde yo vengo, la verdad es que resulta bastante difícil ser mal estudiante. El plan educativo de cada niño se hace a medida empleando un método de enseñanza personalizado que se evalúa y actualiza de manera rutinaria para garantizar que nadie se quede atrás. Estaba, por lo tanto, muy fuera de lugar que yo, el único hijo del gran Victor Barren, descuidara mis estudios y me dedicara en cuerpo y alma a una única actividad extracurricular: liarme con cualquiera que quisiese liarse conmigo.

Al menos durante un tiempo. No tenía ni idea de que la divisa de mi precoz experiencia se devaluaría radicalmente por culpa del exceso de repetición. A los quince años, cuando mis conocimientos secretos dejaron de tener interés, me topé con un obstáculo insuperable. Las chicas querían que aquello significara algo. Querían poder contar conmigo. Querían que yo confiara en ellas. El sexo ya no era suficiente. Querían amor.

Me sentía como un atleta que descubriera que en realidad no está corriendo la maratón, sino un triatlón, y que no solo se ha olvidado de llevar su bicicleta, sino que además no sabe nadar.

A los quince años, sin amigos, era un estudiante mediocre sin aficiones y no sé qué habría sido de mí si no me hubiera sentado junto a Deisha Cline en una excursión al Museo Goettreider de San Francisco. Nunca me había fijado mucho en ella porque era muy distante y tenía un rollo asexual que yo no empecé a apreciar hasta que me convertí en un marginado. Deisha era muy poco amigable con las demás chicas y sospechaba de todos los chicos salvo de Xiao Moldenado y Asher Fallon, que eran sus mejores amigos desde la escuela primaria. Los cuatro nos tiramos todo el día en la galería donde se podía ver la simulación de lo que habría sucedido si el Motor Goettreider hubiera funcionado mal, contemplando el fin del mundo una y otra vez. Pasamos a ser un grupo muy unido y así continuamos hasta bien superados los veinte años.

Casi todos los experimentos fallan. Casi todas las teorías fallan. Pero nadie lo sabría si fuera por mi padre. Si alguna vez falló durante las décadas que estuvo trabajando para poder realizar viajes en el tiempo, nunca lo comentó. Victor Barren, un individuo único en la historia de la ciencia, no cometía errores. En el hogar donde pasé mi infancia, equivocarse era algo vergonzoso. Y por eso yo me sentía avergonzado allá donde fuera.

Pero eso fue hasta que conocí a Deisha, Xiao y Asher y empecé a pasarlo bien. Todos nuestros compañeros mostraban mucho entusiasmo ante las menores innovaciones tecnológicas, así que nosotros nos convertimos en expertos en los fracasos: nos obsesionaban los inventos que no habían funcionado como se esperaba. Los tatuajes holográficos que por error te dejan la piel translúcida. Los generadores climáticos de jardín que fallan y dan lugar a unos tornados muy localizados que rodean tu casa con unos vientos de cuatrocientos kilómetros por hora. Los edificios insertos en simuladores paisajísticos que te proporcionan la vista que tendrías si no existieran otras estructuras que te la tapan y que, cuando funcionan mal, proyectan unas imágenes de trescientos metros de altura de lo que los residentes estén haciendo en sus cuartos de baño.

Cuando acabamos el instituto, evitamos alejarnos apuntándonos todos a la Universidad de Toronto y después de graduarnos logramos arañar unos años más de estar juntos haciendo excursiones de fin de semana a la reserva natural más próxima. Pero los planes semestrales pasaron a ser anuales, los anuales empezaron a ser bienales y los bienales se postergaron para nunca cuando ellos se trasladaron de ciudad y consiguieron empleos de verdad

mientras yo me quedaba en casa y me volvía cada vez más disoluto.

Asher vivía con su novia, Ingrid Joost, en Auckland, donde ambos trabajaban como ingenieros en una compañía que diseñaba *antipodales*, unos vehículos capaces de atravesar las capas subterráneas del planeta y salir por el otro lado. Estaban muy ocupados con la planificación de su boda, lo cual por lo visto era apenas un poco menos complicado que excavar un túnel de trece mil kilómetros atravesando hierro y lava. Xiao se casó con su novia de la universidad, Noor Priya, y tuvieron una niña, Fae, que probablemente fuera la cosa más mona que la mente humana pueda concebir. Su laboratorio en México D. F. se dedicaba a evaluar lo que puede hacerse dentro de la legalidad con los datos del teletransporte después de un escándalo en el que una empleada había *hackeado* unos archivos con escáneres biométricos de hombres que le gustaban y había creado unos suplentes sexuales con el mismo ADN de un modelo de plasma sintetizado. Deisha, hieráticamente soltera, como siempre, hacía quién sabe qué para un centro de estudios secreto que, según daba a entender pero nunca admitió abiertamente, exploraba la viabilidad de establecer una colonia en Marte realizando pruebas en una biosfera artificial recreada en la Antártida. Lo cual era un tanto irónico, ya que Deisha siempre había tratado con evidente frialdad a todas nuestras novias, aunque se derritió bastante con Noor cuando nació Fae.

La última vez que habíamos estado los cuatro juntos fue en la boda de Xiao, hacía tres años. Pero dos semanas después de la muerte de mi madre, y de forma muy sospechosa, todos mis amigos tuvieron un día libre y acudieron teletransportándose desde sus remotos hogares. Desde el funeral, mi principal actividad había sido acostarme con mis tres exnovias y destruir después cualquier vestigio de afecto que pudieran sentir por mí al no contestar sus mensajes, por lo que me pareció que ver a Deisha, Xiao y Asher me sentaría fenomenal. Me permitiría dejar de ser un idiota atribulado y ensimismado, al menos durante un tiempo.

25.

Asher pilotaba el coche planeador, Xiao iba a su lado y Deisha y yo ocupábamos el asiento de atrás. Sobrevolábamos la reserva natural de la escarpa del Niágara, unos 65.000 kilómetros cuadrados de naturaleza extendiéndose junto a la frontera entre Canadá y los Estados Unidos, un eslabón más en la cadena global de santuarios medioambientales erigidos para crecer sin sufrir las molestias del ingenio humano. Nadie ha vivido allí desde las masivas migraciones a las ciudades de los años setenta, cuando la aceleración del desarrollo de la tecnología volvió innecesarias la manufactura industrial y la recolección de recursos. Desde las alturas, divisábamos de vez en cuando alguna ciudad reclamada por la naturaleza, con sus edificios cubiertos por un denso follaje. Yo no me había montado en un coche planeador desde que uno había matado a mi madre hacía dos semanas, pero o bien nadie se dio cuenta de ello o bien era una forma verdaderamente intensa de terapia de exposición.

Cuando llevábamos una hora en el aire, decidimos visitar una de esas ciudades abandonadas: Ubly (Míchigan), aunque nadie la había llamado así desde que sus últimos pobladores la abandonaran en 1978, a juzgar por el periódico que todavía se conservaba en una caja oxidada en la calle principal de la ciudad. Era una helada mañana de abril, pero las hebras termales de nuestra ropa nos protegían del frío mientras husmeábamos por ahí.

Con todo su musgo, su suciedad y su deterioro, aquella ciudad abandonada era una especie de monumento al pasado que habíamos dejado atrás, a la época en que la humanidad sentía que estaba atrapada en una carrera perpetua contra la poderosa entropía del planeta, siempre a un paso de ser destruida por la naturaleza. Casi todos los edificios se habían derrumbado, envueltos en ramas y enredaderas, meticulosamente deshechos por los elementos. La madera podrida y los ladrillos desmenuzados solo necesitaban que la gente los dejara en paz para volver a convertirse en árboles y tierra.

Si aún hubiéramos sido unos jovencitos sardónicos, nos habríamos puesto a burlarnos de la tecnología obsoleta y de los materiales primitivos que se veían por todas partes: las casas estaban hechas de madera y ladrillos en vez de polímeros sintéticos y aleaciones recombinantes. Pero en aquel viaje todos estábamos un tanto tensos, así que no hicimos chistes privados ni recordamos anécdotas nostálgicas y ni siquiera nos pusimos al día contándonos cómo era nuestra rutina, como suelen hacer los amigos de toda la vida que han pasado un tiempo sin verse. Para rebajar un poco la tensión, comencé a hablar de un reciente fiasco científico, una de esas cosas de las que nos habríamos reído muchísimo cuando éramos adolescentes.

—¿Habéis oído hablar de esa clínica para perder peso con gravedad cero? —dije—. Bueno, pues montaron unas instalaciones médicas en una estación orbital para experimentar unos procedimientos nuevos con gente que por lo visto no quemaba las grasas bajo los efectos de la gravedad normal. Pero entonces no sé qué cosa salió mal y a los clientes les crecieron unas protuberancias llenas de grasa y grandes como melones debajo de las axilas y detrás de las rodillas, y hubo que drenárselas y reconstruirlas cosméticamente.

—Me suena que lo vi, sí —dijo Xiao.

—Yo creo que no me enteré —dijo Asher—. Pero sí, parece, en fin, para morirse de risa.

—A mí no me lo parece —dijo Deisha—. Me parece terrible para la gente a la que le pasó.

—Vamos —dije yo—, a ti estas cosas siempre te han hecho gracia.

—Cuando era pequeña —dijo ella—. Cuando no había intentado hacer nada y no sabía lo difícil que resulta cualquier cosa. Si el proyecto en el que estoy trabajando ahora fracasa, ¿también te vas a burlar de mí?

—Volvamos al coche planeador —dijo Xiao—. No tenemos por qué hablar de esto.

—Desde luego, no volvamos a hablar de esto —dijo Deisha—. Sigamos viéndonos sin él y comentando lo preocupados que estamos por lo que está haciendo con su vida.

—Deisha, se acaba de morir su madre —dijo Asher.

—Así es. Hablemos de eso, entonces. En vez de actuar como si todavía fuéramos esos chicos que se dedicaban a reírse de todos los perdedores que se preocupan de verdad por las cosas. Porque ¿sabéis qué? Ellos tenían razón y

nosotros no. Preocuparse por las cosas te hace sentirte bien. Y ¿sabéis lo que te hace sentir aún mejor? Aportar algo al mundo, por pequeño que sea. Eso es lo único que digo, Tom. Haz algo. Sé algo. Invéntate algo.

—¿Cómo? —dije yo—. Yo no soy nada. Y esto solo va a ir a peor. Mi padre va a poner a prueba su prototipo en julio. Y si funciona, y desde luego que va a funcionar, él será todavía más un genio y yo seré todavía más... nada.

Nadie supo qué decir. El problema de conocer demasiado bien a alguien es que sus palabras dejan de significar nada y sus silencios empiezan a significar todo.

26.

Los cuatro volvimos al coche planeador un tanto apesadumbrados, pasando junto a los decrepitos edificios sepultados por la flora. Xiao y Asher se adelantaron un poco para poder hablar discretamente sobre la boda. Xiao iba a ser el padrino. Me di cuenta de que Deisha estaba ansiosa por decir algo más, pero yo no tenía ganas de oírlo; estaba ocupado pensando en que los tres habían estado quedando sin avisarme para poder hablar del desastre monstruoso en que me había convertido.

Lo que quedaba de acera se estaba desintegrando a buen ritmo. De cada grieta brotaban unas hierbas que llegaban hasta las rodillas, así que fui todo el tiempo mirando hacia abajo para evitar tropezarme. Por eso vi un destello metálico en el suelo, y recogí un antiguo reloj de bolsillo que había quedado medio enterrado. La tapa, chapada en oro, estaba toda rayada, pero gracias a ella el cristal de dentro no se había deteriorado demasiado. El reloj principal tenía dos manecillas con punta de flecha para marcar las horas y los minutos, y había también otro reloj más pequeño con una manecilla fina y delicada que contaba los segundos. En la esfera de porcelana podía leerse: HAMILTON WATCH CO., 1909.

Cuando uno inventa el tren, inventa también el descarrilamiento. A comienzos del siglo XX, los accidentes de ferrocarril eran habituales porque varios trenes circulaban por la misma vía sin estar sincronizados con precisión. El control del tiempo era de veras cuestión de vida o muerte. Un reloj como ese estaba fabricado para proteger a la gente. En mi mundo, todos los dispositivos tecnológicos comparten un cronómetro global, coordinado al microsegundo. Se trata de un mundo cuyos habitantes viven todos al unísono. Pero ese reloj de bolsillo procedía de una época en la que cada uno vivía aislado, desde el punto de vista temporal: un mundo en el que cada uno vivía inmerso en su propia definición del tiempo.

Así era como me sentía yo también. Deisha, Xiao y Asher vivían en zonas

horarias literalmente distintas, pero habían encontrado una manera de mantener un tiempo común, mientras que yo había quedado al margen.

—Tom —dijo Deisha—, tienes que ver esto.

Yo estaba disgustado y le iba a contestar con alguna bordería, pero entonces vi que se hallaba delante de un edificio de ladrillo rojo de dos pisos, con la pintura color crema de las molduras de madera medio descascarillada, y observaba el interior por una ventana. El cristal estaba rajado y mugriento y cuando eché un vistazo vi que aquel sitio había sido una biblioteca. Había cientos de libros pudriéndose en el suelo, y en el mantillo de papel putrefacto había crecido una docena de pinos muy esbeltos, que se estiraban hacia la luz del sol que se filtraba por las numerosas aberturas que había en el techo. Deisha me miró abriendo exageradamente los ojos, de una manera juguetona. Debía de haber pasado una década desde que había visto esa mirada por última vez. Ella se había endurecido con los años y yo no tenía ni idea de si se trataba de una progresión natural o era algo provocado por los errores humanos. Ya no estábamos tan cerca como antes. La intimidación frenética de la amistad adolescente había desaparecido hacía mucho tiempo.

—No tendría que haberte dicho nada de eso —me dijo—. Pero no sé cuándo volveré a tener una oportunidad de hacerlo. Ya no nos vemos nunca.

—Tú vives en una base secreta en la Antártida —le dije.

—Tenemos teletransporte. Podríamos hablar. Hablar de verdad.

Mis amigos y yo solíamos comentar los dramas de nuestras relaciones adolescentes, pero, fuera de algún chiste verde de vez en cuando, nunca hablábamos de sexo. Y jamás dijimos nada de Deisha en ese sentido. Había un mutuo acuerdo, nunca formulado pero absolutamente sólido, según el cual no podíamos franquear ese límite con ella. Pero al estar de pie a su lado, con nuestros hombros rozándose, mirando por una ventana sucia cómo unos árboles surgían de una pila de páginas llenas de moho, empecé a preguntarme si de verdad ese límite era tan infranqueable. ¿Para qué es un límite, al fin y al cabo, sino para franquearlo?

Cuando llegamos al coche planeador, Xiao y Asher estaban sintetizando sándwiches y cerveza. Durante el vuelo de vuelta a la ciudad guardamos silencio. Asher desconectó el piloto automático para llevarnos a casa personalmente. Deisha se dedicó a contemplar las copas de los árboles que pasaban debajo de nosotros. En el asiento de atrás, Xiao se quedó dormido con la cabeza apoyada en mi hombro y yo intenté centrarme en mi dolor para

evitar imaginar lo que sentiría si besara a mi mejor amiga. ¿Hay alguna palabra para referirse a cuando sabes que hay algo que no deberías hacer por nada del mundo, que estaría fatal en muchos sentidos que te parecen importantes, pero a la vez estás seguro de que lo vas a hacer de todos modos? ¿O la palabra que busco es simplemente *humano*?

De repente me di cuenta de que llevaba aquel reloj antiguo en el bolsillo. No tenía la intención de cogerlo. Según la legislación internacional, no se puede sacar nada de una reserva natural. Sin querer, había cometido mi primer delito. Después vendrían otros.

Nos despedimos de Asher y Xiao y le dije a Deisha que podíamos «hablar de verdad» en ese mismo momento, si tenía tiempo. Yo ya había pasado mis noches fúnebres con Hester, Megan y Tabitha, así que no puedo fingir que no tenía ni idea de lo que iba a suceder. Ya en mi casa, le conté lo de las últimas palabras de mi madre, lloré, me abrazó, la besé y nos acostamos. ¿Podría haber encontrado otra manera de distanciarme de alguien que se preocupaba por mí? Seguramente. Pero me gusta ceñirme a los métodos clásicos.

Al día siguiente, acepté el trabajo en el laboratorio de mi padre. Tres días después, conocí a Penelope Weschler. Solo volví a ver a Deisha, Xiao y Asher una vez más: un bar, bromas tontas y sonrisas tristes. Deisha mantuvo la distancia y se puso tensa cuando nos dimos un abrazo de despedida. Dos viejos amigos que se alejan porque eso es lo que hacen los viejos amigos.

27.

La vida se define principalmente por cómo se relaciona uno con el fracaso. Yo nunca he hecho nada bien, así que para mí el fracaso casi equivale a la vida. Pero en el caso de otra gente, de la gente que suele conseguir cuanto intenta, de la gente como mi padre y Penelope, la reacción que suscita un fracaso puede resultar imprevisible.

Por ejemplo, tras fracasar como astronauta, Penelope tuvo un montón de relaciones sexuales no seguras con desconocidos. Conocía a alguien en cualquier parte, se iba a su casa y si surgía la cuestión de los anticonceptivos —y una cantidad ridículamente pequeña de esos hombres sacaba el tema, dando por hecho que si ella no lo mencionaba sería porque tomaba algún inhibidor gamético—, Penelope nunca mentía. Se limitaba a decir que no tomaba protecciones, y si ellos la deseaban, tiraban los dados y asumían las consecuencias. Casi todos se lanzaban sin dudarlo, demasiado fascinados por el hecho de que aquella mujer hermosa los deseara como para no preocuparse por nada más, y los pocos que dudaban acababan fácilmente seducidos por la hermosura y el deseo de Penelope.

¿Por qué tener relaciones sexuales no seguras cuando era tan fácil evitar el embarazo? Bueno, pues por tentar al destino, o algo así. Penelope pensaba que el destino la había dotado con un cerebro ideal para que llegara a ser la astronauta perfecta, y al mismo tiempo le había asignado un defecto neurológico indetectable que garantizaba que nunca pudiera surcar el cosmos. El destino la había jodido, y ahora ella quería joder al destino. Apostaba su cuerpo, y cada mañana que no se despertaba embarazada era un día más que estaba un paso por delante del destino.

Decidió que si sucedía, se quedaría con el niño. Fuera quien fuera el padre, haría todo lo que estuviera en su mano para que la cosa funcionara. Dirigiría su prodigiosa ambición hacia la maternidad. Quizá nunca viajara de un planeta a otro, pero sería la mejor madre que ha habido nunca.

Pero Penelope no se quedó embarazada. Por muchos hombres que se llevó a la cama, no logró joder a su destino.

Por supuesto, yo no sabía nada de esto cuando me acosté con ella. Yo pensaba que era especial. Que, quizá como estaba a punto de embarcarse en una misión sumamente innovadora, a través del espacio y el tiempo, de la que tal vez no regresara, quería echar un último polvo. Y que, por algún motivo inexplicable, le gustaba mi aspecto.

No dijo nada sobre tomar precauciones y, en fin, yo fui como esos tipos que se limitaban a dar por hecho que ella se haría cargo. Nadie nunca había esperado que yo me hiciera cargo de nada. Y menos aún de algo tan importante como asegurarse de que mi esperma no fertilizara su óvulo.

Si esto suena a moralina, es que no me estoy expresando con claridad. No tengo nada en contra de que Penelope se acostara con un montón de desconocidos. Yo fui uno de ellos. Lo que me molesta es haber sido tan tonto como para no darme cuenta de que a ella no le importaba nada. O al menos, no como yo quería que le importara.

28.

Penelope y yo pasamos la noche juntos, y quizá yo sea lo bastante hábil como escritor para transmitir en alguna medida el fascinante erotismo de aquella experiencia. Pero no quiero hacerlo. Ya la había visto desnuda antes, pero la vista en realidad es el sentido menos sensual. El tacto de su piel contra la mía, el peso de su cuerpo sobre el mío, la sensación de mi cuerpo dentro del suyo, el sabor y el olor, los sonidos que hacíamos, la densidad de toda esa experiencia sensorial hacen que el aspecto de Penelope parezca irrelevante. Aunque recuerdo a la perfección el aspecto que tenía, porque me dijo que dejara las luces encendidas.

Ya he dicho más de la cuenta. Quiero que esto sea privado. Aunque sea lo único privado. Sé que no importa, que no importó, pero a mí sí me importó y me sigue importando.

Voy a intentarlo de nuevo: nos acostamos juntos.

Después, tumbados en la cama —ella había venido a mi casa para poder marcharse cuando quisiera—, estuvimos hablando.

Eso es lo que quiero decir sobre el tema: que no fueron solo treinta y ocho minutos de ejercicios aeróbicos y una tensa despedida. Se quedó casi tres horas. Permanecimos acostados, abrazados, contándonos la vida. En realidad, ella estuvo contándome su vida casi todo el tiempo y yo la escuchaba, intentaba hacer las preguntas adecuadas y memorizar sus respuestas por si aquello no era un rollo de una noche, por si había algo más.

Ya sé que es adorable y triste que pensara que podía ser el comienzo de una relación.

Me habló de su infancia, de su entrenamiento para ser astronauta, de su fracaso, de su depresión, de su fase sexualmente irracional. Todas las cosas que os he contado sobre ella son las que me contó esa noche. En aquel momento, yo estaba embelesado. Si estaba compartiendo conmigo todos esos detalles tan íntimos, tenía que ser porque yo le importaba.

Ahora me parece que el hecho de que me contara todas esas cosas es un ejemplo claro de la brutal vena autosaboteadora de Penelope. A ver, yo era el hijo de su jefe. El hijo de su jefe, que todo el mundo sabía que era un desastre. Acostarse conmigo, confesarme sus problemas, quedarse despierta la mitad de la noche cuando tenía que llegar al laboratorio a primera hora de la mañana para emprender una misión experimental que había costado billones de dólares con el fin de intentar viajar en el tiempo..., yo estaba demasiado colado por ella para poder darme cuenta de lo que sucedía en realidad.

Y la verdad es que aún no me importa. Incluso después de todo lo que ha pasado. Yo la amaba. No creo que eso justifique mis actos subsiguientes, pero los explica.

En cierto momento, cuando era tan tarde que ya era muy temprano, Penelope me contó por qué había decidido cambiar el espacio por el tiempo y convertirse en crononauta.

—Me he pasado la vida tratando de ser la mejor astronauta que ha habido nunca —me dijo— y lo único por lo que me recordarán es por un admonitorio caso práctico relacionado con el procedimiento para abortar una misión de forma segura. Estuve mucho tiempo deprimida por ello. Hasta que un día me di cuenta. No importa ser la mejor. Lo que importa es ser la primera.

Entendí muy bien lo que quería decir, por supuesto. Era la lección que yo había aprendido a los doce años: tus errores, tus heridas, tus concesiones, tu fracaso y tu dolor y tu miseria desaparecen como hojas muertas si logras ser el primero.

29.

En cierto momento me quedé dormido abrazado a Penelope y en cierto momento ella se soltó de mi abrazo y se escabulló. Por una vez no llegué tarde al trabajo, donde ese día había muchísima actividad. Numerosos supervisores científicos, corporativos y gubernamentales consultaban cada quince segundos sus dispositivos de comunicación. Aquel día sería el culmen de la vida de mi padre. El primer viaje al pasado de la historia de la humanidad.

Todo estaba a punto. Lo único que quedaba eran los chequeos médicos rutinarios destinados a comprobar que el equipo titular de crononautas estaba en forma para afrontar la misión. Pero les habían estado haciendo esa clase de pruebas todas las mañanas desde hacía un mes. ¿Acaso algo podía haber cambiado desde ayer?

Entré en el centro médico tratando de aparentar indiferencia y busqué ansiosamente a Penelope con la mirada, preguntándome qué cara pondría cuando me viera. Tenía la impresión de que el resto de mi vida dependería de esa expresión inicial, anterior a ninguna barrera emocional que pudiera bloquear sus reacciones no verbales. Quería verla antes de que ella me viese a mí, para poder captar bien lo que mostrara su cara: excitación, arrepentimiento, vergüenza, esperanza, amor.

Qué idiota soy.

Supongo que ese es el problema cuando estás acostumbrado a despertarte dentro de tus propios sueños. Así es fácil confundir los delirios románticos con la realidad.

Vi a Penelope antes que ella a mí. Estaba rodeada por un grupo de técnicos médicos muy agitados. La sala se hallaba en silencio, lo cual era muy extraño. Era como cuando ha habido una tormenta de nieve o cuando se lanza a alguien al vacío del espacio exterior. Nadie hablaba. Todos se limitaban a esperar a que Penelope dijera algo mientras miraban hacia cualquier otra

parte. El único que la miraba fijamente era yo. Y cuando ella me vio, no ocurrió nada de lo que yo esperaba.

Tenía un aspecto triste. Nadie me había mirado nunca así, con tanta tristeza, desde que tenía doce años: fue mi madre, en la puerta de la casa de Robin Swelter, diecinueve días después de que yo me hubiera escapado.

Y entonces Penelope Weschler hizo algo inconcebible. Se echó a llorar.

30.

Estaba embarazada.

Era algo reciente. La fertilización acababa de ocurrir. El más ambicioso de mis espermatozoides se había unido a su ovocito secundario en alguna parte del tercio externo de su trompa de Falopio. En aquel momento, seis horas después, el cigoto todavía no se había dividido ni una sola vez. Todavía era un organismo unicelular. La mitosis tendría lugar al cabo de dieciocho horas. Veintitrés de mis cromosomas y veintitrés de los suyos se habían enrollado en un huso de segmentación, desplazándose a los extremos del glóbulo microscópico que latía en su interior. La vida humana nunca es tan provisional como en esas circunstancias.

Hay alrededor de treinta y siete billones de células en el cuerpo humano, sin contar los microorganismos que tenemos en el tracto digestivo. Treinta y siete billones de células constituidas por tu ADN particular. En aquel momento, seis horas después de que yo eyaculara en su canal vaginal como un gilipollas, el cigoto Weschler-Barren, que aún no tenía nombre, constaba de una única célula. Hacían falta 36.999.999.999.999 más para que se convirtiera en algo al que uno le pudiera poner un nombre legalmente.

A ver, perdemos entre treinta y cuarenta mil células cutáneas cada hora, casi un millón al día, unos cuatro kilos al año. Un montón de células muertas que se desprenden y se van flotando por el aire.

¿Qué es una célula al lado de eso?

Pues resulta que fue suficiente para hacer que concluyese la carrera de crononauta de Penelope.

No importaba que el cigoto —nuestro cigoto— fuera un organismo unicelular. Modificó su composición genética de un modo insostenible. El objetivo de los escáneres médicos diarios era diseñar un mapa predictivo hiperpreciso de todos los ciclos fisiológicos del equipo de crononautas. Bastaba una célula extra para deformar dicho mapa y corromper la matriz de

ADN de Penelope.

Ella insistió en que quería eliminarla de inmediato. Apenas había nada que eliminar; se trataba de una miserable célula. Un dron farmacéutico podía realizar un procedimiento de diez segundos de duración y dejar a Penelope limpia de cualquier rastro de mí.

Pero eso era irrelevante. El protocolo es el protocolo. Estamos hablando de viajes en el tiempo. El cuerpo humano es tan complejo y peliagudo, y los instrumentos están ajustados con tanta precisión, y las energías que hay en juego son tan poderosas... Todo es demasiado complicado, demasiado peligroso, demasiado importante. Aunque Penelope eliminara esa célula, su cuerpo ya había sufrido ciertas modificaciones biológicas, mínimas pero detectables. Habría que eliminar también de su sistema las toxinas empleadas para interrumpir el embarazo. Tendrían que hacer unos diagnósticos y comparar los escáneres médicos nuevos con los antiguos para asegurarse de que aquella misión de billones de dólares no se complicara por culpa de algún imprevisto.

Un imprevisto, en fin, como que la principal crononauta tuviera relaciones sexuales sin tomar precauciones con el hijo imbécil del genio al que se le había ocurrido la idea y que había convencido a numerosos agentes empresariales, gubernamentales y científicos para que invirtieran enormes sumas de dinero en su grandioso proyecto.

Aunque hubiera sido posible aplazar la misión dos meses, hasta confirmar que Penelope estaba preparada, no lo habrían hecho. Se trataba de una iniciativa con financiación pública y privada. Resultaba imprescindible actuar con una transparencia absoluta. Mi padre no podía ocultarles a los inversores lo que había ocurrido. Nadie querría volver a contar con Penelope tras un error como el que había cometido.

No. Para Penelope, todo había terminado. Nunca viajaría en el tiempo.

El sentido de tener un equipo de sustitutos es garantizar que las misiones puedan llevarse a cabo. Si ocurre cualquier cosa que obligue a relegar de sus funciones a alguno de los miembros titulares, hay un adjunto para contingencias perfectamente entrenado, revisado, escaneado y preparado para sustituirlo.

Penelope ya no formaba parte del equipo titular. Yo era su adjunto para contingencias, lo cual significaba, según el protocolo, que ocuparía su puesto en la misión.

31.

No recuerdo que Penelope me atacara. Solo recuerdo la expresión de su rostro. Yo había albergado la fantasía de que se enamorara de mí, pero lo único que vi en sus ojos fue odio, un odio frío como el hielo y ardiente como el fuego. Gritó que lo había hecho adrede. Que quería ocupar su puesto en la misión. Que era un plan espantoso y que no podían dejar que me saliera con la mía.

¿Es extraño que me sintiera un tanto halagado? Me halagaba que pensase que yo era lo bastante astuto como para urdir un plan tan brillante y sórdido. ¿Acaso eso significaba que ella estaba, no sé, impresionada, y que con el tiempo alguna clase de alquimia emocional podría transformar su odio en amor? Habíamos creado una vida nueva y aunque hubiera sido por accidente, se trataba de algo que nos unía y nos importaba a ambos, ¿verdad?

El hecho de que yo estuviera pensando en estas estupideces mientras Penelope intentaba matarme a golpes con sus propias manos y los técnicos médicos trataban de impedirlo demostraba sobradamente que yo no era lo bastante astuto como para urdir, y mucho menos para ejecutar, un plan consistente en seducirla y preñarla con el objetivo de reemplazarla en la misión.

¿Es que no entendía que a mí la misión no me importaba lo más mínimo? Yo odiaba los viajes en el tiempo. Esa era la obsesión de mi padre, no la mía. Yo solo me había quedado ahí haciendo de suplente para poder estar cerca de ella. Supongo que en realidad apenas nos conocíamos.

La biología no requiere almas gemelas para hacer su trabajo.

Los guardias de seguridad entraron a toda prisa, apartaron a Penelope de mí y la sacaron de la sala. Los técnicos médicos acudieron en tropel para curar mis leves heridas con sus lámparas de regeneración cutánea, y mientras estaba ahí sentado, posé la vista sobre una pantalla que había en la pared. La imagen mostraba un círculo con los bordes un poco borrosos y un ligero

hoyuelo en la parte de arriba.

Era la célula que llevaba Penelope en su interior. Nuestra célula.

32.

Penelope y yo nos sentamos en el despacho de mi padre y ella empezó a explicarle, empleando unos términos clínicos muy poco delicados, lo que había sucedido la noche anterior, los pasos que pensaba dar para solucionarlo y por qué seguía siendo sin ninguna duda la persona más cualificada para liderar la misión.

Escuchar a la persona con la que te has acostado la noche anterior describirle toda la experiencia a tu padre mientras estás ahí sentado como un niño al que le están echando la bronca es algo terriblemente incómodo, pero fue muchísimo peor observar morbosamente cómo Penelope intentaba darle la vuelta a aquella humillante situación. La apariencia de serena racionalidad que había logrado adoptar desde que el personal de seguridad se la había llevado diez minutos antes del centro médico, dando patadas y soltando alaridos, era tan frágil e inestable que resultaba doloroso estar en la misma habitación que ella.

La verdad es que se trataba de un llamativo giro en los acontecimientos, teniendo en cuenta que once minutos antes lo que más quería yo en el mundo era estar en la misma habitación que ella. En cualquier habitación de cualquier sitio.

Mi padre la escuchaba dándonos la espalda y mirando por la pared acristalada que daba a la plataforma principal, donde se encontraba el Aparato de Transporte Crono-Espacial, o sea, la máquina del tiempo. El gran reloj ya casi estaba llegando a cero: quedaban cuarenta y siete minutos para el momento que mi padre había anunciado a bombo y platillo un año atrás. Había una multitud de técnicos esperando instrucciones un tanto nerviosos, cuando tendrían que estar llevando a cabo los ajustes finales para el comienzo de la misión.

Recuerdo que pensé que todo aquello no era más que teatro. Sabía muy bien que mi padre había diseñado ese artilugio de modo que pudiera

manejarlo una sola persona. Si había tantos técnicos, era solo para dar espectáculo. Para que los inversores tuvieran la impresión de recibir lo que les correspondía por su dinero. Desde luego, cada una de las personas que se encontraban en la plataforma tenía una tarea específica, pero todas las funciones estaban automatizadas. Cuando los cálculos son tan precisos, las intervenciones humanas suponen un riesgo. El plan de mi padre siempre había sido manejar personalmente el panel de control. No confiaba en que ningún otro lograra hacerlo bien.

Estas son las cosas en las que piensas cuando tu futuro se está haciendo añicos delante de ti.

Mi padre interrumpió el incongruente monólogo de Penelope. Dijo que entendía su punto de vista pero que eso no tenía ninguna importancia. Los crononautas debían poder pensar con lucidez en situaciones de enorme tensión, en las que incluso un fallo en apariencia intrascendente puede tener resultados catastróficos. El hecho de que ella hubiera cometido un error tan desastroso precisamente aquel día suponía el final de su participación en el proyecto. No se podía confiar en ella, dijo. No era de fiar.

Muy agitada, Penelope dijo que era muy oportuno que yo fuera a reemplazarla. Yo, su hijo. Al oír eso, mi padre puso una cara de tremendo fastidio y dijo que de ninguna manera me mandaría a mí a la misión. El experimento quedaba postergado de forma indefinida.

Aquel era el día para el que mi padre llevaba trabajando tres décadas.

Yo no dije nada. Pero supongo que la expresión de mi rostro bastó para que se disparara. Después de treinta y dos años de frío desinterés, noté el calor de su furia. De niño, lo único que quería era que se preocupara por mí lo bastante como para enfadarse, pero ahora estaba realmente rabioso. Tenía un toque acuoso en los ojos que nunca le había visto antes. La piel de debajo de la barbilla se le puso tensa. Su voz subió una octava cuando empezó a gritar, lo cual en cierto modo atenuó el carácter tonante de su ira.

Lo que dijo, en esencia, es que deseaba que yo no hubiera nacido.

Que todo sería mejor si yo no existiera. Mi vida no tenía ningún valor. Era algo inútil, carente de sentido y de propósito. Y lo peor era que había estropeado la vida de quienes eran mejores que yo. Es decir, la suya y, en mucha menor medida, la de Penelope. Que mi madre tenía suerte de haber muerto antes de que mi condición de fracasado se revelara en su verdadera dimensión.

De repente, todo quedó claro: mi padre pensaba que lo que yo había hecho con Penelope tenía que ver con él. Que era un acto de agresión parricida. Él había ungido a Penelope Weschler. Ella era la líder de la misión, la crononauta frente a la que todos los demás parecían deficientes, y la noche antes del experimento en el que iba a cimentarse su legado científico, yo no solo había tenido relaciones sexuales con ella, sino que la había dejado embarazada. Como si estuviera tratando de apropiármela.

Para ser sincero, yo nunca me había imaginado que pudiera haber una espinosa raíz vengativa oculta en lo más profundo de mis anhelos y deseos. No, eso era demasiado retorcido incluso para mí, así que me ofendí de la hostia. A ver, mi arrogante, egocéntrico y aburridísimo padre quería quitarme el protagonismo de mi historia con Penelope, por supuesto. Quizá lo que más nos ofende son las verdades que no podemos admitir.

Decidí que había llegado el momento de plantear la pregunta fundamental de mi vida.

—¿Por qué me tuviste?

—Porque tenía trabajo que hacer —dijo mi padre— y tu madre se sentía sola.

Se suponía que aquel iba a ser un día especial en la historia de la humanidad. Y lo fue. Fue el día en que mi padre al fin se mostró sincero conmigo.

Mientras lo escuchaba despotricar y la mujer a quien yo amaba permanecía ahí sentada calculando cómo podía sacar provecho de la situación, tuve la sensación de que estaba viajando en el tiempo y había retrocedido a todos los momentos de mi vida en que mi padre podría haberse puesto como una fiera conmigo, o puesto de cualquier manera conmigo. Fue un destello fugaz de lo que podría haber sido si me hubiera criado junto a este padre, el sincero, en vez de junto al mentiroso, el genio, el fantasma.

Cuando me escapé de casa diecinueve días, eso era lo que estaba buscando. Pero lo que sucedió fue que mi madre me hizo un sándwich de queso fundido y se negó a hablar del tema. Mi padre entró en la cocina y, sin siquiera darse por enterado de que yo estaba de vuelta, cogió el sándwich, dando por hecho que era para él, y regresó a su estudio para comérselo al otro lado de esa puerta tan gruesa que siempre estaba cerrada. Mi madre se puso a llorar y yo la abracé y le pedí un montón de veces que me perdonara.

La irritación de mi padre se fue mitigando y Penelope trató de llevar la

conversación hacia lo fundamental que era que ella participara en la misión.

—Te has acostado con mi hijo —dijo mi padre—. Nunca vas a formar parte de esta misión ni de ninguna otra. Todo el mundo se va a enterar de lo que hiciste. Todo ha terminado para ti.

—Esta misión lo es todo para mí —dijo Penelope—. Por favor, doctor Barren...

—Desde este momento, llámame Victor —dijo él—. Ya no trabajas para mí.

No sé si él estaba intentando hacerle daño o si era simplemente que el halo externo de su enfado conmigo resultaba corrosivo para todos los que se acercaran, pero algo cambió en el interior de Penelope. Se quedó paralizada, con la cara pálida e inexpresiva y los ojos vidriosos y opacos. Había entendido.

Mi padre le dijo que redactara un informe final mientras él avisaba a los inversores de que, debido a un lamentable problema con el personal, el experimento quedaba pospuesto hasta nuevo aviso.

Lo estaba haciendo de verdad. Estaba cancelando el primer viaje en el tiempo. El mejor día de mi vida iba seguido del peor día de mi vida. Todo el mundo se enteraría. Todo el mundo se enteraría de lo que había pasado y nadie lo olvidaría jamás.

Penelope se marchó sin decir ni una palabra más. Yo me levanté para irme también, pero me dijo que todavía no había terminado conmigo. Ya no estaba enfadado. Era como si con el último golpe que le había asestado a Penelope hubiera expulsado toda su furia y ya pudiera volver a mostrarse distante y a tratarme con superioridad. Mi padre empezó a enumerar todos los motivos por los que lo había decepcionado a lo largo de los años: mi vulgar expediente académico, mi falta de intereses personales, mi inexistente trayectoria profesional, mi incapacidad para establecer relaciones social, cultural o al menos políticamente significativas. La verdad es que me sorprendió que se acordara de tantas cosas, ya que casi nunca parecía siquiera enterarse de que estábamos en la misma habitación.

Y entonces fue cuando me di cuenta de algo que estuvo a punto de hacerme explotar.

Penelope no iba a escribir un informe. No tenía nada más que decir. Iba a otro sitio, y se dirigía hacia allí sin perder un instante.

33.

A pesar de ser un genio, mi padre no tenía ni idea de por qué me lancé hacia la puerta. No había caído en lo que iba a hacer Penelope.

Salí corriendo por el pasillo, me torcí un tobillo al doblar una esquina demasiado rápido, me choqué contra una pared tan fuerte que me hice un moratón y bajé a toda prisa las escaleras con el pie hinchado, caliente y dolorido. Supe que tenía razón al escuchar ese zumbido de bajo profundo en cuanto se abrió la puerta que daba a la sala donde estaban las esferas de defusión.

Una de las esferas estaba en funcionamiento.

Me quedé clavado, con la mente más en blanco que nunca. Tal vez eso fuera lo que sintió Penelope cuando viajó al espacio. Oía el ruido de los que entraron en la habitación detrás de mí y a los técnicos gritándose que no se estaban respetando los protocolos de seguridad. Empezaron a sonar las alarmas igual que el día en que Penelope y yo nos vimos desnudos por primera vez. Pero eso había sido el principio de algo, y esto era el final.

Penelope salió de la esfera de defusión. La escotilla, no obstante, seguía cerrada. La atravesó andando, lo cual se supone que es imposible, porque las esferas de defusión están construidas con una aleación de alta densidad que suprime la inmaterialidad. O por lo menos eso es lo que sucede cuando las dosis se mantienen dentro de los márgenes de seguridad. Nadie ha visto nunca lo que ocurre fuera de esos márgenes.

Por eso todo el mundo se quedó en silencio cuando ella salió de la esfera. O mejor dicho, a través de la esfera.

Penelope no parecía distinta. Tenía ese extraño brillo que se te pone cuando estás en estado inmaterial, como si las moléculas intangibles de la capa externa de tu piel no pudieran interactuar como es debido con las moléculas coherentes del aire que te rodea. Pero al margen de eso, su aspecto era el mismo de siempre.

Salvo que nadie podía tocarla ni cogerla ni arrastrarla de nuevo a la esfera de defusión. No importaba que alguien se pusiera a gritar o a llorar o a suplicarle que no hiciera eso. No importaba que en aquel momento alguien se diera cuenta de que todo lo que nunca había sabido que quería se estuviera desmoronando. No importaba que por lo menos una de las células de ese fantasma que solía ser su cuerpo fuera de otra persona en un cincuenta por ciento.

No importaba porque lo que yo quería era inmaterial.

Podríamos haber hecho un montón de cosas. Podríamos haber traído una vida a este mundo lleno de prodigios y esa vida podría habernos cambiado a ambos, podría habernos hecho mejores, podría haber arreglado los relojes estropeados del interior de nuestra mente que no nos permitían ser felices cuando teníamos la felicidad al alcance de la mano. No era solo un *quién* lo que había dentro de Penelope. Era también un *dónde*, un lugar en el que ambos podríamos liberarnos al fin de las personas en las que nunca habíamos querido convertirnos porque esa es una cosa mágica que sucede cuando creas una vida: que cada decisión equivocada que has tomado se convierte en un paso necesario en el peligroso sendero que te ha llevado hasta tu hogar. Durante un breve instante, tuve un hogar. Era del tamaño de una célula, pero con eso bastaba para albergar todo lo que siempre había querido.

Me dejé caer al suelo y me quedé mirándola. Penelope me miró.

Se tocó el vientre. Me gusta pensar que en ese momento cambió de opinión y se dio cuenta de que quería tener a nuestro hijo y formar una familia.

Pero ya era demasiado tarde, por supuesto. Aunque hubiera querido volver a meterse corriendo en la esfera de defusión y revertir todo el proceso, ya no podía moverse. Se había quedado descompuesta. Sus neuronas ya no podían avivar sus músculos, sus músculos ya no podían mover sus huesos, sus huesos ya no eran huesos y su corazón, el corazón de nuestro hijo, ya nunca latiría en lo que había dejado de ser el útero de Penelope.

Se desvaneció delante de mí. Los dos. Se desvanecieron delante de mí. Ella tenía la mano en el vientre. Tenía los ojos congelados de terror, de arrepentimiento, de pena. Yo también.

Quise memorizar cada contorno de su cuerpo mientras conservara su forma, pero era imposible apartar la mirada de sus ojos. Sus moléculas se dispersaron en todas direcciones, a través de las paredes, del techo, del suelo, hasta que no quedó nada.

34.

No es que en mi mundo todo fuera perfecto. La gente también estaba jodida por la ansiedad y el estrés y los desajustes de la química neuronal. El empleo de los fármacos aumentaba sin freno, al igual que la angustia relacionada con el estatus. El poder también corrompía, la infidelidad también dolía, los matrimonios también se deterioraban. Había amores no correspondidos. La infancia podía ser un patio de juegos o una mazmorra. Algunas personas eran constitucionalmente malas en la cama y eso no podía cambiarse por mucha pornografía interactiva que consumieran.

Pero en el mundo basado en la energía ilimitada del Motor Goettreider, el petróleo era irrelevante; los recursos básicos, numerosos, y todo el mundo tenía acceso a las diversas mejoras tecnológicas, las principales y las secundarias. No todos elegían vivir en nuestra tecno-utopía global, y no es que no hubiera desacuerdos y posicionamientos diplomáticos tensos entre los países, pero las armas resultaban tan sofisticadas y la vida tan cómoda que no había habido un verdadero conflicto geopolítico en tres décadas. ¿Qué motivo había para entrar en combate?

Lo siento si esto suena un tanto ingenuo o maniqueo, pero así es como era.

El progreso de la ciencia era el factor más importante de motivación social, ya que incluso las teorías más arcanas podían llevarse a la práctica gracias a la abundancia de recursos. La religión apenas tenía sitio en la esfera pública. Cientos de millones de personas seguían siendo religiosas, pero era más bien una pose para darse aires. Del mismo modo, otros practicaban bailes populares o comían empanadillas.

La moralidad no había desaparecido dejando paso al nihilismo. Había gente amable, había gente grosera, había gente generosa, había gente avara, había gente valiente y gente cobarde, gente perspicaz y gente obtusa, gente abnegada y gente autodestructiva, gente obstinada y gente despreocupada, gente alegre y gente triste. También podías acabar a puñetazos si les decías

ciertas cosas a ciertas personas en ciertos bares. La gente que había sufrido tomaba a veces decisiones equivocadas. La gente inteligente hacía a veces cosas estúpidas. Pero todos los que lo desearan podían encontrar su lugar en el mundo.

¿Qué es la religión? ¿Qué es la filosofía? ¿Qué es el arte? Son las formas que adopta una pregunta: *¿por qué?*

Cuando vives en un mundo miserable, donde la injusticia y la desigualdad son sistémicas y las carencias alcanzan niveles tóxicos, la respuesta es esquiva e insatisfactoria. Y siempre hay algún reprochable *porque*. Porque así es la naturaleza humana. Porque eso es lo que genera el dinero. Porque lo ha decidido el gobierno. Porque hay unos titiriteros mágicos que nos manipulan desde su guarida celestial. El *porque* nunca es capaz de contestar realmente al *por qué*.

La diferencia existencial entre mi mundo y este mundo es que en el lugar de donde yo vengo el *porque* era evidente. Bastaba con echar un vistazo a tu alrededor. Nadie necesitaba preguntarse *por qué*. La respuesta resultaba obvia. Éramos felices. Nuestro objetivo era que las cosas siguiesen como estaban y, si podíamos, contribuir de alguna manera, mejorarlas de modo que fueran un poco mejores para aquellos que nos sucederían, igual que habían hecho los que nos habían precedido.

Sí, me doy cuenta de que esta es una definición bastante buena de lo que es la ideología: un sistema de creencias tan abarcador que hace que las preguntas se vuelvan imposibles de plantear.

No era perfecto. Se cometían errores. Se producían accidentes. Se frustraban las ambiciones. La gente sufría. Había madres que morían. Había hijos que no podían comprender por qué sus padres no los querían. Había mujeres que se quedaban embarazadas y no querían a sus bebés. Había suicidios.

Pero era un buen mundo, un mundo sensato, en el que miles de millones de seres humanos vivían unas vidas que valían la pena. Algunos eran egoístas, otros eran altruistas, y la mayoría era un poco de cada. Ninguno de ellos merecía lo que les hice.

35.

Me desperté en un hospital con las ideas dispersas y confusas. Al principio pensé que me había quedado sordo, pero era por los amortiguadores de sonido que había en el cubo esterilizado de recuperación. Mis ojos tardaron un buen rato en enfocar, como si las ondas de luz que avanzaban por mis nervios ópticos estuvieran crispadas a causa del tráfico. Debía de haberme puesto completamente histérico para que me dieran una cantidad tan alta de calmantes. Quizá todo lo que sucedió después fuera porque los médicos se equivocaron con la dosis. Quizá los escáneres cerebrales que me hicieron habían desestabilizado mis niveles endocrinos. Quizá ninguna de las decisiones que tomé a partir de entonces fuese una auténtica decisión.

Pero ¿acaso alguna de nuestras decisiones es una auténtica decisión? El cerebro es una densa tormenta eléctrica en la que los rayos caen chisporroteando sobre un kilo y medio de carne húmeda. ¿Acaso existen las decisiones conscientes, o todo son respuestas instintivas decoradas con un toque de lógica medio deforme?

Definitivamente no me planteaba esta clase de preguntas mientras la neblina química se iba disipando y regresaba la plúmbea realidad. Penelope ya no existía. Nuestra célula ya no existía. El genio de mi padre estaba en ruinas. Su laboratorio había sido abandonado. La misión había quedado pospuesta indefinidamente. El equipo al completo, los crononautas, los técnicos, los asesores, mi padre, todos estaban aislados en unas suites para que no pudieran comunicarse con nadie mientras los abogados se preparaban para la investigación pertinente, previendo que habría numerosas sanciones legales, que muchas reputaciones quedarían manchadas, que el gobierno tomaría medidas severas, que las empresas exigirían auditorías y que los viajes en el tiempo se estancarían durante una generación.

Es sorprendente el daño que puede causar un pene.

36.

En el lugar de donde yo vengo, la gente tenía una relación distinta con las autoridades. Gracias a los sintetizadores de alimentos, los recicladores de ropa y las torres de viviendas conectadas, nadie carecía de comida ni de abrigo ni de techo. Los delitos contra la propiedad prácticamente no existían porque todo estaba codificado y podía localizarse con facilidad, de modo que si robabas algo, no podías usarlo ni llevártelo a ningún sitio. Las enfermedades mentales y los problemas por abusos de drogas existían, pero se consideraban problemas sanitarios. Las drogas podían sintetizarse en los centros de salud locales, de modo que podías tener problemas con la espuma amplificadora o padecer un trastorno dulce-binario o volverte adicto a la morfocaina e irte a dormir debajo de un puente si eso era lo que querías, pero nadie lo hacía.

No era un mundo rebelde. Quizá esto parezca soso y, no sé, muy poco punk rock, pero es que el punk rock jamás existió en mi mundo. El punk rock no fue necesario.

Esto no significa que la entropía nunca creara cierto caos en el sistema, sino que cuando lo hacía, la mayor parte de la gente esperaba a que las autoridades controlasen de nuevo la situación y todos volviéramos a disfrutar de la seguridad y la comodidad y la abundancia. Todas nuestras necesidades materiales las gestionaban unas corporaciones muy atentas con un excelente servicio de atención al cliente, así que los gobiernos electos se dedicaban sobre todo a la supervisión legal, a la seguridad pública, a los acuerdos de comercio internacional y a que todo estuviera preparado por si ocurría algún desastre. La gente confiaba en el sistema.

Por eso me resultó muy fácil marcharme del hospital aunque se suponía que al salir tenía que volver a ponerme bajo custodia policial. Nadie me detuvo porque no vivíamos en la clase de sociedad donde la gente incumple los protocolos deliberadamente.

Tumbado en el cubo insonorizado de recuperación, uno suele estar sereno y a gusto, pero yo me encontré a solas con mis propios pensamientos y me sentí como si me hubieran enterrado vivo. Mi cerebro era incapaz de hacer una evaluación ordenada de la situación, como si se hubiera cerrado para evitar contaminarse. ¿Acaso el cerebro puede formar una costra sobre un recuerdo, como hace la carne con una herida? Desde luego, el mío iba a intentarlo.

Abrí el cubo y examiné la habitación estrecha y sin ventanas donde me habían puesto. No había ningún guardia. Nadie pensaba que yo necesitara vigilancia. Reconstituí mi ropa y empecé a recorrer el pasillo. Los técnicos médicos estaban todos ocupados con sus pacientes, y los pocos que me vieron dieron por hecho que si me marchaba del hospital, era porque tenía permiso para hacerlo. Con tanta presión no podía mantener mi actitud indiferente. Estaba muy conmocionado. Me hervía la sangre. Tenía el corazón en llamas. Pero el dolor que me inflamaba los nervios no lograba abrirse paso hasta mi mente entumecida.

Frente al hospital había una gran plaza con zona de aterrizaje para coches planeadores, dársenas para cápsulas transportadoras y plataformas de teletransporte. Cientos de personas iban de un lado a otro. Se dirigían al trabajo, visitaban a sus pacientes, se hacían pruebas, llevaban a sus parejas, recogían a sus familiares, cotilleaban con sus colegas, charlaban con sus amigos, flirteaban con desconocidos: un nudo fractal de la vida cotidiana. Bajo la luz de la tarde, nadie era consciente de mi devastación.

Observé los coches planeadores que volaban por encima de mi cabeza. Como se ven desde abajo con tanta frecuencia como desde arriba, la parte inferior de los coches planeadores está diseñada para resultar tan atractiva como la superior: tienen unos tubos iridiscentes como costillas brillantes y unos protectores para los motores antigravitatorios con forma redondeada que sueltan destellos lánguidos y energéticos al mismo tiempo. Me di cuenta de que no me acordaba de lo que le había ocurrido al conductor del coche planeador que había matado a mi madre ni al resto de sus tripulantes. No podía recordar sus rostros ni sus nombres. ¿También habrían sufrido heridas? ¿Habrían estado ingresados en el mismo hospital que yo acababa de dejar? ¿Habrían venido al funeral y se habrían quedado detrás del resto de la gente, sintiéndose incómodos, sin saber si expresar sus condolencias personalmente o permanecer callados y avergonzados en la periferia? ¿Cómo se sentirían por

lo que le habían hecho a mi familia? Su presencia era como una sombra proyectada en un juego de luces, unas personas que habían cambiado radicalmente mi vida pero a las que había olvidado por completo.

Sonreí amablemente a todo el mundo mientras cruzaba la plaza y me metí en una cápsula transportadora.

No podía entender lo que estaba haciendo. No tenía ningún plan. Tenía doce años de nuevo y estaba a punto de escaparme. A algún sitio donde nadie pudiera encontrarme jamás.

37.

Volví a mi apartamento. No me preocupaba que la policía viniera a buscarme, así que viajé en transporte público y entré por la puerta principal a plena luz del día. No me estaba escondiendo. Me estaba escapando. Son cosas diferentes.

No había nada que tuviera que llevarme, pero quería hacerme una limpieza corporal y reconstituir mi ropa. En el dormitorio fue donde lo vi: un pelo de Penelope. Con eso bastaba para hacer incubar una androide genéticamente exacta, una muñeca sexual con la piel suave y las entrañas calientes y una inteligencia artificial complaciente. Le haría lo que yo quisiera cuando yo quisiera, y sería igualita a Penelope.

Y si me parecía que era demasiado dócil y le faltaba espontaneidad, podía entrar en una página para ligar y encontrar a alguna desconocida voluntariosa que aceptara venir a mi casa tras haberse puesto el maquillaje digital (una proyección de imágenes en tiempo real que se aplicaban virtualmente a su rostro). Podía tener el aspecto de quien yo quisiera, podía tener el aspecto de un tigre o un delfín o un ganso, si eso era lo que me ponía, pero sería un ser humano vivo e impredecible a quien, por sus propios motivos curiosos y personales, esos juegos de rol le resultarían satisfactorios.

O podía escanear una imagen de Penelope y meterla en uno de los innumerables algoritmos para buscar citas y encontrar a alguna mujer que se pareciera todo lo posible a ella y decir lo que hiciera falta para que ella se enamorara de mí y emplear suplementos de feromonas comprados en el mercado negro para crear unos vínculos hormonales entre nosotros y tal vez incluso ir minando su confianza en sí misma hasta que creyera que lo de la cirugía cosmética había sido idea suya y casarme con ella y tener un hijo y así vivir hasta la vejez un simulacro de la vida que acababa de disolverse delante de mí.

Lo que estoy diciendo es que hubo un momento en que se me presentaron

otras opciones. No eran opciones sensatas. Eran opciones insensatas. Extrañas, retorcidas, autodestructivas. Pero eran opciones cuyas consecuencias se limitaban a un radio emocional muy próximo a mí. Podría haberlo mantenido todo dentro de un ámbito privado.

Pero no lo hice.

Tal vez, con tiempo suficiente, habría salido adelante. Habría cavado un pozo y lo habría enterrado todo allí y habría construido algo nuevo encima. Pero no pensé en esa clase de tiempo.

38.

En el laboratorio reinaba una atmósfera fantasmal. Como yo solía llegar tarde y marcharme pronto, estaba acostumbrado a que siempre hubiera muchísima gente. Pero ahora el sitio estaba vacío.

Mi padre había concebido su artilugio para viajar en el tiempo de modo que tuviera un diseño elegante y fuera fácil de manejar. Que incluso un idiota pudiera usarlo. O un hijo profundamente decepcionante.

Si construyes una máquina que necesita a cincuenta personas para funcionar, ¿qué ocurre si algo sale mal durante un viaje al pasado? Supongamos que el equipo que participa en la misión queda incapacitado por algún motivo y las vidas de sus miembros —y el futuro del proyecto, el futuro de todo— dependen de un superviviente herido o desorientado que tiene que poner en marcha el protocolo bumerán de emergencia para que los traiga de nuevo al presente. Por muy compleja y sofisticada que sea su maquinaria y por mucho que haya que calibrarlo con una precisión absoluta, el aparato es fácil de usar porque tiene que serlo.

No sonó ninguna alarma cuando me sometí a un escáner para poder entrar. Como ya he dicho, en el lugar de donde yo vengo las autoridades no funcionaban de ese modo. Nadie querría entrar en el laboratorio con fines malvados. No teníamos competidores entre las empresas ni rivales entre los científicos. Mi padre era un pionero en un campo en el que apenas había colegas. Y los que había estaban contratados y trabajaban para él.

Ni siquiera en el exterior de la sala abovedada y semejante a un hangar donde se encontraba el artilugio había seguridad extra. Se asumía que nadie querría cruzar las puertas correderas, entrar en aquel lugar frío y aséptico y ponerse delante de esa máquina cuya construcción había costado miles de millones y de la que se esperaba que generara billones, si no tenía un buen motivo para hacerlo. Cuando se construyeron las instalaciones, las circunstancias actuales —el proyecto aparcado, la líder del equipo muerta, el

legado de mi padre en harapos— no podían preverse.

Y sin embargo, ahí estaba yo.

El Aparato de Transporte Crono-Espacial no es demasiado grande, teniendo en cuenta lo que hace. Tiene un eje central en torno al cual se sitúan unas literas ovaladas para los seis tripulantes que se sostienen por medio de unos brillantes aparejos metálicos y están flanqueadas por unos cuadros de mandos luminosos y rebosantes de posibilidades.

Lo encendí.

Una máquina que no se usa nunca es como un bebé que nunca va a nacer.

39.

Lionel Goettreider no vivió para ver el futuro que había inventado. Tanto él como los Dieciséis Testigos del experimento original murieron antes de que pasaran tres meses debido a las cantidades inesperadamente altas de radiaciones tau que emitió el Motor al encenderse. Goettreider no previó lo poderoso que resultaría su invento. Ni lo letal que sería para los asistentes a su puesta en marcha.

No importaba qué expresiones mostraron esos célebres rostros en el momento en que el futuro hizo erupción gracias al artefacto de Goettreider — las caras del escéptico, el asombrado, el distraído, el entretenido, el celoso, el enfadado, la pensativa, el asustado, el indiferente, el preocupado, la entusiasta, el sereno, el agobiado, la cansada, la descarada y el sabio—; los dieciséis sufrieron unas radiaciones fatales. La degradación hematopoyética dio lugar a la anemia aplásica, las divisiones celulares irregulares, las deformaciones genéticas, las licuefacciones gastrointestinales, la insuficiencia circulatoria, los daños neurológicos catastróficos, el coma, las oraciones y la muerte.

Goettreider fue el primero en morir. Moisés a punto de llegar a la tierra prometida. Los demás lo siguieron, uno tras otro, como mártires de la ciencia.

Si en el lugar de donde yo vengo hay una religión, es la del sacrificio ante el altar de los descubrimientos. Lionel Goettreider dio su vida para que el mundo pudiera convertirse en un paraíso que estaba más allá de lo que él había podido imaginar. El hecho de que su sacrificio fuera fortuito se considera algo poético.

Volver al 11 de julio de 1965 resultaba práctico porque el rastro de radiaciones que dejó el Motor original es una ligadura con el pasado, unas migas de pan hechas de átomos semidegradados que trazan un camino — como en el juego que consiste en unir los puntos para crear una figura— hasta las coordenadas espacio-temporales exactas en que surgió mi mundo.

Pero esa misma serie de átomos es también un rastro de sangre, o de veneno, o de poesía, porque es la misma radiación que mató a Goettreider y a los Dieciséis Testigos.

Eso es lo que hace que el Motor Goettreider original sea distinto de cualquier otro, y por eso es el único que podemos seguir a través del espacio y el tiempo, el único que tiene un defecto fatal, un fallo que fue reparado en los modelos posteriores gracias al sacrificio involuntario de esas dieciséis personas que moran en el templo sagrado de nuestro glorioso futuro.

Viajar en el tiempo para contemplar la creación de mi mundo no es solo un experimento científico o una curiosidad histórica. Es también una investigación criminal. Implica presenciar el nacimiento del futuro y la muerte de la persona que lo hizo posible.

Siempre me ha llamado la atención el hecho de que ese visionario impresionante muriera porque se subestimó. Si el Motor no hubiera sido un invento histórico de tanta magnitud, Goettreider habría sido un fracaso inmenso.

Lo que le confiere interés a una representación artística de la Activación no es la reacción de los Dieciséis Testigos, que con el tiempo se han convertido en estereotipos, sino la expresión que el artista decide ponerle en la cara a Lionel Goettreider en el momento en que este muestra su invento al mundo. ¿Escéptico? ¿Asombrado? ¿Distraído? ¿Entretenido? ¿Celoso? ¿Enfadado? ¿Pensativo? ¿Asustado? ¿Indiferente? ¿Preocupado? ¿Entusiasta? ¿Serenos? ¿Agobiado? ¿Cansado? ¿Descarado? ¿Sabio? La decisión del artista con respecto a este revelador detalle lo dice todo sobre su obra.

El verdadero motivo por el que mi padre quería visitar ese momento en concreto era observar la cara de Goettreider justo antes de que encendiera su invento, para ver si reconocía esa expresión en el espejo. Es decir, para averiguar si Victor Barren y Lionel Goettreider eran tan parecidos como él pensaba.

Yo también tengo curiosidad, porque resultaron ser más similares de lo que mi padre preveía: dos genios que se equivocaron en el cálculo de algo fundamental, lo cual tuvo unas consecuencias imprevistas que acabaron con el mundo tal como lo habían conocido y lo cambiaron para siempre.

El error fatal de Goettreider fueron las radiaciones tau que lo mataron. El de mi padre fui yo. Yo fui su error fatal.

40.

Atravesé el laboratorio vacío hasta llegar a los vestuarios de los crononautas, donde había unos compartimentos privados para que nos quitáramos la ropa y unas taquillas para dejar nuestros objetos personales. Abrí la taquilla de Penelope. No había casi nada. Su traje de piel estaba metido en su mochila de gel estéril para que nada lo contaminara antes del viaje en el tiempo que ella nunca emprendería. Había un uniforme de repuesto cuidadosamente doblado en el estante junto a un bolso lleno de gomas para el pelo para su característica coleta. Y había algo más: un reloj de bolsillo muy antiguo.

No sé cuánto tiempo me quedé ahí de pie, pero al cabo de un rato empecé a sentir estremecimientos en todo el cuerpo y a sollozar de manera incontrolable y me tuve que sentar. Cogí el reloj de bolsillo y me puse a acariciar su fría superficie metálica con los dedos.

Unas seis semanas antes habíamos hecho una simulación con el protocolo bumerán de emergencia de la máquina del tiempo para ver cuánto tardaríamos en manejarla manualmente si por algún error de cálculo nos quedábamos en el espacio exterior sin poder volver. Penelope logró rescatar al equipo al completo en cada uno de sus intentos. Yo me las apañé para matar a toda la tripulación unas cuantas veces. En la sesión para comentar los resultados, Penelope me dijo que en vez de planteárselo como un único procedimiento que tenía una importancia vital, lo dividía en una serie de tareas individuales, una por segundo, y las iba contando mentalmente a medida que las realizaba. Cada segundo era para ella una unidad individual de tiempo, como para un reloj antiguo que marcara los distintos instantes con un ritmo fijo.

Al día siguiente, llevé al laboratorio el reloj de bolsillo que me había encontrado cuando fui con mis amigos a aquella ciudad abandonada y se lo enseñé, como un perrito que le lleva la pelota a su amo. Le expliqué que no

funcionaba pero que a lo mejor conseguía que alguno de los técnicos me lo arreglara.

—No les pidas eso —dijo Penelope—. O bien se enfadarán porque un sustituto les haga perder el tiempo, o bien pensarán que si te dicen que no, se lo contarás a tu padre.

—Ah —dije yo—. Claro. Sí, tienes razón.

—Dámelo a mí —dijo ella—. Si yo les pido que lo hagan, ni siquiera les parecerá que es un favor.

Le di el reloj y nunca volví a mencionarlo. Me imaginé que aunque alguna vez recordara esa conversación, para ella no sería nada prioritario.

El reloj que tenía en la mano hacía tictac. Los segundos se convirtieron en minutos y los minutos en horas mientras yo estaba ahí sentado pensando en qué significaba que Penelope lo hubiera hecho arreglar pero no me lo hubiese devuelto. Volví a meterlo en su taquilla y cerré la puerta. Abrí mi taquilla, me quité la ropa, abrí la mochila de gel y me puse mi traje de piel. Sabía lo que tenía que hacer.

Yo iba a conseguir ser lo que ella no había podido ser: el primero.

41.

Todavía hay un montón de cosas que no os he contado sobre el lugar de donde yo vengo.

El aire. No es como el de aquí. Tiene algo ligero y natural, algo de barco que navega por un gran lago y no por el océano con su fuerte olor a algas, algo limpio, dulce y vacío. A nadie se le ocurrió quemar carbón después de 1970, por lo que la atmósfera estaba libre de cualquier residuo acre. Es una de esas cosas que solo notas cuando no estás acostumbrado, como cuando se arroja un pez de agua dulce al mar y se le queman las branquias debido a la sal.

Y de la ingeniería botánica, bueno, no tenéis ni idea. Casas hechas por completo de árboles que filtran el aire orgánicamente, generan electricidad por medio de los ciclos naturales de descomposición en el suelo y producen frutas y verduras frescas en las paredes de la cocina. No eran lo más habitual, pero uno podía alquilarse una para las vacaciones. Y alguna gente vivía en ellas durante todo el año.

Se eliminaban muchas preocupaciones porque cada vez que conocías a alguien podías hacer un escáner rápido y conseguir una serie de datos correlacionados para saber si encajabais mejor como amigos, amantes o esposos, o si era preferible que no llegara a conoceros. Pero no tenías por qué hacer lo que te recomendaran esos datos. Mucha gente no les hacía ni caso, a veces con resultados estupendos, a veces con consecuencias nefastas. Incluso podías averiguar si la persona sobre la que estabas preguntando había ignorado con anterioridad los datos resultantes de estas evaluaciones, y si le había ido bien o mal al hacerlo.

Podría seguir y seguir, haciendo una lista de cosas que a lo mejor os parecen bastante guais o espantosamente tecnocráticas, dependiendo de vuestra manera de ser, pero supongo que entendéis por dónde va la cosa.

O quizá no lo entendáis. Hablo de la maravilla banal y cotidiana que

producen todas estas cuestiones. Yo nunca había pensado sobre el aire que respiraba. Nunca había pasado las vacaciones en una de esas casas arbóreas. Los perfiles hechos a base de datos me parecían útiles, pero mi dispositivo predilecto era un detector de feromonas que emitía un suave *ping* cuando la mujer con la que estabas interactuando soltaba una ráfaga de hormonas de la atracción, de modo que sabías que por lo menos tenía el suficiente interés como para seguir hablando contigo.

Incluso esto —redactar una narración palabra por palabra, simulando que no sé cómo termina— me resulta muy extraño. Salvo que uno sea, como mi madre, un entusiasta lector de novelas, alguien que disfruta de que lo lleven de la mano, como a un niño, a través de un laberinto de setos, en el lugar de donde yo vengo casi todos los entretenimientos narrativos son, al menos pasivamente, interactivos, y consisten en emplear la misma tecnología para el rastreo neuronal que permite que tu simulador virtual de ambientes te despierte de la manera más suave posible por la mañana. Cada historia está personalizada de un modo único, teniendo en cuenta tus deseos, miedos, preocupaciones, singularidades y manías, que pasan a formar parte de una trama preestablecida que se asemeja a un esqueleto en torno al cual tu pequeño y curioso cerebritito hiciera crecer un cuerpo irrepetible.

El concepto de *déjà vu* es parte imprescindible de la paleta narrativa: la incómoda sensación de que ya has oído la historia pero no logras ubicarla. Ese malestar extraño e intenso es uno de los mayores placeres de nuestra forma de contar historias, pero aquí prácticamente no existe. Aquí la gente se queja cuando cree saber hacia dónde va un relato. Como si la trama fuera lo más importante. En este mundo, las mismas palabras aparecen siempre en el mismo orden, siguiendo las excentricidades particulares del autor. Al escribir, tengo la sensación de que esta historia es sobre mí. En mi mundo, todas las historias son siempre sobre los lectores.

Lo siento. Ya lo sé, soy como esas personas horribles que en la primera cita se pasan todo el tiempo hablando sobre sus ex e insisten en que lo hacen para que puedas conocerlas mejor, en vez de admitir que no pueden evitarlo. No quiero que termine esta parte de mi historia, pero ya es hora.

42.

En el reloj que marcaba la cuenta atrás se podía leer 00:00:00. Se había acabado el tiempo.

En el Aparato de Transporte Crono-Espacial había seis literas, una para cada miembro de un equipo estándar de crononautas. Con mi traje de piel puesto, me instalé en la litera prediseñada para Penelope o su adjunto para contingencias: yo. Podría mentir y contaros que sufrí unos breves remordimientos, o al menos que me lo pensé un instante, pero lo cierto es que estaba demasiado conmocionado.

Actuaba por instinto, pero no de autoconservación. Quería venganza, ahora lo veo, aunque en aquel momento lo habría llamado justicia. Lo cual es una reacción histérica y melodramática, ya lo sé, pero me encontraba en un estado históricamente melodramático.

De haber podido, habría regresado en el tiempo lo justo para salvarle la vida a Penelope. Con medio día me habría bastado. Por desgracia, la máquina del tiempo no funciona de ese modo. Puede que sea el objeto tecnológico más sofisticado que ha concebido la mente humana, pero sigue siendo solo un prototipo. Aunque supiera reprogramar su código de navegación espacio-temporal, cosa que desde luego no sé hacer, el artilugio había sido construido deliberadamente con un único destino.

Así que no, no podía salvar a Penelope. Pero podía terminar lo que ella había empezado.

Iba a conseguir algo que mi padre no podría quitarme jamás. Iba a ser el primer ser humano que viajara al pasado. Incluso aunque después me demandaran o me detuvieran o, no sé, me ejecutaran —pero, a ver, ¿es ilegal viajar en el tiempo?—, se trataría de un logro permanente. No importaba quién más lo hiciera; yo siempre sería el primero.

Teniendo en cuenta que esos podían ser los últimos momentos que pasaba con vida, no me tomé el tiempo que quizá me habría tomado si hubiera

podido pensar racionalmente. Lo cierto es que no pensaba en absoluto. Llevaba a cabo una serie de tareas que había practicado muchas veces. Había dado comienzo a la secuencia de acciones sin vacilar, contándolas segundo a segundo y siguiendo un ritmo constante, como ella me había enseñado. Resulta que durante esos cientos de horas de entrenamiento y simulaciones, no solo le había estado prestando atención a Penelope.

El procedimiento de acceso al aparato para viajar en el tiempo está dividido en tres partes: hay que hacerse un escáner genético, hay que introducir un complejo código secreto y hay que apretar un gran botón rojo. La parte biológica, la intelectual y la física.

Puse en marcha la máquina del tiempo.

No hay ningún fenómeno visual o auditivo que esté específicamente asociado con los viajes en el tiempo. Pero a mi padre le preocupaba que los primeros en emplear su invento se sintieran decepcionados si no había algún toque dramático. Desde el punto de vista científico, no tenía ningún sentido. Era puro teatro. Como si retroceder en el tiempo no fuera lo bastante guay para los selectos clientes que pretendían atraer quienes habían financiado las investigaciones de mi padre.

Por ello, se contrató a un equipo de psicólogos para que averiguaran cómo lograr que la gente se implicara emocionalmente en la experiencia. Su propuesta consistió en un zumbido melodioso y un brillo de luz cálida que oscilaba con suavidad.

Esos psicólogos eran buenos en su trabajo. Cuando comenzaron ese zumbido y ese brillo, mi pena y mi rabia y mi turbación desaparecieron. Me sentí sereno y esperanzado y libre.

Y me di cuenta con total claridad de que aquella era una idea espantosa.

Pero ya era demasiado tarde. A ver, ese zumbido de mierda y ese brillo de mierda me habrían sentado fenomenal *antes* de encender la máquina, no justo *después* de hacerlo.

Sentí una fuerte tensión en el cerebro, como si se estuviera contrayendo como un caracol en su concha. Tuve la sensación de deslizarme torpemente sobre hielo, de ir en caída libre esperando un duro impacto contra el suelo que nunca llegaba a ocurrir, de estar suspendido en ese momento en que la gravedad derrota al equilibrio. Me parecía que la sangre se me había vuelto pesada y espesa y que mis venas y arterias se combaban como una cuerda de tender sobre la que hay toallas mojadas. Las uñas de mis manos y pies se

estremecían y doblaban como si estuvieran creciendo a una velocidad impresionante, curvándose en círculos de queratina blancuzca. Me latían los ojos, llenos de una clase de luz equivocada, mientras el sirope viscoso de su interior comenzaba a hervir. Noté ciertos sabores extraños en la lengua: el sabor del té amargo, el del limón podrido, el de la hierba dulce, el de los labios de Penelope. Tuve la impresión de que el pelo me empezaba a crecer hacia el interior de la cabeza, atravesándome el cráneo y enrollándose en las dendritas. O tal vez fuese que las dendritas habían comenzado a crecer hacia fuera, surgiendo de mi cráneo como la piel delicadamente fibrosa de una estrella de mar.

Todo era muy, muy extraño.

Y después desaparecí.

43. Resumen: capítulos 1-42

Tom Barren vive en el mundo en el que deberíamos vivir. La utopía tecnológica concebida por la optimista ciencia ficción de los años cincuenta se convirtió en realidad cuando, en 1965, un científico llamado Lionel Goettreider inventó una forma radicalmente nueva de producir energía, una energía limpia, potente e ilimitada. Impulsados por el Motor Goettreider, los avances científicos se multiplicaron. En 2016 todo el mundo tiene todo lo que necesita para disfrutar de una vida feliz y llena de comodidades. Como todas las tareas cotidianas han sido automatizadas o sintetizadas, la mayoría de la gente trabaja para perfeccionar lo único que sigue teniendo importancia: el entretenimiento.

Como casi todo el mundo, Tom trabaja en un laboratorio. Su jefe es su padre, Victor Barren, un genio pionero en un campo de lo más vanguardista: el de los viajes en el tiempo. Los aspectos científicos de su investigación son radicales y brillantes, pero con el fin de lograr la financiación privada y la autorización gubernamental que necesita para llevar a cabo sus experimentos, Victor vende su proyecto como turismo de gama alta.

Cuando la madre de Tom, Rebecca Barren, muere en un accidente, Victor, llevado por la culpa y la pena, le ofrece a Tom un trabajo. La relación entre padre e hijo es tensa desde hace mucho tiempo, ya que Victor siempre ha estado muy ocupado con sus importantes investigaciones y Tom siempre ha estado muy ocupado siendo una decepción permanente.

Tom comienza a entrenarse junto a Penelope Weschler, la líder del equipo que debe realizar la primera misión en el campo de los viajes en el tiempo, de modo que pueda ocupar el lugar de ella en el improbable caso de que a Penelope le surja algún problema insuperable.

Tom no tarda en enamorarse perdidamente de Penelope. Da por hecho que ella no siente ningún interés por él, ya que por lo general lo ignora. Pero Penelope tiene muchos más conflictos de los que la gente cree. Lo que ocurre

es que se le da muy bien ocultarlos.

La noche previa a la misión, Tom y Penelope tienen un encuentro en una recepción organizada por las empresas que financian el proyecto. Se van a la cama juntos. Es la mejor noche de la vida de Tom.

Pero el día siguiente es el peor de la vida de Tom. En el escáner rutinario previo al comienzo de la misión, Penelope descubre que él la ha dejado embarazada, lo cual la elimina automáticamente de la lista. Como Tom es su sustituto oficial, ella lo acusa de haberlo hecho a propósito. Victor, furioso y avergonzado por el hecho de que el trabajo de toda su vida se vea amenazado por la irresponsabilidad de su propio hijo, se desahoga con ambos y pospone la misión. Al ver que los logros profesionales que tanto esfuerzo le ha costado alcanzar están hechos jirones, humillada, Penelope hace algo horrible: se quita la vida.

El proyecto se cancela de forma indefinida. El laboratorio queda abandonado hasta que se resuelvan todos los problemas legales. Conmocionado, lleno de pena por Penelope y de rabia contra su padre, Tom decide llevar a cabo la misión. Se cuelga en el laboratorio y pone en marcha la máquina del tiempo.

44.

Al materializarme en el pasado, lo primero que noté fue una fuerte sinestesia: se me revolvieron todos los sentidos, el tacto se convirtió en gusto y luego en olfato y luego en oído y luego en vista y luego en tacto, y después todo se contrajo sobre sí mismo, como cuando se echa una gelatina en un molde. Aunque el invento de mi padre consigue que el viaje en el tiempo parezca instantáneo, sientes una patada en las vísceras que hace que un teletransporte rutinario a la Luna parezca un masaje en los pies. Acabo de convertirme en el primer viajero en el tiempo de la historia, pero la verdad es que no termino de sentir la grandeza del momento porque estoy esforzándome al máximo por no vomitar el desayuno de 2016 en el suelo de 1965.

Tardo unos segundos en recuperar el equilibrio y en orientarme, y entonces me doy cuenta: me encuentro en el laboratorio donde dio comienzo el futuro. Todo el edificio, por supuesto, se ha conservado como museo, con el Motor Goettreider original funcionando en el laboratorio del sótano de cincuenta metros cuadrados y carente de ventanas que hay en la sección B7 del Centro Científico y Tecnológico del Estado de San Francisco. Pero visitarlo en mi época, evidentemente, no es lo mismo que estar aquí ahora.

Noto el olor de un producto de limpieza industrial que asciende desde las baldosas melladas del suelo. La iluminación, unas bombillas incandescentes que cuelgan de unos soportes metálicos, es cálida y constante y proyecta un brillo cobrizo sobre todas las superficies. La tecnología es de última generación para su tiempo, pero a mí me parece encantadoramente arcaica. Es como presenciar una cirugía cardíaca que se lleva a cabo con unos palos afilados con piedras.

Y ahí está el Motor Goettreider. Es grande y tosco en comparación con las versiones elegantes y refinadas que, durante sus últimas semanas de vida, Goettreider diseñó para que se construyeran después de su muerte. El

armazón es de acero mate, templado a mano por Goettreider para que satisfaga todas sus necesidades. Los rollos de absorción forman unas bobinas de filamentos elásticos. Los diales tienen unas flechas de verdad que no dejan de oscilar y los contadores tienen unos números minúsculos perforados en anillos metálicos que giran en torno a un eje. Las palancas son grotescamente grandes y difíciles de manejar y las salidas de los conductos de ventilación no se diferencian demasiado de las chimeneas de la época victoriana. El elemento clave, el Emisor Radiométrico de Campos de Impulsión, es lo único que parece mínimamente moderno, porque sus formas innovadoras, con los grados de cada ángulo indicados y sus pétalos ondulantes y sus segmentaciones interconectadas, llegaron a ser muy influyentes en el diseño contemporáneo y, partiendo del laboratorio, se extendieron por distintos campos como la arquitectura, el diseño industrial, la moda, el arte, la cocina... Por todas partes, en realidad.

Ahí, en esa habitación, y al mirarla de frente, la máquina que cambió el mundo parece ridículamente artesanal. Es un milagro que Goettreider obtuviera alguna reacción de los observadores congregados que no fueran miradas desdeñosas.

Su obra se consideró vagamente interesante desde un punto de vista teórico, pero no demasiado prometedora. Un burócrata que apenas tenía la autoridad necesaria para aprobar pequeñas subvenciones se había quedado deslumbrado con Goettreider porque había rellenado los impresos administrativos de manera escrupulosa y sin saltarse ni un detalle, y el burócrata era un hombre que apreciaba el papeleo prolijo por encima de cualquier otra virtud.

El Motor Goettreider en sí mismo es bastante compacto, pero los conductos de ventilación y refrigeración que lo rodean forman un denso entramado que ocupa mucho espacio. Su función es estar siempre listos para reducir la marcha del aparato si este funciona mal y liberar de manera segura toda la energía que se haya acumulado en su interior, de modo que el Motor no estalle, por ejemplo, lo cual podría suponer la destrucción del mundo entero.

Cuando empiezo a tomar conciencia de dónde me hallo, me doy cuenta de que no estoy solo. Hay alguien inclinado sobre un cuaderno, garabateando unas ecuaciones con un lápiz. Reconozco el cuaderno antes de reconocer al hombre, porque lo he visto en una vitrina del Museo Goettreider. Se trata del

cuaderno en el que Lionel Goettreider anotó sus últimos cálculos antes de encender el Motor.

Eso significa que la persona que está escribiendo esas famosas cifras con un lápiz amarillo medio mordisqueado es Lionel Goettreider.

45.

Lionel Goettreider no era famoso cuando murió, y sus restos incinerados se lanzaron al fuerte viento del estrecho Golden Gate, que los depositó en el océano Pacífico. Por lo tanto, al principio nadie sintió el menor interés por su opinión sobre nada que no fueran las especificaciones técnicas para emplear el propio Motor. Más adelante, por supuesto, surgió una robusta industria global de afirmaciones y resúmenes a partir de cualquier cosa que hubiera dicho y que recordaran sus escasos amigos y colegas, personas que querían que se supiera que lo habían conocido.

Nacido en la ciudad danesa de Aarhus en 1923 —en la Dinamarca de mi mundo hay, no sé, como unos quince días festivos dedicados a él—, Lionel Goettreider creció en un hogar de clase media. Su madre era danesa y su padre polaco, y tenía dos hermanos menores. La suya fue una infancia feliz y agradable, enturbiada solo por los ataques de paranoia delirante que sufría su padre de vez en cuando. Cuando los alemanes invadieron Dinamarca en 1940, la paranoia de su padre se volvió menos delirante: de verdad había alguien que lo perseguía. Pero bueno, la vida continuó. A los diecisiete años de edad, Lionel recibió una beca para estudiar en el Instituto de Física Teórica de la Universidad de Copenhague, de modo que, cuando el gobierno danés se rindió a los nazis y su padre enloqueció de miedo, Lionel se trasladó a Copenhague y empezó a vivir con su tía y a estudiar con el fundador del instituto, el físico y premio Nobel Niels Bohr, su ídolo.

El 29 de septiembre de 1943, Bohr recibió el aviso de que los nazis estaban planeando un ataque masivo contra los judíos daneses el 1 de octubre, al dar por hecho que todos se encontrarían en sus casas celebrando el Rosh Hashaná. Bohr partió de inmediato con rumbo a Suecia, donde, según cuenta la leyenda, convenció al rey Gustavo V para que colaborara con el rey danés, Cristián X, y rescataran a los judíos de Dinamarca. Entre los más de siete mil judíos que llegaron a Suecia atravesando el estrecho de Øresund en queches

de pesca, botes de remo y kayaks se encontraba Lionel Goettreider. Su rescate fue un inmenso regalo para el mundo, pero para él fue un acontecimiento trágico y amargo.

Cinco meses antes, su padre se había enterado por medio de unos amigos de que en Polonia habían reunido a los judíos y les habían prometido asilo si cooperaban, pero al final los habían metido en campos de concentración. Su padre convenció a su madre de que la familia tenía que huir de Dinamarca antes de que fuera demasiado tarde. Lionel, que estaba muy concentrado en sus estudios y pensaba que el rey danés lo iba a proteger porque Bohr insistía en que lo haría, se negó a marcharse con sus padres y hermanos cuando estos pagaron a unos pescadores para que los llevaran clandestinamente hasta Escocia a través del mar del Norte. Lionel nunca volvió a saber nada de ellos. Después de la guerra, descubrió que una lancha patrullera alemana había interceptado el barco y su familia había sido enviada al campo de exterminio de Chelmno, en Polonia, que no estaba lejos de Łódź, la localidad natal de su padre. Por lo tanto, Lionel Goettreider se salvó por confiar en un hombre con corona.

Unos días después de llegar a Suecia, cuando todavía creía que su familia se encontraba a salvo en Escocia en vez de en una fosa común en el bosque de Rzuchow, Lionel Goettreider estaba acostado en el campo, junto a la granja donde se alojaba, mirando las estrellas. Era una noche fría y clara. Empezó a pensar en que la guerra parecía el fin del mundo, pero en realidad, por muy mal que se trataran unos a otros los seres humanos, el movimiento de la Tierra a través del sistema solar no se veía afectado en absoluto: su órbita no sufría el menor cambio, era inalterable, constante, eterna. Se sentía totalmente desamparado, solo en un país extranjero, pero encontró consuelo en el hecho de que el planeta no cesara de girar. Y no solo consuelo; también *energía*.

Y en aquel momento, Lionel Goettreider tuvo una idea.

Al acabar la guerra, hizo el máster en Oxford y el doctorado en Stanford, y se quedó en San Francisco hasta su muerte, en 1965. Ahí fue donde se fundó en 1972 el Instituto Goettreider de Física Avanzada, que empezó a proporcionarles a los científicos jóvenes más brillantes y ambiciosos del mundo la formación que necesitaban para volverse incluso más brillantes y ambiciosos. Entre ellos se hallaba Victor Barren, quien hizo dos de sus tres doctorados allí. Si tuviera que precisar el momento exacto en que mi padre

me dio por perdido definitivamente, diría que fue el día en que rechazaron mi solicitud para entrar en el Instituto Goettreider. Él era uno de los antiguos alumnos más estimados, y sin embargo no podían hacer una excepción por su único hijo. Fue entonces cuando me fui de la unidad habitacional de mis padres, me instalé en el apartamento del piso ciento ochenta y cuatro y comencé a estudiar en la Universidad de Toronto.

Cuando le preguntaban por las experiencias que había tenido durante la guerra, lo único que decía Lionel Goettreider era que Niels Bohr le había salvado la vida. Solo regresó a Dinamarca una vez, en 1962, para asistir al funeral de Bohr. Y parece que nunca más volvió a confiar en nadie. Sus pocos amigos en realidad no eran más que los colegas que lo trataban con amabilidad. Vivió siempre solo. No se casó ni tuvo hijos. Lo que tuvo, en lugar de relaciones con otras personas, fueron las infinitas posibilidades que le brindaba su mente y el deseo inagotable de construir un mundo mejor.

Por lo menos eso es lo que enseñan en todos los colegios del planeta.

46.

En 1965, Lionel Goettreider tenía cuarenta y dos años. No era un avejentado sumo sacerdote de la ciencia. Más bien un hombre que ya no era joven, pero tampoco tan mayor.

Tenía una cara alargada y angulosa, los pómulos marcados, una nariz curvada que parecía resultado de una pelea a puñetazos de hacía años, los labios gruesos y arqueados, el pelo castaño, rizado y abundante y unas cejas hirsutas que asomaban por encima de las gafas, cuyas lentes siempre presentaban manchas de dedos cerca de los bordes. Los iris de sus ojos eran tricolores, con un anillo azul, uno verde y uno marrón. Tenía unas pestañas largas y una arruga constante y profunda en el entrecejo. Medía algo más de metro ochenta y era ancho de hombros pero desgarbado, con brazos y piernas desproporcionadamente largos para su torso.

Estas son algunas de las cosas en que te fijas cuando estás de pie justo delante de la persona más importante de la historia de la humanidad y él no puede verte porque estás envuelto en un campo de disrupción que hace que los fotones se desvíen alrededor de tu cuerpo, volviéndote invisible tanto para la cámara como para el ojo.

Pero de repente surge algo que yo no había tenido en cuenta: el olor.

Lionel Goettreider arruga la nariz. Inspira bruscamente y recorre el laboratorio con la vista. Ha olido algo extraño. Doy un paso atrás, sobresaltado, porque lo que ha olido soy yo.

Es inconcebible que a mi padre se le haya pasado por alto algo tan elemental como el olor, pero entonces me acuerdo de que yo debería ser inmaterial. Mis moléculas deberían estar descorporeizadas, ser intangibles y, por lo tanto, inodoras. Pero en un acto de negligencia no me metí en la esfera de defusión antes de retroceder en el tiempo. Eso significa que, aunque soy invisible, puedo tocar cosas. Y no hace falta que quiera hacerlo: las moléculas de mi cuerpo interactúan con las moléculas que hay a mi alrededor. Si fuera

inmaterial, los compuestos volatilizados y transportados por el aire que emana mi cuerpo pasarían a través de los receptores olfativos de la nariz curvada de Lionel Goettreider sin que él los detectara. Pero no soy inmaterial.

Durante toda mi vida, todo el mundo esperaba que hiciera algo espectacular para demostrar que era el hijo de mi padre. Bueno, pues al final lo hice, solo que fue algo espectacularmente estúpido.

Cometí un error muy, muy grave.

Al alejarme de él choco contra una mesita sobre la que hay una taza de café y hago que se derrame un poco. Un hilillo de café cae sobre el suelo de porcelana blanca, dejando un rastro en la superficie metálica gris verdosa de la consola.

Goettreider también lo ve. La arruga que tiene sobre la nariz se extiende hasta llegarle a las cejas, y los surcos del entrecejo se hacen más profundos. En torno a la base de la taza se forma un charco de café. Él la levanta, limpia el líquido con la mano y se la seca en su bata blanca almidonada. Mira a su alrededor, inquieto.

No sé si fue el trauma emocional causado por el suicidio de Penelope lo que hizo que no me metiese en la esfera de defusión o es solo que soy un maldito imbécil. El hecho de que el aparato para viajar en el tiempo pudiese siquiera encenderse sin confirmar mi inmaterialidad indica que mi padre cometió un error importante, lo cual me proporcionaría un placer mucho mayor si no estuviera haciendo un gran esfuerzo para no volverme loco.

Busco un lugar donde no pueda tocar nada ni a nadie. Pero el problema no son solo los actos voluntarios. Mi cuerpo es un torbellino de reacciones autónomas: al calor, a las hormonas, a los gases, a los productos químicos, a las radiaciones. Trato de formular algún plan pero mis ideas se limitan a una combinación tóxica y efervescente de arrepentimiento, pánico y odio hacia mí mismo, como si alguien hubiera agitado una botella de agua con gas y me la hubiera vertido en el cerebro. Tengo la extraña sensación de que mi mente se ha duplicado, triplicado, cuadruplicado, como si sufriera una especie de tartamudeo cognitivo o de eco o... Bueno, supongo que en esto consiste el miedo. No hay duda de que he llevado una vida muy resguardada porque me resulta muy difícil, en situaciones de peligro, armarme de valor y hacer lo que tengo que hacer.

Me estaba fallando la mente, como me había sucedido tantas veces, pero en esta ocasión no había nadie que pudiera rescatarme de mí mismo. No

había ninguna madre con cara de tristeza llamando a la puerta para llevarse a casa a su lúbrico y fugitivo hijo. Era muy parecido a ese momento en que te das cuenta de que ya no estás soñando, de que estás despierto en tu cama y es la hora de levantarse para ir al trabajo. Solo que en este caso mi trabajo consiste en escaparme a todo trapo del pasado.

Hay un recoveco, en un rincón, formado por dos mesitas que no acaban de tocarse. Desplazándome lo más despacio posible, me meto ahí como puedo y trato de recobrar el aliento antes de que todo se me vaya aún más de las manos. Sin querer, piso un morral de cuero con las hebillas metálicas desabrochadas que está tirado en el suelo. En su interior hay una caja, envuelta en papel de regalo y con un lazo satinado. Reconozco ese morral. Es el de Goettreider. Ha quedado tan asociado a él que nunca pasará de moda. Pero el regalo que tiene dentro es un detalle que nunca había visto en ninguna de las simulaciones. Está bien centrarse en los pequeños detalles en vez de en el cuadro completo. Que, por cierto, muestra que estuve muy cerca del desastre total.

47.

El principal problema para saber con exactitud cuál es el impacto cognitivo que tiene un viaje en el tiempo sobre un ser humano es que nadie ha hecho uno nunca. Cabría preguntarse por qué mi padre no podía realizar una prueba, o sea, mandar a los crononautas un minuto atrás, o una hora, o un día, y hacer unas mediciones y unos cálculos y confirmar que por lo menos es moderadamente seguro. Sería un viaje en el tiempo igualmente, ¿no? ¿Acaso eso no es lo bastante impresionante?

Bueno, pues está claro que no. Algunos de los asesores más prudentes de mi padre planteaban estas cuestiones de vez en cuando. Pero mi padre los despedía de inmediato acusándolos de carecer del coraje necesario para una iniciativa tan novedosa y recomendándoles que se fueran a venderle su cautela a algún otro laboratorio.

Yo vengo de un mundo donde lo imposible sucede con demasiada frecuencia. Por ello, el experimento de mi padre, que también era su legado, no podía ser solo exitoso. Tenía que ser también espectacular. Tenía que causar sensación. Tenía que ser uno de esos gestos desenvueltos y visionarios que nadie olvida jamás. Tenía que ser una misión para presenciar el experimento científico más importante de la historia de la humanidad, porque mi padre quería que sus investigaciones se compararan con algo de ese calibre. Su objetivo era asegurarse de que los apellidos Barren y Goettreider aparecieran en la misma frase la mayor cantidad de veces posible.

Y aquí estoy yo, testigo de un gran acontecimiento histórico y cumpliendo el sueño de autoexaltación de mi padre, pero mi lamentable y decepcionante cerebro es capaz de estropear incluso esto, mi única gran oportunidad de dejar una huella permanente, y se pierde en oscuros callejones sin salida llenos de cuestiones tangenciales, recuerdos y estupideces. Es difícil creer que he pasado meses entrenándome para esto junto a Penelope, lo bastante cerca de ella como para oler la lila y el azahar de su pelo cuando el poderoso

sistema de aire acondicionado me traía esos aromas. Mis ideas dan vueltas sobre sí mismas, huecas y a la deriva, guiadas por un sistema de navegación defectuoso, como el que guiaba al coche planeador que mató a mi madre.

Vine aquí para hacer algo que nadie ha hecho nunca. Para ser el primero. Para hacer historia convirtiéndome en un testigo de la historia. En algún lugar de la neblina fractal de mi embarullada conciencia aparece un imperativo fuerte y claro, procedente de las profundidades de mi mente, resultado de mi entrenamiento como crononauta: concéntrate. Concéntrate en la información concreta. En lo que ves. En lo que oyes. En lo que hueles. En lo que saboreas. En lo que tocas. Lo que sientas no tiene importancia. El dolor no tiene importancia. La pena, la rabia, la humillación, el amor, el asombro, nada de eso tiene importancia. Concéntrate en lo que es real.

Lo que es real es que te has metido en un lío. Lo que es real es que has cometido un error. Lo que es real es que esta es una oportunidad para estar a la altura de un gran desafío, aunque se trate de un desafío creado por tu propia estupidez.

48.

Lionel mira a su alrededor, extrañado por ese movimiento fantasma. Pero antes de que pueda seguir investigando, una mujer entra por la única puerta del laboratorio, una gruesa puerta de acero con un pesado pestillo que ella coloca en su lugar. La reconozco al instante. Es la testigo descarada.

Se llama Ursula Francoeur y es profesora de Física en la Universidad de Stanford, la primera profesora titular de Física que han tenido, si no recuerdo mal lo que me enseñaron en las clases de historia del instituto. Es la mitad de la única pareja de casados que hay entre los Dieciséis Testigos. Su marido es el testigo celoso, Jerome Francoeur, el burócrata que aprobó la financiación del proyecto de Goettreider. Por qué un encargado de subvenciones federales para ciencia y tecnología podría sentir celos de un científico desconocido, aunque sea en el momento de su inesperado éxito, es uno de los múltiples misterios duraderos de ese momento histórico cuya capacidad de fascinación no decrece nunca.

Se me está ocurriendo que es un poco raro que Ursula Francoeur haya cerrado la puerta con pestillo —según afirma la historia, apenas se conocen— cuando Lionel Goettreider la mira y le sonrío de una manera muy extraña. Ansiosa. Premeditada. Cargada de sentido. Se trata de una sonrisa que transmite muchas cosas.

Y entonces presencio algo que nunca he oído ni visto en ninguno de los innumerables análisis biográficos, debates científicos, vuelos de la fantasía o representaciones virtuales, algo que es evidente que nadie se ha planteado siquiera antes de que ocurriese delante de mí.

Lionel y Ursula se besan.

49.

No es un primer beso. Es un beso lleno de ansiedad, de tensión, de deseo, entre dos bocas que se conocen muy bien.

¡Joder! Sé que para vosotros esto no significa nada, fuera de contexto, pero a mí me ha dejado de lo más impresionado. Nadie, a ver, nadie sabe que Lionel Goettreider y Ursula Francoeur tenían, bueno, supongo que es una aventura. ¿Por eso ella tiene esa expresión de descaró? ¿Por eso su marido tiene esa cara de celoso? ¿Qué habría significado esto para Goettreider si su experimento hubiera fracasado, si hubiera vivido, si alguno de ellos hubiera sobrevivido?

Ni siquiera durante sus últimas semanas, cuando Goettreider y la mayoría de los demás testigos habían muerto debido a las radiaciones, ninguno de los dos Francoeur mencionó nada que pudiera sugerir que Ursula tenía una historia romántica con Lionel y que Jerome lo sabía.

Pero ahí están, compartiendo un momento en secreto unos pocos minutos antes de la hora a la que está programado el experimento. Y no es un besito rápido y ya. Se están enrollando. Me siento como si fuera un perverso, ahí de pie, observándolos, pero es demasiado impactante como para mirar hacia otro lado.

Aunque esto sea lo único que vea en el pasado, ya voy a cambiar para siempre los estudios académicos sobre Goettreider. La expresión de su cara cuando paran de besarse... A ver, cualquier colegial ha visto miles de imágenes distintas del rostro de Goettreider, pero puedo afirmar sin ninguna duda que ninguna de ellas es de lascivia.

—Van a llegar de un momento a otro —dice Ursula—. Voy a quitar el pestillo.

—¿Vendrás esta noche? —le pregunta Lionel.

—No puedo —dice ella—. Creo que sabe que pasa algo.

—¿Entre nosotros?

—No —dice ella—. Que me pasa algo a mí. No lo puedo evitar. No puedo irme a casa y tocarlo después de haber estado contigo. Me he vuelto distante. Irascible. No se merece eso.

—Tampoco te merece a ti —dice Lionel.

—Sabes que odio que hables así. Esto no es una telenovela. Es mi vida.

—También es mi vida —dice él.

—No es lo mismo —dice ella.

—Tienes razón. Perdona. Sé que tú tienes mucho más que perder. Pero si este experimento sale bien...

—¿Es que no crees que vaya a salir bien?

—No lo sé —dice él—. Mis cálculos, los resultados que obtengo, todo parece imposible. Pero tu marido dice que me retirarán la subvención si no presento nada tangible. Algo que se pueda publicar. Aunque no funcione, por lo menos tendré algún descubrimiento real en vez de un montón de teorías garabateadas en un papel.

—Ya sabes que Donald Hornig le hace mucho caso a Jerome...

—A Hornig lo nombró Kennedy. Johnson no escucha a sus consejeros científicos porque todos están en contra de la intervención en Vietnam. Lo dice todo el mundo.

—Esto no tiene nada que ver con Hanói —dice Ursula—. Tiene que ver con la Luna. Si consigues generar al menos una pequeña parte de la energía que pretendes crear, podrías hacer una contribución importantísima a los programas Géminis y Apolo. Ese es el legado que quiere dejar Johnson, el que todos los hombres, mujeres y niños de la Tierra podrán ver solo con mirar al cielo por la noche.

—Ursula, ¿por qué crees que tu marido me iba a ayudar a convencer al presidente? —dice Lionel.

—En serio no entiendes nada de política, ¿verdad?

—Pues no. Mi mente no funciona así —dice él.

—Me encanta cómo funciona tu mente —dice ella—. Y otras partes de tu cuerpo también.

Están de pie, muy cerca. Sus cuerpos parecen imanes complementarios. Ursula mira a la puerta cerrada con pestillo. Sabe que debería abrirla.

—Un montón de gente le ha preguntado qué es lo que haces aquí abajo —dice ella—. Va a traer a algunos técnicos.

—¿Algunos? ¿Cuántos?

—No lo sé —dice ella—. Diez o doce, creo.

—O sea que si la cosa esta falla, voy a quedar como un auténtico idiota.

—Tú solo intenta que no salte por los aires media ciudad —dice ella.

—Más bien sería medio continente —dice él.

—Por favor, dime que estás de broma.

—Estoy bastante de broma.

—Bueno, pues si va a llegar el final, me alegro de lo de anoche —dice Ursula.

—Yo también —dice Lionel.

Vuelven a besarse.

Se oye un ruido procedente del pomo de la puerta. Los ojos de Ursula sueltan destellos de alarma. Lionel le señala la boca, el pintalabios corrido. Ella saca una barra del bolso y vuelve a pintarse los labios, comprobando qué aspecto tiene en la superficie reflectante del revestimiento de acero del Motor. Lionel se limpia la boca con el dorso de la mano.

Lionel abre la puerta y comenta, avergonzado, que el pestillo está todo pegajoso. Jerome Francoeur entra en la habitación con una sonrisa educada en el rostro, sonrisa que se desdibuja cuando ve que su mujer ya está en el laboratorio, y que comienza a saludar a los demás diciéndoles lo entusiasmada que está porque van a ver lo que ha estado haciendo Goettreider.

Entran en fila el escéptico, el asombrado, el distraído, el entretenido, el enfadado, la pensativa, el asustado, el indiferente, el preocupado, la entusiasta, el sereno, el agobiado, la cansada y el sabio. La descarada se sitúa junto al celoso y lo coge del brazo mientras charla con los demás.

Es domingo. El resto del edificio está vacío, lo cual indica qué pocas expectativas despertaba el experimento que cambió el mundo. Todos estaban muy ocupados durante la semana y nadie quería perder el tiempo con el oscuro invento de un científico desconocido. Los documentos históricos dicen que los asistentes acudieron por curiosidad profesional y leal devoción a los elevados ideales de la investigación científica. Pero debido a que transmiten impaciencia por mucho que se comporten educadamente y a que Ursula actúa con la exagerada amabilidad de una anfitriona, queda claro que en realidad están aquí para quedar bien con la esposa del hombre que firma los cheques que financian sus experimentos.

Dicho hombre, Jerome Francoeur, mira a Lionel de reojo. La expresión de

su cara es parecida a la que se te pone cuando tienes una palabra en la punta de la lengua y no logras recordarla.

Lionel evita mirar a los ojos a nadie. Garabatea algo en su cuaderno, estudioso, con el ceño fruncido. Y entonces se percata de que tiene una mancha de pintalabios en el puño de su camisa, de cuando se limpió la boca. Mira la mancha y, en un acto reflejo, mira a Jerome, que a su vez mira a Lionel y ve la mancha. Lionel Goettreider puede ser un genio, pero no es un tipo demasiado tranquilo.

Desvía los ojos hacia otra parte, intenta concentrarse en sus cálculos. Jerome le aprieta el brazo a Ursula con tanta fuerza que la distrae de su cháchara. Cuando ella se vuelve hacia su marido, él rehúye su mirada.

50.

Lionel no hace caso a la gente. Tiene las sienes empapadas en sudor. Observa una serie de diales y es entonces cuando ve algo... raro. Le da unos golpecitos a uno de los diales. Frunce el ceño.

—¿Va todo bien, señor Goettreider? —pregunta Jerome.

—Por supuesto —dice Lionel—. Es solo que necesito hacer las últimas comprobaciones.

—Todo el mundo tiene muchas expectativas en relación con su aparato —dice Jerome—. Venimos con ganas de que nos deslumbre.

—Jerome, por favor, ten paciencia —dice Ursula.

—El pueblo norteamericano ha pagado todo esto —dice Jerome— y mi deber es asegurarme de que su inversión ha valido la pena.

Los observadores intercambian unas miradas incómodas, aunque es difícil saber si se sienten avergonzados por Lionel o incómodos porque Jerome está actuando como un gilipollas.

Lionel enchufa un dispositivo en la consola, un tubo Geiger-Müller modificado, diseñado por él mismo para evaluar la frecuencia de desintegración de las ondas radiactivas. Tiene la idea de que el Motor puede generar tipos de radiación desconocidos hasta el momento y necesita identificarlos y catalogarlos. Las primitivas bombillas de colores del dispositivo se encienden y sus sensores comienzan a emitir chirridos y crujidos agudos, detectando una radiación de procedencia no identificada. Lionel hace unos cálculos apresurados en una hoja y, muy tenso, le pide a Ursula que se acerque a echar un vistazo. Murmuran algo entre ellos, en voz demasiado baja para poder escucharlos desde donde estoy, pero entonces parece que la curiosidad de Ursula supera a su discreción.

—¿Cómo es posible? —dice—. Ni siquiera lo has encendido todavía.

Es una pregunta excelente. ¿Cómo puede emitirse una clase desconocida de radiaciones si el Motor aún no ha sido activado? Y la respuesta soy yo.

Demasiado tarde, recuerdo que la inmaterialidad no es solo para evitar que los crononautas derramen el café de las tazas. Es para garantizar que nada procedente del futuro pueda estar físicamente presente en el pasado. Por ejemplo radiaciones desconocidas, claro.

51.

Estoy indeciso entre la necesidad angustiosa de regresar al presente antes de joder algo irrevocablemente en 1965 y la fascinación absoluta ante todo lo que estoy presenciando. De todos modos, me doy cuenta de que quizá ya he jodido algo irrevocablemente en el pasado, en cuyo caso es posible que mi presente ya no exista.

Pero no, el hecho de que yo exista en 1965 significa que 2016 tiene que seguir ahí, porque yo tengo que haber venido de alguna parte... ¿Verdad? Uno se da cuenta de que está pasando un día de mierda cuando las cuestiones ontológicas se convierten en una cuestión de vida o muerte.

Mi padre incorporó al aparato para viajar en el tiempo unos dispositivos de seguridad para permitir un regreso automático al punto exacto del espacio-tiempo del que yo había partido. Se trata de lo que los crononautas llaman «el protocolo bumerán» porque..., bueno, la verdad es que no sé por qué. Quizá se llame así simplemente porque suena guay. Los dispositivos de seguridad deberían hacer que me rematerializara en el laboratorio de mi padre un minuto después de mi partida. A ver, dando por hecho que el Motor Goettreider no falle cuando lo enciendan, tal vez porque sin darme cuenta he alterado el delicado equilibrio de su mecanismo interno con alguna energía que se me haya podido quedar adherida durante mis viajes en el tiempo, y desintegre medio continente, incluyendo la parcela de Toronto donde se construirá el laboratorio de mi padre.

Por lo tanto, se me ocurre que debería esperar al menos a ver lo que pasa cuando Lionel apriete el interruptor antes de volver como un bumerán a un futuro que quizá ya no exista.

52.

Lionel parece tener plena conciencia de que el estado de ánimo dominante de la habitación está pasando de la curiosidad a la impaciencia. Alguien le pregunta a Jerome cuánto va a durar todo esto y Jerome se encoje histriónicamente de hombros y sonríe con suficiencia, disfrutando del fracaso que se avecina.

Esperaba presenciar un momento trascendental de la historia de los descubrimientos humanos, cargado de presagios y de grandeza, pero lo que encuentro es una desconsiderada historia de infidelidad y politiqueros de cuarta categoría. La mente de Goettreider podrá ser la más impresionante de la historia, pero su frente está llena de sudor frío.

—Todo va bien —dice Lionel—. Los niveles no son tan altos como para afectar al experimento.

Lo que no sabe es que acaba de descubrir las radiaciones tau: precisamente el rastro que he seguido al retroceder en el tiempo, esa clase de energía exclusiva del Motor Goettreider que destella entre mis moléculas y, de manera paradójica, anuncia su presencia unos minutos antes de aparecer por primera vez en el mundo. Así que sí, la he cagado pero bien.

Ursula vacila pero ocupa su asiento. No está claro si lo que la perturba son esos niveles de radiación o la mirada furiosa y violenta de su marido, a cuyo lado se sienta. Lionel se dirige a los observadores que se han congregado en su laboratorio y les dedica una sonrisa tensa y forzada.

—Gracias por asistir a lo que espero que sea una demostración muy instructiva —dice—. Creo que el señor Francoeur ya les ha explicado a todos la esencia de mi trabajo y ya han demostrado bastante paciencia esperando mientras ajustaba el equipo, así que me limitaré a decir que *si*, y me doy cuenta de la relevancia de ese *si* condicional, que si mi teoría se confirma y la rotación constante del planeta puede aprovecharse y convertirse en una fuente de energía eficaz y sólida, puede ser de gran ayuda para nuestras futuras

empresas. Por supuesto, no espero demasiado del experimento de hoy, pero al menos debería indicar que en mis teorías hay algo que vale la pena seguir investigando.

No hay ningún documento en el que esté registrado lo que dijo Goettreider antes de encender el prototipo. No tenía ninguna nota escrita. Habló improvisando. Los diversos testigos transmitieron lo fundamental de lo que dijo durante las semanas siguientes antes de morir, pero todos eran científicos y ninguno prestó mucha atención a sus palabras antes de que pusiera en marcha el aparato y los dejara a todos asombrados con lo que este desencadenó. En las décadas que siguieron, miles de escritores trataron de imaginar aquel breve discurso, imbuyéndolo de pompa y aseveraciones proféticas, de aspectos políticos y consecuencias filosóficas. Los eruditos analizaron minuciosamente todas sus posibilidades. Los poetas lo representaron como algo inconmensurable y asombroso.

Y yo acabo de oírlo tal como fue en realidad, prudente y modesto, sobre un trasfondo de moderada autoestima. Siempre ha sido motivo de intensos debates el hecho de si Goettreider sospechaba o no lo que estaba a punto de lograr, pero yo ahora estoy aquí, escuchando sus palabras, viendo la manera en que se comporta, y está muy claro que aun cuando sus ambiciones eran elevadas, sus expectativas no lo eran tanto. Da la impresión de que lo que quiere evitar por encima de todo es la humillación pública.

Ursula mira a Lionel con ternura y asiente para animarlo. Él examina la consola para asegurarse de que todo está en orden. Respira profundamente, levanta una ceja en un gesto cómico ante los observadores y sube la palanca de activación para encender el Motor Goettreider.

53.

Sigo acurrucado en el recoveco, detrás de los observadores, así que tengo unos treinta segundos para recolocarme antes de que el Motor comience su ciclo operativo si quiero ver las caras de los testigos que hay aquí reunidos y no perderme sus célebres reacciones.

Un cosquilleo me dice, desde el fondo de mi mente, que estoy seguro donde estoy, aunque no tenga la mejor vista del experimento y sus observadores, y que la mejor manera de asegurarme de que no interfiero en los acontecimientos que van a tener lugar es quedarme quieto. Por desgracia, la razón no puede nada contra la vanidad y la curiosidad.

Cuando el artilugio se pone a acelerar y los rollos de absorción comienzan a crujir, salgo de mi escondite y me sitúo en el extremo de la habitación opuesto al que ocupa Lionel, todavía con la mano en la palanca de activación, para tener una vista clara de los observadores. Todos exhiben expresiones similares, entre un vago interés y una vaga indiferencia. Salvo Ursula, que tiene muy tensos los músculos de la mandíbula y aprieta los dientes en un gesto de evidente temor.

El Motor va cogiendo velocidad y emite un ruido sordo que hace que mis órganos internos tiemblen como si fueran de gelatina. Los objetos que están sueltos, como la taza de café que hice derramarse, empiezan a vibrar. Unos pocos observadores esbozan unas medias sonrisas nerviosas, aunque desde luego ahora todos prestan atención. Lionel mira fijamente su invento con la mano en la palanca, listo para apagarlo si las cosas van por mal camino, pero fascinado por lo que podría suceder a continuación.

Lo que sucede a continuación es que una columna de humo brillante y centelleante sale de los rollos de absorción y se extiende por todo el laboratorio, envolviendo a los observadores en una espiral de luz plateada.

Algunos de los presentes gritan. Otros levantan las manos para protegerse. Los demás se quedan mudos, impresionados. Ursula se ríe, alegre, encantada.

La columna de humo no les hace ningún mal, aunque todo el mundo tiene los pelos de punta, como si el cabello le hubiera perdido el respeto a la ley de la gravedad.

Otra columna de humo brillante recorre la habitación sin causar daños.

Y es entonces cuando veo los dieciséis rostros. No son exactamente como suele contarse. El escéptico en realidad no entiende lo que ve. El asombrado probablemente no lo estuviera tanto, aunque tiene los ojos muy abiertos. El distraído estira un brazo para tocar la columna de humo mientras el entretenido se aparta de ella. El enfadado solo está molesto por la luz. La pensativa se da cuenta de que está presenciando algo sin precedentes, al igual que el asustado, pero a él no le gusta lo que ve. El indiferente está más bien sorprendido y el preocupado parece sentir más curiosidad que preocupación. Se diría que la entusiasta le da a lo que ocurre más importancia de la que tiene, y que el sereno le da menos. Es difícil distinguir al agobiado de la cansada. El sabio parece sobre todo una persona impresionable, mientras que el celoso es justo eso. Y a la descarada no se la ve por ninguna parte, pero hay una testigo orgullosa.

Otra brillante columna de humo plateado surge del Motor. Se lanza a toda velocidad hacia donde estoy yo. Es hipnótica. Desde cerca, veo que en el interior de la espiral de energía —como el molusco que se mete en sí mismo y que ha llegado a simbolizar todo lo que nos aportó el genio de Goettreider — el efecto brillante se debe a que la espiral mayor está hecha de incontables espirales menores, que a su vez se componen de espirales minúsculas. Hay una infinidad de ellas girando sobre sí mismas más allá del nivel subatómico, y cada una es un hilo rotatorio de energía pura que abre la puerta hacia un futuro que los testigos congregados solo han visto en las páginas de las revistas baratas de ciencia ficción. Están sobre todo avergonzados, pero también algo emocionados, ya que no pueden evitar preguntarse qué falta ahora para que sus vívidas ensoñaciones pasen a formar parte de la vida real. Como ocurre con el simulador virtual de ambientes que me guía cada mañana hasta el estado de conciencia, en este momento todos han sido transportados hasta un limbo vaporoso entre la semivigilia del pasado y el semisueño del futuro. Aún no lo sabían, pero el Motor Goettreider sería el medio por el que sus sueños más audaces acabarían formando parte del mundo.

—¡Dios mío! —dice Lionel.

Todo el mundo lo mira. Yo lo miro. Y me doy cuenta de que él me está

mirando a mí.

Me doy cuenta de que me ve.

Me ve porque esa espléndida columna de humo brillante que tanto me ha fascinado ha anulado el campo de invisibilidad que me ocultaba a la vista. Disfrutaría, pues, del hecho de que haya otro error colosal en el magnífico plan de mi padre si no estuviera ocupado sufriendo un ataque de pánico. Lionel Goettreider está ahí de pie, rígido y pálido, con la mirada fija en el fantasma que lo mira con la boca abierta desde la otra punta de su laboratorio.

Resulta que soy el decimoséptimo testigo: el idiota.

54.

Toqueteo como puedo el comando de reinicio de emergencia que hay en el panel que llevo en la muñeca y logro volverme de nuevo invisible antes de que los Dieciséis Testigos giren la cabeza hacia donde estoy.

—¿Han visto eso? —pregunta Lionel—. ¿Alguien ha visto eso?

—¿Si hemos visto qué? —dice Ursula—. Lionel, ¿qué teníamos que ver?

—Así que ahora lo llamas Lionel —dice Jerome.

Del Motor surge otra columna de humo. Nadie sabe hacia dónde mirar. Delante de ellos está teniendo lugar el experimento más importante de la historia de la humanidad y todos están examinando el espacio vacío donde me encuentro yo, a punto de poner en marcha el protocolo bumerán de emergencia y salir del pasado como alma que lleva el diablo.

Todo el mundo sabe lo que ocurre a continuación.

Tras la pirotecnia inicial, el Motor se estabiliza. Con un ademán ostentoso, Goettreider enchufa una bombilla para demostrar que su invento genera energía. La bombilla brilla con fuerza, con demasiada fuerza, se sobrecarga y estalla. Salen unos finos rayos eléctricos que chamuscan el techo de hormigón. Se va la luz en todo el edificio, y después en la manzana, y después en el barrio, y después en la ciudad, y después en el continente. Pero en la oscuridad, en medio de la confusión, el Motor sigue girando, chupando una cantidad de vatios inimaginable, y llena rápidamente la batería de alta capacidad que Goettreider había preparado por si se daba el improbable caso de que su artefacto funcionara. Cuando se pasa el frenesí desatado por el apagón, aparecen múltiples equipos, de jurisdicciones que se solapan, para examinar el invento, y cuando concluyen las investigaciones pertinentes, primero los Estados Unidos, después Canadá, después México y América Central y después la mayor parte del resto del mundo se conectan al prototipo, que sigue funcionando sin cesar hasta que se establece una red de motores que giran en centros de relevos situados en todo el planeta. Algunos

países insisten en seguir generando su propia energía, pero en su lecho de muerte, demacrado y pálido debido al envenenamiento radiactivo, sin dientes ni pelo ni uñas, con los ojos pulposos y ciegos y los órganos convertidos en una sopa oscura y turbia, Goettreider renuncia a los derechos de propiedad intelectual sobre su invento, permitiendo a todo el mundo construir su propio Motor. Murió sin esposa ni herederos, sus padres y hermanos y la mayor parte de sus parientes fueron asesinados en el Holocausto, no tenía nadie a quien legar el dinero, de modo que le hizo al mundo el regalo de la energía ilimitada y el mundo le hizo a él el regalo de la inmortalidad. El futuro había llegado.

Y ahora va lo que se supone que no debe suceder.

Goettreider no debe entrar en pánico al ver a un desconocido traslúcido con un traje ajustado de pie en su laboratorio.

No debe bajar la palanca de activación y apagar el Motor Goettreider cuando todavía se está encendiendo.

El Motor no debe empezar a temblar y a chisporrotear debido a que la inmensa cantidad de energía que está generando no tiene dónde ir.

Las inofensivas ondas de luz plateada no deben soltar destellos de un intenso azul.

Una onda azul no debe lanzarse contra el panel de control, derretir el metal y el vidrio, atravesar el cemento y provocar un incendio.

Ursula no debe gritarle a Lionel que se aparte de la máquina.

La siguiente onda azul no debe lanzarse hacia ella como si alguien la hubiera dirigido deliberadamente.

Jerome no debe chillar algo incoherente, precipitarse hacia delante y empujar a Ursula para apartarla de la trayectoria de la onda.

La onda azul no debe cortar a Jerome la piel y los músculos del brazo, justo por debajo del codo, y atravesar la pared de enfrente mientras él se agarra la esquelética extremidad de la que no sale sangre porque se ha cauterizado al instante y se pone a aullar, presa del terror y la angustia, cuando los huesos expuestos se desintegran y convierten en ceniza.

Ursula no debe abrir la boca para producir un sonido que no llega a oírse en el momento en que su marido cae de rodillas agitando su muñón humeante.

Los otros catorce observadores, todos los cuales son científicos inteligentes con una sólida formación, no deben convertirse en una pandilla desatada de

llorones descontrolados a los que les castañetean los dientes de miedo y que tiran las sillas y se abalanzan hacia la única puerta, tropezando unos con otros, rompiéndose los dedos de las manos, mordiéndose los labios, mientras otra onda azul sube hacia el techo girando en espiral, lo corta y se abre paso hasta el piso de arriba haciendo que se derrita una viga de acero con un leve roce, y las llamas se extienden por las abruptas grietas que proliferan por el techo y los pesados bloques de cemento se comban ominosamente.

Lionel no debe levantar las manos en un fútil intento de protegerse mientras el núcleo interno del Motor exuda tal cantidad de calor que empieza a convulsionarse hasta fundirse y las palmas de las manos se le llenan de ampollas que brotan y estallan al instante y el suave pelo de sus pestañas y cejas comienza a arder, y él está tan fascinado por la catástrofe que tiene lugar delante de sus ojos que no puede ni parpadear.

Pero por encima de todo, yo no debo estar aquí. Por lo tanto, todo lo que no debe suceder está sucediendo.

Lo cierto es que todos los que se encuentran en esta habitación están destinados a morir. Pero debería ser después de hacer historia, pasando a la posteridad como mártires visionarios. No de este modo, chillando y dándose empujones y tratando de huir a cuatro patas en busca de refugio. No de este modo, con Ursula abrazando a un cornudo mutilado, con la mente más prodigiosa del mundo observando las ruinas de su genio mientras la punta de su nariz se quema hasta que asoma el cartílago.

Justo en ese momento, en medio del caos y el horror, descubro algo de mí mismo que no está mal: me mantengo razonablemente sereno bajo presión. En vez de convertirme en una ameba sebosa y aterrorizada, atravieso el laboratorio, invisible, y aparto a Lionel del Motor empujándolo con todas mis fuerzas. Choca contra la pared de enfrente, al menos unos metros más lejos del peligro.

El Motor suelta otra columna de humo de ese intenso azul que me impacta de pleno. Debería haberme incinerado, pero el traje de piel que llevo puesto se diseñó para ser extraordinariamente resistente a los daños. En cualquier caso, a través de los circuitos orgánicos del traje se genera una onda monstruosa que provoca una serie de fallos en el sistema. Por suerte, mi padre y sus ingenieros incluyeron un dispositivo a prueba de fallos: en caso de que el traje deje de funcionar por completo, se pone en marcha el protocolo bumerán de emergencia.

En un segundo, estaré volviendo a casa.

Contra todo pronóstico y probablemente por única vez en la vida, mi cerebro está funcionando con gran eficacia. Un segundo basta para que mi sistema nervioso transmita un mensaje sencillo a los músculos de mi hombro, mi brazo, mi mano y mis dedos. El mensaje es este: vuelve a encender el Motor para que no destruya medio continente.

Subo la palanca de activación con mi mano invisible.

Y después desaparezco.

55. Resumen: capítulos 44-54

Llevado por la impresión, el dolor, la rabia y la estupidez, Tom Barren emplea el prototipo de máquina del tiempo de su padre para viajar de 2016 a 1965, solo unos minutos antes de que Lionel Goettreider active por primera vez el invento que cambió el mundo: el Motor Goettreider.

Tom se vuelve invisible tanto para la cámara como para el ojo, pero, debido a su estado de agitación, se olvida de volverse también inmaterial. Por ello, es capaz de interactuar físicamente con el entorno y no tarda en hacerlo, llamando la atención de un confuso Lionel Goettreider.

Lionel siente curiosidad por lo que ha pasado, pero cuando se dispone a investigarlo, lo interrumpe Ursula Francoeur, una de los dieciséis célebres testigos que presenciaron el experimento de Goettreider. Lionel y Ursula creen estar solos y así Tom descubre algo que nadie ha sabido nunca: que tienen una aventura.

Llegan los otros quince testigos, incluyendo al marido de Ursula, Jerome Francoeur, un burócrata que trabaja para el gobierno y que aprobó la investigación de Lionel y se dedica a supervisar su financiación. Ninguno de los presentes espera que ocurra nada sorprendente.

Lionel realiza unos cálculos finales y percibe algo extraño: el rastro de un tipo de radiación previamente desconocido. Tom se da cuenta de que dicha radiación procede de él. Como no es inmaterial, las energías que ha traído en su viaje a través del tiempo aparecen en los instrumentos de Lionel.

Por fortuna, la presión social del momento se impone sobre las preocupaciones de Lionel. El futuro de su investigación depende del experimento que está a punto de llevar a cabo, y cualquier muestra de duda podría alentar las sospechas y los celos que ya tiene Jerome.

Lionel sube la palanca para encender el Motor.

Al principio, todo marcha según lo previsto. El artefacto va aumentando su velocidad y comienza a generar una inmensa cantidad de energía. Unas

columnas de humo giran salvajemente por la habitación, desprendiendo una brillante luz plateada, deslumbrantes pero inofensivas.

Y entonces una de las columnas impacta contra Tom y anula su campo de invisibilidad. Solo Lionel lo ve y, como es natural, siente una fuerte impresión al descubrir una figura fantasmal en su laboratorio.

Presa del pánico, Lionel baja la palanca, apagando súbitamente el Motor en el momento en que está alcanzando su máxima velocidad, lo cual hace que descargue torrentes de energía. El artilugio se pone a temblar y empieza a derretirse. Las columnas de humo, centelleantes e inofensivas, dan lugar a unas destructivas ondas de un azul intenso que atraviesan las paredes de cemento, derriten las vigas de acero y están a punto de hacer que el techo se desplome sobre los asistentes al experimento. En un acto de valentía, Jerome empuja a Ursula apartándola del camino de una onda, que le rebana el brazo a la altura del codo. Los demás observadores tratan de abrirse paso y ponerse a salvo pero no hay manera de escapar. A Lionel, el más cercano al Motor recalentado, comienzan a salirle ampollas. Está a punto de quemarse. Si nadie lo impide, la fusión desintegrará la mitad de América del Norte.

Tom no tiene más remedio que pasar a la acción. Con un empujón, aparta a Lionel del Motor para salvarlo. Mientras el inmenso calor que irradia el dispositivo destruye los circuitos del traje para viajar en el tiempo, activando el sistema de regreso de emergencia que lo devolverá automáticamente a su época, sube la palanca para volver a encender el Motor antes de que sea demasiado tarde.

Sin saber si esta última y desesperada acción ha servido para algo, Tom desaparece.

57.

Te despiertas en un hospital.

Te despiertas en un hospital y te dicen que te has desmayado en una zona de obras.

Te despiertas en un hospital y te dicen que te has desmayado en una zona de obras y que no están seguros de qué es lo que ha fallado en tu cerebro exactamente, pero que, fuera lo que fuese, hizo que estuvieras sacudiéndote y retorciéndote en el suelo de cemento pulido y diciendo «joder» y de vez en cuando «mierda» una y otra vez.

Te dicen que te llamas John Barren.

Te dicen que te llamas John Barren y que no saben por qué crees que te llamas Tom Barren.

Te dicen que te llamas John Barren y que no saben por qué crees que te llamas Tom Barren, pero que probablemente tenga alguna relación con el hecho de que te desmayaras y te sacudieras y te retorciera en el suelo y no dejaras de soltar juramentos.

Haces todo lo que puedes para conservar la calma.

Haces todo lo que puedes para conservar la calma y explicarles que no sabes por qué creen que te llamas John en vez de Tom.

Haces todo lo que puedes para conservar la calma y explicarles que no sabes por qué creen que te llamas John en vez de Tom, pero que acabas de ver algunas cosas bastante impresionantes que van a cambiar para siempre la forma en que pensamos en lo que probablemente sean los diez minutos más importantes de todos los tiempos y que si pudieras ver a tu padre, por muy furioso que esté contigo, lo cual comprendes que está totalmente justificado, pero bueno, que si pudieras contarle lo que has visto, sabes que él se daría cuenta de lo importante que es y te ayudaría a explicarles por qué el simple hecho de que estés vivo, de que cualquiera de ellos esté vivo, demuestra que no la has cagado tanto como podrías haberla cagado, ya que contra todo lo

razonablemente previsible te las has apañado para darle la vuelta a una situación que avanzaba a buen ritmo hacia un caos de lo más abyecto y, a ver, aunque te das cuenta de que no mereces ningún..., esto, ningún premio por no haber cortado de manera irrevocable el hilo conductor de la historia de la humanidad, dadas las circunstancias no sería excesivo esperar que te dieran al menos las gracias.

Te miran.

Te miran y te das cuenta.

Te miran y te das cuenta de que son tus padres.

Tu madre está viva.

Tu madre está viva y te echas a llorar.

Tu madre está viva y te echas a llorar y no puedes parar.

58.

No se me da especialmente bien el suspense, así que voy a saltarme los subterfugios narrativos y a explicaros qué demonios está pasando. Estoy aquí. A ver, quiero decir *aquí*. El aquí en el que estáis vosotros. El aquí en el que no debo estar.

Son las 17:57 del lunes 11 de julio de 2016. Por lo visto, he estado inconsciente durante casi tres horas.

Cuando la incipiente fusión del Motor Goettreider hizo que se activara el protocolo bumerán de emergencia, retrocedí de inmediato a mi propio tiempo, concretamente a sesenta segundos después del momento en el que partí. Mi padre podría haber programado el regreso para que fuera instantáneo, pero pensó que pasar un minuto conteniendo el aliento era un elemento dramático que resultaría estimulante para los inversores.

Pero no reaparecí en su laboratorio desierto. Porque *aquí* el laboratorio no fue construido. Porque *aquí* mi padre no inventó los viajes en el tiempo. Porque *aquí* el 11 de julio de 1965 no fue un punto de inflexión en la historia. Porque *aquí* ese día fue un día cualquiera.

¿Entendéis? Estoy en el mismo mundo en el que estáis vosotros. El mundo en el que pensáis que habéis estado siempre. Un mundo aburrido, soso, sin encanto, que apenas ha evolucionado desde el año 1965.

Yo sé que vosotros pensáis que muchas cosas han cambiado desde entonces, por los iPhones y los ataques con drones y las impresoras 3D y, no sé, los *pretzels* sin gluten. Pero a mí todas esas cosas me hacen pensar en el comienzo de la década de los setenta. El hospital en el que me desperté bien podía haber sido una cámara de tortura medieval; todo parecía burdo y primitivo.

Conseguí evitar que el Motor Goettreider destruyera media América del Norte, pero ni el Motor Goettreider ni el mundo que su energía ilimitada permitió crear llegaron a existir jamás.

No llegaron a existir, por lo que creéis que la historia que he contado hasta este punto no es más que un relato más o menos coherente de ciencia ficción.

Intenté explicarles todo esto a mis padres y ellos se mostraron muy amables, atentos, preocupados y compasivos. Tenían la esperanza de que se me hubieran cruzado los cables temporalmente, de que mi historia no fuera resultado de una calamidad neurológica incurable. Los médicos, con sus arcaicos escáneres, no fueron de gran ayuda. Yo sabía que no me estaba volviendo loco, pero también me daba cuenta de dónde acabaría aquello después de que una serie de pruebas revelara que no había ningún problema tangible en mi cerebro: en la consulta de un psiquiatra.

Y entonces me rescata, bueno, más o menos, una intervención inesperada.

Mis padres se encuentran en medio de una conversación muy encendida pero en voz baja con un grupo de médicos cuando se abre la puerta de mi habitación.

Tiene una mirada penetrante y una boca carnosa y un surco permanente entre las cejas arqueadas debido a su tendencia a echar miradas escépticas. Me resulta extrañamente familiar, para tratarse de alguien a quien no he visto nunca.

Mis padres le dan un abrazo y no la sueltan. Ella se retuerce para librarse y se acerca a mi cama, observándome con los ojos entornados, como si pensara que esto puede ser una sofisticada broma que les estoy gastando a todos.

—¿Qué coño pasa, tío? —me dice—. Mamá y papá están aterrorizados.

Por lo visto, tengo una hermana.

59.

Mi hermana se llama Greta Barren. Tiene tres años menos que yo. Al instante, se hace cargo de la situación, les pide a los médicos que nos disculpen para poder hablar en familia, les dice a mi padre y a mi madre — que, repito, está *viva*— que se sienten. Y mis padres hacen lo que ella les ordena, intimidados, y se acurrucan, muy juntos, en el raído sofá naranja que hay debajo de la ventana, mientras que Greta —que, repito, es *mi hermana*— se apoya contra la pared que hay junto a mi cama, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, y me pide que vuelva a contar mi historia.

Entonces, con toda la lucidez que puedo —teniendo en cuenta que estoy en una realidad que no debería existir y hablándole a una hermana que nunca ha nacido mientras mi madre muerta y mi padre se dan la mano, cosa que nunca en mi vida había visto que hicieran ni una sola vez—, explico todo lo que ha pasado. Greta escucha, asiente, no me interrumpe. Aun así, cuando voy por la mitad del relato, desfrunce el ceño y aprieta los labios con fuerza, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por no sonreír. Lo cual empieza a irritarme. Pero continúo y me pongo a contar los acontecimientos que tuvieron lugar en el laboratorio de Goettreider el 11 de julio de 1965 y explico que por su causa estoy aquí, con ellos, en vez de donde debería estar, allí, sin ellos.

Cuando termino, Greta me mira a los ojos y suelta una carcajada. Se vuelve hacia mis confusos y preocupados padres, que siguen cogidos de la mano en el sofá naranja.

—¡Pero si es su novela! —les dice.

60.

Mis padres no tienen ni idea de lo que está hablando mi hermana.

—¿No os acordáis de esas historias que escribía siempre de niño? — pregunta Greta—. ¿Sobre el futuro, sobre que él vivía en el futuro y cosas así? ¿Y de esos dibujos que hacía? ¿Os acordáis? ¿De unos edificios rarísimos y llenos de espirales? ¿Y de los coches voladores y los robots y las mochilas cohete y todas esas chorradas?

—Claro que nos acordamos —dice mi madre—. Pero ¿qué tiene que ver eso con una novela?

—Creo que fue hace unos meses —dice Greta—. Me dijo que había encontrado algunos de esos cuentos y dibujos antiguos y que pensaba que se podría hacer un buen libro con ellos, o incluso una película o algo. Dijo que iba a escribirlo y pedirle al productor ese que lo leyera. ¿Sabéis quién digo? Ese que encargó la casa de Malibú.

—Fuimos a ver la última película que produjo —dice mi padre—, la que ganó el Globo de Oro. Todas las cuestiones científicas estaban mal. Incluso, estuve a punto de escribirle al tipo y explicarle que la ciencia de verdad es fascinante y que no hace falta adornarla con todas esas tonterías para que la trama funcione.

—Céntrate, cariño —le dice mi madre.

—Perdonad —dice mi padre.

—No estoy segura de entenderlo bien —dice mi madre—. ¿Cuándo ha escrito un libro?

—No creo que lo haya escrito —dice Greta—. Pero lo que acaba de contar, toda la cosa esa de los viajes en el tiempo, es el argumento de la novela. Cuando me lo contó, creí que estaba de broma, porque, vamos, como si tuviera tiempo para escribir un libro. Pero no importa, lo importante, lo haya escrito o no, es que no ha tenido un brote esquizoide ni nada parecido. Se ha rayado un poco y ha confundido la vida real con la historia esa que quería

escribir. Se pondrá bien.

Mis padres miran a Greta con gratitud. Siguen de la mano.

Me incorporo en la cama del hospital. Me siento frustrado, insultado, exasperado, porque sé que no tiene razón, que lo que les he contado no es el argumento de un libro, joder, que es mi vida.

Salvo que, a ver, ¿y si Greta tuviera razón? ¿Estoy tan seguro de mí mismo porque estoy en lo cierto o porque mi mente se ha puesto a desvariar por algún motivo todavía sin determinar y mi principio de realidad se halla sometido a un tremendo flujo existencial?

—Vamos, idiota, espabila de una vez —dice Greta—, que esta noche tengo una cita.

61.

Por lo visto, me llamo John Barren. Por lo visto, mi fecha de nacimiento sigue siendo la misma: el 2 de octubre de 1983. Por lo visto, soy arquitecto.

Terminé el máster en Arquitectura en el Instituto Tecnológico de Massachusetts hace cinco años, cursé un año de posgrado en la Real Academia Danesa de Bellas Artes, en Copenhague, y conseguí empleo en un estudio de primera categoría de Ámsterdam. Participé en varios proyectos realizados en distintas partes del mundo, incluyendo el de la casa de Malibú del productor ese, un edificio de oficinas en Kuala Lumpur, otro en Boston, una estación de esquí en Suiza, una torre para alojar la sucursal de un banco en Singapur y un centro de convenciones en Dubái.

Hace nueve meses, el estudio recibió la propuesta de construir un gran bloque de apartamentos en Toronto, mi ciudad natal. Tras enfrentarme con mis jefes por el diseño del edificio, tomé una decisión que me parece supertemeraria: la de dejar el estudio y establecerme por mi cuenta. Por motivos que no entiendo pero que supuestamente expuse en un apasionado discurso ante la junta directiva de la empresa que quería levantar la torre, sobre el hecho de que dicha torre no iba a redefinir solo el *skyline* de Toronto, sino también la noción universal de lo que puede ser un edificio, dando lugar a una nueva vanguardia arquitectónica —no tengo ni idea de lo que significa todo esto—, me otorgaron el control absoluto del proyecto, por lo que hace seis meses regresé a Toronto para abrir mi propio estudio. Muy pronto recibí algunos encargos importantes y contraté a una pandilla de socios con ropa negra muy ajustada y gafas de lo más excéntrico. En los medios de comunicación han salido algunos reportajes bastante aduladores sobre mi visionaria filosofía del diseño.

Y esto es una locura total, porque no tengo la menor idea de arquitectura.

Aunque en realidad, y aunque sea imposible, sí que tengo idea. Dando vueltas en mi mente hay años de estudiar y reflexionar y experimentar y

fracasar y fracasar y fracasar y salir con algo no absolutamente espantoso y fracasar y fracasar y fracasar y plantearse algo no completamente vergonzante y fracasar y fracasar y fracasar y fracasar y después lograr algún éxito modesto y después obtener algún éxito algo menos modesto y después caer de una forma muy evidente en un autoengaño narcisista independizándome con unas afirmaciones sobre el futuro de la arquitectura bastante confusas pero formuladas con seguridad.

En cualquier caso, debo de ser un farsante increíble ya que cómo iba a poder yo —que nunca he tenido una idea original ni he creado nada que tenga valor alguno, que me he limitado a decepcionar y jamás he impresionado a nadie— conseguir algo que no sea hallar nuevas e impredecibles maneras de joder no solo mi propia vida y la de las personas a las que quiero, sino también la integridad fundamental del continuo espacio-temporal.

Y entonces veo algunas fotos de los edificios en cuyo diseño he trabajado. Y lo entiendo.

Cuando me dejan salir del hospital, les insisto a mis padres y a mi hermana para que me lleven a la obra donde me desmayé. Es un enorme agujero cuadrado en el suelo en el que ya han vertido los cimientos y han colocado la estructura de acero de los primeros pisos. En el interior de la caseta de obras hay una maqueta con todos los detalles del edificio en construcción y me quedo mirándola durante un largo rato. Porque muestra cómo deberían ser las cosas. Se parece a mi hogar.

Aunque me vienen a la mente muchos recuerdos contradictorios, sé que soy Tom Barren, del verdadero 2016. Pero John Barren también está en mí, y sus recuerdos e ideas y preferencias y opiniones están pegados a mis recuerdos e ideas y preferencias y opiniones como los restos que se te quedan en la piel cuando te quitas una tirita.

Por cierto, eso solo lo sé porque me he quitado la tirita que tenía en la sangradura del brazo, en el sitio de donde me han sacado sangre. En el lugar de donde yo vengo, intentar proteger una herida con un trozo de tela adhesiva parecería algo inconcebiblemente antiguo.

Pero estoy comenzando a entender. Hasta esta tarde, cuando mi conciencia logró hacerse con el control, la conciencia de John era la que dominaba. Yo —yo, Tom— también estaba ahí, como un billete en el bolsillo de unos vaqueros que se han metido en la lavadora, otra analogía que para mí no habría tenido sentido antes de encontrarme en un lugar donde la ropa se hace

con fibras vegetales o pieles de animales procesadas, en vez de recombinando moléculas.

Había una barrera entre nosotros, entre John y yo, pero era porosa. Desde sus primeros momentos de conciencia, John se apoderó de mis primeros momentos de conciencia. Veía lo que veía yo, pero lo consideraba un producto de su imaginación. Sus dibujos infantiles de inmensos y extraños paisajes urbanos... Logré encontrarlos en una caja que había en el sótano de mis padres y son unas representaciones espeluznantemente precisas de las ciudades de mi mundo. Las ideas rompedoras que incluía en sus diseños para el estudio holandés y los audaces conceptos que lo convirtieron en alguien a quien prestar atención, para sus empleadores, y alguien a quien envidiar, detestar, criticar e imitar, para sus colegas, son típicas de los edificios del lugar de donde yo vengo, incluso de los más básicos y funcionales.

Todos sus diseños supuestamente innovadores, los atrevidos efectos estructurales, los interiores elegantes pero naturales y los modernos pero majestuosos ornamentos exteriores, la integración de los materiales y el entorno, la complejidad disfrazada de simplicidad y por supuesto las espirales, las espirales que ponía por todas partes, son una copia barata de la arquitectura de mi realidad. Los diseños que John está creando en la actualidad, incluido el bloque de apartamentos de Toronto que ha comenzado a levantarse hacia el cielo sobre sus esqueléticos dedos de acero, son plagios de los edificios de mi mundo, del mundo en el que deberíamos vivir. El proyecto del edificio de Toronto es exactamente igual que el edificio que hay en el mismo lugar en el otro mundo. Ha recreado lo que debería estar ahí y ha dicho que es obra suya.

No soy un visionario. Soy un plagiario. Solo que me dedico a plagiar edificios que nunca se construyeron, diseñados por arquitectos que no llegaron a nacer, en un mundo que nunca existió.

62.

Mi padre, Victor Barren, es profesor titular de Física en la Universidad de Toronto, especialista en fotónica (la sustitución de los tristes y pobres electrones de la electrónica convencional por fotones, mucho más rápidos y capaces, lo cual proporciona la energía necesaria para realizar proyectos ambiciosos como la computación cuántica). Da clases a alumnos de grado y de posgrado, publica sus artículos en arcanas revistas científicas, estuvo siete años en el consejo sindical del campus como representante de su departamento, se presentó dos veces a director del departamento y dos veces fue rechazado, y de vez en cuando aparece en las noticias locales dando información sobre algún descubrimiento en el campo de la física que sea lo bastante interesante como para captar la volátil atención del público general. Si lo llaman para hacer de busto parlante, es en gran medida porque tiene una voz profunda e imponente que se compensa con su divertida tendencia a hacer comentarios socarrones y a incluir referencias a famosas películas de ciencia ficción en sus explicaciones sobre cuestiones científicas complejas.

Nadie lo considera un genio. Él tampoco cree serlo. Ni siquiera le va demasiado bien. Su único intento de escribir un libro de ciencias para un público amplio fue un fiasco, una obra breve y amena pero demasiado cargada de juegos de palabras que tituló *El DeLorean y la cabina de policía: El arte y la ciencia de los viajes en el tiempo*.

Así que sí, mi padre ha conservado su fascinación por los viajes en el tiempo, pero no en un contexto profesional. Con sus colegas de la universidad, se avergüenza de su libro y se refiere a él como una broma, una cosa entretenida pero infantil alentada por la frustración que siente cualquier científico hacia las ridículas argucias técnicas de los relatos de ciencia ficción escritos por autores con muy pocas luces que prefieren deformar las ciencias exactas para que se adapten a sus endebles maquinaciones argumentales antes que afrontar el desafío arduo pero provechoso de abordar la materia con

claridad y precisión.

Mi padre es jovial, habla mucho, de vez en cuando se dispersa, se muestra generoso con su tiempo y sus consejos, y sus alumnos lo admiran. Está entregado en cuerpo y alma a mi madre, es paciente y cariñoso con sus hijos y, en general, una persona buena, atenta y extremadamente agradable.

Este hombre no es mi padre. No es posible que mi padre y este hombre compartan el mismo ADN.

63.

A pesar del caos político generalizado, de los problemas sociales, de la incompetencia tecnológica y de la pútrida toxicidad de este mundo, hay una cosa aquí que es mucho mejor: los libros.

En el lugar de donde yo vengo, nadie lee novelas salvo que sea, como mi madre, un fetichista de las formas artísticas de una época pretérita. Probablemente mi madre fuera así porque esa fue la última época en que se sintió feliz. Pero allí la gente normal no lee libros. Ese pacto cuasitelepático entre autor y lector tiene un interés muy escaso para el público general. Como en mi mundo las formas dominantes de contar historias implican la integración constante del subconsciente de un individuo en la narración, evocando un asombro y terror profundos, familiaridad y deleite, anhelo y furia, y provocando una catarsis tan fascinante y esencial, ¿a quién se le ocurriría sentarse a pasar las páginas de una novela que ni siquiera tiene la intención de referirse a la caja secreta que hay en el interior de la mente de uno, si lo que busca es divertirse? Salvo, por supuesto, que uno tuviera una tendencia natural a volatilizarse en una personalidad más fuerte, en cuyo caso leer un libro cuyas palabras, cada una de ellas, estuvieran fijadas en su lugar por la elección deliberada de una visión controladora, sometiendo la voluntad de la propia imaginación a un desconocido que probablemente uno no llegará a conocer nunca, es una especie de placer masoquista.

Al menos eso es lo que siempre he pensado de las novelas. Pero tras haber venido aquí, tengo que admitir que hay muchas que están muy bien. La gente de este mundo considera que la novela es una forma artística moribunda. Pero en el lugar de donde yo vengo es un cadáver momificado que trata de conservar con sus puños esqueléticos los restos de la riqueza que hace ya mucho tiempo que perdió, de modo que aquí los estantes de una librería, por muy mal abastecida que esté, resultan abrumadores por su esplendor y su variedad.

Mi madre, Rebecca Crittendale-Barren, es profesora titular de Literatura, especializada en la narrativa por entregas de la época victoriana: Wilkie Collins, George Eliot, Elizabeth Gaskell, Thomas Hardy, Robert Louis Stevenson y, por supuesto, Charles Dickens. Fue directora de departamento durante diez años y hace tres la nombraron decana de Artes y Ciencias de la Universidad de Toronto. Es una persona colaboradora y amplia de miras, pero se muestra firme cuando se propone algo y en algunas ocasiones se irrita con facilidad. Tiene una gran astucia para los cálculos políticos y para desarmar a sus oponentes intelectuales, pone sus ambiciones en primer plano y nunca rehúye una pelea si es necesaria. Considera con mucha filosofía que si alguien no está de acuerdo con ella se debe sencillamente a que está desinformado, y da por hecho que cuando disponga de todos los datos, comprenderá que ella tenía razón desde el principio.

Siente un irónico aprecio por los ornamentos horteras que transmiten una sabiduría de andar por casa pero aguda. En la pared de su oficina hay una tela enmarcada que dice, con unas rústicas letras bordadas: DEBEMOS SUFRIR A LOS TONTOS CON ALEGRÍA. DE LO CONTRARIO, ¿CÓMO VAMOS A AYUDARLOS A DEJAR DE SER TONTOS?

Esta mujer es mi madre. Es mi madre liberada de la genialidad de mi padre.

64.

Quizá en este momento os estéis preguntando: si modificó la historia, ¿cómo es posible que esté vivo? ¿Cómo es que llegó a nacer? ¿Cómo puede ser que tantas cosas hayan cambiado, que casi todo sea distinto, pero que *exactamente* el mismo esperma haya fecundado *exactamente* el mismo óvulo *exactamente* en el mismo momento, creando *exactamente* al mismo idiota?

Bueno, pues no es posible, no debería serlo. Al modificar la historia de antes de que yo naciera, no debería haber podido nacer. Pero pude nacer, nací y aquí estoy.

Para decirlo en pocas palabras, soy lo que se llama un anclaje temporal. El hecho de que existiera provocó las alteraciones cronológicas necesarias para permitir mi existencia. El curso de los acontecimientos podría haber sido muy distinto sin mí, pero los acontecimientos posteriores tuvieron que organizarse para que yo llegara aquí, del mismo modo en que es necesario que haya estado allí. El término técnico —perdón, el término teórico que he demostrado involuntariamente— es *arrastré temporal*.

Pasara lo que pasara entre el 11 de julio de 1965 y el 2 de octubre de 1983, la probabilidad cuántica exigía que mi padre y mi madre fueran exactamente quienes son y copularan exactamente cuando lo hicieron para crearme exactamente como soy.

Otra gente, más o menos todos los demás que nacieron después del 11 de julio de 1965, no tuvieron tanta suerte. El efecto dominó empezó despacio. Millones de personas nacieron según lo previsto, sin sufrir las consecuencias de las alteraciones que yo había causado. Pero en 2016, ya son miles de millones de personas las que han nacido sin que su existencia estuviera planificada antes de que yo interviniera, y miles de millones las que deberían estar vivas pero nunca fueron concebidas.

Por lo tanto, no soy responsable de la muerte pero sí de la inexistencia de miles de millones de personas. El hecho de que esto haya permitido que otros

miles de millones vivieran no es ningún consuelo. Mi lealtad emocional es para quienes nunca llegaron a existir por mi culpa.

Espero que no parezca que quiero darme aires, pero el delito que cometí ni siquiera tiene nombre. ¿Cronocidio? Ponerle un nombre chulo, como de ciencia ficción, solo sirve para velar su inmensidad. Hay algunos actos que no entran en ninguna categoría y están al margen de toda medida.

Entre 1965 y 2016 nacieron cuatro mil millones de seres humanos. En realidad, en el lugar de donde yo vengo fueron más bien tres mil millones porque teníamos métodos de control de natalidad más eficaces, menos religión y mejores formas de entretenimiento. En cualquier caso, son un montón de vidas para que uno les otorgue o les niegue la existencia, sobre todo porque esos mil millones extra están condenados a vivir en este mundo horripilante. Y además ha sido una catástrofe para el ecosistema, joder. Es como si el planeta solo pudiera albergar una determinada cantidad de vida, de modo que cada vez que un ser humano nace, alguna cosa debe morir. Y así, poco a poco, otras especies se han ido yendo por el sumidero.

No pretendía hacer nada de esto, pero no se puede culpar a nadie más. Ni siquiera a mi padre. Y está claro que se me ha ido la pinza, porque siempre he podido culpar a mi padre de todo lo que me ha salido mal. La capacidad de culpar a mi padre es mi único superpoder.

Pero no puedo hacerle responsable de esto. Ni de las repercusiones espantosas de lo que he hecho, ni de la culpa que siento por mi incapacidad para asumirlo. Sean cuales sean el peso kármico o las consecuencias morales que me toquen, tendré que aceptarlos sin rechistar. La existencia no es algo con lo que se pueda ir por ahí haciendo el tonto.

65.

Por cierto, no hay ninguna novela, ¿vale? John nunca escribió nada tan formal. Pero sí que hay notas, páginas y páginas de notas manuscritas en un cuaderno Moleskine, que la verdad es que me parecen bastante pretenciosas. Aunque a lo mejor lo único que ocurre es que me pongo a la defensiva porque mi letra es un asco. En el lugar de donde yo vengo, nadie escribe nada a mano. No se considera una habilidad básica que deba enseñarse en el colegio. A ver, yo sé escribir, pero nunca necesito hacerlo.

Esto condujo a un desastre absoluto en el hospital. Los médicos me estaban haciendo unas pruebas cognitivas de rutina, y me pidieron que escribiera ciertas palabras para comparar los resultados con algunos ejemplos de mi letra de antes del incidente, la cual, como es lógico, no se parecía en lo más mínimo. Mis espasmódicos garabatos eran tan distintos de la letra de arquitecto estable y regular de John que todos estaban convencidos de que había sufrido un derrame.

Entonces tuve que someterme a una serie de nuevas pruebas cognitivas y escáneres médicos, pero no me detectaron nada, con lo cual me hicieron otra serie de pruebas y escáneres, pero siguieron sin detectarme nada, con lo cual todos empezaron a hablar en voz baja y a emplear un montón de términos médicos y a mirarme con cara de preocupación hasta que al final se me ocurrió una solución excelente, que fue dedicar todo un día a aprender a escribir como John. La siguiente vez que me hicieron una prueba, imité su letra tan bien que se olvidaron de todo el asunto.

Aquí he descubierto algo sobre los médicos: apenas tienen idea de lo que pasa en tu cuerpo salvo que encaje a la perfección con ciertos síntomas estándar. Si cualquier cosa se sale ligeramente de la norma, se encuentran perdidos. Por supuesto, jamás lo admitirán. Seguro que hay una asignatura en la carrera de Medicina en la que aprenden a actuar con absoluta convicción incluso cuando no tienen ni idea de lo que está ocurriendo. La jerga

especializada los ayuda a mantener una neblina profesional, al igual que el pánico de los pacientes y sus familias. En cuanto fui capaz de imitar mi propia letra, se sintieron tan aliviados por no tener que seguir buscando una respuesta que evidentemente estaba más allá de sus conocimientos medievales que me declararon curado sin pérdida de tiempo.

Cuando me sueltan, vamos a ver la zona de obras y mis padres me llevan a mi apartamento. En un coche que rueda sobre neumáticos por unas carreteras hechas de asfalto y piedra, propulsado por un motor de combustión interno que funciona con petróleo refinado. Mi apartamento está en una esbelta torre y tiene una vista bastante limitada del lago Ontario, pues el edificio se encuentra en medio de otra docena de torres, más o menos. Por suerte, mi casa está a suficiente altura como para que la autovía elevada que pasa por el barrio no resulte grotescamente invasiva.

Hay un montón de ventanas de cristal —ya sabéis, arena fundida, y no de una resina polimórfica—, y no hacen ninguna cosa guay, solo dejan entrar la luz y te permiten ver lo que hay fuera. Hay un aparato que parece una máquina de vapor de la era victoriana, pero por lo visto es una cafetera. Toda la vivienda está decorada con tonos grises y madera oscura, y los muebles, de líneas rectas, son muy bajos, para que el techo parezca tener una mayor altura. Creo que se trata de un escenario concebido para impresionar a las mujeres, pero a mí me parece bastante cursi. Cada vez me preocupa más que John Barren sea medio gilipollas. Me preocupa y me irrita.

Junto a una de las paredes hay un mueble enorme con unas cien revistas viejas ordenadas en filas y columnas simétricas. Son antologías de ciencia ficción de los años cincuenta, con sus portadas de colores chillones en las que aparecen aventureros con el mentón cuadrado y científicas pechugonas, robots y pistolas láser, naves espaciales y mochilas cohete. Me quedo mirando ese santuario que representa, de una manera irónica, el mundo que he perdido, y me dan ganas de darle a John un puñetazo en la cara. Lo malo es que su cara es la mía.

No tengo ningún interés por explorar mi supuesto hogar. Lo único que necesito es encontrar esa «novela» que mencionó Greta y, si de verdad existe, ver lo que dice. El confuso remolino de impulsos que constituye la memoria de John me lleva hasta el cuaderno Moleskine que hay en la mesita de noche. Es justo lo que estaba buscando.

Así es como lo percibo: John lleva toda su vida soñando con mi vida. De

niño, era algo que se atribuía a su imaginación, algo estimulado por sus padres, que siempre fueron muy comprensivos, y sus profesores, a los que les resultaba muy interesante, algo que se expresaba en dibujos y en escenas que él representaba con diversos muñecos para un público de una única persona: Greta, su hermana pequeña, que disfrutaba en exclusiva de una telenovela de ciencia ficción. Las imágenes de mi vida parecían llegar a él al mismo tiempo que yo las vivía. Si a mí me pasaba algo, él soñaba con ello. En un armario encuentro una pila de dibujos guardados en una caja. Son momentos de mi vida plasmados a la cera en cartulinas de colores. Hay toda una serie, que parece un cómic, con sus distintas viñetas y sus bocadillos, sobre la vez que me escapé de casa a los doce años. Los besos de Robin Swelter. El puñetazo de su hermano. La cara de tristeza de mi madre.

Conforme fue creciendo, John siguió teniendo esos sueños pero rara vez los comentaba con nadie. De cuando en cuando se los contaba a Greta, pero ella estaba muy ocupada con su adolescencia y la familia no le importaba una mierda. Greta sostiene la muy razonable opinión de que no hay nada en todo el universo más aburrido que los sueños de los demás.

Los sueños no cesaron nunca, pero John dejó de pensar tanto en ellos cuando superó la adolescencia y se convirtió en un adulto. Salta a la vista en qué medida los paisajes urbanos que aparecían de manera recurrente en sus sueños lo alentaron a dedicarse a la arquitectura y cuánto marcaron la estética de sus diseños: muchísimo. Pero John no sabía que estaba plagiando la arquitectura de mi mundo. Pensaba que era un genio y punto.

Hace cuatro meses, algo cambió. John tuvo una pesadilla terrible en la que su madre moría en un accidente, atropellada por un coche volador. Se despertó aterrorizado y la llamó de inmediato, muy confuso y sintiéndose fatal. Por supuesto, ella seguía viva, pero el recuerdo de aquella pesadilla tan vívida permaneció en el interior de John, doloroso e inalterable.

Empezó a escribir sus sueños en el cuaderno. Lo tenía siempre al lado de la cama para poder apuntar lo que hubiera soñado en cuanto se despertase, antes de que el recuerdo se desvaneciera más allá del alcance de la conciencia. Hay páginas y páginas de garabatos, detalles, observaciones y reflexiones, nada demasiado lúcido. De cosas que dije y de cosas que me dijeron, y de ideas que tuve pero que nunca verbalicé. Todo es verdad.

John decidió que tenía que escribir la historia que le estaba dictando su inconsciente. Esa era su «novela»: mi vida durante los meses que habían

pasado desde que murió mi madre.

En realidad, no se había puesto a escribirla. Pero había hecho un resumen del relato en su portátil. Precisamente estaba trabajando en ello durante un descanso en la zona de obras cuando sufrió un ataque y se puso a soltar juramentos y a retorcerse por el suelo.

Ya habéis leído lo que escribió. Lo he incluido aquí, son los capítulos 43 y 55.

Pues eso.

66.

Soy hijo único, así que es realmente extraño tener una hermana adulta que parece conocerme —o a ese que cree que soy— mejor que nadie en el mundo. Todas mis chorradas, por lo visto, la irritan un montón, y al mismo tiempo da la impresión de que se siente cómoda con mis chorradas. Nunca he estado con una mujer más o menos de mi edad sin preocuparme en absoluto por decir algo que me vuelva poco atractivo. Siempre he querido que las mujeres me encontraran atractivo, incluso cuando no me interesaban.

Pero con Greta, bueno, nada. Sé que parecerá evidente, pero carezco de marco de referencia para las dinámicas fraternas. Soy hijo único. Nunca he sentido un cariño incondicional por nadie que no me hubiera engendrado.

Al revisar los abundantes recuerdos de John, veo que ahí está Greta, mi hermana. Ella ha compartido todas las experiencias que me han hecho lo que soy, lo que él es, y no puedo evitar preguntarme si no llevo toda la vida siendo un poco machista.

A ver, cuando releo algunos de los primeros capítulos que escribí, me llama la atención la manera en que hablaba de la primera vez que vi a Penelope desnuda, o cómo conté que me había acostado con mis ex cuando murió mi madre, y me daría vergüenza que Greta leyera esas cosas. No estoy intentando decir que la forma en que menciono a las mujeres de mi vida sea totalmente rechazable, equivocada y reaccionaria, pero en fin, es difícil reconocer los puntos ciegos de uno mismo, ¿no?

Una parte del problema es que este mundo es, en esencia, una cloaca llena de ideas misóginas, privilegios masculinos y concepciones de género profundamente enloquecidas que una escandalosa proporción de la población humana acepta como si fueran hechos. En el lugar de donde yo vengo, la igualdad de género no se discute. No me refiero a cosas ridículamente básicas como la igualdad salarial. Lo que quiero decir es que no hay ninguna diferencia importante en la percepción de los hombres y las mujeres en

relación con la política o la economía o la cultura. Tus genitales no se consideran más pertinentes, a la hora de definir tu estatus, que el color de tus ojos.

Por supuesto, esto también significa que algunas cosas que se consideran normales en el lugar de donde yo vengo aquí parecerían rarísimas. Por ejemplo, a ver, en mi mundo, cuando cortas con alguien, se considera atento regalarle a la persona a la que dejas un mechón de pelo para que, si quiere, pueda hacerse con un sustituto genéticamente idéntico, creado con el propósito que necesite para superar la ruptura. Este sustituto no tiene conciencia pero su aspecto es exactamente igual que el tuyo y puede emplearse para realizar ciertas funciones fisiológicas rudimentarias. Como el sexo, claro. Lo que se espera es que cuando, pasado el tiempo, tu ex se sienta preparada para prescindir de él, haga que lo desconstituyan y devuelvan el emplasto biológico que quede al fabricante para que proceda a su desinfección y reciclaje. Al describirlo me doy cuenta de que suena un poco estrafalario, sí, pero es una cosa totalmente cotidiana.

Por eso la abyecta devoción de mi madre por mi padre me resultaba tan irritante. No es solo que yo quisiera ser el centro de su atención; es que su abnegación era muy innecesaria. Él ni siquiera se daba cuenta de la mayor parte de las cosas que hacía ella. No se dio cuenta hasta que murió. No había ningún motivo para que mi madre viviera así. Fue una elección voluntaria. En realidad, para alguien como ella resultaba especialmente difícil no hacer nada más que atender a mi padre, ya que disponía de un montón de opciones. Como todo el mundo.

Pero a lo mejor sigo siendo machista. Sus elecciones son sus elecciones.

He vuelto al capítulo 11 y he quitado algunos comentarios indiscretos sobre la vida privada de mis exnovias. Con respecto a mis amigos, los he tratado durante diecisiete años y me siento bien revelando cosas personales de ellos, pero lo cierto es que no puedo decir que Hester o Megan o Tabitha me habrían dado permiso para incluir detalles de su vida. Y si parece que es menos respetuoso para con su memoria elidir dichos detalles de mi relato, bueno, probablemente es que no podáis apreciar hasta qué punto resultaba irritante salir conmigo. Se han ganado el derecho a la intimidad.

Lo mismo me pasa con el apartamento de John. Mi primera impresión fue que era todo una farsa para impresionar a las mujeres, pero cuanto más tiempo paso dentro de su cabeza, más me doy cuenta de que su casa está

decorada a su estilo. Me parecía una estrategia de seducción de lo más cursi porque eso es lo que habría hecho yo si tuviera algo de confianza en mis gustos. Toda la vida, para lograr cualquier cosa que me haya parecido importante, he tenido que impresionar a alguien que no sentía una inclinación natural a considerarme atractivo. He convertido la muerte de mi madre en un relato sobre cómo logré acostarme con diversas mujeres. He convertido el final de mi realidad en un relato sobre cómo me rompieron el corazón.

Me siento superior a John porque vengo de un mundo más avanzado que el suyo, tanto a nivel tecnológico como social. Pero eso no tiene nada que ver conmigo. Yo simplemente nací ahí. No aporté nada a ese mundo, solo mi sensación de privilegio.

67.

Estoy haciendo esto fatal. No debería dedicarme a divagar sobre mis rudimentarias epifanías de género. Tampoco debería estar desarrollando los «personajes» de mi madre y mi padre y mi hermana, sino limitarme a catalogar los aspectos en los que no son como eran o, en el caso de Greta, como no era.

Cené en la casa de mis padres con Greta y me sorprendí siguiendo sin ningún esfuerzo los diversos hilos narrativos de la densísima telenovela que es nuestra vida familiar: las intrigas del departamento de mi madre, sus proyectos de investigación, los comentarios interesantes y/o necios hechos por sus colegas en las reuniones, las intrigas del departamento de mi padre, sus proyectos de investigación, los comentarios interesantes y/o necios hechos por sus alumnos en las clases, algo que dijo un vecino, algo que hizo un vecino, algo que piensa hacer un vecino, una comida con un viejo amigo que contó una anécdota entretenida y/o triste y que los hizo reír y/o llorar, todo salpicado por los comentarios sarcásticos de Greta y puntualizado de forma intermitente por mis chistes, de los que mi madre y mi padre se reían de un modo muy exagerado.

Me resulta cómodo y fácil. Es aterrador lo cómodo y fácil que me resulta estar sentado a la mesa con estos desconocidos, y tengo que recordarme constantemente que nada de esto es real. Esta no es mi familia. La comodidad y la facilidad son falsas. Lo único verdadero es la sensación de que este no es mi lugar.

Mis padres viven en el mismo adosado victoriano en el que crecimos Greta y yo, en un barrio llamado The Annex, a media docena de manzanas del campus donde ambos trabajan. Mi madre cree que no hay mejor decoración que una estantería llena de libros, y la casa da testimonio de ello. Las habitaciones están organizadas por categorías: novela contemporánea en el comedor, libros de recetas en la cocina, el dormitorio para ediciones no

antiguas de novelas victorianas, lo que solía ser mi cuarto y ahora es el despacho de mi madre para crítica literaria, el baño para la colección que tiene mi padre de alegres libros de divulgación científica, sus volúmenes de ciencia serios en su estudio, el salón colonizado por ediciones antiguas y bien conservadas de novelas victorianas, las curiosas primeras ediciones en una vitrina colgada de una manera de lo más extraña en la pared, desentonando con el resto de la habitación, pero necesaria para mantenerlas bien a la vista y al mismo tiempo para preservarlas de la luz del sol. Esto logra que las habitaciones transmitan una impresión de estrechez y silencio, porque los grandes estantes de madera hacen que las paredes parezcan medio metro más cerca y porque la enorme cantidad de papel que hay absorbe casi todo el sonido ambiente.

Estoy en el estudio de mi padre, aparentando naturalidad mientras echo un vistazo a los libros sobre viajes en el tiempo, cuando Greta se asoma a la puerta.

—Te estás comportando de una manera muy rara —me dice.

—No es verdad —digo yo.

—Haces un montón de bromas —dice ella.

—¿No tienen gracia?

—No están mal. Pero tú nunca haces bromas cuando estás con mamá y papá. Siempre estás muy serio con ellos.

—A ver, a lo mejor es que estoy intentando tener una relación más adulta con ellos.

—Qué chorrada.

—¿Qué quieres, Greta?

—Has sufrido un no sé qué neurológico grave y le has contado a todo el mundo que has hecho un viaje en el tiempo —dice Greta.

—Y tú te has burlado de mí —le digo yo.

—Porque no has hecho ningún viaje en el tiempo —dice ella.

—Ya.

—Y ahora estás muy raro, tío. Estás en plan gracioso, como si hace tres días no te hubieras puesto a balbucear y a sufrir convulsiones. Si mamá y papá y tú queréis negarlo, vale, podéis hacer como si no hubiera pasado nada. Pero ha pasado algo. A mí no me vengas con chorradas. No pareces tú.

—Solo porque he hecho un par de bromas.

—Sí. Mi hermano es un montón de cosas, pero no gracioso.

—A lo mejor es que me guardo mis mejores chistes para mis amigos —le digo.

—¿Qué amigos? —pregunta Greta—. Tú no tienes amigos. Tienes gente que conoces del trabajo y me tienes a mí.

Me da un puñetazo en el hombro con más fuerza de la necesaria.

—Sí que tengo amigos —le digo—. ¿Crees que no tengo amigos?

—¿De verdad crees que has venido del futuro, joder?

—No, no he venido del futuro.

Es la verdad, desde luego. No he venido del futuro. He venido de un mundo paralelo. Hoy sigue siendo hoy. Solo que es un hoy distinto.

68.

Me despierto agarrotado y medio grogui y molesto porque mi proyector virtual de ambientes no ha funcionado bien hasta que me acuerdo de que estoy en el dormitorio del apartamento de John. Supongo que el dolor de cabeza espantoso debe de ser otro espasmo neurológico, como el que tuve en la obra hace cuatro días, pero entonces una única palabra atraviesa la neblina de mi mente: *café*. Consigo manipular la máquina de vapor hasta que escape un espeso chorro de expreso. Dolor de cabeza curado.

Por fin algo en este mundo de mierda que hace lo que tiene que hacer.

Pienso que ojalá me pudiera tomar con más humor mi situación de pez fuera del agua y reírme de ella mientras trato de adaptarme a este lío retrógrado que consideráis una civilización. Por supuesto, hay algo absurdo en que un ser humano adulto no sepa abrir un bote de mantequilla de cacahuete o emplear un ascensor o una tarjeta de crédito. A un observador externo probablemente le parecería que sufro alguna clase de trauma cognitivo que me ha debilitado.

Me resulta difícil tomar decisiones conscientes. Tardo una eternidad en escoger atuendo y acabo poniéndome un par de vaqueros sospechosamente ceñidos y lo que después me enteraré de que es la parte de arriba de un pijama.

Acceder a la memoria de John solo es posible cuando dejo de intentar hacerlo, de modo que no consigo saber cómo se usan su portátil o su móvil, que no dejan de sonar debido a los insistentes mensajes que llegan de su estudio de arquitectura y que, desde luego, no voy a contestar.

Reconozco los electrodomésticos de la cocina porque los vimos en las clases de historia de primaria y me entusiasmo cuando encuentro un sintetizador de alimentos, pero después advierto que es un microondas. John come muchas veces fuera, así que la nevera está vacía salvo por un yogur y un aguacate. Sí, ya lo sé, es muy poético. Probablemente pensaréis que voy a

cortar el aguacate porque parece maduro pero por dentro estará todo marrón y blandengue, como una metáfora. Y sí, lo corto y está todo marrón y blandengue, pero me lo como de todas formas porque tengo hambre. No sabe a nada. Me tomo unas cucharadas del yogur antes de darme cuenta de que caducó hace dos semanas. No puedo reírme de mi situación de pez fuera del agua, de no saber qué es la fecha de caducidad de algo, porque estoy vomitando en el fregadero el yogur caducado que me acabo de tomar.

Son las pequeñas cosas las que me fastidian, como no saber usar una ducha, porque para mí una ducha probablemente sea algo parecido a lo que para vosotros es una letrina: un retroceso pintoresco y bastante asqueroso a una época en la que nos alegramos de no tener que vivir. Pero también me fastidian las cosas más importantes, como la foto enmarcada que hay en el escritorio, en la que aparecen mi hermana, mi madre y mi padre sonrientes al lado de un desconocido que tiene la misma cara que yo.

Observo con atención las fotos de John y trato de que mi pelo se parezca al suyo, pero nunca en mi vida me lo he lavado con champú y acondicionador, así que tengo que leer la letra pequeña que hay en el frasco para saber para qué sirve el acondicionador. Ni que decir tiene que tampoco me he echado nada llamado *espuma estilizadora*. En mi mundo, te colocas en la cabeza un casco de aseo que te lava el pelo, te lo corta y te lo peina. Por lo visto, aquí, cuando a uno le crece demasiado, tiene que pagarle a otro adulto para que se lo corte con unas tijeras como las que usan los niños en la guardería para hacer manualidades.

Me lavo, me visto y como solo, y me sentiría muy orgulloso si no fuera porque estos logros están al alcance de un niño precoz. Pero así es como me siento: como un niño que se despierta en una casa vacía y no tiene claro si sus padres están dormidos o han salido o se han muerto y cumple con la rutina de las actividades matinales porque es la única manera de mantener a raya el pánico.

69.

No puedo quedarme aquí. Es una maravilla que mi madre esté viva y que mi padre no sea un gilipollas ausente y que Greta sea, a ver... increíble. Inconveniente, temeraria y lista. Merece vivir mucho más que yo. Está claro que John se ha montado una vida decente, cosa que yo nunca he hecho. Es exitoso, resuelto y extraordinario. Aunque sus mejores ideas sean un plagio y procedan de sus sueños en los que aparece mi mundo, aunque su vida esté circunscrita al trabajo y él se haya convencido de que con eso basta, aunque yo sepa por qué: porque siempre ha tenido una fuerte, sombría y abrumadora sensación de que nada es lo que debería ser, de que toda la gente que conoce, todos los lugares a los que va, todas las ideas que tiene son inexplicable pero irrevocablemente erróneas. Mantiene la distancia con todo el mundo porque, de un modo que jamás podría formular pero que tampoco puede pasar por alto, sabe que ninguna de esas personas debería existir. La única excepción es Greta, pero solo porque ella se ha negado a que la apartara y ha emprendido una batalla sin tregua, sin compasión y sin final para mantener a John presente en este mundo. Yo me he pasado la vida deseando que mis padres me hicieran caso. John cuenta con su atención embelesada y los menosprecia una y otra vez. Tiene todo lo que yo he querido, pero eso no logra llenar el vacío que se abre en sus sueños noche tras noche. Y ahora ese vacío lo ha sobrepasado. Yo, yo soy el vacío.

Pero yo tampoco puedo permitir que se acerquen. Ni Greta ni mis padres ni esta versión de mi vida. Tengo que contener la conciencia de John, encerrarla, suprimir cualquier afecto que sienta por los individuos que constituyen el entramado de su vida, porque este mundo es un espanto frío, húmedo y mugriento y no puedo quedarme aquí. Tengo que encontrar la manera de salir de este mundo paralelo para que todos podamos volver al futuro que deberíamos tener. Soy el único capaz de hacerlo y, por muy agradable que haya sido este interludio, sería terriblemente egoísta condenar

al resto del mundo, condenar nada menos que a la realidad, a esta existencia errónea solo porque mi pequeña vida ha mejorado. Yo no soy importante, en comparación con los miles de millones de personas que nunca han sabido cómo deberían ser las cosas.

70.

Entonces, ¿cómo puede uno intentar cambiar las últimas cinco décadas de historia en un mundo en el que los viajes en el tiempo se consideran una idea muy entretenida? Incluso aunque existiera la tecnología para llevarlos a cabo, se trataría de una empresa inútil debido a la falta de avances imprescindibles en campos relacionados, como el teletransporte, la inmaterialidad, la invisibilidad e incluso la fabricación de las piezas más sencillas. Y, por supuesto, el plan de mi padre dependía de seguir el rastro de las radiaciones emitidas por el Motor Goettreider original. Sin eso, incluso aunque yo pudiera solucionar las cuestiones técnicas, seguiría sin poder llegar al lugar exacto en el momento exacto.

Además, no tengo ni idea de cómo funcionan estas cosas. Conozco muy bien la jerga gracias a los meses que pasé trabajando en el laboratorio y relacionándome amablemente con los acólitos de mi padre, pero no soy capaz de construir una máquina del tiempo partiendo de cero, del mismo modo en que no soy capaz de construir una máquina de café como la de John partiendo de cero.

Y hay una caja de Pandora esperando a que la abran: mi padre. Al fin y al cabo, él escribió un libro sobre viajes en el tiempo, aunque se lo considere una tacha excéntrica en su reputación académica. Por muy amable y considerada que parezca ser esta versión de él, no estoy dispuesto a pedirle ayuda de este tipo. Todavía no.

Necesito descubrir qué fue del Motor Goettreider. Todo ha surgido de eso, todo lo que ha salido mal y todas las formas posibles de arreglarlo. Busco «Motor Goettreider» en el portátil de John, pero no se encuentran resultados para esa entrada. Lo intento con «Lionel Goettreider» y nada. Hay miles de millones de páginas web y ni una sola menciona a la persona más importante que ha vivido nunca.

Antes de rendirme, aprovechando que estoy en internet, busco a mis

exnovias. Hester Lee, nada. Megan Stround, nada. Tabitha Reese, nada. Robin Swelter, nada. Lo intento con mis amigos, pero tampoco aparecen ni Deisha Cline ni Xiao Moldenado ni Noor Priya ni Asher Fallon ni Ingrid Joost. No hay ni rastro de ellos, no están en ninguna red social, ni en ningún blog ni artículo ni etiqueta. No existen. No han existido nunca.

Lo que sí encuentro es la página web oficial de Ubly (Míchigan), la ciudad abandonada que fuimos a visitar. Pero aquí no está abandonada. Mis amigos han desaparecido, pero hay unas ochocientas treinta personas que viven en Ubly en la actualidad. El móvil de John calcula que el viaje en coche llevaría cinco horas, subiendo por la autopista Don Valley y cogiendo la 401 hasta que se divide. Entonces habría que tomar la 402 y cruzar el puente Blue Water hasta la 25, pasando junto al lago Hurón hasta la East Atwater Road, que se convierte en la calle principal de Ubly cuando atraviesa el centro de la ciudad. La biblioteca que vi, con los árboles creciendo de los libros en proceso de descomposición, sigue ahí. Podría recorrer la ciudad llamando puerta por puerta en busca del dueño de ese reloj de bolsillo. Si estuviera vivo, si lo tuviera, podría hacerle una oferta exorbitada, pagar el precio que me pidiera. Podría tener en mis manos exactamente el mismo reloj que tuve aquel último día en el laboratorio.

Pero ¿de qué serviría? No es más que un reloj. No estaba vivo, ni tenía una carrera como Deisha, ni una novia como Asher, ni una hija como Xiao. No era amigo mío, aunque yo tampoco es que me portara como un buen amigo con él. No me quería, o quizá solo un poco, más o menos como Hester o Megan o Tabitha, brevemente y sin obtener demasiado a cambio. No alteró la trayectoria de mi vida como hizo Robin a lo largo de cinco noches torpes y gloriosas. Es una cosa.

Y entonces, porque no puedo evitarlo, busco en internet «Penelope Weschler».

Durante al menos treinta segundos, me quedo mirando la pantalla hasta que empiezan a humedecérseme los ojos. Y no es porque no pueda parpadear.

Es porque ahí está: Penelope Weschler.

Existe.

Solo que no es Penelope Weschler.

71.

Penelope Weschler vive aquí mismo, en Toronto. La llaman *Penny*.

Tiene una librería en el barrio de Leslieville, situado en la parte este de la ciudad, justo al otro lado de la franja de gachas turbias conocida como río Don. En internet hay un montón de comentarios efusivos sobre la librería, donde se organizan charlas, encuentros con los autores y clubes de lectura semanales. Se llama La Imprenta Ha Muerto.

Busco un poco hasta que localizo una foto de ella.

Me quedo mirándola, atontado y nervioso al mismo tiempo.

No es Penelope Weschler. Bueno, sí, sí que es, pero se parece a otra persona. Es otra persona.

Me enteraré de que a pesar de los cambios que he provocado en el desarrollo de los acontecimientos, su padre, Felix Weschler, y su madre, Joanne Davidson, se enamoran igualmente en el instituto y deciden fundar una familia poco después de terminar la universidad, y Felix quiere llamar a su primera hija igual, con el nombre de su querida abuela Penelope, y Joanne acepta. La Penelope Weschler que yo conocí no llegó a nacer el 12 de enero de 1985, pero nació otra Penelope Weschler el 9 de junio de 1985, casi cinco meses más tarde.

En lugar de «la Penelope Weschler que yo conocí» había escrito «mi Penelope Weschler», pero lo he borrado. Como si alguna vez hubiera sido mía. Como si pudiera serlo alguna vez.

Esta Penelope se parece a ella en algunas cosas, y es distinta en otras. Es como si fueran hermanas, pero no lo son. Se trata de una variación genética concebida cinco meses más tarde por los mismos padres, una combinación idéntica de cromosomas con un resultado alternativo. Sus pecas están mal, como un mapa del cielo nocturno de otro planeta. La tonalidad de su pelo, el color de sus ojos, la forma de su barbilla, sus dioptrías, sus huellas dactilares.

Su forma de besar.

Estoy yendo demasiado lejos. Como me ha pasado ya varias veces en la vida, en mis dos vidas, las cosas se tuercen en cuanto aparece Penelope Weschler.

72.

Estoy en la calle, frente a la puerta de La Imprenta Ha Muerto. No he llamado antes, quizá ella no esté y quizá eso sea lo mejor porque no soy capaz de pensar con claridad. Mis pensamientos están enredados, hundidos en un ruidoso abismo. Simplemente tenía que venir aquí cuanto antes. No tengo ningún plan.

El horario está impreso en la puerta de cristal. La tienda cierra en doce minutos. Es el local de un edificio de ladrillos. En lo alto hay apartamentos. A la derecha, un bufete de abogados de lo más sórdido con las polvorientas persianas bajadas. A la izquierda, una cafetería donde un camarero barbudo y vestido con un mono sirve bebidas espumosas a los clientes que están sentados en unas sillas desaparejas frente a una mesa común de madera clara. Sus rostros parecen de color blanco azulado por las pantallas de los móviles que tienen delante. Un tranvía pasa traqueteando por Queen Street East, chillando contra los raíles metálicos dispuestos sobre el asfalto.

Entro. Es un lugar cálido y luminoso y huele a tinta y a cola. Filas de estantes hechos con tablones de madera reciclada, nudosos y agradablemente asimétricos. Portadas y lomos de todos los tonos y con toda clase de tipografías. Algunos volúmenes en exposición, con firmas de autores locales. Ediciones antiguas enmarcadas y colgadas en las paredes.

Y Penny Weschler en un taburete detrás del mostrador, leyendo una novela. El lugar está vacío. No ha levantado la vista. Todavía podría irme sin que me viera.

No voy a ir a ninguna parte.

Simulo estar buscando alguna cosa o echando un vistazo, para tener algo que mirar que no sea ella. La mayoría de estos autores no debería haber nacido, pero aquí están sus libros, colocados en pequeñas filas muy ordenadas. Millones de palabras que no deberían haber sido escritas, diciendo cosas que no deberían haber sido dichas. En la V hay ocho novelas de Kurt

Vonnegut que no deberían existir. Paso los dedos por sus lomos.

Me cuesta un gran esfuerzo dar cada paso, como si mi corazón ejerciera su propia gravedad y tratara de arrastrarme hasta el suelo con una fuerza devastadora para que me licúe contra las limpias baldosas en espiga.

Ella me mira. Lo correcto sería hacer algún gesto con la cabeza, o sonreírle, o evitar el contacto visual. Cualquier cosa menos quedarme mirándola como un lunático. Decido mantener las distancias. Mi decisión no dura ni medio segundo.

—Penelope Weschler —le digo.

—Hola —dice ella—. Perdona, ¿nos conocemos?

Su voz es distinta porque su laringe y su lengua y sus dientes y sus labios son distintos. Pero la forma en que te mira directamente a los ojos cuando te habla es igual.

—Sí y no —le digo—. Vengo de una realidad alternativa.

Penny cierra el libro sin marcar la página por la que va.

—¿O sea que nos conocemos en otra realidad, pero en esta no?

—Sí —contesto.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí? ¿Hasta esta realidad?

—Es una larga historia.

—Me imagino —dice Penny.

—Puedo contártela, si quieres.

—Tú eres John Barren —dice ella.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto tu foto. Tú has diseñado la torre que están construyendo en el centro. La gente dice en internet que eres una especie de genio. Y no solo en internet. La gente de verdad también lo dice.

—Bueno —digo yo—. Es que he plagiado todas mis ideas de otra realidad.

—De la realidad de la que vienes, claro —dice ella.

—Sí. Te lo estás tomando muy bien. ¿No crees que estoy loco?

—No lo sé —dice—. A lo mejor estás loco. Pero hay unas cámaras de seguridad grabándonos y tú eres conocido. No es que seas famoso, pero no sé, medio reconocible para la gente que presta atención a las cosas que pasan en la ciudad. Si haces algo violento o loco o algo así, te van a pillar muy rápido.

—Estoy seguro de que sí.

—¿Y para qué has venido? Quiero decir para qué has venido aquí, a mi

tienda.

—Para verte.

—¿Para verme?

—Sé que todo lo que estoy diciendo suena muy raro. Lo siento. Tendría que haberme inventado algún plan. Pero en cuanto te he visto, me he sentido incapaz de mentirte.

—¿Sobre que eres un arquitecto semifamoso que se dedica a plagiar sus brillantes ideas de otra dimensión sin que nadie lo sepa?

—No me enteré de que hacía eso hasta hace unos días —le digo.

—¿Qué pasó hace unos días?

—Me gustaría explicártelo, pero tiene que ver con un viaje en el tiempo, y me preocupa que solo con decirte eso ya te asustes. No sé por qué me siento obligado a ser sincero contigo cuando sé que lo que digo parece una locura. Pero es una historia muy buena. Aunque no te la creas, seguro que te parece entretenida.

—Vale —dice.

—¿Vale qué?

—Vale, cierro en unos minutos. Sal a la calle mientras escribo unos mensajes contándoles a algunos amigos que voy a ir a tomar algo contigo y que si resulta que desaparezco, es que me has asesinado y probablemente devorado.

—Genial.

—¿No te importa que le diga eso a la gente?

—Me alegra que estés dispuesta a pasar unos minutos más conmigo después de lo que te acabo de decir.

—Casi todo lo que me has dicho parece de locos —dice Penny—. Pero ¿sabes qué es más de locos todavía? Que creo que he estado toda la vida esperando a que entraras aquí.

73.

Decido contarle a Penny una parte de la verdad, pero omitir los detalles más dolorosos y repelentes. Me prometo a mí mismo que le revelaré esas cosas más adelante, tal vez, si me da la impresión de que confía en mí lo bastante como para escuchar la historia completa.

Pero en cuanto me encuentro sentado frente a ella, en un bar, al otro lado de una mesa coja, y ella me mira fijamente, y soy el único objeto de su atención, no puedo contenerme y le cuento todo.

Tardo unas horas. Estamos en un antro de mala muerte, a una manzana de su librería. Es un resto del pasado decadente del barrio, que en el presente se está aburguesando cada vez más, lo cual llena de contento a la propietaria, que no deja de explorar cuánto puede cobrar por una copa si cultiva el tipo de descrédito necesario para que su local gane en atractivo. Tenemos una mesa para dos situada contra la ventana, separada del resto del bar. Es perfecta para que dos personas hablen hasta la hora del cierre mientras se toman unos bourbons carísimos.

Penny hace un montón de preguntas sobre la otra Penelope: cómo llegó a ser quien era, su fracaso como astronauta, su reinención y su autodestrucción, el papel que desempeñé yo en ellas. Lloro cuando le cuento cómo y por qué hizo que nuestra célula muriera. Le explico cómo entré en el laboratorio, viajé en el tiempo, jodí el mundo, acabé aquí con la vida de John —ella no termina de entender la forma de funcionar de los arrastres temporales, pero la verdad es que yo tampoco— y decidí que tenía que arreglar las cosas pero sin saber por dónde empezar.

Cuando acabo, Penny se queda en silencio un rato. El bar está vacío y el camarero comienza a mirarnos con mucha intensidad. Ella se acaba su cuarto bourbon, deja algo de dinero sobre la mesa y se levanta.

—Vamos —dice.

74.

Vamos andando hasta su apartamento, que está a unas cuantas manzanas, en una vieja fábrica reformada. La han vaciado y han instalado unas ventanas que van desde el suelo hasta el techo. Han puesto suelos de cemento y electrodomésticos de acero inoxidable para que unos doscientos urbanitas puedan disfrutar de algo parecido a un hogar. Su casa da a otras fábricas que se están desmontando de un modo similar para sustituirlas por torres que muy pronto le tapan la escasa vista que todavía le queda del *skyline* dentado, gris y turquesa, del centro de la ciudad y la vasta extensión del lago Ontario.

Me ha invitado a su casa, lo cual parece buena señal, aunque no estoy seguro de qué señala.

Penny se quita los zapatos, va a la cocina, trae un par de vasos de agua. No enciende la luz, pero por las ventanas entra el resplandor de la ciudad, y eso basta para que yo distinga su contorno suave y brillante mientras me mira.

—Escucha —dice Penny—. O estás loco de atar o eres la persona más interesante que he conocido en la vida. Si me has contado esa historia para ligar conmigo, voy a ser sincera y a admitir que ha funcionado muy bien, aunque los cuatro bourbons también tienen bastante que ver. Tengo una antena especial para detectar todas las mentiras que dicen los tíos para meterse en la cama con alguien, y si la historia que me has contado es eso, pues bravo, cabrón. No hay ningún motivo para creerte, salvo que llevo sintiendo, no sé, desde siempre, que mi vida no es lo que debería ser. Y eso que la librería va bien y tengo una vida agradable y tranquila: pocas veces debo salir de mi barrio y mis clientes, no sé, parece que aprecian de verdad que exista esa tienda en una zona que está en proceso de devorarse y vomitarse a sí misma no se sabe con qué forma, y que me ven como, bueno, como un símbolo o algo así, como un símbolo de que lo que viene a lo mejor no es tan malo, e incluso puede que sea mejor que lo que había aquí antes, algo auténtico y particular en vez de un montón de franquicias de cadenas de

restaurantes de mierda y cosas así. Pero nunca he sentido que esta fuera la vida adecuada para mí. He leído un montón de obras de ficción especulativa, no sé, cosas bastante duras, ¿sabes?, para frikis totales, me encanta eso, siempre me ha encantado, incluso cuando me señalaba como alguien raro y los únicos tíos a los que les molaba tenían demasiado miedo a las chicas como para hacer nada, así que siempre era yo la que tenía que dar el primer paso, todos los pasos, y ellos tenían tanto miedo al rechazo que se enfadaban muchísimo y me llamaban puta antes que arriesgarse a ser un desastre en la cama. Lo que te estoy diciendo es que mi imaginación está bien entrenada, ¿vale? Ya he pensado en muchas otras vidas que podría vivir en vez de esta. Me he regodeado muchísimas veces pensando en las posibilidades de ser otra persona distinta de la que soy, posibilidades que en su momento parecían completamente improbables. ¿Y ahora apareces tú y me cuentas que todas las fantasías estúpidas y delirantes que he albergado, siendo una adolescente frustrada y una adulta tímida, eran, no sé, poco ambiciosas? ¿Y que la vida que se supone que debería estar viviendo está mucho más allá de lo que fui capaz de imaginar? ¿Y que soy una leona, joder, viviendo como una ratoncita?

—Sí, algo así —le digo.

Y Penny empieza a besarme.

75.

Más tarde, Penny me pregunta por qué creo que soy un plagiaro involuntario —pasé por el tema de puntillas en mi explicación inicial porque había bebido mucho y quería llegar a la parte donde descubría que ella también existía aquí—, de modo que se lo cuento.

—Vale —dice ella—, pero ¿y si todas las ideas creativas que tiene una persona fueran robadas inconscientemente de las experiencias que ha tenido en otra realidad? ¿Y si todas nuestras ideas son plagiadas, sin que lo sepamos, porque se nos presentan por medio de un solapamiento de realidades críptico e indemostrable?

—A ver, ¿eso significa que la versión de uno que tuvo la idea en otra realidad también la tomó prestada de otra versión de uno que hay en una tercera realidad? —le pregunto.

—No lo sé —dice ella—. A lo mejor solo podemos acceder a un número limitado de realidades adyacentes, ¿no? Y estamos constantemente hurtando ideas de distintas versiones de nuestro mundo y nos creemos que son nuestras, que las hemos generado nosotros.

—Aunque algunas realidades van a ser superiores a otras, si tenemos en cuenta la calidad de las ideas —digo yo—. No quisiera parecerme un gilipollas, pero me da que mi realidad no tiene mucho que aprender de esta.

—Sí —dice ella—, pero tú no puedes saber si las mejores ideas de tu realidad no fueron robadas de esta realidad, solo que aquí no pudimos llevarlas a cabo adecuadamente porque no teníamos acceso a... ¿Cómo se llamaba?

—El Motor Goettreider.

—Eso —dice Penny—. No teníamos los recursos para construir las cosas que se nos ocurrían, así que convertimos esas ideas en ciencia ficción. Las mantuvimos a salvo en el mundo de los sueños. Y entonces vosotros, cabrones, saqueasteis nuestra imaginación, os apropiasteis de nuestras ideas y

os construisteis un paraíso.

—La verdad es que... eso no es imposible en absoluto.

—O a lo mejor es que sobrevaloramos a los seres humanos individuales. A lo mejor hay una inteligencia extraterrestre que siembra conceptos originales en nuestra mente para evaluar si puede atravesar quién sabe qué fronteras que nos separan de otras dimensiones. No sé, a lo mejor algunas ideas son porosas y otras son impermeables y no pueden escaparse de su realidad original. A lo mejor las mejores ideas son las que viajan libremente y en realidad no pertenecen a una única persona.

—Tú no eres como la otra Penny —le digo.

76.

Era diferente de verdad. La otra Penny —ya me parece raro llamarla Penelope— era más dura, estaba más tensa, tanto física como emocionalmente. Su cuerpo casi zumbaba a cada paso que daba de lo calibrados que eran sus movimientos. Sus músculos estaban en armonía con la gravedad; no desperdiciaba ni un julio de energía. Era reservada de una manera muy cuidadosa, felina, y daba la impresión de que solo decía el mínimo número de palabras imprescindibles para transmitir una idea, no porque no tuviera nada más que decir, sino porque sabía que en circunstancias desagradables, todo lo que dijera podría ser utilizado en su contra. Por ello, cuanto más precisas y cautelosas fueran sus frases, menos probable resultaría que su historial verbal supusiera su perdición. Era todo determinación y miedo de que la determinación no bastara. Había pasado toda la vida ejerciendo un aterrador control sobre sí misma, para parecer siempre limpia y pura.

Esta Penny habla, habla por los codos y hace un montón de gestos exagerados para enfatizar lo que dice. Tiene los hombros algo caídos, camina con agilidad y se ríe fácilmente. No parece cauta en absoluto. Tiene sus cosas, como todos nosotros, pero carece por completo de esa sensación de haber hecho algo incorrecto y vergonzoso que Penelope tanto se esmeraba por ocultar, salvo cuando empezaba a salir a chorros, como el agua de una tubería rota. No es que Penny no tenga turbias contradicciones personales — tiene una buena cuota de ellas—, sino que no las considera algo terrible y no se avergüenza de ellas. Como todo el mundo, lleva una maleta llena de problemas allá donde va, pero no la cierra con llave, para que cualquiera pueda echar un vistazo a su contenido si siente curiosidad.

Hay otras diferencias, diferencias físicas, pero me parece irrelevante y descortés catalogarlas. Las dos tenían el mismo nombre y los mismos padres, pero eran claramente distintas.

Una cosa sí tenían en común: las manos. Yo conocía muy bien las manos de Penelope por todas las horas que pasamos en los simuladores, y Penny tiene los mismos dedos largos y afilados y las mismas muñecas finas y delicadas, aunque las líneas y los pliegues de las palmas son solo suyos.

Y luego estaba la forma en que te miraban. Penelope casi nunca miraba a los ojos, pero cuando lo hacía, te sentías el centro del universo. Penny también es así. Parece que su atención fluye de tus ojos hacia los tuyos, como si no pudiera haber en ninguna parte nada tan interesante como lo que le estás diciendo en ese momento y en ese lugar.

A ver, es cierto que yo era o bien un enviado de otra realidad que había llegado viajando en el tiempo, o bien un maniaco perturbado en medio de un brote esquizoide agudo, de modo que en cualquier caso tenía que resultarle interesante. Pero Penny no necesitaba una historia enloquecida para mantener mi atención. Ya la tenía, la atraía con fuerza y, en cuanto la conocí, me atrajo del mismo modo a mí también.

77.

La verdad es que no hay realidades alternativas. Por lo menos no como las describe Penny. Tal vez de cada acto nazca un multiverso infinito, ya se trate de la colisión de dos átomos o del encuentro entre dos personas. Tal vez la realidad esté fluctuando sin cesar alrededor de nosotros, pero nuestros sentidos no están equipados para detectar esas variaciones cuánticas. Tal vez en eso consistan nuestros sentidos: en un tamiz orgánico diseñado convenientemente para que el caos de la existencia se filtre de un modo lo bastante manejable como para poder levantarnos de la cama cada mañana. Tal vez la totalidad de lo que percibimos con los sentidos sea una versión de la realidad tan torpe como el retrato a tiza, pintado en la acera por un niño, del rostro de la mujer de quien ya te estás enamorando cuando está tumbada a tu lado en un revoltijo de sábanas y mantas, con los labios todavía fruncidos mientras se apartan de tu boca.

Pero en lo que se refiere a nuestra experiencia, solo hay una realidad, esta realidad. La otra realidad, mi realidad, ha desaparecido. La borré cuando interactué con el pasado. Interactué. Bonita forma de decir «destruí catastróficamente». Nadie, en mi mundo, se está preguntando dónde estoy, porque ese mundo ya no existe. Ahora este mundo es lo único que hay.

Le digo todo esto a Penny. Salvo lo de que me estoy enamorando de ella. Creo que es mejor que me guarde esa información, ya que nos conocimos anoche y estoy tratando de parecerle un poco menos demente de lo que le parezco.

—La verdad —dice— es que no tienes ni idea de lo que hablas. Todas esas chorradas sobre las realidades alternativas y las contradicciones de los viajes en el tiempo y las transferencias de conciencia... En el fondo, no sabes nada. Hablas con autoridad porque es tranquilizador sentir que uno controla lo incognoscible. Así que cálmate, tío, y disfruta de lo que sí sabes. Sabes que en esta realidad puedes darte el lote conmigo.

Y eso es lo que hago. Pero también sé que tengo razón, porque estoy empezando a olvidar.

Cuando salí del hospital y encontré el cuaderno de John, escribí un montón de cosas que sabía con toda seguridad que habían sucedido, intentando aclararme un poco las ideas. Solo fue hace unos días, pero ahora, cuando leo esas notas, casi no recuerdo la mayor parte de lo que dicen. Mis recuerdos son escasos, están hechos jirones, se han acurrucado y echado a dormir en algún rincón de la memoria al que no puedo acceder. Tal vez el cerebro también cure heridas y acabe cubriendo la punta de la astilla que se rompió cuando te la sacaste con unas pinzas, dejando un fragmento de algo extraño para que se pudra en tu interior.

Cuando escribí apresuradamente esas notas, me pareció pretencioso describirlo todo con demasiado detalle. Apunté los acontecimientos principales y, por supuesto, mi narcisismo todo el tiempo llevaba el relato hacia mi angustia y mis dudas y mi culpa y mi arrepentimiento. Pero si hubiera sabido que iba a empezar a perder todos esos recuerdos, me habría pasado el día entero escribiendo todo lo que sabía de mi mundo, por muy irrelevante o banal u obvio que me pareciera. Porque ahora esas páginas de descripciones tímidas y dispersas son casi lo único que me queda. Podría ser una obra de ficción. Yo podría ser un personaje de ficción. Una vida, un mundo, todo un universo, reducidos a veintisiete páginas manuscritas de cualquier manera.

Cada vez me siento menos Tom. Noto cómo va ocurriendo. Me estoy convirtiendo en él. Me estoy convirtiendo en John.

78.

Pasamos la noche y el día juntos. Damos una vuelta por su barrio con unos cafés en vasos de cartón. Desayunamos en un sitio que le gusta. Decide no abrir la librería ese día, así que seguimos caminando, hacia el oeste, hacia el centro. Penny quiere enseñarme la ciudad, el sitio en el que he vivido casi toda la vida pero que apenas reconozco.

Le comento que los edificios son todos iguales. La piel y el pelo varían, pero los esqueletos, los músculos, los nervios y los órganos son prácticamente idénticos. Eso está bien para diseñar personas, pero es aburrido a la hora de diseñar ciudades. Al igual que ocurre con la gente, hace falta tener en cuenta que la gravedad y la decadencia son inevitables. Al contrario de lo que ocurre con la gente, los materiales no se limitan a carne y hueso. En el lugar de donde vengo, apenas había nostalgia arquitectónica. El pasado se consideraba un antiestético papiloma, algo un tanto vergonzoso aunque fuera más bien benigno. En cualquier caso, suponía una advertencia implícita para que nadie olvidara lo mal que se pueden hacer las cosas si no se presta la debida atención. Había grandes hitos, por supuesto: el Taj Mahal, la Torre Eiffel, el Monumento a Washington y otras construcciones que habían pasado a formar parte de la historia de las postales. Pero eran excepciones. En el resto de los casos, lo mejor que se podía hacer era demolerlo todo.

Y le comento que los edificios son todos distintos. En mi mundo se adoptó hace mucho tiempo la *macroarquitectura*, que consiste en diseñar edificios individuales que se interrelacionan y constituyen un todo municipal, fusionando los precedentes culturales, el gusto local, las tendencias globales, el contexto medioambiental y las particularidades geográficas. De vez en cuando surgen macrodiseños dudosos. Pekín, por ejemplo, visto desde arriba parece un dragón, San Antonio es como una versión gigantesca de El Álamo y el diseño reticular de Brasilia reproduce el mapa de Brasil. Pero en términos generales, la macroarquitectura salva las ciudades de la incoherencia estética

del mundo.

Penny no está de acuerdo. Cuando pasa por calles donde hay edificios que no pegan, lo que ve no es un gran barullo visual, sino la historia viva, las yuxtaposiciones que narran lo que ha pasado en la ciudad. Cada detalle original, cada remodelación con una fecha, cada ladrillo, cada teja, cada ventana, cada puerta y cada escalera tienen algo que decir sobre la ciudad que han construido entre todos. Y cada ciudad tiene cientos de manzanas como estas, miles, y cada una es una página de su historia interminable.

Pienso en la otra Penelope y en la probabilidad de que alguna vez hubiéramos pasado un día como este. Solo estuvimos una noche juntos y después... Me doy cuenta del paralelismo. Siento un impacto duro y directo: es la mañana del día siguiente. Estoy aquí, en la acera, con Penny, y es casi exactamente el mismo momento del día en que Penelope salió de la esfera de defusión y se deshizo delante de mí. Pero aquí está esta otra versión de ella, con todo el pasado arrasado, dando sorbos a un café entre los ruidos del tráfico. Este mundo es espantosamente estruendoso y chirriante, y en momentos como este resulta difícil pensar con claridad.

—¿Estás bien? —me pregunta Penny.

—Sí. Estaba pensando en el, eh, en el otro mundo.

—¿En el otro mundo o en la otra yo?

—Ya no hay otra tú.

—Sí que la hay. En tu memoria. He salido con suficientes chicos que tenían historias sin resolver con sus exnovias como para darme cuenta. Las mujeres, en la mente de los hombres que las han querido, siempre se convierten en ángeles perfectos o en zorras agobiantes. Y me parece que ella nunca te agobió. Probablemente estaba más buena que yo, además. Es guay, te prometo que no voy a ponerme celosa de mí misma. Bueno, no sé, a lo mejor un poco.

Se acerca, sonriente, juguetona. Pero yo me siento frágil e inquieto.

—Creo que todavía no estoy preparado para bromear sobre eso —le digo—. Aunque parezca que estoy bien.

—Perdona —dice Penny—. La verdad es que estoy todo el tiempo esperando que dejes de actuar y admitas que la cosa esa de los viajes en el tiempo no es más que un truco que tienes para ligar. Supongo que cuando te aburras de esto, te volverás a tu dimensión para siempre, te olvidarás totalmente de mí y ya no volveré a verte.

—No podría volver ni aunque quisiera. No soy capaz de inventar una máquina del tiempo.

—Pero si pudieras hacerlo, yo nunca nacería, ¿verdad? Ni yo, ni nadie.

Me acuerdo de eso que me contó Penelope, eso de que dividía las tareas y hacía una cosa por segundo. ¿Eso funciona para todo? ¿Me ayudaría a olvidar a toda la gente que he eliminado? ¿El ritmo firme de un segundero podría borrar todo un mundo de mi memoria?

—Por cierto, me he dado cuenta de que todavía no me has dicho cuál de las dos está más buena.

—Tú —digo.

—Buena respuesta —dice ella—. Bésame un poco y a lo mejor hasta me lo creo.

Nos besamos y seguimos caminando y charlando. Comemos temprano, volvemos a su casa y nos quedamos dormidos hasta la tarde.

Es el mejor día de mi vida. A ver, con mucha diferencia.

Cuando me despierto, Penny está acurrucada a mi lado, todavía dormida.

No es Penelope. No se va a deshacer.

79.

Estamos acostados en la cama tratando de tomar una decisión sobre la cena cuando suena mi móvil. No quiero contestar, porque no hay nadie con quien quiera hablar que no esté acostado en la cama de Penny, pero ella se levanta para ir al baño así que lo cojo. Llevo días ignorando las llamadas de mi estudio. Se me ocurre que si por lo menos les confirmo que sigo vivo, quizá dejen de molestarme.

Pero es una chica muy nerviosa la que me llama y me pregunta dónde estoy. Dice que es asistente en organización de eventos y que lleva horas buscándome y que acaba de descubrir que se había confundido con mis dos teléfonos, el del estudio y el móvil. Me cuenta que ya casi ha terminado la cena y que mi conferencia magistral está programada para dentro de treinta minutos.

Este fin de semana se celebra el Congreso Internacional de Arquitectura y Diseño Urbano, que ha sido organizado en Toronto por primera vez, y en calidad de niño prodigio local tengo que dar el discurso de inauguración. Acepté hace meses y no sé por qué no lo cancelaron tras mi hospitalización, pero nadie les dijo nada a los organizadores del congreso y están muy alterados porque no me he presentado a la cena, ya que quinientos arquitectos, diseñadores urbanos, críticos culturales, licenciados y, bueno, no sé muy bien quién más, pero hay quinientos, están dando vueltas en la puerta del auditorio esperando para oír mi charla.

No tengo absolutamente nada que decirles a quinientos frikis de la arquitectura. Pero un poderoso zumbido llegado del inconsciente me dice que esto es algo muy importante para John, de modo que, aunque no quiero ser John, le digo a la persona que está al teléfono que John llegará a la hora prevista. Le explico la situación a Penny y me doy cuenta de que sospecha que puede tratarse de una estratagema para desaparecer ahora que me he acostado con ella cuatro veces en dieciocho horas, así que la invito a que

venga conmigo y nos duchamos juntos por primera vez y, a ver, no tengo ninguna gana de salir de la ducha, pero de repente ella está muy concentrada poniéndose un vestidito encantador y maquillándose mientras yo me afeito con la cuchilla que emplea para depilarse las piernas y las axilas.

Cogemos un taxi hasta mi casa y le pedimos que espere mientras yo me pongo un traje a toda prisa y la dejo cotillear un poco. Me hace el nudo de la corbata y me siento tan cerca de ella que estoy a punto de echarme a llorar. Me dedica una sonrisa cálida y curiosa al mismo tiempo y yo pienso que gracias a esa sonrisa, tengo los huevos necesarios para hacer lo que estoy a punto de hacer.

80.

No tengo nada preparado para esta enorme cantidad de gente, que probablemente sea muy lista y muy talentosa y que sin duda se está preguntando si todo el revuelo que se ha montado en torno a mí —en torno a él, a John— está justificado. Por supuesto, no lo está.

Los organizadores del congreso me rodean cuando entro en el auditorio de la mano de Penny y me preguntan si he traído algún documento audiovisual. Echo un vistazo al sitio, a los quinientos asientos ocupados y al pequeño atril. Todo está preparado. Unas cortinas tapan las enormes ventanas, que van desde el suelo hasta el techo. No tengo ni una idea en la cabeza. Todas las moléculas de líquido de mi cuerpo se asoman a mis glándulas sudoríparas. Algo palpita en mi garganta, algo seco y áspero, como si me hubiera tragado una nube de polillas.

Me fijo en una hendidura que hay entre las cortinas, como si quien las haya cerrado hubiera olvidado darle un último tirón a la cuerda. El auditorio está en la planta superior de una torre situada junto al lago, y a través de la hendidura veo una pequeña parte del *skyline* de la ciudad. Pido un rotulador, algo con lo que hacer un boceto, y abro las cortinas, mostrando la vista de la ciudad. Una empleada de la organización se me acerca con un rotulador permanente. Le quito la tapa y, con las miradas de quinientas personas clavándoseme en la espalda, me pongo a dibujar sobre el cristal.

Lo que dibujo es la ciudad tal y como la recuerdo, no como la veo. Mi *skyline*, no este *skyline*. Es una experiencia cognitiva de lo más extraña, porque yo no sé dibujar, pero John sí que sabe, de modo que oscilo entre ambos, entre su talento y mi memoria. Hago un boceto de la ciudad como debería ser. La sala está en silencio. Se oyen algunos murmullos, alguien se aclara la garganta, pero nadie grita *deja de dibujar en la ventana, imbécil*, ni nada parecido. Así que continúo hasta que termino el *skyline* que debería haber ahí. Solo entonces me vuelvo hacia la gente.

—Hemos fracasado —digo—. Nos hemos fallado y le hemos fallado al mundo. La arquitectura es el arte en el que vivimos, y podríamos estar viviendo en un mundo milagroso. En vez de en cajas aburridas, en vez de en un mundo geométrico. Nosotros, los que estamos en esta sala, hacemos el marco a través del que el mundo mira para ver su propio reflejo. Y si el mundo no nos ha proporcionado los materiales que necesitamos para dejar volar nuestra imaginación, tenemos que exigirselos. Todo lo que necesitemos para imaginar de nuevo esta ciudad, todas las ciudades, para definir de nuevo la manera en que los seres humanos viven en este planeta. Todo es posible. No hay ninguna idea imposible. Lo único que necesitamos son infraestructuras. Pero ¿estamos inspirando al mundo material para que se lance en pos de nuestras magníficas visiones? ¿O estamos dejando que las infraestructuras nos limiten? Nos fallamos, le fallamos al mundo, le fallamos al futuro, le fallamos a quien se asome a la ventana para ver lo que nuestra civilización es capaz de hacer. Miremos por esa ventana, examinemos la historia que hemos contado. ¿Nos sentimos orgullosos de haber contado esa historia? Pensemos en lo que hemos tratado de construir hoy y preguntémonos si cambiará el mundo, si nos acercará al mundo que necesitamos. Si no es así, ¿por qué? Empecemos de nuevo. Eso no son edificios. Son monumentos al futuro que nos merecemos.

A ver, se supone que tengo que hablar durante una hora y esto me ha llevado un par de minutos. Pero es lo único que tengo que decir, así que le pongo la tapa al rotulador, se lo lanzo a la empleada de la organización, que me mira con los ojos como platos, cojo a Penny de la mano y salgo del auditorio. Las pesadas puertas de madera se cierran con fuerza a mi espalda.

Mientras esperamos el ascensor, suena como si estuvieran destruyendo el auditorio, arrancando los asientos del suelo con las manos y lanzándolos contra las paredes. Después alguien me dice que eso es el sonido de quinientas personas aplaudiendo.

81.

Que quede claro: no creo que mi charla mereciera tantos aplausos. Mi *skyline* salvaje era muy espectacular, y la gente se quedó sorprendida cuando dije que todos habíamos fracasado, y a todo el mundo le gusta que le digan que su profesión marca el rumbo de la humanidad, pero no estoy seguro de si la gente aplaudió porque lo que dije le pareció inspirador o provocador o porque la lógica de las muchedumbres hizo que todos se sintieran forzados a unirse al primero que lo hizo.

Fuera cual fuera el motivo, la charla apareció en la portada del *Toronto Star* a la mañana siguiente, debajo de una foto del dibujo que hice en la ventana. Después, sin demora, siguieron innumerables artículos en internet, a favor y en contra de mí, de mis palabras, del *skyline*, de la arquitectura en tanto profesión y de algunos otros temas tangenciales, escritos por periodistas necesitados de algo sobre lo que escribir para poder cobrar, tarde y mal.

Me pidieron un montón de entrevistas y mi estudio recibió un aluvión de llamadas. Querían que me encargara de nuevos proyectos y, por lo visto, al negarme a contestarlas, lo único que hice fue contribuir a la espiral de interés. Pero no se trataba de una estrategia de relaciones públicas. Estaba en la cama con Penny y no quería salir.

Bueno. A lo mejor estáis pensando que esta historia ya debería concluir, ¿no? Al gilipollas este todo le ha salido bastante bien. Su madre está viva, su padre es majó, su hermana es guay, su carrera va sobre ruedas y se ha enrollado con la mujer con la que estaba obsesionado en su otra vida. ¿Por qué iba a querer volver a un mundo en el que su madre ha muerto, su padre es un cabrón, su hermana nunca llegó a nacer, no ha conseguido nada en el plano profesional y la mujer a la que amaba se ha suicidado?

Y lo entiendo, de verdad. Es más o menos lo que pienso yo. A pesar de que tengo unos molestos sentimientos de lealtad hacia mi mundo y de compasión hacia la humanidad, que ha quedado varada en este planeta triste y destruido,

mi vida aquí es mucho mejor.

Pero es que esta no es mi vida. Es la vida de John. Cuanto más tiempo paso aquí, menos soy yo y más soy él. Sé que es difícil comprender cómo se siente uno cuando su conciencia forma parte de un espejo deformado que refleja la propia conciencia, pero creedme, es espantoso, joder. Es arder hasta la muerte en las llamas de tu propia mente. Es ser engullido vivo por recuerdos ajenos que han arraigado en tu interior, devorando todo lo que te hace ser quien eres y escupiendo a otra persona para que ocupe tu cerebro. Pensad en la cantidad de información que hay almacenada en los pliegues densos y húmedos de vuestra mente, en todos los recuerdos y opiniones e impulsos, en los incalculables y complejos rasgos de vuestra personalidad, desde los más nobles hasta los más banales. Ahora duplicadlos, en esa misma caja húmeda, y sacudidlos a todos y ponedlos a luchar. La mente de John es como una enfermedad que mi mente está tratando de repeler con los anticuerpos de lo que yo sé que es verdad, mis recuerdos, mis opiniones, mis impulsos, mis humillaciones y mis placeres nobles y banales. Pero no, en realidad el cáncer soy yo. Yo soy el virus que intenta infectar a John, no al revés. Él está librando una batalla desesperada para recuperar el control sobre sus propios pensamientos y yo soy el intruso que de alguna manera se ha escapado de sus sueños y ha corrompido su conciencia.

Tal vez volverse loco sea así. Todos los momentos felices se ven amenazados por unos dedos fríos que se cierran alrededor de mis tobillos, tratando de arrastrarme hacia las fauces abiertas de la derrota y el miedo y la vergüenza. Resultaría más fácil abandonar el combate y ser John. Y yo siempre he sido de los que eligen el camino más fácil.

Siento como si me hubieran recompensado por destruir el mundo. La única razón por la que me siento yo, Tom, es un dolor punzante aunque leve que dice: tendrías que recibir un castigo por lo que has hecho. No deberías ser feliz. Todo lo que toques se convertirá en cenizas. Toda la gente a la que quieras quedará sumida en la oscuridad. Has de hacerte responsable de tu crimen, aunque seas el único capaz de juzgarte.

82.

Todos los trabajadores de Barren y Asociados me están esperando en la sala de juntas. Después de pasar una semana más ignorando sus mensajes, mientras Penny y yo nos recluíamos cada uno en el otro, amenazaron con convocar una reunión en mi apartamento si no venía hoy al trabajo. Me acerco a la puerta de cristal y espero a que se abra, como tienen que hacer las puertas, pero no se abre porque tiene un picaporte que hay que girar, aunque ya existe la tecnología necesaria para que las puertas se abran automáticamente. ¿Sabéis la cantidad media de gérmenes que hay en un picaporte? No estaríais más expuestos a los microorganismos patógenos si pasarais la mano por el interior de un retrete público.

Mis quince empleados empiezan a aplaudirme y a tensar sus músculos cigomáticos para mostrar los dientes y las encías, lo cual me hace dar un paso atrás hasta que me doy cuenta de que me están sonriendo. Sobre una gran mesa hecha con un trozo de madera de arce metido en un cubo de poliepóxido transparente hay una pila de ejemplares del *Toronto Star* con mi dibujo en primera plana. Cada vez se me da mejor sacar información de la memoria de John, de modo que recuerdo que el único que no está aplaudiendo se llama Stewart, tiene diez años más que yo y es el gerente general de la firma.

—Hemos recibido tantas llamadas en relación con tu conferencia que tuve que poner a los becarios a contestarlas —dice Stewart.

—Pero eso está bien, ¿no? —digo yo.

—Escucha, todos sabíamos en qué nos estábamos metiendo cuando vinimos a trabajar para ti —dice Stewart—. Tú eres Barren. Nosotros somos los Asociados. Pero dedicamos semanas a esa conferencia. Trabajando en grupo. Y no solo a la presentación visual. Al texto. Las referencias. La investigación. Se suponía que esta iba a ser la presentación del estudio ante la comunidad internacional. No empleaste ni una palabra de lo que habíamos

acordado que dijese. Ni siquiera nos agradeciste que estuviéramos ahí sentados escuchándote. Se suponía que también iba a ser una gran noche para el resto de nosotros. Y por cierto, los del congreso nos quieren cobrar lo que cueste reemplazar el cristal que pintarrajeaste.

Tengo la impresión de que este es un gran momento para Stewart, una espina que necesita sacarse. Mi primer impulso es salir corriendo de allí y no regresar jamás. Preferiría saltar por esa ventana que pinté y precipitarme al vacío antes que hacer frente a esta clase de intrigas. Nada ha estado antes a mi cargo, y se me ocurre una pregunta que da la medida de lo alarmado que estoy: ¿qué haría mi padre en una situación así?

—Diles a los organizadores del congreso que nos parece muy bien pagar el cristal siempre que lo saquen sin estropear mi boceto —digo—. Vamos a colgarlo aquí en el estudio, para que sea lo primero que vea la gente al entrar. Bueno, hubo quinientas personas en la conferencia, ¿verdad? ¿Y cuánta gente lee este periódico?

Una de las asociadas busca la información en su móvil y se lo enseña a Stewart.

—Trescientos mil entre semana —dice él—. Quinientos mil los fines de semana.

—Diles que ampliaré el contenido de mi charla en una exclusiva para la edición del fin de semana. Pueden publicar lo que habíamos pensado que dijera con todas las imágenes que habíamos pensado que mostrara. Quinientas personas en una sala frente a quinientas mil en la ciudad. E incluso más en internet.

—Con tu nombre, por supuesto.

—Con todos nuestros nombres. Pueden nombrar a Tom Barren en el titular, pero nosotros insistiremos en que aparezcan todos los que han trabajado en esto.

—¿Has dicho... Tom Barren?

—No —digo—. ¿He dicho eso? No creo. Bueno, no importa. Lo siento si la he jodido.

—Estás... disculpándote —dice él.

—Sí —digo yo.

—Nunca te había oído disculparte antes. ¿Se había disculpado alguna vez? Todos los asociados niegan con la cabeza, mudos, alucinados.

—John, estamos muy preocupados por ti —dice—. Ha habido que

ingresarte en el hospital. Estabas dándole instrucciones al capataz y quejándote por la falta de visión de los clientes y al instante siguiente te retorcías en el fango. Yo fui el que llamó a la ambulancia.

—Estoy bien —le digo.

—Todos hemos dejado trabajos muy buenos en estudios muy buenos para venir a trabajar para ti porque creemos que ves el futuro de la arquitectura como nadie más lo ve. Pero eso significa que no podemos hacer esto sin ti. Si tienes problemas de salud, respetamos tu intimidad. Solo te pedimos que nos cuentes lo que te pasa.

—No lo sé —digo.

—No lo sabes —dice Stewart—. Bueno, mira, esa es otra cosa que nunca te había oído decir. Tú siempre lo sabes todo. Eres el hijo de puta sabelotodo más arrogante que he conocido en mi vida.

Tengo la sensación de que se me ha hinchado el cerebro, como si estuviera intentando salirse por las orejas para encontrar una residencia más acogedora. Aprieto la frente sobre la fresca superficie de poliepóxido de la mesa. Noto cómo el sudor me gotea desde las axilas y baja por mi caja torácica. Me he pasado la vida evitando deliberadamente cualquier situación en la que alguien pueda pedirme soluciones.

—Tienes razón —digo—. Lo sé. Sé qué aspecto debería tener cada uno de los edificios de esta ciudad. El aspecto que debería tener cada una de las ciudades del planeta. Estamos muy lejos de donde tendríamos que estar. Pero es demasiado. No puedo arreglar todo el mundo.

—John, nadie espera que lo hagas —dice Stewart.

—Me voy a tomar una excedencia por tiempo indefinido —digo—. Empiezo hoy.

—¿Qué dices? —pregunta Stewart—. Tenemos media docena de proyectos en marcha. Desde tu conferencia nos han llegado cientos de propuestas. El auditorio de Chicago. Prometimos enviarles tus primeras ideas la semana que viene.

—Vendré el fin de semana y terminaré el diseño. Dejad todo lo que tenga que firmar sobre mi mesa y lo firmaré. Y después, hacedlo todo por vuestra cuenta.

Cuando voy a salir, me olvido de que la puerta no se abre automáticamente, así que me golpeo la nariz contra ella con la suficiente fuerza como para que se me rompan algunos vasos sanguíneos del tabique

nasal anterior. Dejo una mancha de sangre en el cristal y no miro atrás. Tengo un fuerte dolor de cabeza y una rabia que ha anidado en lo más profundo de mí y que no me permite detenerme. Sé que estoy destruyendo lo que construyó John, pero no me importa porque es todo mentira. No soy un genio ni un visionario ni un líder ni nada de lo que esta gente cree. Todos se engañan. No soy nada en absoluto. Nunca he sido nada en absoluto.

83.

Penny no puede evitar soltar un suspiro cuando entra en la casa de mis padres y ve su colección de libros, en la que se combinan el fetichismo y la sofisticación. Mi madre reconoce de inmediato a un alma gemela y antes de que pasen sesenta segundos ya están debatiendo los méritos de los distintos métodos de encuadernación de la época victoriana. Yo acepto que ahí se acaba el día para mí: no diré nada que nadie considere mínimamente interesante durante el resto de la velada.

La cosa empeora durante la cena, un pisto elaborado según una excéntrica receta que mi padre aprendió en un congreso en Toulouse, cuando Penny le pregunta por su libro sobre viajes en el tiempo. Greta chilla como una adolescente y mi padre se ruboriza mientras trata de descubrir si se está burlando de él. Penny le dice que ha sido muy aficionada a la ficción especulativa toda la vida y que le encantaría conocer un poco mejor su punto de vista sobre el tema.

Eso es todo lo que necesita mi padre —eso y un par de copas de pinot noir— para dejarse llevar por la obsesión adolescente que mantiene en secreto y de la que tanto se avergüenza. Nombra los conceptos principales entre susurros. Parece creer que si los dijera en voz alta, irrumpirían en la casa los policías de la ciencia para arrestarlo por delitos contra la física seria. En el otro mundo, mi padre hablaba con arrogante ampulosidad, de un modo condescendiente y aburrido, como si pensara que todo lo que decía era fascinante e importante, pero que no valía la pena emplear la energía mental necesaria para simplificarlo de modo que alguien lo pudiera entender. Aquí, mi padre se siente feliz solo con que le pregunten, ya que sus colegas continúan tomándole el pelo por su libro años después de que apareciera y fuera ignorado olímpicamente por el público y la crítica.

El libro de mi padre analizaba, con un tono bastante ligero, por qué los viajes en el tiempo, tal como se presentan en general, no tienen ningún

sentido desde un punto de vista científico, ni técnico ni logístico. Pero en medio de divertidos juegos de palabras y numerosas referencias a la cultura pop, el lector hallaba una investigación honesta sobre cómo podrían llevarse a cabo. Mi padre había seguido dándole vueltas al tema, desde luego, a pesar de que sabía que aquello solo podía reportarle el bochorno profesional y la censura académica si se atrevía a mencionar sus teorías delante de sus colegas o, peor aún, a publicarlas.

Pero al acabar de cenar —mientras yo mojo en los restos del pisto un crujiente pan de espelta y mi madre saca el postre del horno y mi hermana se pone a abrir otra botella de pinot noir y Penny lo escucha con candoroso interés, dándome un toquecito con el pie por debajo de la mesa de vez en cuando—, mi padre puede hablar abiertamente sin temor a que nadie lo ponga en ridículo más allá de los exasperados suspiros que Greta no se preocupa por ocultar mientras manipula la botella y se le parte el corcho porque su motricidad fina se deteriora de manera exponencial con cada copa de vino. Observo fascinado cómo Greta se sirve una copa en la que flotan pequeños trozos de corcho y los saca con el pulgar. Ella me mira y se encoge de hombros y a mí me embarga el amor por ella.

Me doy cuenta de que mi madre nos mira desde la cocina mientras espolvorea azúcar glas sobre el postre. Al pasar junto a Penny, hace un pequeño gesto con la cabeza en señal de aprobación.

A esto me refiero. Esta es la felicidad que no merezco después de lo que he hecho. Este agradable momento familiar es un trozo de corcho flotando en un mar de sangre.

84.

Mi madre sale de la cocina con una fuente de porcelana muy antigua que era de su abuela y que tiene unos adornos geométricos azules en el borde entrelazados con filigranas de oro.

En ella hay una docena de tartaletas de limón.

—Te he hecho tus favoritas —dice.

Mis órganos internos se contraen. Un sudor frío y enfermizo brota por todos mis poros. Debo de parecer muy afectado, porque mi madre duda antes de dejar el postre en la mesa.

—Hala —dice Greta—. La fuente elegante.

—¿Qué pasa? —dice mi madre.

—Nada —digo yo.

—Tienen pinta de estar deliciosas —dice Penny.

—Es una receta de mi abuela —dice mi madre—. Las hago siempre para el cumpleaños de John. Poco antes de cumplir los cinco, anunció que odiaba las tartas de cumpleaños...

—Momento en que tendríais que haber recurrido al castigo corporal hasta que recuperara el buen juicio —afirma Greta—. ¿Cómo es posible que a alguien no le gusten las tartas de cumpleaños?

—Así que empecé a hacerle tartaletas de limón —dice mi madre—. Una por cada año.

—Lo cual era una tradición adorable cuando tenía cinco —dice Greta—, pero a los treinta y dos ya no lo es tanto. Probablemente se coma una y tire las demás a la basura.

—¿Cómo las va a tirar a la basura? —dice mi madre—. No las tiras, ¿verdad?

—John, ¿te encuentras bien? —me pregunta mi padre—. Te has puesto pálido.

Mi madre estaba muerta. La había partido por la mitad un coche volador. Y

ahora está viva, exactamente con el mismo aspecto, aunque su postura es mejor, y sujeta una fuente con las tartaletas de limón que yo pensaba que no volvería a probar.

—Me encuentro genial —digo—. Muchas gracias por hacerlas.

Cojo una. Sabe igual que las de mi mundo. Es increíble que un postre pueda destruir las fronteras sensoriales que hay entre distintas realidades. Cojo la botella de vino. Bebo.

Bebo porque claro que me gustan los aguacates perfectos y despertarme y seguir inmerso en mis sueños y que las mochilas cohete sean un regalo de cumpleaños completamente normal para los adolescentes y el aire limpio y la paz mundial, pero no soy nada altruista: soy más feliz aquí, con mi madre y mi padre y Greta y Penny, de lo que jamás fui allí, en ese lugar que cada vez es más borroso y frágil en mi memoria. Pero allí está Deisha. Están Xiao y Asher. Y Hester y Megan y Tabitha. Y los crononautas y los suplentes del laboratorio de mi padre y mis colegas y compañeros de clase y Robin Swelter y sus padres y su hermano el que me dio un puñetazo y los chicos que me ayudaron esa vez que me escapé de casa y las chicas que se enrollaron conmigo cuando volví al colegio y los miles de millones de personas que no llegaron a nacer y que nunca conocí y si alguna vez me perdono por haberles quitado la vida, desaparecerán para siempre.

85.

Mi padre comienza explicando por qué la mayor parte de los modelos de viajes en el tiempo de la cultura popular no funciona: porque la Tierra se mueve.

Ya he resumido esto en el capítulo 4, pero si os habéis saltado esa parte, vale, la Tierra gira sobre su eje —y cuando completa una vuelta, decimos que ha pasado un día— al mismo tiempo que gira alrededor del Sol —y cuando completa una vuelta, decimos que ha pasado un año—, que a su vez se está desplazando por el sistema solar, que a su vez se está desplazando por la galaxia, que a su vez se está desplazando por el universo, que quizá se esté desplazando por el multiverso. No hemos puesto nombres a esos movimientos porque son demasiado grandes como para calcularlos con las herramientas de que disponemos en la actualidad. Es muy probable que todo este lío tenga el encanto de un mecanismo de relojería, pero lo único que podemos ver es la solitaria punta de la aguja pequeña en la infinita esfera de la realidad.

La Tierra viaja por el espacio muy rápido, sin detenerse jamás, día tras día. Durante los tres segundos y medio que tardáis en leer esta frase, el planeta ha girado un kilómetro y medio sobre su eje. Los viajes en el tiempo no consisten simplemente en retroceder en el tiempo; también suponen recorrer unas distancias enormes y exigen aparecer en un lugar superespecífico para que el viajero no se materialice en el interior de alguna cosa. O bien el viajero ha de ser inmaterial o bien el lugar ha de estar vacío incluso a nivel molecular, ya que si entrara una partícula cualquiera en el interior del cerebro del crononauta, este podría morir.

Mi padre está encantado con Penny, que sabe sobre estas cosas mucho más de lo que nadie podría haber previsto. Se pasan todo el postre debatiendo las ventajas de crear una cápsula que pudiera sellarse al vacío, alimentada por un motor nuclear que emitiera una frecuencia de desintegración rastreable, de

modo que si alguna vez en el futuro se lograran realizar viajes en el tiempo, habría un lugar seguro al que los viajeros podrían llegar y un sendero que podrían seguir directamente. En teoría, esto podría servir para demostrar que los viajes en el tiempo son posibles, ya que si se construyera una cápsula así, probablemente aparecería alguien procedente del futuro en cuanto se pusiera en marcha. Es la versión, actualizada por mi padre, de la famosa frase bíblica «constrúyela y vendrán».

Mi padre está contento y festivo y saca de un armario de la cocina una polvorienta botella de un bourbon de primera calidad y sirve vasos a todos los presentes. Mi madre parece extrañamente celosa, como si hubiera dado por hecho que después de la cena iba a tener la ocasión de enseñarle a Penny algunas de las joyas de su colección de libros, pero mi padre ha logrado echarle el lazo y no la suelta. Mi madre hace algunos intentos por redirigir la conversación hacia la literatura del siglo XIX mencionando *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, pero mi padre lleva con mano firme el timón de la charla. Se trata de un rasgo de su carácter al que mi madre, en este mundo, no está acostumbrada, pero yo lo reconozco y me doy cuenta de que es la versión más suave posible del hombre que se supone que tiene que ser. Siento una desagradable punzada de nostalgia por mi hogar.

Greta ha tomado demasiado vino y está echada en el sofá mientras Penny y mi padre comentan el principio de autoconsistencia de Nóvikov: que solo hay una realidad causalmente rígida y que cualquier cosa que pueda hacer en el pasado alguien que viaje en el tiempo ya ha sucedido, por lo que no hay manera de modificar la línea temporal presente. Doy un trago a mi segundo vaso de bourbon y suelto un bufido; está claro que Nóvikov no tiene ni idea de lo que dice.

Penny y mi padre siguen abriéndose paso entre universos que se bifurcan y líneas de tiempo malogradas, bucles causales y la hipótesis de la realidad que se regula a sí misma. Greta duerme. Mi madre lava los platos. Yo bebo demasiado bourbon. Tengo la sensación de no haber abierto la boca en horas, aunque probablemente solo hayan pasado unos veinte minutos desde la última vez que dije algo. Pero cuando se ponen a hablar de confluencias temporales, tomo la catastrófica decisión de meter baza.

—¿Y qué pasa con el arrastre temporal? —pregunto.

—¿Perdona? ¿Qué? —dice mi padre, mirándome con curiosidad.

—A ver, imagínate que retrocedo en el tiempo y modifico el pasado — digo—. ¿Qué pasa si nunca llegan a concebirme? ¿Qué pasa si nazco pero no soy la misma persona, ni siquiera desde el punto de vista genético? ¿No sería necesario que existiera en esa realidad alterada para poder haber retrocedido en el tiempo y provocar ese cambio?

Penny parece insegura, como si no supiera si ponerse tensa o alegrarse cuando le planteo a mi padre la espinosa cuestión que pende sobre mi vida, y ahora también sobre la suya.

—Bueno, sí —dice mi padre—. Eso es lo que implican las confluencias temporales. No hay múltiples dimensiones simultáneas, solo una realidad coherente, de modo que los cambios causales del pasado se van propagando a lo largo de la línea temporal para resolver distintas paradojas. Pero los mecanismos que hacen que eso sea posible son muy vagos. ¿Acaso hay una especie de energía cronal que se va acumulando y se libera cuando se produce una paradoja, como si fuera una reacción nuclear? Y si es así, ¿por qué se dedica a resolver las paradojas temporales aquí, en la Tierra, cuando existimos en un metasistema cósmico mucho más importante que la insignificante vida de un ser humano en particular? Estas cosas degeneran rápidamente hacia la idea de que hay una inteligencia superior que determina los acontecimientos y resuelve los conflictos, lo cual es demasiado teológico para mi gusto.

—No estoy hablando de Dios —le digo—. Estoy hablando de lo que realmente ocurre.

—No sabía que te interesaban estas cosas —dice él—. ¿Cuándo has leído mi libro?

—Ha sido una velada encantadora —dice Penny—. Pero ya se está haciendo tarde. Muchísimas gracias por invitarme.

Penny me pisa con fuerza. Mi madre se asoma a la puerta de la cocina, secándose las manos con un trapo.

—Ahora mismo voy —dice—. Tengo que ponerme crema hidratante en cuanto termino de lavar los platos. Si no, se me quedan las manos secas.

—No podemos saber lo que ocurre realmente —dice mi padre.

—Sí podemos —digo yo—. Lo que ocurre es esto: cuando alguien viaja en el tiempo y modifica lo que sucedió antes de que naciera, se convierte en un anclaje temporal, y los acontecimientos posteriores tienen lugar de modo que se garantiza su nacimiento.

—¿Eso no es un bucle causal? —pregunta él.

—No, porque cuando esa persona vuelve al presente, todo podría ser completamente distinto. Tú podrías ser un genio desacreditado, mamá podría estar muerta, Greta podría no haber nacido, yo podría ser un inútil de mierda...

—John —dice Penny.

—Yo podría tener otro nombre —digo—. Podría llamarme Tom, en vez de John, y seguir siendo la misma persona. Genéticamente, digo. Si viajara al pasado y después regresara a un presente cambiado, el hecho de que mi existencia se desplazara por la línea temporal requeriría que los acontecimientos se combinaran de modo que garantizaran que sigo con vida para recuperar mi conciencia en el presente. Yo sería el anclaje temporal, y el efecto de propagación a través del tiempo sería el arrastre temporal.

Lleno un vaso con ese bourbon resinoso. Después, para demostrar lo que estoy diciendo, vierto el contenido en otro vaso. Mi padre se recuesta en su silla. Está metido en la conversación, pero se nota su escepticismo.

—¿Y qué? —me pregunta—. ¿Se supone que el líquido es tu mente y los vasos son las diferentes realidades? Es demasiado *new age* para mí. La conciencia moviéndose entre líneas temporales. ¿La versión de ti en el presente modificado tendría tus recuerdos de la realidad original?

—Sí —digo—, pero los consideraría sueños. O una imaginación infantil excesiva. Tendría una ligera sensación de incomodidad, de malestar, como si no perteneciera a este mundo, como si las cosas no debieran ser como son. Y eso se atribuiría a su personalidad, sería un rasgo más de su forma de ser. A lo mejor la poca gente a la que él se permitiría acercarse estarían preocupados íntimamente, temerían que sufriese algún trastorno social o alguna clase de autismo. Pero por lo demás parecería una persona operativa, incluso capaz, en algunos sentidos, así que todos aparcarían sus preocupaciones y harían cuanto estuviera en su mano para mantenerlo emocionalmente conectado a ellos. Y todo seguiría así hasta que las dos líneas temporales se sincronizaran en el momento en que la versión original, su verdadero ser, regresara del pasado. En ese momento, la otra conciencia se apoderaría de su mente. Estaría lleno de recuerdos de otra vida en un mundo muy distinto. Su cerebro parecería estar siempre en guerra, como si dos versiones gemelas de sí mismo combatieran por hacerse con el control. Cada una vería a la otra como una amenaza existencial, porque eso es lo que sería.

Todos se han quedado callados. Mi madre está de pie junto a la puerta de la cocina, mordiéndose una uña. Mi padre no mueve ni un músculo. Penny observa el complejo estampado del mantel. Greta se incorpora en el sofá. Yo me acabo el bourbon y el vaso vacío golpea contra la mesa con un poco más de fuerza de lo que sería adecuado.

—Tío —dice Greta—. ¿Es que te has vuelto completamente loco, joder? Puedes decírnoslo. Te queremos y te vamos a ayudar en lo que haga falta.

—A ver, solo estoy hablando hipotéticamente —digo.

—Y una mierda —dice Greta—. Todo eso es de tu novela. O de eso que dices que es una novela. John, ¿de verdad crees que te ha pasado eso?

Miro a Greta, miro a mi madre, miro a mi padre, miro a Penny.

—No me llamo John —digo.

86.

Hay un silencio largo y agobiante. Estoy un poco mareado a causa del vino y el bourbon, y empiezo a sentir un malestar en el pecho por haber dicho esas cosas tan absolutamente inadecuadas, sobre todo porque hasta el momento esta había sido la mejor presentación de una novia a unos padres de toda la historia de las presentaciones de novias a padres.

—Hablas como un esquizofrénico paranoico —dice mi hermana—. Te das cuenta, ¿verdad?

—Teóricamente, lo que dice es posible —explica mi padre—. Lo de las conciencias simultáneas en una única forma corporal, digo.

—Victor, este no es un ameno debate científico —dice mi madre—. Se trata de nuestro hijo.

—Lo siento —dice mi padre.

—John —dice mi madre—, y te aseguro que te llamas John, porque es el nombre que te pusimos cuando saliste expelido de mi útero. John, has tenido un trauma neurológico que los médicos no pudieron identificar, por incompetencia o por saturación de trabajo. Tendría que haber hablado con Rogier Ames en cuanto ocurrió. Dirige el Departamento de Neurología de la universidad y me debe un favor porque una vez lo ayudé con unas adquisiciones de lo más exquisitas que tenía que hacer a través de la biblioteca. Y con Yvette Magwood también. Es la decana de Medicina. Te vamos a ayudar a superar esto, te lo prometo.

Me aprieto fuerte las sienes con los dos índices. ¿Por qué habré dicho nada? Tengo la impresión de que mi silla se mece en un océano de vergüenza y arrepentimiento y me agarro a la mesa para no perder el equilibrio.

—A ver, no pasa nada —digo—. He bebido demasiado y he hecho un chiste malo. Por eso nadie debería beber con sus padres. Lo siento si os he preocupado. Todo va bien.

—¿Crees que no me doy cuenta de cuándo mientes? —dice Greta—. Tú

eres el idiota que me enseñó a mentir cuando tenía cinco años y rompí la lámpara del escritorio de papá.

—¿Fuiste tú? —dice mi padre.

—Los llamaré mañana a primera hora —dice mi madre.

—Yo también tengo algunos contactos —dice mi padre—. Quizá alguien de Ciencia Cognitiva.

—¿Y si fuera verdad? —dice Penny.

Hay otro silencio, pero este es mucho más tenso.

—Lo sabía —dice Greta—. Sabía que no podías ser tan perfecta. Tú le sigues el juego.

—Penny —dice mi madre—, pareces una chica encantadora. No estropeemos esa impresión.

—Ya sé que no conozco a John tan bien como ustedes —dice Penny—. Lo conocí hace apenas dos semanas, cuando entró en mi librería y me contó la que sin duda es la historia más extraña que he oído en mi vida. No puedo explicar racionalmente ni una sola de las cosas que me ha dicho. Pero ¿saben algo más que no puedo explicar racionalmente? Cómo me hace sentir. Soy una chica bastante normal. He tenido una vida bastante normal. Me han pasado cosas buenas y cosas malas, pero muy pocas cosas locas. Yo no he pedido que John entrara en mi vida. Yo no he pedido enamorarme de él. Pero me he enamorado. Y ni siquiera se lo he dicho, así que todo es mucho más raro, porque se lo acabo de decir delante de ustedes. Mierda. Había estado enamorada antes. Una vez estuve a punto de casarme. Pero nunca me había sentido así. Es como si no supiera ni dónde estoy.

—Es fácil saber dónde estás —dice Greta—. Basta con abrir los ojos.

—¿Te crees que no me doy cuenta de lo cursi que suena esto? —dice Penny—. ¿Te crees que me gusta sentirme así de cursi?

—No puedo contestar esa pregunta —dice Greta—. No te conozco.

—Bueno, pues da mucho miedo —dice Penny—. Sobre todo porque no sé si tiene un brote psicótico o no.

—No tiene un brote psicótico —dice mi madre.

—Mamá, cree que viene del futuro —dice Greta.

—Del futuro no —dice Penny—. De una línea temporal alternativa.

—¿Qué diferencia hay? —pregunta Greta.

—Deberías haber leído mi libro —dice mi padre.

—Papá, nadie ha leído tu libro.

—No quiero que lo que cuenta sea la verdad —dice Penny—. Es muy raro, es un lío y me aterra. Pero me lo tomo en serio para poder entender de dónde viene. Porque sí, ya sé que parece una locura, pero ¿y si fuera cierto?

—Tienes razón —dice Greta—. Parece una locura.

—Señor Barren —dice Penny—. Usted es lo más parecido que hay a un experto en viajes en el tiempo...

—Exacto —dice mi madre—. Qué casualidad que su complejo mundo de fantasía tenga que ver con los viajes en el tiempo. Sobre todo teniendo en cuenta que durante toda su infancia su padre no dejaba de hablar del tema.

—Tú me dijiste que escribiera el libro —dice mi padre.

—Pensaba que así te sacarías el tema de la cabeza —dice mi madre.

—Sabías que resultaría humillante para mí. Y que afectaría a mi carrera. Y así tú serías la exitosa y yo, tu consorte abochornado.

—Yo no sabía que sería un libro malo sobre viajes en el tiempo, Victor —dice mi madre—. Pensaba que sería un libro bueno sobre viajes en el tiempo.

—Vale —digo yo—. ¡Basta ya! ¡Callaos todos!

Mi familia me mira como si fuera a tener un ataque de cólera y a asesinarlos con el cuchillo del postre. Penny me observa preocupada.

—A lo mejor me he vuelto loco —digo—. En algunos momentos, esa es la impresión que tengo. Pero casi todo el tiempo tengo la impresión de que es el mundo el que se ha vuelto loco y yo soy el único que conserva la razón. Y me doy cuenta de que eso no me hace parecer menos loco. A ver qué tal esto. Mamá, tú llama a tus amigos especialistas por la mañana. Greta, tú sigue haciendo comentarios sarcásticos para que la cosa no decaiga. Y papá, tú interrógame.

—¿Cómo que te interrogue? —dice mi padre.

—Pregúntame cualquier cosa. Sobre viajes en el tiempo y dimensiones alternativas. Sobre lo que te parezca relevante, o irrelevante, no sé. No pretendo haber entendido todo lo que me ha pasado, pero contestaré lo mejor que pueda.

—¿Y yo? ¿Qué hago yo? —dice Penny.

—Tú cástate conmigo —le digo.

—¿Qué? —dice ella.

—El hecho de que no hayas pensado de inmediato que soy un lunático es solo el vestíbulo del palacio que forman todas las razones por las que eres la persona más increíble que he conocido en mi vida.

—¡Joder! —dice Greta.

—Vaya, así es exactamente como me imaginé que sucedería esto —dice mi madre.

—Esta ha sido la cena familiar más interesante que recuerdo —dice mi padre.

—Penny, creo que deberías decirme que sí —digo.

—No —dice ella.

—¿De verdad? —digo yo.

—Bueno, a lo mejor —dice Penny—. No lo sé. No puedo contestarte ahora mismo. Vale, probablemente sí. Si conseguimos resolver esto sin que te ingresen en un sanatorio mental de alta seguridad, lo cual es mucho suponer, dadas las circunstancias, es posible que decida pasar el resto de mi vida contigo. Pero esto no es un sí. Es un probablemente sí, no un sí.

—Vale —digo yo.

—¿Empezamos con las preguntas? —dice mi padre.

87.

Se suponía que era mi hermana la que iba a sufrir una crisis nerviosa. Mis padres no estaban preocupados por mí, no hasta que me desmayé, en medio de un torrente de juramentos, sobre el barro de la zona de obras.

En la Universidad McGill, de Montreal, Greta hizo una carrera de doble grado, Filosofía e Informática, para lo cual tuvo que contestar aproximadamente a 1.000.000.000.000.000.000 bromas de lo más bobo hechas por tipos de lo más bobo en bares de lo más bobo. El diagrama de Venn que reflejaba la cantidad de no idiotas con los que ella podía tener una cita y que estaban disponibles entre las especialidades de filosofía e informática era anaeróbico, o al menos eso afirmaba Greta para justificar por qué dedicaba una parte tan grande de su tiempo libre a trabajar en una aplicación para *smartphones*, que al final acabó proponiendo a los directores de su tesis multidisciplinar como objeto de la misma, con lo cual se ganó el derecho a dedicarle todo su tiempo.

Greta tiene una filosofía vital muy sencilla: lo que crees es lo que haces.

Haz una lista de las cosas en las que crees, de las diez que te parezcan más importantes. A ver, la justicia, la igualdad, la diversidad, la sostenibilidad, tu ideología política o tu religión o tu moral. Siéntate y hazla punto por punto. Esas son las cosas en las que crees.

Pero Greta piensa que esto es todo mentira. Haz otra lista. Una lista de lo que has hecho hoy. No importa qué día sea, entre semana, fin de semana, vacaciones, cumpleaños... Es irrelevante lo que diga el calendario. Apunta todas las cosas que ocuparon tu tiempo un día cualquiera. Te despertaste, desayunaste, fuiste al gimnasio, fuiste a trabajar, estuviste navegando en internet, tomaste café con un colega, trabajaste un rato, comiste, trabajaste un rato más, te escapaste a comprarte unas zapatillas, miraste lo que había en las redes sociales, te fuiste a casa, llamaste a tus padres, viste la televisión, cenaste, te cambiaste, fuiste a tomar una copa con alguien, te enrollaste con

ese alguien en una esquina, cogiste un taxi para volver a casa, leíste un libro y te fuiste a dormir.

Esas son las cosas en las que realmente crees. Según Greta, tus creencias consisten en lo que haces cada día. No lo dice desde un punto de vista moral, ni pretende juzgar a nadie. Lo que quiere es que la gente sea más consciente de cómo es. En esencia, cree en los actos. Si crees en un montón de cosas pero nunca actúas de acuerdo con esas creencias, es que esas cosas no te importan. Quiere que las personas se conozcan mejor para que puedan ser mejor como son. Esta es su filosofía vital y también era el objetivo de la aplicación que creó.

Se llamaba «ConóceT» y realizaba gráficos de las actividades diarias del usuario a partir de una serie de criterios programables, para mostrarle a cada uno cómo es a partir de lo que hace. Si el usuario cambia sus actividades diarias, sus movimientos o sus tiempos, los gráficos se modifican y reflejan que se está volviendo más coherente con lo que cree ser.

Cuando se graduó, como la app era un proyecto universitario, la colgó en internet para que la gente pudiera descargársela gratis. Un año después del lanzamiento, ya la tenían dos millones de personas. Fue un gran éxito. Pero no generaba ingresos, y el espacio del servidor que hacía falta para almacenar todos los datos era caro y aumentaba de manera exponencial a medida que ella iba añadiendo cientos de miles de nuevos usuarios cada mes. Durante un tiempo, pudo afrontar los gastos gracias a una beca, pero en realidad Greta nunca había querido que la app se convirtiera en su trabajo. Solo era un experimento. Se sentía a gusto y segura en ese espacio donde se encontraban el diseño y la ética.

Por eso, cuando llegó a los cinco millones de usuarios y le hicieron una oferta para comprarle la app, Greta pensó que era ridículo. Se trataba de un producto gratuito, de un *hobby*, de una actividad al margen del interés económico. Puso un precio absurdo y consultó con un abogado de inmediato cuando aceptaron pagarlo. Greta daba por hecho que todo era un error, que en algún momento alguien haría números y se daría cuenta de que aquello era un proyecto de una estudiante que por algún motivo había cogido impulso en las redes sociales y que se olvidaría muy pronto. Pero ahí estaba ella, con la pluma en la mano, firmando un papel que la volvía rica de repente. Tenía que ser una broma, una tomadura de pelo. Los tipos esos tenían que ser unos imbéciles que merecían perder un millón y medio de dólares. Greta firmó.

Tardó una semana en darse cuenta de que esos imbéciles eran más listos que ella.

No les interesaba su app y, desde luego, no les importaba una mierda su filosofía vital. Lo que querían era sus datos: cinco millones de personas, medio millón más cada mes, que ofrecían voluntariamente acceso a tiempo real a sus movimientos, costumbres, tendencias y compras. Greta había construido, sin proponérselo, una máquina extraordinaria para analizar a un ser humano y detectar qué se le puede vender. Y eso era lo que querían los que le habían comprado el invento: venderles cosas a los usuarios.

Pensó en idear un virus para destruir todo el sistema, pero le pareció una idea adolescente y sentimentaloides, y no quería ir a la cárcel. Nuestros padres habían hecho carrera en el mundo académico. Para ellos había sido muy importante conseguir una plaza fija. Vivíamos desahogadamente, pero no hasta el punto de sentir que el dinero no importara. Importaba.

Greta, por lo tanto, se había vuelto rica y estaba deprimida —una depre leve— y no había hecho absolutamente nada en los últimos seis meses, salvo causarles a mis padres una angustia considerable. Era al mismo tiempo la más exitosa de la familia y la principal causa de preocupación. Hasta que hice una jugada maestra, al acabar aquella cena, para lograr el título que me acreditaba como el más jodido de los Barren.

88.

No había pasado una noche despierto con mis padres desde que Greta tuvo meningitis en séptimo.

Mi padre me hace todas las preguntas que se le ocurren. Las plantea cuidadosa y sistemáticamente, y yo contesto dando todos los detalles que logro recordar, mientras Greta, con una expresión hosca en la cara, teclea en un portátil tratando de corroborar o, si es posible, de cuestionar los detalles de mis respuestas: me exige que le aclare cosas que le parecen incoherentes y después se enfada si resulta que tengo una explicación. Mi madre hace café y se sienta en el sofá a releer *La máquina del tiempo*. Me parece una mujer muy estirada. Se podría decir que su exasperación es literaria y pasivo-agresiva. Penny está sentada a mi lado y de tanto en tanto me recuerda algún detalle que le he comentado y que ahora, en el curso del interrogatorio paterno, se me olvida. Al cabo de unas horas, acaba saliendo la historia completa.

Todos nos quedamos sin energía cuando el amanecer empieza a extenderse por el cielo.

—Bueno —dice mi padre—, pues para ser un delirio esquizoide, presenta unos detalles sumamente minuciosos.

Pero cuando mi historia realmente gana puntos es cuando aparecen los Dieciséis Testigos. Recuerdo todos sus nombres y algunos de ellos siguen vivos. Incluso aquellos que murieron hace años dejaron alguna pista que puede encontrarse en internet. Con su portátil, Greta los encuentra, uno por uno: Henrik Adell (el escéptico), Norman Driessnack (el asombrado), Sven Bertelessen (el distraído), Rhys Collins (el entretenido), Jerome Francoeur (el celoso), Michel Beaubien (el enfadado), Susan Lowenstein (la pensativa), Stephen Modesto (el asustado), Douglas Halliday (el indiferente), Abe Geller (el preocupado), Diane Ortiz (la entusiasta), Frederic Somerset (el sereno), Richard Ellesmere (el agobiado), Barbra Talbert (la cansada), Ursula

Francoeur (la descarada) y Rafael Ubitto (el sabio).

El único que logra escapar a la gran capacidad de búsqueda de mi hermana —que estudió tres semestres de informática— es Lionel Goettreider. Greta no encuentra ni una sola mención a este nombre.

Pero sí que encuentra a los Francoeur.

—Jerome y Ursula Francoeur —dice—. Viven en San Francisco.

—¿Están vivos? —digo yo.

—Sí —dice Greta—. No, espera... Ursula Francoeur murió hace dos años. La sobreviven su marido, Jerome, y su hija, Emma.

Lo dice con un tono neutro, ya que no sabe nada de estas personas y se cree que las estoy usando para apuntalar mi discurso psicótico, pero lo cierto es que siento como si me hubieran dado un puñetazo en el pecho.

Supongo que había tenido la idea, ridícula y romántica, de que una consecuencia de hurgar en ese acontecimiento perdido y olvidado del pasado sería que al final Lionel y Ursula podrían estar juntos. A ver, no tengo ni idea de lo que sucedió entre ellos después del accidente, pero me imaginé —y tengo que aclarar que no me he pasado demasiado tiempo imaginándome esto — que después de los daños terribles que sufrió su marido, Ursula se habría sentido compelida a quedarse a su lado y ocultar su historia de amor con Lionel para siempre. De alguna manera, y los detalles son demasiado vagos y embarazosos como para analizarlos, de alguna manera pensaba que mi aparición los llevaría a admitir la verdad, que nunca habían dejado de amarse y que para ser felices realmente necesitaban estar juntos durante lo que les quedara de vida.

No sé por qué me siento tan implicado en su relación, si solo he sido testigo durante cinco minutos de lo que pasó entre ellos hace cincuenta años —aunque hace solo dos semanas en mi experiencia cronológica— y, por lo que yo sé, era una relación disfuncional y condenada al fracaso y los dos estaban mejor sin el otro. Pero no fue eso lo que vi. Vi algo especial en la forma en que se miraban, una conexión muy potente. Penelope y yo nunca nos miramos de esa forma, pero cuando miro a Penny y ella me mira a mí, sucede algo similar.

Si yo no hubiera intervenido, ambos habrían muerto por envenenamiento radiactivo hace cinco décadas. Pero intervine. Y estoy convencido, aunque no tenga absolutamente nada de información concreta y solo cuente con lo que me dice mi torpe y ambicioso corazón, de que mi intervención condujo a que

se alejaron y vivieron unas vidas infelices que no tendrían por qué haber vivido. Pasaron décadas anhelando lo que habían perdido por mi culpa. Eso es lo que pienso.

Y ahora me entero de que Ursula está muerta, y así muere otro de mis delirios románticos.

Descanse en paz.

89.

Mi madre cierra el libro con fuerza. Es una edición antigua, hecha con materiales resistentes. La cubierta cruje.

—No lo entiendo —dice.

Todos los que estamos en la habitación, salvo Penny, sabemos que ese tono de voz significa que lo entiende con total claridad. Y Penny se entera muy rápido.

—¿Qué es lo que quieres? —dice mi madre—. Volver, ¿verdad? ¿Volver a un mundo en el que eres un desastre, en el que Penny no te quiere, en el que Greta no existe, en el que tu padre está destrozado y en el que yo estoy muerta? ¿Eso es lo que te gustaría?

—¿Alguno de los presentes piensa que mamá se pondría así de nerviosa si en la otra realidad estuviera viva y no fuera un ama de casa autodestructiva y retrógrada? —pregunta Greta.

—No hay ninguna realidad en la que yo pueda parecerme a ese engendro que ha creado tu hermano en su febril imaginación —dice mi madre—. No sé qué he hecho para inspirarle una caricatura tan ofensiva de prácticamente todo lo que considero valioso de mí en tanto que mujer, madre, feminista, intelectual, eh..., bueno, todo. Pero está claro que he fallado como modelo materno, si eso es lo que piensas de mí.

—Rebecca, mi amor —dice mi padre—, ¿estás segura de que no estás enfadada solo porque ahí soy yo el que tiene más éxito?

—¿Ahí dónde? —dice mi madre—. ¿En sus delirios, Victor? Porque a mí me da la impresión de que ahí, como dices tú, eres un gilipollas represor y distante.

—O sea que sí que estabas escuchando —dice él.

—Sí, intermitentemente —dice ella.

—Por lo menos tú existes, tío —dice Greta.

—Yo entiendo que todo esto a ti te pueda parecer muy hostil, como si se

hubiera cargado a tu personaje, pero ¿cómo explicas lo mío? —dice Penny—. Nunca nos habíamos visto antes. ¿Para qué iba a construir una historia tan compleja y contársela a alguien a quien nunca ha visto?

—No puedes estar segura de eso —dice Greta—. Quizá haya ido alguna vez a tu librería y se haya obsesionado contigo, y después te haya ido adornando hasta construir un personaje. Es muy oportuno que todo lo que respecta a ti sea diferente porque eres literalmente otra persona que vive en otra realidad, aunque tienes el mismo nombre, eso sí. A lo mejor no es solo un loco. A lo mejor también es un gran conocedor de la personalidad humana.

—Entonces, después de todo lo que ha dicho esta noche, tú no le crees, ¿verdad? —dice Penny.

—Yo estoy a favor de cualquier realidad en la que tenga la oportunidad de existir —dice Greta—. Voto por mi existencia y en contra de mi inexistencia.

—Escuchad —digo—. Supongamos por un momento que estoy clínicamente..., digamos pirado. Que se me ha ido la olla. Que la otra realidad es una proyección de mi mente perturbada y esas versiones de mamá y papá son una forma inconsciente de castigarlos o lo que sea. Y a ti también, Greta. Te he hecho desaparecer porque, a ver, porque sigo enfadado desde que papá nos dejó ver *La masa devoradora* y tú derretiste todos mis G. I. Joe y formaste con ellos una criatura monstruosa.

—Por Dios —dice Greta—. Si ya nunca jugabas con esos muñecos.

—No eran muñecos —le digo—. Se llaman figuras de acción. Y que no jugara con ellas no significa que quisiese que las derritieras y crearas una masa informe que me perseguía en mis sueños infantiles.

—Pensaba que no tenías acceso a los recuerdos de John —dice mi madre.

—Sí, sí —digo—. A ver, están ahí, a la vez que mis verdaderos..., que mis otros recuerdos. Eso es parte del problema. Tengo tantos recuerdos metidos en el cerebro que me da la sensación de que voy a sufrir una hemorragia.

—Bueno, pero ¿qué estabas diciendo? —pregunta mi padre—. Que supusiéramos por un momento...

—Sí —digo yo—. Supongamos que estoy loco y esto es un delirio. Vale, pero ¿qué me decís de toda esa gente? Los Dieciséis Testigos. Ursula y Jerome Francoeur. Lionel Goettreider. ¿Cómo iba yo a saber quiénes son?

Mi padre se levanta y sale de la habitación. Me imagino que va al baño, ya que no ha salido del comedor desde hace cinco horas.

—Jerome Francoeur era un pez gordo, o casi —dice Greta—. Fue consejero científico de tres presidentes norteamericanos. Formó parte de un montón de juntas directivas y jurados de premios científicos. Fue presidente de la Universidad de Stanford. Ursula Francoeur fue una de las primeras profesoras titulares de Física que ha habido en América del Norte y la primera que dirigió el Departamento de Física de Stanford. Publicó muchísimo, sobre todo en revistas científicas especializadas, pero también algunos libros para el público general. Todo eso fue en los setenta, vale, pero de todos modos...

—Pero de todos modos, ¿qué? —digo yo—. ¿Cómo iba a saber quiénes son?

Mi padre vuelve, impasible, y deja un libro sobre la mesa, delante de mí. Es *El puzzle atómico*, de Ursula Francoeur. Se publicó en 1973. En la parte de atrás de la avejentada cubierta verde hay una foto en blanco y negro de Ursula y Jerome y una niña pequeña, Emma Francoeur, todos con sus pelos de los setenta y sus ropas de los setenta y sus sonrisas de los setenta.

—Tengo este libro en mi despacho desde antes de que nacieras —me dice.

—Nunca había visto ese libro —digo yo—. No lo recuerdo.

—Cariño —dice mi madre—. Tú no sabes lo que recuerdas.

Penny parece alterada, tensa. Niega con la cabeza, pero no sé qué es lo que está negando exactamente.

—Ya lo entiendo —digo—. De verdad. Pero si estoy loco, quiero estar seguro. Porque no me siento loco en absoluto.

—Te proporcionaremos toda la ayuda que necesites —dice mi madre—. A lo mejor es psicológico, a lo mejor es neurológico, u hormonal, o incluso vírico. El cerebro es una cosa compleja. Lo importante es que aceptes que te ayuden.

—Lo haré —digo yo—. Aceptaré que me ayuden. En cuanto encontremos a Lionel Goettreider.

—El hombre que no existe —dice Greta.

—Sí que existe —digo yo—. Puede que esté muerto, pero no hay duda de que ha vivido.

—Bueno, qué oportuno —dice Greta.

—Deja de decir que todo es oportuno. ¿Por qué es oportuno esto?

—Yo no soy la que hace que mi enloquecida visión del mundo dependa por completo de un tipo misterioso que no existe —dice Greta—. Todos los

demás que mencionas, vale, es muy raro que conozcas los nombres de tantos científicos antiguos, pero yo los he encontrado en internet, así que tú también puedes haberlos encontrado ahí. Menos al tal Goettreider. Supuestamente el tío más listo del mundo. El genio que lo cambió todo. Y sin embargo, no hay ni rastro de él. Nada en absoluto.

—Tiene que haber algo —digo—. Podemos ir al sitio en el que nació. A Dinamarca. Podemos buscar su certificado de nacimiento. Vivió en San Francisco. Tiene que haber documentos. Tuvo que tener pasaporte, carné de conducir. Ese accidente ocurrió. Aunque lo hayan ocultado, tiene que haber alguna prueba en alguna parte. El experimento se financió con una subvención federal. A ver, el gobierno debe tener un recibo o algo.

—Yo he leído bastante sobre estas cosas —dice mi padre—. Sé quién es Ursula Francoeur. Y también he oído los nombres de algunos de los otros, los dieciséis. Pero el de Lionel Goettreider no lo he oído nunca.

—¿Por qué no buscamos primero a alguien que te ayude? —dice mi madre—. Después, si todavía quieres, podemos buscar a ese Goettreider.

—Si Lionel Goettreider tenía cuarenta y dos años en 1965 —dice Penny—, entonces ahora debe tener noventa y tres. Hay una pequeña posibilidad de que siga vivo. Pero, si todavía vive, quién sabe cuánto le queda.

—Muy bien —dice Greta—, si queréis ponerlos a buscar a alguien que no existe, adelante. Pero hablando en nombre de la gente que sí que existe, tengo que deciros que estáis perdiendo el tiempo.

—¿Por dónde empezaríais? —pregunta mi padre.

—¿No es obvio? —dice Penny.

Penny le da la vuelta al libro y deja a la vista de todos la foto de la familia Francoeur. Señala a Jerome Francoeur. Sonríe, le pasa a Ursula un brazo por encima del hombro, con un gesto protector. Tal vez demasiado protector. Su otro brazo cuelga junto a su cuerpo. La manga está cortada justo por debajo de donde debería estar el codo. El resto del brazo ha desaparecido. Ha sido cercenado.

—Jerome Francoeur sigue vivo —dice Penny—. O al menos lo estaba cuando murió Ursula, hace dos años. No sabemos lo que pasó en 1965, pero si hay un hombre en el mundo que seguro que se acuerda de Lionel Goettreider, ese es Jerome Francoeur.

Creo que me voy a San Francisco.

90.

Mi padre coge algunas migas que hay sobre el mantel, distraído, y va haciendo un montoncito delante de él. No mira a nadie. Una por una, metódico, meticoloso, recoge las migas.

—Deberíamos tener mucho cuidado con esto —dice—. Cada familia tiene su propia... dinámica. Su manera particular de gestionar los conflictos y las crisis. Es una especie de adaptación evolutiva a las peculiaridades de su medio doméstico. Cuando se llega al punto en que estamos nosotros cuatro, que somos todos adultos y conocemos bien las rarezas de los demás, esa dinámica ya es bastante estable. En caso contrario, no se llega a este punto. La gente se divorcia, se distancia.

Sigue toqueteando las migas y forma un triángulo equilátero.

—Pero hay algunos acontecimientos especiales en la vida de una familia —dice—, al igual que los hay en la vida de una especie. Acontecimientos tan especiales que pueden suponer la extinción. Cataclismos. Y nunca se sabe si la dinámica que te ha permitido gestionar los conflictos y las crisis y salir adelante servirá para esta clase de acontecimientos. Si servirá para gestionar los cataclismos.

Con el borde de la mano, convierte el triángulo de migas en un cuadrado.

—Nuestra dinámica familiar funciona —dice—. Se hacen bromas y se comentan cosas con ironía y sarcasmo. Alguna vez también se exponen los sentimientos abiertamente, aunque en general van entre capas de bromas y comentarios irónicos y sarcásticos. Parece un tiramisú emocional. Pero ahora necesito que nos tomemos esto en serio, porque hay cosas a las que no pueden sobrevivir ni siquiera las familias que están más unidas. Y la nuestra no es de las que están más unidas. Sobre todo porque tú, John, siempre has mantenido cierta distancia. No lo digo como crítica. Es una observación.

Mi padre continúa haciendo formas geométricas con las migas. Las aplasta de modo que el cuadrado se convierta en un círculo. Pasa el dedo corazón por

el borde, dándole una forma regular, equilibrada.

—No creo en la verdad —dice—. Soy un científico. Creo en las preguntas y en la mejor respuesta que tengamos en el momento. Eso es la ciencia: una serie de las mejores respuestas que tenemos en el momento. Todo es siempre susceptible de revisarse. Lo que ayer era un hecho hoy es una pregunta. Mañana habrá una respuesta que todavía no conocemos. Lo que estoy diciendo es que me creo lo que dices. Siempre que tú también te lo creas. Pero no quiero que hagas nada impulsivo, o temerario, para tratar de demostrarnos algo que a ti te parece esencial. Por favor, no nos dejes fuera de esto.

Con una mano, empuja el montoncito circular de migas por la mesa y se lo echa sobre la palma de la otra. Me mira, asiente con la cabeza y lleva las migas a la cocina para tirarlas en el cubo de basura que hay debajo del fregadero.

91.

Greta está tumbada en el sofá con los ojos cerrados. Me imagino que está durmiendo, pero todavía no ha acabado conmigo.

—La verdad es que todo esto me parece muy poco creíble —dice—. No sé, creo que esperaba más de ti.

—¿Que esperabas más de mí? ¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—No es que no lo entienda —dice ella—. Lo entiendo. Lo distópico somos nosotros. Nos imaginamos todos esos futuros tecnológicos y posapocalípticos, con la gente estratificada en clases sociales, con un orden mundial desconocido, pero en realidad este mundo, el mundo en que vivimos, es lo distópico. No es una idea totalmente estúpida. Es medio divertida. Y resulta que tu mundo, ese mundo que tú consideras utópico, también es una mierda. Creemos que controlamos el mundo, cuando en el fondo siempre que hemos intentado hacer que el mundo funcione como queremos que funcione, pues eso, hemos fracasado de manera miserable. El mundo no es un puto desastre porque no lo controlamos del todo. Es un puto desastre porque hemos tratado de controlarlo.

—Greta —le digo—, ¿qué tiene que ver todo eso con lo que estábamos hablando?

—Es la mentira que nos estamos contando todo el día, todos los días —dice ella—. Si conseguimos seguir adelante, lograr que nuestra tecnología mejore, solucionaremos todos los problemas del mundo, podremos arreglar los desastres que hemos hecho y todo será perfecto. Acabaremos con la contaminación y con la guerra y las desigualdades y bla, bla, bla. Pero todo eso es una gilipollez. Nadie nos ha entregado el mundo para que nos hagamos cargo de él y lo controlemos. Nos hemos engañado pensando que podíamos controlarlo. ¡Pero no podemos! De hecho, nuestros intentos por controlarlo son los que han llevado la vida del planeta al borde de la extinción. Y me joden un montón esas alegorías de ciencia ficción en las que, bueno, eso, si

seguimos adelante con el plan, lo arreglaremos todo y podremos vivir en un paraíso futurista. Cuando en realidad nuestra única oportunidad para salvar el único hogar que tenemos en todo el universo sería abandonar el plan. Porque el plan es intrínsecamente defectuoso. Los seres humanos son incapaces de controlar el mundo, y creer lo contrario solo sirve para empeorar las cosas cada vez más. Así que lo siento, ya sabes que no soy crítica literaria ni nada de eso, pero creo que deberías buscar una idea mejor si quieres escribir una novela.

—Así que además de creer que tengo delirios psicóticos, piensas que esto es una idea que se me ha ocurrido para un libro, y que es patética, ¿no?

—Eso —dice ella.

—Dices que me conoces mejor que nadie, y probablemente sea verdad, así que a ver, dime, ¿soy el hermano que conoces de toda la vida? ¿O notas algo distinto?

—Noto algo distinto —dice ella—. Y lo que más me jode de todo esto es que me gusta un montón cómo eres ahora. No sé cómo decirlo. Estás aquí de una manera nueva. Nos haces caso. A mí, a mamá y papá. Nos escuchas. No has mirado el móvil ni una vez. Eso que haces siempre cuando estamos hablando, eso de quedarte con la mirada fija... Y entonces se nota que estás pensando en el trabajo o no sé en qué, en cualquier cosa menos en lo que estamos hablando, bueno, no te he visto hacer eso en toda la noche. No quiero que me caigas tan bien, capullo.

Greta se incorpora en el sofá, me lanza una mirada fulminante y señala a Penny.

—Y no me hagas hablar de este ratón de biblioteca tan sexy que hay ahí —dice—. Cuando al fin traes a alguien a casa, alguien que me podría caer bien y todo, boicoteas la noche de la manera más épica posible.

—Ojalá no nos hubiéramos conocido en estas circunstancias, Greta —dice Penny—. Pero deberías saber que tu familia es alucinante. En las reuniones de mi familia nunca hablamos de nada. Cualquier trozo de treinta segundos de la conversación de esta noche es con mucha diferencia más interesante que nada de lo que haya podido hablar mi familia.

—Es una forma de verlo —dice Greta—. Otra forma de verlo es que todo lo que conozco y quiero ahora parece estar tambaleándose al borde de un precipicio oscuro y frío del que, cuando algo cae, nunca logra salir. Por eso a mí esto no me parece tan interesante, sino que me da bastante miedo, joder.

92.

Mi padre se va a la cama. Greta opta por quedarse sola en lo que antes era su dormitorio y ahora se ha convertido en una habitación de invitados que apenas se usa. Penny va al baño. Mi madre me coge del brazo, con fuerza, y me lleva hasta su despacho. Entramos y cierra la puerta.

—Padezco una depresión —dice—. Estoy medicada. Tomo Lexapro.

—¿Lo sabe papá? —le pregunto.

—Claro que lo sabe —dice mi madre—. No es ningún secreto.

—Y entonces, ¿por qué yo no lo sabía?

—No cambies de tema —dice ella.

—¿Cuál es el tema?

—Que la depresión puede ser hereditaria.

—Mamá —digo yo.

—Cuando uno de sus padres padece una depresión, clínicamente, quiero decir, los niños tienen tres veces más posibilidades de deprimirse —dice ella.

—Yo no estoy deprimido —le digo.

—Eso es lo que yo llevo diciendo veinticinco años. Tengo un cable cruzado en el cerebro, John. Me he pasado la vida haciendo todo lo posible para descruzarlo. Lamento mucho que lo hayas heredado. Pero si tú sientes íntimamente que no mereces ser feliz, tienes que entender que ese sentimiento es una enfermedad como el cáncer o la malaria o la gripe.

Se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas. Y no importa si soy un crononauta o un chalado o un tipo con un desequilibrio químico en la mente: me duele ver a mi madre llorando.

—De acuerdo —le digo—. Me haré un chequeo. Hablaré con alguien. Haré lo que haya que hacer cuando uno quiere saber si está deprimido.

—Gracias —dice ella.

—Cuando vuelva de San Francisco.

Mi madre cierra los ojos y diversas reacciones no verbales afloran a su

rostro. Después abre los ojos de nuevo y me mira con compasión.

—Es normal, ¿sabes? —me dice—. Sentirse un impostor.

—¿Qué?

—Estaba escuchando —dice mi madre—. Sientes que eres un impostor. Te has convencido de que has plagiado tus mejores ideas de otra dimensión.

—Esos edificios que todo el mundo considera audaces y visionarios —le digo yo— en realidad no se me ocurrieron a mí. Los soñé y afirmé que eran míos. No soy ningún genio. Soy un artista del timo, y antes o después me descubrirán.

—Así es como se siente todo el mundo —dice ella—. ¿Crees que yo no me sentía así cuando empecé a dar clases? ¿O cuando escribí mi primer libro? ¿O cuando me nombraron decana? Todos nos sentimos impostores. Ese es el secreto de la vida. Todo el mundo finge.

—Ya sé lo que es el síndrome del impostor —digo—. No se trata de eso.

—Vale —dice ella—, no eres un arquitecto extraordinario. Eres un farsante y un ladrón. Pero estás plagiando edificios que no existen, que solo han existido en tu mente. ¿No te das cuenta? Dedicar un momento a plantearte que a lo mejor eso es lo que sienten todos los que crean algo nuevo. Como si no tuvieran nada que ver con ello. Como si lo hubieran sacado del éter y hubieran estampado su firma y no merecieran ningún reconocimiento.

—No, mamá, esto es diferente.

—Te has hecho un poco famoso. A veces la gente se desequilibra cuando se hace un poco famosa. Es una enfermedad cognitiva, la fama. ¿Lo sabías? Antes solo eran famosos los miembros de la realeza, y ya sabemos cómo están de la azotea. Yo no soy muy freudiana, pero la fama tiene algo que hace que el ello y el superyó engullan al yo como si fueran anacondas metidas en una jaula, y después comienzan a devorarse entre ellos. La fama te deforma la identidad, se metastatiza en tus angustias y te deja vacío como un fuego fatuo. Es como un polvo mágico que quema todo lo que toca, que lo corroe todo como un ácido.

—Mamá, soy arquitecto. No soy casi famoso. A lo mejor soy ligeramente conocido.

—Y mira lo que ha pasado —dice ella.

—¿A qué te refieres?

—Llevas seis meses siendo ligeramente conocido, sí, y estás como un cencerro. ¿Qué te parece? ¿Que es una coincidencia? ¿Una casualidad?

¿Sabes lo que decía Jung sobre las coincidencias? Decía que el hecho de que no veamos el destino no significa que no haya ningún camino que lleve hasta allí.

—Estoy demasiado cansado para seguir hablando de esto —digo—. Sobre todo si vas a ponerte a citar a Freud y a Jung. Estás siendo cruel.

—Entonces piensa en una última cosa —dice mi madre—. No hay retorno. En esta realidad decepcionante y moribunda en la que estás varado no tenemos máquinas del tiempo. Tu planeta original ha desaparecido para siempre. Lo sabes, ¿verdad?

Me encojo de hombros. No soy capaz de decirlo en voz alta.

—A lo mejor lo que cuentas es verdad. A lo mejor sí que estás robando todas tus grandes ideas de ese mundo fantástico. Pero si ese mundo ha desaparecido y si, como afirmas, tú eres el que ha hecho que desaparezca, ¿no te corresponde a ti hacer que este otro mundo sea mejor?

—¿Cómo voy a hacer que sea mejor? —pregunto.

—Tienes una responsabilidad —dice ella—. Tú eres el único que puede mostrarnos cómo es el paraíso. Tú puedes construir un futuro para que vivamos en él. Y digo construir literalmente: construirlo con ladrillos y acero y cristal. Puedes pensar que no eres un genio. Puedes pensar que eres un fraude, un bandido, un monstruo que ha acabado con un mundo. Pero eres lo único que tenemos.

No sé qué contestar a eso. Me suena un poco exagerado, pero no sería la primera vez que una madre tiene una percepción exageradamente buena de su hijo.

—Si tienes que ir a San Francisco para tratar de resolver este misterio, hazlo —me dice—, pero cuídate y vuelve a casa. Hay mucho trabajo por hacer aquí, en este mundo, el mundo en el que vives, no con el que sueñas. Allí no te necesitan, pero nosotros te necesitamos.

Mi madre me da un abrazo, abre la puerta de su despacho, recorre el pasillo hasta llegar a su dormitorio, donde está mi padre, y entra.

93.

Penny y yo volvemos a su casa. Prácticamente vivo ahí desde que nos conocimos porque no me siento a gusto en mi apartamento. Ella llama a uno de sus empleados para que abra la librería, de modo que podemos dormir durante casi todo el día. Las ventanas de su dormitorio dan al este. Por la mañana pega un sol brillante y poderoso.

Todo lo que ocurrió anoche da vueltas en mi cabeza cuando intento dormirme junto a Penny. Ella se apoya con todo su peso contra mi costado. Lleva unas bragas y una camiseta de manga corta, suave y fina. Pone la cabeza en ese punto donde se encuentran mi hombro y mi clavícula, y su pelo me hace cosquillas en la barbilla y los labios. Respira con fuerza y profundamente.

Me siento más ligero y aliviado tras haberle contado la verdad a mi familia, aunque probablemente habría sido mejor dejar que pensaran que mi febril balbuceo sobre realidades alternativas, en el hospital, era producto de algún problema sináptico pasajero.

Esta noche me he olvidado de escribir. Penny me aconsejó que apuntara recuerdos de mi vida, unos minutos cada noche, antes de acostarnos: una rutina cotidiana para poder mantenerme aferrado a la verdad. He estado haciéndolo, en el portátil de John, un ratito cada vez. Pero el mundo me parece demasiado amplio y las palabras, demasiado pequeñas, y convertir la maraña sensiblera de recuerdos en un texto limpio produce el efecto contrario, ya que hace que todo lo que tengo en la memoria me parezca menos real, más ficticio y lejano.

Además, ¿qué me aportan todos esos recuerdos? ¿Acaso yo era feliz allí? No.

Aquí, acostado junto a Penny, me siento feliz. Aquí, abrazado a ella en la cama que me da la impresión de ser mi hogar, me doy cuenta de que por primera vez estoy permitiendo voluntariamente que Tom se vaya

desvaneciendo. John se desliza por debajo de la puerta como unas volutas de humo procedentes de un incendio en el sótano, y me transmite una calma maravillosa que contrasta con el clamor constante y ansioso de Tom. Toda la gente que me importa será más feliz si desaparezco. Incluso Penny. Tom hace que todo sea demasiado difícil, conflictivo, complejo.

John no seguiría despierto. Advertiría que toda su vida había estado ligeramente desenfocada y que ahora, por fin, la ve con nitidez; ha estado sufriendo una enfermedad mental no diagnosticada que se le ha ido adhiriendo en silencio a los rincones húmedos de su mente y que, cuando tuvo una bajada momentánea de defensas, trató de apoderarse de él. Pero su momento ha pasado. El virus que representa Tom no tiene ningún plan de acción, solo una lista de demandas. Quiso hacerse con el mando pero, como tantos aspirantes a déspotas, solo había proyectado el golpe de Estado, pero no la rutina cotidiana de dirigir el cotarro. Cualquiera puede derrocar un gobierno. Lo difícil es gobernar.

Penny se mueve sin despertarse, se pone de lado. Aprieta el culo contra mi cadera, se tapa con la manta hasta la barbilla. Yo también me giro hacia mi lado y ella se me acerca. El pelo le huele a limón y a romero y a otra cosa, un aroma que intento identificar mientras me voy quedando dormido.

94.

Me despierto y me siento limpio. O mejor, vacío. Completamente vacío, quizá, pero en el buen sentido. Como si me hubieran extirpado un tumor enorme mientras dormía en la cama de Penny.

Tom ya no está. Ese gilipollas quejica, miserable e infeliz ya no está. Por fin me libré de él.

Me ha estado persiguiendo toda la puta vida, como un espíritu maligno. Pensé que sería un alivio dejarlo salir de su encierro, pero resultó pesadísimo. Siempre arrepintiéndose en vano.

Aunque hay que reconocer algo: él fue quien encontró a Penny. Me la puso en bandeja de plata. No tuve que hacer ningún esfuerzo. Está ahí acostada, a mi lado, dispuesta a cualquier cosa que yo quiera. Le beso el cuello hasta que comienza a despertarse y entonces le bajo las bragas. Ella intenta una y otra vez darse la vuelta y mirarme, pero no la dejo. A lo mejor soy un poco bruto. Con las mujeres, a veces es difícil saber cómo quieren que las trates, porque no son capaces de admitirlo.

Después, se queda quieta. Me pregunta qué me pasa y le digo que nunca me he sentido mejor. Y es cierto. Nunca he tenido la cabeza tan despejada. Ella se echa a llorar. Pregunta qué le ha pasado a Tom. Le digo que ya no está y ella llora un poco más.

Me doy una ducha. La presión del agua es una mierda. No sé quién habrá construido esta mierda de edificio, pero está claro que el contratista lo timó con la fontanería. La ducha ni siquiera tiene efecto lluvia. Ella se mete conmigo bajo el agua caliente y me mira a los ojos, con suavidad y dureza al mismo tiempo. Me pregunta si sigo ahí dentro. Le digo que no entiendo lo que quiere decir y me dice que no está hablando conmigo, sino con él. Con Tom.

Pienso en fingir que soy él durante un rato para tirármela de nuevo, pero ya no me apetece tirármela. No vale la pena.

Así que me limito a sonreír y le digo que Tom ya no está aquí y que nunca va a volver y la dejo ahí llorando. De todas maneras, ya se estaba acabando el agua caliente. En mi apartamento nunca me quedo sin agua caliente, porque hay un sistema de esos sin caldera.

Me pongo la ropa de mierda que Tom ha elegido y me dirijo a la oficina. No me puedo creer todo lo que ha dejado de lado. Siempre escondiéndose, huyendo, pidiendo perdón, demasiado asustado para tomar una decisión por si se equivocaba. Firmo un montón de cosas pendientes de aprobación.

El auditorio de Chicago es un buen curro. El presupuesto que hay para construirlo es enorme, y va a estar situado en un lugar céntrico. Además, demuestra espíritu cívico. Hay mucha presión en torno al proyecto, lo cual significa que la gente necesita que alguien le diga lo que tiene que hacer. Es día de cobro. Necesito dejar salir algunas ideas. Echo un vistazo a las especificaciones técnicas que me han enviado y me instalo en mi mesa de dibujo.

Pero no se me ocurre nada. Se supone que al mirar las imágenes del emplazamiento y pensar en edificios que he visto en mis sueños se me tendría que ocurrir cómo van a ser la forma y la escala y las texturas de todo, pero esta vez no sucede eso.

Bueno, es lógico. Tom me infectó mucho antes de apoderarse de mí. Lleva dentro de mi cabeza toda la vida. Su voz siempre ha estado susurrándome, semejante a un picor en un lugar donde no podía rascarme. Pero ahora ha desaparecido. Tal vez, como consecuencia de ello, mis ideas también vayan a desaparecer. No importa, ya me he ganado una reputación. Puedo pasarme toda la vida tirando de lo que tengo. Puedo ganar dinero haciendo versiones de lo que ya he hecho, bajando un poco el listón. Habría que simplificar, no salirse de un cierto límite, dejar que los clientes se sientan más audaces de lo que son en realidad y tratarlos según cuánto estén dispuestos a pagar. Que se dedique otro a cambiar el aspecto del mundo. O mejor, que el mundo conserve el aspecto que tiene. Solo los quejicas como Tom piensan que es necesario cambiar las cosas. Al mundo no le importa qué aspecto crees que debería tener. El único objetivo del mundo es matarte cuanto antes y emplear tu cadáver como combustible.

Le hice un favor a mi madre y cogí a una becaria del Departamento de Arquitectura de su universidad. La chica tiene un culo increíble. De cara no está mal, pero vaya culo. Tendría que diseñar el auditorio para que sea como

ese culo. Tom y sus malditas espirales. En este momento, sin contarme a mí, es la única persona que queda en el estudio. Quién sabe qué estará haciendo. Archivando documentos o algo así. Está frente al mueble donde se guardan los planos. La veo a través de las paredes de cristal. Ella sabe que estoy aquí. ¿Está actuando con recato? ¿O se está agachando y poniendo el culo en pompa para que se lo vea? Que no me digan que no sabe lo que hace. Lo sabe perfectamente.

Esto hace que me sienta bien. Muy bien. No me había dado cuenta de que Tom me había estado refrenando durante tantos años. Las dudas. Las preguntas. Él me apoyaba la mano en el hombro, él me susurraba al oído: no, no lo hagas, está mal, que quieras algo no significa que lo merezcas. Ese susurro tan tedioso ha desaparecido y yo lo merezco todo. Querer algo es equivalente a merecerlo.

Es ridículo haber pensado que quería a Penny solo porque él quería a Penny. Soy joven. Tengo un aspecto fantástico. Voy a ser rico y, aunque no lo sea, Greta me va a dar todo lo que le pida; le jode muchísimo tener dinero. Soy medio famoso. Soy lo bastante famoso. No necesito parir otra buena idea en toda mi vida. A quién se le ocurre que podía estar satisfecho con Penny habiendo becarias con el culo perfecto y cara de estar dispuestas a bajarse los vaqueros cuando un hombre lo bastante famoso les diga que pueden llegar a ser alguien, algún día. ¿Quién demonios lleva unos vaqueros tan ajustados al trabajo? Alguien cuya principal ambición es entregarse a mí.

Todo está muy claro ahora que Tom ha desaparecido.

No sé por qué me molesto en escribir estas cosas. Supongo que me he acostumbrado por su culpa. Y de todas maneras, la historia de Tom necesita un final.

Fin.

95.

Me despierto y hay un día que se me ha escapado.

Ayer fue sábado así que hoy es domingo, pero resulta que es lunes. Tendría que despertarme al lado de Penny en su apartamento, pero estoy en mi dormitorio tumbado junto a una desconocida. No, no es una desconocida, es una becaria del estudio de arquitectura. Beth. Se llama Beth. Está nerviosa, avergonzada, me escruta tratando de confirmar que no ha cometido un error que va a acabar con su carrera, pero en su mirada también hay indignación, furia contenida, como si no hubiera podido decidir si debería dirigirla contra mí o contra sí misma. Beth se acurruca a mi lado, desnuda, y yo me aparto instintivamente y veo en sus ojos el arrepentimiento que se apodera de ella cuando ve en los míos el pánico y la ansiedad.

Le digo que necesito un café y que le voy a hacer uno también a ella. Intenta besarme pero hago como si no me hubiera dado cuenta y me escabullo del dormitorio.

No tengo ni idea de lo que ha ocurrido. Me he quedado en blanco.

Siento un extraño zumbido en el bulbo raquídeo que me lleva a mirar en el portátil. Hay una entrada que no he escrito yo. Mientras la leo, siento escalofríos y temblores, como si tuviera una gripe de las fuertes.

Es él, John. No sé cómo consiguió tomar el control y hacerme esto.

Ella me llama y me pregunta cómo va el café y yo cierro de golpe la tapa del portátil. Me pongo a hacer el café y ella entra en la cocina sin nada más que la ropa interior que llevaba ayer. Actúa con un exceso de naturalidad, y se muestra ante mí a la luz de la mañana. Tiene un pequeño moratón en cada cadera. Parecen recientes.

Me siento mareado. Los escáneres cerebrales no deben permitir que uno se despierte en medio de una pesadilla. Porque así es como lo siento, por muy tópico que suene. Es como una pesadilla, lúcida y cristalina pero turbia y pegajosa en los bordes.

Me pregunta si quiero ir a desayunar y le digo que no puedo, que tengo que ir a la oficina, y entonces hace un chiste sobre el acoso sexual en el trabajo que me resulta espantoso y que se supone que tendría que presentarla como a una adulta que sabe tomarse estas cosas con distancia, pero en realidad solo muestra que es muy joven, demasiado joven. Aunque en el chiste también hay un elemento de amenaza, como un cable de acero que le diera su estructura esencial, y ella se da cuenta de que lo he captado y se sonroja porque siente que tiene algo de poder y no sabe qué hacer con él.

Está ahí de pie, echándole leche al café, desnuda, exhibiéndose y desafiándome al mismo tiempo. Quiere algo más de mí y no sé qué es, ni siquiera sé si nos acostamos, ya que no me acuerdo de nada de lo que pasó ayer. Pero en su rostro se va acumulando una fuerte tensión, como si estuviera esperando que le confirmara que ya he conseguido todo lo que quería de ella y que ahora solo una incómoda conversación me separa del momento en que no voy a volver a pensar en ella nunca más.

He leído muy rápido lo que escribió John, y no me he enterado bien de lo que pasó con Penny. Pero suena mal. Suena fatal. Hasta el punto de que quizá no tenga arreglo.

Me pregunta si no sería mejor que se fuera y le digo que creo que es buena idea. Huyo al baño para lavarme la cara y todavía no tengo ni idea de lo que ha ocurrido, pero hay un condón usado —gracias a Dios, hay un condón— en la papelera. No puedo mirarla a los ojos cuando sale del dormitorio con la ropa de ayer, poniéndose los zapatos, y se tambalea cuando se apoya en un pie, después en el otro, y en sesenta segundos se habrá marchado y yo podré pasar a la siguiente fase de este desastre.

Pero nada de esto es culpa suya. Es culpa mía, es culpa de John, y aunque lo que menos deseo del mundo en este momento es prolongar este lío, ella se llama Beth e importa.

—Espera —le digo—. Beth... Lo siento, no se me dan nada bien estas cosas. No quiero que sientas que lo que pasó anoche no..., no ha tenido ninguna importancia. Me resultaría mucho más fácil hacer como si no hubiera pasado y tratarte como a una desconocida cuando nos veamos en el estudio. Pero, a ver, por lo menos deberíamos ser sinceros, ¿no te parece?

Beth me mira y parpadea, como si estuviera esperando que le dijera algo sarcástico o despectivo, y como no se lo digo, se siente agradablemente confusa y no tan agradablemente triste. Se cruza de brazos con firmeza. Se

protege.

—Quieres que seamos sinceros —dice.

—Sí. Porque, eh, no me acuerdo muy bien de lo que pasó.

—¿Que no te acuerdas? Vaya.

—¿Bebimos? ¿Bebimos mucho?

—Pues yo diría que sí. Sí. Por lo menos yo bebí mucho.

—Vale —le digo—. No sé si te enteraste de que estuve en el hospital.

—Sí —dice Beth—. Bueno, se ha enterado todo el mundo.

—Claro. Entonces a lo mejor tendría que disculparme si anoche dije o hice algo, no sé, algo inadecuado.

—Nada de lo que hicimos anoche fue adecuado en absoluto.

—Bueno, pues entonces lo siento mucho.

—¿Por qué estás actuando así? —dice Beth.

—¿Cómo?

—Así de majo —dice—. Anoche no fuiste nada majo. Fuiste bastante bruto. Y si de verdad quieres que sea sincera, me hiciste sentir como una mierda. No fue sexo. Fue más bien como si te estuvieras haciendo una paja dentro de mí. Eso es lo que me hiciste sentir. Como si yo fuera una cosa en la que correrte.

Se seca los ojos con la mano y no sé qué decir o hacer, así que no digo ni hago nada y me quedo escuchándola.

—Ni te lo imaginas —dice Beth—. Esta mañana he intentado hacer como si nada, pero apenas he dormido en toda la noche, porque me había prometido que nunca me metería en algo así. Sobre todo con alguien a quien admirara, ¿sabes? He ido a la escuela de arquitectura para poder construir el mundo en el que quiero vivir, y trabajar contigo me hacía sentir que estaba consiguiendo eso. Era como si pudiese formar parte de eso. Y ahora lo he estropeado todo.

—No has estropeado nada —le digo—. No has hecho nada malo.

—No lo comprendo —dice ella—. Anoche ni siquiera me mirabas cuando..., y ahora eres una persona distinta.

—Lo siento —digo.

—No paras de decir que lo sientes —dice Beth—. Anoche no lo sentías. Eres mi jefe. Mi carrera depende de ti. Lo que hicimos no se parece nada al sexo que me gusta. Pero me imaginé que un mal polvo con un gilipollas era mejor que lo otro que podría haber pasado. Y no te estoy amenazando, ¿vale?

Yo lo acepté todo. Solo quería que acabara. Y durante toda la noche, ahí tumbada, he estado diciéndome que por la mañana iba a comportarme como si no hubiera pasado nada y que entonces sería como si no hubiera pasado nada.

Tengo plena conciencia de que esto es objetivamente peor para ella que para mí. Lo sé. Pero ¿qué le puedo decir? Lo siento, Beth, todo lo que me estás contando es terrible y desgarrador, pero no era yo, te lo juro, era la versión alternativa de mí que creé al destruir la realidad. ¿Le puedo decir eso? No sé si tengo algún derecho a sentirme destrozado por lo que me dice, pero así es como me siento. Y por debajo, enturbiándolo todo, está el hecho de darme cuenta de que John no es quien yo pensaba que era.

La cuestión es que no sentí nada. No me vi empujado hasta el fondo de su conciencia mientras trataba desesperadamente de salir. Quedé aniquilado, sin más. Ni siquiera supe que había desaparecido hasta que me desperté en un día erróneo.

A lo mejor ocurrió porque estaba agotado después de pasar toda la noche en vela con mi familia. Estaba débil y perdí el control. Pero no es solo que John se apoderara de todo, es que se apoderó de todo sin que nada de mí quedara en su interior.

No he comprendido eso hasta ahora. Pensaba que era como un espectro que aparecía en sus sueños, pero ahora veo que siempre he sido una parte de él. No solo de su imaginación, sino también de su conciencia. Sin mí, carece por completo de calidez y compasión. No puede relacionarse a un nivel humano. Pensaba que John era mejor que yo, más fuerte, más listo, más capaz. Pero andamos a la par. Él estaba al mando, llevando el timón, pero yo siempre estaba ahí, impidiendo que lo dominaran sus impulsos cobardes. No sé cómo hacer para poder seguir controlándolo. Podría ocurrir que esta noche me durmiera y mañana me despertara siendo John, y a él no le importa nada de lo que me importa a mí, porque solo se preocupa por sus deseos.

—No me gusta la persona que era anoche —digo—. Sé que mi aspecto es igual que el suyo y que mi voz es igual que la suya, pero no siento igual que él, y espero no volver a sentir así. Es fácil disculparse a la mañana siguiente, claro, pero lo que importa es cómo te traté anoche. Espero encontrar alguna manera de compensarte o, si no te interesan mis disculpas ni mi arrepentimiento, que me digas qué puedo hacer para que te sientas respetada. Si tengo que dejarte en paz, está bien. Si tengo que hacer alguna otra cosa,

también está bien. Dime qué puedo hacer y haré todo lo posible.

—Creo que me iba a ir a casa, a darme un baño muy largo y escribir en mi blog algo embarazoso sobre ti —dice ella.

—Si eso es lo que quieres hacer, vale —le digo.

—Esto es muy confuso —dice Beth—. Mira, llevo de becaria en tu estudio seis semanas y me parece que ni siquiera sabías cómo me llamo. Me han dicho que tuviste una especie de ataque y que acabaste en el hospital, pero luego vas y das esa conferencia increíble y todo el mundo se pone a decir que eres un genio.

—No soy ningún genio —digo—. Eso ya deberías tenerlo muy claro.

—Pues no sé —dice ella—. ¿Cuál es la definición de genio? Lo único que yo quería era que te dieras cuenta de que existía. Fui a trabajar el fin de semana por si estabas ahí. Y funcionó. Te diste cuenta de que existía. Estuve cenando con John Barren, joder, y tú escuchaste mis opiniones sobre arquitectura. Estaba tan nerviosa que bebí demasiado, y tú no parabas de pedir vino, y probablemente ya ni te des cuenta de lo bien que sabe el vino caro, pero yo nunca me había bebido una botella que costara más de veinte pavos hasta anoche. Y luego te abalanzaste sobre mí y bueno, sobre todo me sentí halagada. Pero ¿cómo coño me he metido en algo así? Estoy haciendo el máster. Estoy tratando de labrarme un futuro profesional. No soy la típica idiota que bebe demasiado y se va a casa con su jefe.

—No voy a permitir que esto tenga ninguna influencia en el trabajo —le digo.

—No sé si me estás tomando el pelo y ahora te haces el majito para que no le cuente a nadie lo gilipollas que eres —dice Beth—. O si estás un poco mal de la cabeza y lo mismo que te permite crear los edificios más impresionantes que he visto es lo que te convierte en un desastre para todo lo demás.

—No tienes ni idea de hasta qué punto soy un desastre en realidad —le digo yo.

—Y no quiero saberlo —dice Beth—. Pero que quede claro, esto no va a volver a ocurrir.

—Ya lo sé.

—Vale. Bueno, pues supongo que nos veremos en la oficina. O sea, vas a volver, ¿verdad? Porque la gente dice que a lo mejor te marchas.

—Beth, no sé lo que voy a hacer. Pero si cambias de opinión sobre lo que ha pasado, haz lo que te parezca. Lo comprenderé.

Beth camina hasta la puerta y coge el picaporte. Entonces me mira.
—Eres una persona muy difícil de entender —me dice.
—Sí. Tienes toda la razón.

96.

Es habitual considerar que el tiempo es algo variable. Según lo que estés haciendo, puedes percibirlo radicalmente acelerado o demorado. Pero no solemos considerar el espacio de este modo. Quizá porque lo captamos con la vista, el espacio nos parece más rígido y estable. Aunque sabemos que los centímetros y los metros son igual de arbitrarios que los segundos y los minutos, nos dan la impresión de ser más concretos. Pero ahora que estoy sentado en el sofá de Penny contándole todo, todo lo que soy capaz de recordar, me da la impresión de que el espacio es mucho más líquido. Estamos muy cerca, pero los pocos centímetros que separan mi piel de la suya me parecen inmensos, infranqueables.

Cuando Beth se marcha, corro al apartamento de Penny. Ella abre la puerta y, cuando me ve, los dos nos ponemos a llorar.

—Dijo que habías desaparecido para siempre —dice Penny.

—Lo siento —digo yo—. Nunca podré decirte cuánto lo siento. Aunque fuera lo único que te dijera hasta la muerte.

Ella se pone tensa al oír eso. Estoy a su lado, en el sofá, pero no me mira.

—Fue como una película de terror —dice—. Me desperté al lado de un extraño que tenía tu cara. Fue horrible. Fue realmente horrible.

—Lo siento, Penny, pero eso no es todo.

Tras el torrente de confesiones y disculpas, hay un momento largo, silencioso y dolorosamente hogareño en el que volvemos a nuestras actividades matinales rutinarias pero sin el contacto físico espontáneo. Hacemos café y troceamos unas frutas y parece que a lo mejor, todavía no, pero algún día, esto podría convertirse en una mancha casi imperceptible, como una gota de vino tinto que cae en el mantel y nunca termina de salir del todo.

—Tú dices que nunca comprendiste hasta qué punto influías en John, ni que durante toda su vida fuiste tanto su imaginación como su conciencia —

dice Penny—. Eso lo entiendo. Pero no puedo evitar sentir que tu análisis te deja muy bien parado, ¿no? Tú quedas como un héroe y él queda como un monstruo.

—Creo que puede que sea un monstruo de verdad —digo yo.

—Pero a lo mejor no es que John careciera de compasión o de cualidades humanas. A lo mejor era una buena persona que actuaba de un modo adecuado, por lo general, hasta que tú te apoderaste de él.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—A lo mejor no es que le dieras esas cosas, como se da un regalo —dice Penny—. A lo mejor se las robaste todas, porque las necesitabas. Y cuando desapareciste, por algún motivo, te llevaste contigo algunas partes importantes de él, y lo dejaste sin ellas.

—Eso no..., no, eso no tiene sentido —digo.

—Claro, claro —dice ella—. Porque todo lo demás tiene muchísimo sentido. La semana pasada me dijiste que te preguntabas si no serías más machista de lo que crees porque no tuviste una hermana, como él. La cuestión es que a mí me parece que a alguien como Greta no le importaría una mierda lo que le pasara al tipo que se despertó en mi cama ayer por la mañana. Yo no tengo hermanos, así que no sé si se pueden pasar por alto cosas así. Sé que todo el mundo piensa que es poco cariñoso, que es distante. Pero eso no es lo que yo vi en sus ojos. En tus ojos. Vi a alguien enfadado y frío. Fue como si apareciera tu hermano gemelo, igualito a ti salvo por la luz de sus ojos y su forma de hablar.

—No era yo —digo—. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Entiendo que tú crees que no hiciste nada de lo que él hizo —dice Penny—. Ni a mí ni a la chica esa. Pero fue tu cuerpo. Tu cuerpo me sujetaba como me sujetó. Tu cuerpo estuvo con ella, haciendo quién sabe qué, unas cosas que por lo visto a ella no le gustaron mucho pero que tú has olvidado convenientemente.

—No estoy tratando de quitarle importancia a lo que sentiste ni a lo que sintió ella —digo—, pero todo esto a mí también me parece una película de terror.

—Sí, la verdad es que parece muy duro para ti, *Tom*.

—Penny...

—No, es genial —dice ella—. Te felicito. Conseguiste tirarte a tu becaria, mira qué original, y después convencerla de que en realidad eres un tío

majísimo y atento que tiene una dimensión un poco oscura cuando le conviene. Y ahora estás aquí tratando de convencerme a mí de lo mismo, ¿no? No fuiste tú. Fue él. Tú no eres responsable de nada. Eres inocente y puro y dulce y siempre dices lo adecuado y sabes escuchar muy bien y nunca me tratarías de ese modo. Es curioso, porque la gente dice que el hombre perfecto no existe, pero yo lo he encontrado. Aunque claro, literalmente no existe.

—Estoy muy lejos de ser perfecto —le digo—, pero no soy como él.

—No es solo lo que ocurriría si desaparecieras para siempre —dice Penny—. Es lo que ocurriría si él regresara. Cuando me desperté, era como si estuviese en una pesadilla. De verdad. Tenía esa cosa errónea e ilógica de las pesadillas. Estás con el hombre al que amas, pero él es otro, a pesar de que tiene exactamente el mismo aspecto y no hay ninguna prueba, salvo su manera de hablar y moverse y tocarte. Después pensé que si me metía en la ducha contigo, podría espabilarme y liberarme de esa especie de mal sueño. Como si hubiera tenido un episodio de sonambulismo. Te miraría a los ojos y tú habrías vuelto y todo lo que había ocurrido en la cama quedaría atrás como una alucinación. Pero no fue así. Ahí estaba él, y me dijo que habías desaparecido para siempre. Y ahora tú estás aquí, pero quién sabe cuánto tardará él en volver.

—No permitiré que vuelva.

—Tú no tienes ni idea de lo que vas a permitir —dice Penny—. Ni siquiera estoy segura de que este seas tú.

—Soy yo. Te prometo que soy yo.

—¿Qué significa esa frase viniendo de ti?

Me lo pienso antes de contestar, porque ¿qué significa? Todavía no tengo claro qué le hice exactamente a Penny, pero fuera lo que fuera, fue hecho con mi piel y mis huesos y mis músculos y mis nervios. Los mismos pulmones respiraron el aire y el mismo corazón bombeó la sangre y el mismo cerebro que sufre intermitentes ataques de miedo y culpa por actos que no he cometido, aunque sí los he cometido, ese mismo cerebro organizó toda la cadena de acontecimientos. Me siento como alguien cuyo perro acabara de desfigurar a un vecino que se hubiera acercado demasiado a sus tierras, solo que yo soy el perro y no el amo, evidentemente.

La distancia que hay entre nosotros no es un espacio vacío. Es un agujero negro y no estoy seguro de que podamos huir de él alguna vez. No sé lo que

va a pasar, pero hay una cosa que sí sé: tengo que encontrar la manera de matar a John.

97.

—Aquí sentada, todo el día y toda la noche —dice Penny—, lo que pensaba sobre todo era..., si vuelve y pasa algo malo, cómo le explicaría esto a la policía o a mis padres o a algunos de los muchos amigos a los que he estado ignorando durante las últimas dos semanas, desde que apareciste en mi vida. Bueno, ¿sabéis lo que ha pasado? Pues un día entró un tío en la librería y me contó que había hecho un viaje en el tiempo, que venía de otra dimensión. Y resulta que en esa otra dimensión yo era una astronauta superguay. Pero luego tuve un problema neurológico en el espacio exterior y entonces me empecé a entrenar para dedicarme a hacer viajes en el tiempo, pero además me gustaba mucho tener relaciones sexuales sin protección con desconocidos elegidos al azar. Y justo la noche anterior del que iba a ser el día más importante de mi vida, el día en que me convertiría en uno de los primeros seres humanos en realizar un viaje en el tiempo, no sé por qué me acosté con el tío este y él me dejó embarazada y me suicidé. Y entonces el tío este se puso tan triste que retrocedió en el tiempo y jodió tanto el pasado que modificó todo el continuo espacio-temporal. Pero resulta que él sigue existiendo, y yo también, aunque tengo un aspecto distinto. La otra yo era una especie de robot sexual, una tipa de lo más atlética y estoica, pero yo soy una persona normal. O sea, con celulitis y callos y marcas de nacimiento en lugares raros y unos pechos que me duelen cuando corro. Ah, y él es guapo y exitoso y maravillosamente autocrítico para ser alguien del que todo el tiempo están diciendo que es un genio, al menos en internet. Porque no se ha presentado diciendo que allí, en ese otro mundo, era un gran tipo pero que en este no lo conoce nadie. No, todo lo contrario. Aquí es una persona bastante especial y allí era un pobre diablo. Pero, y esta es la parte más embriagadora y mágica, piensa que yo soy la persona más interesante del mundo, aunque en realidad sea una friki que tiene una librería. Y nunca he sentido una química así con nadie. De vez en cuando alguien me tira los trastos, sí. Algún cliente

o los amigos de los novios de mis amigas, sobre todo los que nunca tienen pareja. Pero esta vez es distinto. Hay algo como eléctrico. Él me transmite una especie de electricidad. Y también me siento muy cómoda con él, todo es muy íntimo. La verdad es que tengo la sensación de que lo conozco de toda la vida aunque solo llevamos como dos semanas. No leo muchos libros para chicas, pero sé lo que se siente. Es como si estuviéramos predestinados. Conocí a sus padres y son totalmente increíbles. Su madre es especialista en literatura victoriana y tiene una colección alucinante de libros antiguos. Su padre también es profesor y escribió un libro sobre viajes en el tiempo, y yo lo había leído, porque soy un bicho raro. ¿No veis cómo encaja eso? Yo tengo una librería, a su madre le encantan los libros, él ha venido viajando en el tiempo, su padre escribe sobre viajes en el tiempo. Y luego está su hermana, que es muy lista y sarcástica y recela de mí porque lo protege mucho, lo cual le da a él una credibilidad muy grande, aunque llegados a este punto ya no la necesita, porque esta hermana es de la clase de gente de la que me gustaría ser amiga. Todo es tan perfecto. Todo es demasiado perfecto. Porque si lo piensas bien, en realidad este tío tan perfecto parece un esquizofrénico paranoico. Incluso sus familiares, las personas que mejor lo conocen y más lo quieren, piensan que está enfermo de la cabeza. Quizá no lo piense su padre, que es adorable y está muy desconcertado y más que harto de ser el miembro de la familia menos exitoso de todos los que se sientan a la mesa; quizá él sea moderadamente optimista y piense que su obsesión por los viajes en el tiempo pueda haber sido lo que ha provocado, tras un largo periodo de incubación, una aventura que supera con mucho sus más febriles fantasías adolescentes. Aunque a él también le preocupa que su hijo esté loco y punto. Pero las mujeres de su vida, su impresionante madre y su escéptica hermana, piensan que necesita ayuda psicológica urgente porque su relato suena ridículo cuando lo expones, por mucho que lo cuente con todo lujo de detalles. Pero quieres creértelo porque quieres a este tío como nunca has querido a nadie. Es como si llevaras toda la vida esperando para querer a alguien. Eres una mujer hecha a sí misma y bastante consciente, desde luego, pero eso es lo que quieres, pese a todo. Así que participas en la cumbre familiar y te convences de que todo irá bien, y aunque nunca lo habías creído hasta el día en que entró en tu librería, sabes con total certeza que el amor lo puede todo. Pero entonces, después de quedarte toda la noche en vela tratando de explicarle a su familia, a la que acabas de conocer, que en verdad

ha llegado de otra dimensión viajando en el tiempo, vuelves a tu casa, tal vez más cansada de lo que nunca has estado antes, y te duermes a su lado, y cuando te despiertas, está dentro de ti. Pero no es como antes. No hay electricidad ni complicidad ni amor. Intentas mirarlo, para entender por qué te la está metiendo como si fueras un juguete sexual en vez de la mujer que ha venido a buscar atravesando dimensiones cósmicas. Pero te sujeta contra la cama y se tumba sobre ti con todo su peso y apenas puedes respirar y él sigue y sigue y sigue y te hace daño. Y entonces tratas de cambiar el relato que tienes en la cabeza, te dices que debe de estar intentando algo nuevo, que todo el mundo tiene fantasías raras que le da vergüenza formular en voz alta, que tú tienes fantasías que no le has contado, y que algunas de esas fantasías son bastante extrañas, lo sabes, y por eso no las compartes con nadie, aunque a él sí que ibas a contárselas porque confías en él, y por eso a lo mejor esto es lo que se siente cuando alguien confía tanto en ti que te permite ver la oscuridad espantosa que hay en su interior porque cree que tu amor la volverá menos espantosa y menos oscura, y tú también quieres sentir eso porque también en tu interior hay una zona oscura y espantosa, unas zonas que siempre te ha parecido que nadie podría querer hasta que lo conociste y te hizo sentir que te quería entera, también con esas zonas imposibles de querer que todavía no le habías mostrado, y por eso te dices que también puedes querer esta faceta de él, aunque te hace daño, porque todo esto significa que se está mostrando ante ti entero y hay algo intrínsecamente bueno en eso aunque te haga sentir tan mal. Intentas acceder a una parte de ti que a lo mejor podría disfrutar de que te follen como si fueras un trozo de carne. Pero ¿sabes una cosa? Esa parte de ti no existe, joder. No puedes llegar a ella porque eso no tiene absolutamente nada que ver contigo. Empiezas a temer que no sea él, porque no parece él. ¿Y si es un psicótico desconocido que ha entrado y asesinado al hombre al que quieres y te ha atacado mientras dormías? Y al fin acaba, pero tienes miedo de darte la vuelta porque lo que veas en ese momento, se trate de él o de otra persona, puede marcar el resto de tu vida. Oyes cómo se mete en la ducha, lo cual es una mala señal, porque ¿quién ha visto a un psicópata asesino que se duche al acabar? Te levantas de la cama y te quitas la camiseta y las bragas con las que has dormido y te das cuenta de que nunca vas a poder volver a ponerte ninguna de las dos cosas. El cristal de la ducha está demasiado empañado para ver quién hay ahí metido, así que entras y es él. El hombre al que quieres. Aunque no es él. Es él, pero

no es él. Te mira y te voy a decir una cosa, a mí me han mirado un montón de hombres de un montón de maneras distintas, pero nunca así. Como un carnicero evaluando un filete. Me gusta mi cuerpo, pero esa mirada me dio ganas de cortarme los pechos y arrojarlos al mar. Ya sé que dices que no eras tú. Pero él me miró con los mismos ojos que me están mirando ahora. Los mismos, pero no los mismos. Y con esa boca que no es tu boca, aunque sea tu boca, me dijo que habías desaparecido para siempre. Se marchó y yo me quedé en la ducha hasta que el agua empezó a salir fría, estuve ahí, no sé, durante horas, con el agua fría cayéndome encima, deseando que me desgastara hasta reducirme a moléculas. En cierto momento, salí, y no fui capaz de entrar en aquel dormitorio, así que me quedé sentada aquí, en el sofá, y estuve practicando mi relato por si tenía que contárselo a alguien. Por si él volvía. Pero el que ha vuelto has sido tú. Salvo que sigas siendo él, y se le dé increíblemente bien fingir que es tú.

98.

—No sé cómo demostrártelo, pero soy yo —digo.

—No puedo volver a verlo —dice Penny—. Y tú no puedes prometerme que él no vaya a estar aquí mañana, cuando te despiertes.

—¿Qué puedo hacer?

—Encuentra alguna prueba —dice—. A lo mejor no soy tan lista como creo ser. A lo mejor soy una de esas chicas que siempre se enamoran del tipo equivocado y se convencen para no salir corriendo porque piensan que el amor importa. Pero a lo mejor no importa. A lo mejor tú estás loco y yo soy idiota y todo esto acaba en un juzgado o en un cementerio, con toda la gente que conozco diciendo: «¿Cómo podía ser tan tonta con lo lista que parecía?».

—Sé que mis promesas no tienen mucho valor en este momento, pero...

—Pero nada —dice ella—. Te quiero, pero no puedo volver a verte hasta que me demuestres que me estás diciendo la verdad.

Me mira a los ojos con cautela, analizándome, y me doy cuenta de que no importa cuál de los dos sea yo, eso ya no importa. Ahora todo es diferente y así debe ser.

Mi padre se pasó la vida tratando de seguirle el rastro a los acontecimientos que provocó Lionel Goettreider y retroceder hasta el 11 de julio de 1965, y ahora yo tengo que hacer lo mismo. El rastro que él seguía consistía en radiaciones tau, pero el mío consiste en algo que puede ser igualmente maligno: la memoria.

Penny cierra la puerta y echa el cerrojo. Yo me voy a casa y reservo un vuelo.

99.

Estoy en un avión, volando de Toronto a San Francisco, y todo lo que ha pasado en las últimas cuarenta y ocho horas me da vueltas a la cabeza como un molino de viento al que se le hubieran aflojado los pernos y que está a punto de lanzarse sobre los campos como un gigantesco *shuriken*.

Creo a Penny y creo a Beth. Y no creo en cosas como escabullirse o hacer daño a la gente. No quiero ser de esas personas que se cuentan a sí mismas historias que no creerían si se las contara otro. Y también siento que esto no es lo que me esperaba. Supongo que vosotros sentiréis lo mismo. A ver, esto tenía que haber sido una especie de comedia con los viajes en el tiempo como telón de fondo, ¿no? En la que yo metía la pata unas cuantas veces y al final acababa arreglándolo todo. Siempre albergué la fantasía de que a pesar de todo lo que había hecho mal, o incluso quizá por ello, saldría de esta como un héroe. Como un gran héroe.

Desde luego, soy muy consciente de que el heroísmo exige sacrificio. Pero no me di cuenta de lo que tenía que sacrificar. Escribid una lista con las cosas a las que nunca renunciaríais y esa es la lista de cosas que os veréis obligados a perder. Aunque en realidad ni siquiera podríais confeccionar la lista vosotros mismos, porque las cosas que hay en ella son las que dais por seguras, ya que son los elementos esenciales de vuestra personalidad. No parece posible separarlos de lo que os hace ser quienes sois.

Así que siento mucho que esto no sea una comedia sobre viajes en el tiempo. Yo esperaba encontrarme con bucles causales y fluctuaciones en la realidad y dimensiones que se van ramificando y soluciones científicamente cuestionables a floridas paradojas espacio-temporales, y no con un sufrimiento humano auténtico. No pensaba que se pondría en cuestión mi salud mental. Hacer que alguien deje de existir por un fallo técnico en un viaje en el tiempo es agobiante, pero se puede vivir con cierta distancia, es algo un tanto vago. Pero que la mujer a la que quieres te diga que le has

hecho un daño físico no resulta vago ni puede vivirse con distancia. Es algo pesado y sólido. Se te mete dentro de la piel y allí construye un nido de veneno en el que pone sus huevos tóxicos.

Tenga razón o esté loco, la única forma de salir de esto es seguir el camino que conduce a Jerome Francoeur, para ver qué sabe él. Quizá no sepa nada. Quizá no sea más que una foto en un libro antiguo que vi en un estante del despacho de mi padre cuando era pequeño y que por algún motivo recuerdo y que dio lugar a que surgiera en mi cabeza una serie de ideas delirantes y adornadas con todo tipo de detalles, como la manga de una chaqueta cosida a la altura del codo.

Si Jerome Francoeur no tiene ni idea de quién es Lionel Goettreider, no puedo volver con Penny y pedirle que confíe en mí, ya que hasta yo mismo empezaría a desconfiar de lo que pienso. Pero si no puedo volver con Penny, no sé dónde ir. No hay ningún otro sitio donde quiera estar.

100.

—¿Me puedes hacer un gran favor? —dice Jerome Francoeur—. ¿Me puedes decir qué demonios estás haciendo aquí? Porque está claro que no estás escribiendo nada sobre mi esposa. Me parece muy bien que hayas ido a por todas con eso de la esposa muerta, es una jugada muy astuta. Y si yo estuviera un poco más senil, quizá te habría salido bien. En fin, que te dejes de trolas. ¿Qué es lo que quieres?

Llevo unos noventa segundos en la casa de Queen Anne con tejado a dos aguas donde vive Jerome, en Palo Alto. Llegué al porche, rodeado por un muro de piedra, y me quedé mirando la alegre fachada asimétrica hasta que su hija, Emma Francoeur, educada y seca, me abrió la puerta. Mientras avanzábamos por el pasillo me contó que estaba muy emocionada por el hecho de que yo quisiera incluir un capítulo dedicado a su madre en mi libro sobre físicas pioneras, así que pensaba que mi mentira había funcionado de maravilla cuando ella abrió la puerta del estudio. Jerome está en un sillón orejero antiguo, como un halcón posado en una rama, con la manga cosida a la altura del codo. Emma se dirige lentamente hacia la cocina para traernos café. Jerome espera hasta que ella no puede oírnos y me hace saber que no he logrado engañarlo.

—Señor Francoeur —le digo—, escuche...

—Suelo calar bastante bien a la gente —dice Jerome—, y sé que estás a punto de seguir con las trolas. Tengo internet, Barren. Sé quién eres. He leído tu discursito del otro día. Tuviste pelotas al soltarles a todos tus colegas que son unos inútiles, aunque desde mi punto de vista dijiste un montón de generalidades pero nada concreto.

—No me había preparado nada —digo—, así que la única salida que encontré fue fanfarronear.

—Entonces admites que has llegado aquí mintiendo, ¿no?

—Sí. A ver, tengo algunas preguntas relativas a usted y su esposa, pero no

estoy escribiendo ningún libro. Me pareció que decir eso era la mejor forma de que aceptara recibirme pronto.

—Tienes treinta segundos antes de que llame a la policía —me dice—. No es allanamiento de morada, siendo estrictos, pero podemos aclarar esa cuestión en la comisaría.

—Estoy buscando a un hombre llamado Lionel Goettreider —digo.

El rostro frágil y arrugado de Jerome se crispa de tal modo que lo primero que se me ocurre es que le ha dado un infarto. Pero después enseña los dientes tras sus labios enjutos, y hace muecas como un gorila.

—¿Qué crees que sabes? —me pregunta.

—Sé que usted supervisaba la financiación para un experimento que llevó a cabo el 11 de julio de 1965. Sé que salió mal y que usted perdió un brazo. Y sé que Lionel Goettreider era, eh...

—¿Qué? —dice.

—Alguien muy próximo a su esposa.

—Oye, mierda humana —me dice—. Te presentas en mi casa y te pones a hablar de eso, a escupir en el nombre de mi esposa muerta... ¿Tú quién te crees que eres?

Entra Emma. Trae una bandeja de plata con dos tazas, una cafetera, un azucarero y una jarrita para la leche. Oye el final de la diatriba de Jerome y se pone pálida.

—¿Va todo bien? —dice.

—Echa de aquí a este gilipollas antes de que llame a la policía.

—Perdone si lo he ofendido —digo—, pero necesito encontrar a Lionel Goettreider.

Emma comienza a temblar ligeramente. La porcelana que lleva en la bandeja repiquetea. Al darse cuenta, a Jerome se le humedecen los ojos. En esta casa hay fantasmas por todas partes.

—¿Para qué necesita encontrar a Lionel Goettreider? —dice Emma.

—Porque creo que es mi padre.

101.

Vale, sí, eso es totalmente falso. Pero la tensa reacción de Emma me hizo suponer que esa mentira funcionaría mejor que la del libro.

—Voy a llamar a la policía —dice Jerome.

Pero no coge el teléfono inalámbrico que tiene al lado del sillón. Emma deja la bandeja y se alisa la parte delantera de la blusa, arrugando el dobladillo.

—¿Lo sabe? —pregunta Emma.

Jerome se reclina en el sillón. Tiene todo el aspecto de estar cerca de los noventa años.

—Sabe lo de la aventura —dice él.

Emma asiente. Me sirve el café, me ofrece leche y digo que sí con la cabeza, me ofrece azúcar y digo que no con la cabeza. Nos comportamos con mucha educación. Jerome aparta el café. Ya no parece un halcón, sino una tortuga que quisiera volver a meterse en su caparazón. Emma se sirve uno y se lo toma sin leche.

—No quiero hurgar en el pasado —digo—. Lo único que quiero es encontrar a Lionel Goettreider. Saldré de su vida para siempre si me dicen dónde está.

—¿Qué sabes sobre su... relación? —me pregunta Emma.

—Casi nada —digo yo—. Sé que tenían algo en el momento del accidente.

—Nuestro matrimonio estaba pasando por una mala fase —dice Jerome—. Yo estaba distraído. Intentaba prosperar un poco en mi carrera para que tuviéramos la estabilidad necesaria para formar una familia. Su historia terminó cuando explotó esa maldita máquina que había construido. ¿Sabes que podría haber arrasado medio continente? Ese imbécil estuvo a punto de provocar el apocalipsis con su invento delirante. ¡Emplear la rotación del planeta para generar energía! Menuda estupidez. No tendría que haberle aprobado el proyecto, pero presentó una documentación impecable, donde

decía todo lo que tenía que decir. Porque ella le ayudó a escribir lo que sabía que me parecería bien.

—¿Qué le pasó a la máquina? —pregunto.

—¿Que qué le pasó? Destruyó el laboratorio, estuvo a punto de matar a más de una docena de personas y me costó un brazo. Hice que la desmontaran y la fundieran, pieza a pieza.

—¿Y a Lionel? —digo.

—Tendría que haberlo denunciado —dice Jerome—. Tenía que haber hecho que lo encerraran. Pero ella me pidió que no lo hiciera. Nunca hablamos sobre lo que había ocurrido entre ellos. En esa época no se hacían así las cosas. Pero lo entendí. Sin que ninguno de los dos dijera ni una palabra al respecto.

Con la mano que le queda, Jerome se aprieta el bíceps del brazo amputado, se lo masajea. Es un tic nervioso.

—Estaba pensando en dejarme por él —dice—, pero ese día le salvé la vida. Así que perdí el brazo pero mi esposa se quedó conmigo. Y habría aceptado ese trato todos los días de mi vida, incluso ahora, que ella ha muerto. El accidente fue un momento decisivo para mí. Lo que salió de esa máquina fue un fuego purificador. Hizo que ardieran mi amargura y mi estupidez. Cuando perdí el brazo, dejé atrás todos los errores que había cometido hasta entonces. Llevábamos tres años casados y nuestro matrimonio no funcionaba, pero Ursula y yo tuvimos la oportunidad de empezar de nuevo. Y luego vivimos felices juntos. Conseguimos cambiarlo todo. Vivimos otros cuarenta y nueve años juntos, y olvidamos ese momento tan terrible.

Jerome no me habla a mí, en realidad. Le habla a Emma.

—O quizá no lo olvidáramos —dice—, pero nos perdonamos.

Caen unas lágrimas por las mejillas de ella. También por las de él. Se masajea el bíceps, se amasa la piel. Yo doy pequeños sorbos a mi café. Me siento incómodo: soy un intruso y he dado lugar a toda esta situación.

—¿Sabe qué fue de él? —pregunto.

—No me puedo creer que tuviera pelotas para presentarse en el funeral de Ursula —dice Jerome—. No sé cómo se enteraría de su muerte. Ese hijo de puta repulsivo seguro que no paraba de buscarla en internet.

—Espere, ¿lo ha visto? —digo—. ¿Está vivo?

—Sí —dice Jerome—. Al menos hace un par de años lo estaba.

—¿Sabe dónde vive? —pregunto.

Jerome niega con la cabeza. Se encoge ligeramente de hombros y se queda con la mirada perdida. Parece que la cara le cuelga, flácida, como si se hubiera quedado dormido de repente.

—Grey —dice.

—¿Cómo?

—Ese cabrón ya no se llama Goettreider —me explica—. Ahora es Grey. Lionel Grey. Trató de disculparse, o algo así, pero no quise saber nada de él. Lo dejé plantado y me fui a hablar con alguien que no me hubiera robado el brazo ni se hubiera acostado con mi esposa, joder. Lo siento, Emma.

—¿No mencionó nada sobre dónde vive? Es decir, aunque fuera de pasada —digo.

—No —dice Jerome—. Y yo no se lo pregunté. Es un pájaro de mal agüero. Noté su olor en el funeral, es como si lo rodeara una nube, como cuando el aire está cargado antes de una tormenta eléctrica. Un pájaro de mal agüero.

Dicho esto, Jerome me echa de su casa.

102.

Emma me acompaña a mi coche de alquiler. Ninguno de los dos dice nada, pero ella me mira todo el tiempo, como si estuviera trazando la geometría emocional de la genealogía de mi perfil.

—¿De verdad piensas que Lionel Goettreider es tu padre? —me pregunta.

—¿Y tú? —le digo yo.

Hay mucho dolor en la mirada que me echa y me doy cuenta de que me he pasado. He hablado con demasiada ligereza. Estoy levantando piedras que esconden ecosistemas complejos y sombríos que pueden reaccionar de cualquier modo al entrar en contacto con la luz.

—Si lo encuentras —dice Emma—, dime qué clase de hombre es.

—Ni siquiera sé dónde empezar a buscarlo. El mundo es muy grande.

—No me has preguntado si yo hablé con él en el funeral.

—¿Hablaste?

—Sí. Fue la típica conversación de funeral, casi todo el tiempo. Lamento mucho tu pérdida. Era una mujer brillante. Esa clase de cosas. Mi padre tiene razón, ¿sabes? Tenía un olor raro, Lionel Grey o Goettreider o como se llame. No olía mal. Solo raro. Era un olor que daba miedo y tenía algo, no sé, como... primordial.

—¿Te dijo dónde vivía?

—Me invitó a visitarlo si alguna vez pasaba por su zona —dice ella—. No podía decir nada delante de mi padre porque es, bueno, la principal herida de su matrimonio, aunque en relación con ese tema no haya querido dar su brazo a torcer. Perdona por ser tan literal. Nunca habló del tema hasta que ella murió. Es bastante extraño descubrir que tus padres son muy buenos guardando secretos.

—No pretendía causarle ningún daño innecesario a nadie —digo.

—No creo que sea innecesario —dice Emma.

Mira hacia otro lado y hay algo infantil y conmovedor en la manera en que

le da a la acera un pequeño puntapié, como un niño que protestara tras haber sufrido una grave afrenta.

—Mi madre y yo hablamos un montón en el hospital —dice Emma—. Dormí ahí todas las noches de esa última semana. Mi padre no podía soportarlo. Él se pidió el turno de día. Yo me encargaba de la noche. Y la noche es cuando todo empeora.

—Lo siento —le digo—. Mi madre también murió. En cierto modo.

Veo en su mirada que se está preguntando cómo puede haber muerto mi madre «en cierto modo». Pero no dice nada sobre el tema. Tiene su propia historia que contar. En la casa, Jerome nos observa desde la ventana de la cocina, como una viuda en un culebrón.

—El cáncer se tomó su tiempo con ella —dice Emma—. Vi cómo la iba devorando, pero lentamente, a lo largo de meses, como si quisiera saborear a fondo cada bocado del festín. Y después, como si alguien hubiera apretado un interruptor, se aceleró, se aceleró de una manera increíble. Un día se desmayó en la cocina. De repente, el cáncer se había extendido por todas partes. Pasamos seis días juntas en el hospital antes de que se la llevara. Ella sabía que iba a morir, así que me habló de él. Me dijo que siempre lo había amado. Me dijo que también había amado siempre a mi padre. Tienes que entender que mi madre no era una persona melodramática. Era durísima, y lo fue hasta el final. Pero me dijo que el corazón humano es tan complejo e intrincado como los espinosos problemas de la física que se había pasado toda la vida tratando de resolver. Peor, incluso, porque la física tiene soluciones y el corazón solo tiene preguntas. Me dijo que, comparada con el amor, la física era un alivio.

Emma se seca los ojos en la manga. Me sonrío, avergonzada, y yo le hago un gesto que espero que le transmita que la entiendo y empatizo con ella.

—Mi madre le contó a mi padre que nunca había vuelto a ver a Lionel después del accidente, pero yo sé que lo vio por lo menos una vez. Fue a un congreso en la Universidad de Hong Kong en 1968. Mi padre no fue, tenía algún compromiso de trabajo. Yo nací unas cuarenta semanas más tarde.

Se fija en los rasgos fundamentales de mi cara, analizándolos y comparándolos con una imagen mental de sí misma que puede ser totalmente precisa o no.

—Por lo que yo sé —dice Emma—, vive en el mismo sitio donde ha vivido desde hace cinco décadas: la isla de Hong Kong.

—No sé qué clase de hombre es —digo yo—. Pero sé qué clase de hombre tendría que haber sido. Un gran hombre.

Emma se encoge de hombros y vuelve a la casa de su padre.

103.

En el avión que me lleva de San Francisco a Hong Kong, investigo la selección de películas que hay en la pantalla situada en el respaldo del asiento que tengo delante, pero creo que no podría seguir una trama, ya que me da la impresión de tener el cerebro escalfado, así que me dedico a contemplar a los demás pasajeros, cuatrocientas personas que observan en absoluto silencio los rectángulos luminosos que hay frente a ellos.

En el lugar de donde yo vengo, el ritual narrativo es algo privado, ya que la experiencia de sumergirse en una narración en la que están muy presentes tus propias rarezas psicológicas es radicalmente personal y tu cuerpo reacciona como si lo que sucede en el relato estuviera ocurriendo de verdad: la risa, la excitación, el asco, la rabia, el terror. Tener una experiencia semejante en público sería tan inadecuado como soltar flatulencias en un contenedor hermético rodeado de gente desconocida, pienso, pero resulta que alguien que está sentado cerca de mí parece no tener ningún problema con eso tampoco.

Por supuesto, la mayor parte de la gente consideraría que todo esto es una señal de progreso: cientos de personas apretadas en un tubo metálico de 350.000 kilos avanzando a toda velocidad a 11.000 metros de altura sobre el océano Pacífico, confinadas por los auriculares y las pantallas, bebiendo líquidos empalagosos e ignorando los olores corporales de los demás, cada una en la burbuja de pseudoprivacidad que el decoro y los buenos modales crean en este espacio que han de compartir temporalmente. Pero lo que llama la atención en realidad es la falta de alegría imperante. La tecnología que permite a la gente volar por el aire a través del planeta no inspira para nada esa melosa jovialidad que constituye la esencia de mi mundo, o al menos de la imagen que mi mundo tiene de sí mismo.

Y no estoy seguro de que esto sea algo malo. Mi hermana habló sobre ello en la cena del otro día. El estado actual del mundo no es consecuencia de que hayamos perdido cierto espíritu optimista, cierto espíritu que permite a la

gente maravillarse y seguir descubriendo cosas nuevas; es consecuencia de que tenemos dicho espíritu. Si no tenemos esperanza con respecto al futuro, es porque somos cada vez más conscientes de que, como especie, hemos estado persiguiendo un sueño que nos ha inspirado al tiempo que nos conducía a la ruina. Nos hemos creído que el mundo está para que lo controlemos, de modo que cuanto mejor sea nuestra tecnología y más eficazmente lo controlemos, mejor será nuestro mundo. El hecho de que a cada paso que da la tecnología el mundo se vuelva más amargo y caótico nos genera una profunda confusión. Las cosas que construimos, que son cada vez mejores, empeoran el mundo cada vez más. La creencia de que el mundo está para que los humanos lo controlemos es la base filosófica de nuestra civilización, pero es una creencia equivocada. El optimismo es la pira en la que nos hemos prendido fuego.

Si esto fuera una obra de ficción, tendría que pensar muy en serio qué mensaje quiero transmitir como alternativa al mito del control que ha deformado ideológicamente a nuestra especie, llevándola a aniquilarse a sí misma de manera paulatina. Por suerte, son unas memorias, y lo mejor de unas memorias es que ni siquiera hace falta que tengan sentido.

Trato de darle un descanso a mi mente criminal escuchando unas canciones que John tiene en el móvil. Pienso en lo que hace que aquí la música sea tan diferente de la música con la que crecí yo. Tardo la mayor parte del vuelo en darme cuenta. El punk y el hip-hop no existen en mi mundo. Así que sí, admito que este mundo vuestro lleva ventaja en lo que a la música respecta.

104.

El avión aterriza y me monto en un coche que me lleva del aeropuerto Chek Lap Kok, atravesando la isla de Lantau, Tsing Yi y Kowloon, y por el túnel que pasa por debajo de la bahía Victoria, hasta la isla de Hong Kong. Me instalo en un hotel de Bahía de Causeway y le pregunto al conserje que hace el turno de noche, Roland, si ha llegado la información que solicité desde San Francisco. Me dice que todavía no, pero le doy un buen pellizco en dólares por encargarse de la investigación. Estoy tan alterado por el cambio de hora que no puedo dormir, aunque es bien entrada la noche. Me dedico a pasear por calles tan iluminadas con fluorescentes que tengo la impresión de encontrarme en un centro comercial con un techo altísimo, infinito. Encuentro un local de tallarines que abre veinticuatro horas, sorbo un caldo de lo más fragante en el que flotan viscosos trozos de pasta y, en el camino de vuelta al hotel, decido estúpidamente dar un rodeo por una calle pequeña y poco iluminada donde me atraca un adolescente que blande una navaja y me amenaza sin mucha convicción. Estoy demasiado cansado para hacer algo que no sea entregarle el fajo de billetes locales que me dieron, a un precio abusivo, en la casa de cambio del aeropuerto, y dejar que cuente su botín delante de mis narices. No tengo la sensación de que la adrenalina me haya subido ni un poco, y cuando llego al hotel y me meto en mi habitación, caigo en un sueño profundo.

El sonido del teléfono me despierta a primera hora de la tarde. Es la conserje del turno de día, Anaïs, y me dice que la información que solicité desde San Francisco me está esperando en el vestíbulo, con un caballero local que pide cinco mil dólares por haberla conseguido. Atontado a causa de la disritmia circadiana, le digo a Anaïs que le pague y que un botones me traiga la información a mi cuarto, junto con un poco de café y de leche. Tarda unos instantes en buscar mi nombre en no sé qué clase de base de datos que tiene a su disposición y decide hacer lo que le he pedido sin más demora.

Seis minutos más tarde, me estoy tomando un café no del todo espantoso, aunque la leche tiene demasiada nata para mi gusto. Contemplo la vista de la bahía Victoria por los amplios ventanales con un sobre cerrado en la mano. Cuando lo abro, la parte adhesiva sigue húmeda. No hace mucho que algún desconocido ha pasado su lengua por ahí. En el interior hay un trozo de papel doblado dos veces y con una dirección impresa.

Me monto en un coche que me lleva a Wan Chai, donde descubro que en realidad tengo que ir a Chai Wan. Parece que se trata de algo hecho deliberadamente para crear confusión, pero por lo que yo sé, los dos términos se pronuncian de maneras muy distintas y mi confusión deriva de mi falta de familiaridad con la cultura local. Wan Chai se encuentra al oeste de Bahía de Causeway y Chai Wan está al este, así que el conductor, un barrigudo lugareño que lleva una elegante gorra de chófer y habla con acento australiano, da la vuelta y me lleva, pasando junto a los relucientes rascacielos y las tiendas lujosas de Bahía de Causeway, hasta la zona de la isla menos llamativa y más industrial.

El conductor se detiene en la dirección indicada. Se trata de un almacén enorme pero sencillo situado al final de una calle sosa y despoblada. Está revestido con aluminio desde arriba hasta abajo y tiene un techo plano y ninguna ventana. La única entrada o salida a la vista es una pesada puerta de acero. Toco el timbre que hay al lado de la puerta. No contesta nadie. Intento abrirla. Está cerrada con llave. Doy una vuelta alrededor del almacén, lo cual me lleva unos diez minutos porque es realmente grande. La parte de atrás y los lados son iguales que la fachada, pero sin la puerta. Parece que el edificio es un cubo perfecto.

Pero cuando vuelvo a la parte delantera, hay un hombre con un traje bien cortado junto a la puerta. Tiene el cuello muy ancho y un móvil pegado a la oreja. Me espeta algo en cantonés y yo le paso el trozo de papel, que él arruga y convierte en una bola. La chaqueta del traje está lo bastante abierta como para que se le vea una pistola semiautomática en una cartuchera que le cuelga del hombro. Parece que está hablando con alguien. Murmura algo al teléfono, escucha un momento, me mira y asiente. Alisa el trozo de papel, saca un bolígrafo y escribe otra dirección.

Me alejo del hombre de la pistola y mi coche me lleva hasta la nueva dirección. Está en Shek O, una península situada en el espectacular extremo sudeste de la isla. Resulta que en esa dirección hay una mansión modernista

de varias alturas asentada sobre una escarpada colina rojiza que da al mar de la China Meridional. Es una casa llamativa pero clásica, de líneas muy pronunciadas y hecha con materiales elegantes. Integra las tradiciones arquitectónicas locales con un desenvuelto estilo cosmopolita. El conductor dice que una casa como esa en un emplazamiento como este debe de costar unos treinta millones de dólares. Creo que espera una propina que esté a la altura.

Cuando voy hacia la puerta principal por el patio, empedrado con guijarros, me doy cuenta de que estos tienen dos tonalidades, gris claro y gris oscuro, y adoptan una forma que es ubicua en el lugar de donde yo vengo, pero que aquí no se ve tan a menudo. La imagen que forman los guijarros es inmensa, tanto que podría verse desde un satélite. Siento que comienza a actuar el reflejo pilomotor y se me erizan todos los pelos del cuerpo. ¡Es una espiral!

Llego frente a una puerta de madera tallada a mano.

Llamo y la puerta se abre.

Cuando lo vi en 1965, tenía cuarenta y dos años, así que ahora debe tener noventa y tres. Su cara sigue siendo alargada y angulosa, su nariz sigue siendo curvada, pero ahora se le han roto algunos capilares en el puente. Ya no tiene los labios tan gruesos. La cara se le ha llenado de arrugas y lo que era un fuerte pelo rizado ahora es un pelo canoso y ralo. Pero sigue teniendo unas cejas pobladas sobre los ojos tricolores.

Es Lionel Goettreider. Sonríe, divertido, al ver mi expresión de sobresalto.

—Por fin —dice.

105.

Por lo tanto, Lionel Goettreider es real, está vivo y me estaba esperando.

—Me alegro de conocerlo, señor Barren —dice—. Soy Lionel Goettreider. Supongo que está aquí para hablar de viajes en el tiempo.

Desde que salí de San Francisco, he estado practicando lo que diría en el improbable caso de que lo encontrara, para convencer a Lionel Goettreider de que no soy un lunático. No me imaginaba que no fuera a tener que darle ninguna explicación. Pensaba que estaría más nervioso al conocerlo, ya que en mi mundo es un personaje histórico impresionante. Pero lo he visto tantas veces en distintas simulaciones que es como encontrarse con el padre de un amigo de la infancia en el supermercado: lo más impactante es cómo ha envejecido.

—Es un honor conocerlo, señor —digo.

Le extiendo la mano y un ligero temblor le recorre el rostro. Él es el que está nervioso. Me estrecha la mano. Le estoy dando la mano a Lionel Goettreider.

Me indica con un gesto que lo siga al interior de la casa. Me doy cuenta de que camina de un modo extraño, rígido y fluido al mismo tiempo. Alrededor de las piernas lleva unas vendas transparentes, delgadas como un alambre, a intervalos de quince centímetros hasta los tobillos.

—Me ayudan a caminar —dice Lionel—. No quiero aburrirlo con los detalles, pero proporcionan una estimulación eléctrica sutil a los músculos, lo cual se combina con unas calzas oscilantes que sirven para mantener el equilibrio y un sistema de manipulación ligera de la gravedad. Todo diseñado por mí. Como el resto de las cosas que hay aquí.

Las alturas de la casa —está construida directamente sobre la ladera de la colina y es mucho más larga que ancha, por lo que desde todas las habitaciones se disfruta de una vista increíble del mar de la China Meridional — están conectadas por medio de escaleras mecánicas rotatorias con una

superficie flexible de baldosas, para que un hombre con movilidad limitada pueda ir de un lado a otro sin que sea necesario sacrificar el aspecto estético. Nos sentamos en unos sillones que se desinflan parcialmente y después se van endureciendo poco a poco hasta adaptarse a nuestros cuerpos. Intento cambiar de postura pero es imposible encontrar una posición más cómoda de la que el sillón ha adoptado.

Lionel apoya un dedo en la pantalla táctil que hay en su sillón modal y un robot camarero aparece sobre un almohadón que circula por el aire y nos sirve una copa. Tiene varias boquillas minúsculas y de una de ellas sale un bourbon extraordinariamente bueno, con un sabor ahumado e intenso. Quiero abrazar a ese robot adorable. Este despliegue tecnológico constante y despreocupado me da ganas de llorar. Este es el primer sitio en el que he estado desde que llegué a esta versión degradada del mundo que me recuerda a mi hogar.

—Aclaremos esto, por si está pensando en negarlo —dice Lionel—. Usted estuvo ahí. El 11 de julio de 1965. El día en que mi experimento fracasó. Lo vi en el laboratorio, solo por un instante, con el mismo aspecto que tiene ahora.

—Es cierto —digo—. Estuve ahí.

Lionel se relaja, como si fuera un alivio tener por fin la seguridad de que no ha estado delirando. Reconozco esa expresión porque es la que también se dibuja en mi rostro.

—Llevaba muchísimo tiempo esperando para conocerlo —dice.

—¿Cómo sabía que viajé en el tiempo hasta su laboratorio?

—Era la única explicación razonable.

—Tiene un concepto de lo que es razonable muy diferente al de la mayoría de la gente —le digo.

Lionel mira el mar por la ventana, bajo la colina. Da un trago a su bourbon y entorna los ojos al notar el fuerte sabor del licor.

—El experimento tendría que haber salido bien —dice—. Lo había tenido todo en cuenta. Todos los errores posibles. Mis cálculos eran muy precisos. Pero algo no funcionó. Algo incomprensible. Algo preternatural. Además, lo vi con mis propios ojos. Incluso teniendo en cuenta que podía sufrir alguna distorsión visual o cognitiva debido a las energías liberadas por mi invento, supe que estaba viendo algo real. A alguien real. Y luego estaban los indicadores, que mostraban un rastro sumamente débil de una clase de

radiaciones desconocidas. Rescaté los detectores de las ruinas de mi laboratorio y me puse a trabajar para descubrir qué podía ser. El problema era que no existía. Hasta que lo volví a encender.

—¿Qué es lo que volvió a encender? —pregunto.

—El invento, por supuesto.

—¿Puso en marcha el Motor Goettreider?

Me doy cuenta de que está a punto de preguntarme qué es el *Motor Goettreider*, pero el hecho de que yo diga ese nombre parece contestar una pregunta que lleva haciéndose mucho tiempo. Sonríe. Es evidente que no es un hombre que sonría con frecuencia.

—Me preguntaba cómo lo llamaría su gente —dice.

—¿Mi gente? —pregunto yo.

—La gente del futuro. ¿No viene del futuro?

—Vengo del presente —digo—, pero de un presente distinto. De otra línea temporal. Una en la que su experimento no fracasó. De hecho, funcionó mucho mejor de lo que usted pudiera pensar en sus momentos más optimistas. Su invento, lo que llamamos el Motor Goettreider, dio lugar a una revolución tecnológica que transformó el mundo.

—Para eso lo construí —dice—. Ese era mi sueño.

—Su sueño tendría que haberse convertido en realidad —le digo.

—Sí —dice él—. Bueno, sí y no. Cuando salí del hospital después del accidente, regresé a mi laboratorio sin que nadie me viera. Sabía que en cuanto alguien pudiera pensar con claridad, destruirían mi invento, y no podía permitir que eso sucediese. No hasta que comprendiera qué había salido mal. Pensé en dejar un prototipo anterior entre las ruinas, sustituirlo con un aparato que solo yo podía identificar como falso. El laboratorio había quedado completamente destruido, pero el invento estaba intacto. Y la batería, por supuesto. Había construido una batería de alto rendimiento para que conservara toda la energía que se generara durante el experimento. Cuando comprobé su estado, vi que estaba llena. Eso significaba que incluso al fallar, mi invento, lo que usted llama el *Motor*, había funcionado. Se había ido la luz del edificio, todo estaba apagado. Fue una suerte que el experimento se llevase a cabo un domingo, cuando las oficinas de arriba estaban vacías, y que solo resultaran heridas diecisiete personas en lugar de cientos. Pero la batería había conservado energía más que suficiente para volver a encender el invento. Rescaté todo lo que pude del equipo y realicé

un diagnóstico completo antes de volver a encenderlo. Descubrí un fallo grave en el diseño. Si hubiera funcionado bien la primera vez, habría producido unas ondas radiactivas capaces de matar a todos los que se encontraban en el laboratorio. Estuve trabajando todo el día y toda la noche para corregir ese fallo, pensando que en cualquier momento irían las autoridades a clausurar el sitio. Pero no fue nadie. Estaban esperando los resultados de unas pruebas para determinar que no quedaban radiaciones peligrosas en el edificio. Gracias a eso, tuve tiempo para arreglar el invento y ponerlo en marcha de nuevo. Esa vez, por supuesto, funcionó impecablemente. Y sigue funcionando.

—Espere —digo—. ¿El Motor está encendido? ¿Ahora mismo está encendido?

—Lo encendí dos días después del accidente y nunca lo he apagado. Ha estado funcionando sin parar desde entonces.

Apoya un dedo en la pantalla táctil y el sillón se infla y se inclina hasta depositarlo de pie en el suelo. Una escalera mecánica nos transporta tres niveles más abajo y nos deja frente a una gruesa puerta de acero que se abre, revelando una habitación de cemento.

En su interior, rodeado por conductos y tubos y cables, hay un Motor Goettreider.

Muchos de sus elementos han sido modernizados y reestructurados, pero su conocido diseño sigue siendo el mismo. Puedo notar que está en funcionamiento: un campo denso y ondulante de energía pura que rota de manera asincrónica en torno al rollo de absorción primario. Desde un lado parece un halo centelleante que hace pensar en Saturno. Pero yo sé, sin necesidad de verlo directamente, qué parece desde arriba.

Una espiral.

106.

El Motor es tan impresionante que resulta difícil no quedarse mirándolo. Lionel está a mi lado, vibrando de orgullo y curiosidad.

—¿Es una maravilla? —me pregunta—. ¿Su mundo es una maravilla?

—Sí —digo yo.

—Eso es lo que me ha impulsado a seguir después del accidente, después del fracaso. Ni siquiera sé cómo conseguí evitar que todo el sistema se fundiera por completo. He repasado la cronología de los acontecimientos innumerables veces y, según mis cálculos, apagar el aparato cuando estaba comenzando a funcionar tendría que haber sido... catastrófico.

—Fui yo —le digo—. Usted no me vio, pero yo intervine antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Usted me empujó? —dice.

—Sí. Y lo volví a encender.

—Me parecía que había notado que alguien me empujaba, pero todo era tan caótico que podían haber sido unas ondas de fuerza comprimida. Era imposible predecir qué clase de energía se iba a desatar.

—En el lugar de donde yo vengo, todos los niños aprenden en el colegio la secuencia de los acontecimientos que tuvieron lugar aquel día. Es el momento más importante de la historia de la humanidad.

—Me resulta muy duro enterarme de lo que debería haber ocurrido —dice—. Aunque, como ya le he dicho, eso es lo que me ha impulsado a seguir. Lo único que he deseado en mi vida ha sido contribuir a que el mundo fuese mejor, pero estuve a punto de acabar con él. Al mirar atrás pienso que seguramente me habré tenido que desconectar de alguna parte esencial de mí mismo para poder soportar esa idea. Pero así también conseguí ponerme a la distancia necesaria para tratar de entender lo que parecía incomprendible. Contaba con dos datos. Uno, que las radiaciones emitidas por el aparato después de encenderlo podían detectarse, no sé cómo, antes de encenderlo.

Dos, que yo lo vi a usted ahí, con una ropa muy rara y, desde luego, sin pensar que nadie podría verlo. Se me ocurrió la teoría de que usted tenía un campo de invisibilidad a su alrededor que por algún motivo fue desestabilizado por la energía procedente del aparato.

—Así es —digo.

—Pero eso significaba que usted venía de algún lugar con unas capacidades tecnológicas muy superiores a las de aquel momento. Así que solo había una forma de explicar satisfactoriamente ambos datos.

—La del viaje en el tiempo —digo.

—La del viaje en el tiempo, sí. Lo cual significaba que el experimento no solo había sido un éxito, sino también un triunfo, algo tan importante como para que se justificara un viaje en el tiempo para presenciarlo. En caso de que mi experimento tuviese éxito, mi plan era dejar el aparato encendido, quizá para siempre, de modo que supuse que usted había podido precisar el momento exacto en el tiempo y la ubicación espacial siguiendo el rastro ininterrumpido de las radiaciones desde el futuro.

—Las llamamos radiaciones tau —le digo.

—¿Tau? Pero no tiene nada que ver con los leptones tau. O, espere, las partículas tau no se pudieron aislar hasta mediados de los setenta. Si esta radiación tau fue descubierta antes, entonces lo lógico sería que le hubieran puesto otro nombre al leptón tau. Dígame, si no se llaman tauones, ¿qué nombre reciben en su mundo los leptones que pueden decaer en hadrones?

—No tengo ni idea —digo.

—Pero ¿usted no es un científico? —pregunta Lionel.

—No exactamente —digo—. Creo que soy lo que se llamaba... un crononauta.

—¿Un crononauta? —dice Lionel.

—Yo no fui el que se inventó el nombre.

Lionel parece un tanto decepcionado. Por lo visto, pensaba que estaba hablando con un colega. La verdad es que esto me tranquiliza. En este mundo, me han tratado un montón de veces con más respeto del que merecía. La decepción ajena me resulta reconfortante.

—Cuando accioné la palanca para apagar el aparato —dice Lionel—, fue una reacción instintiva. Estaba muy impactado, sobre todo. Si lo hubiera hecho solo unos segundos más tarde, el flujo de energía ya se habría estabilizado. Pero comenzó a replegarse sobre sí mismo. Al encenderlo en

aquel momento, usted salvó cientos de millones de vidas.

—Le agradezco que diga eso, pero ese día el mundo perdió mucho más de lo que ganó.

—Fue un caos —dice Lionel—, pero el invento se podría haber salvado a pesar de los daños que provocó. Algunos moratones y quemaduras, unos pocos huesos partidos, algún diente roto..., nada demasiado terrible. Salvo lo de Jerome. El hecho de que perdiera el brazo de ese modo me convirtió en un monstruo. De todas maneras, nunca le he tenido resentimiento, porque aquel día le salvó la vida a Ursula. ¿Usted... sabe lo de Ursula?

—Estuve allí —le digo—. Lo vi todo.

—¿Cuándo llegó exactamente?

—Unos minutos antes de que llegaran los demás. Los Dieciséis Testigos. A ver, así es como los llamamos. Usted estaba solo en el laboratorio, y entonces entró ella, Ursula Francoeur.

—Usted nos vio —dice—. Nos vio juntos.

—Sí —digo yo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado para usted desde que estuvimos ese día en el laboratorio?

—Dos semanas —digo—. Dos y media, creo.

—Ursula siempre decía que las cuestiones más complejas de la física no eran nada comparadas con las contradicciones del corazón humano.

—Ya he oído eso antes. Me lo dijo su hija.

—¿Ha conocido a Emma? —pregunta Lionel.

—Ella fue la que me dijo dónde encontrarlo.

—¿Dijo algo sobre mí?

—¿Usted piensa que es su padre?

Desconcertado, Lionel flaquea un instante y se diría que se va a hundir, pero lo que lleva en las piernas no le permite hundirse. Su aspecto es de lo más extraño: parece desinflado, como si llevara un traje que le quedara grande, pero es un traje que está hecho de músculos y piel.

—No lo sé —dice—. Es posible. No, es probable. Ursula se negó a hacer una prueba de paternidad. Dijo que era una compensación. Como la costilla de Adán que se convirtió en Eva. El brazo de Jerome se convertiría en su hija. Una vez intenté hacer una broma al respecto y dije que me sorprendía que alguien de su nivel intelectual recurriera a una analogía bíblica. Nunca he visto a Ursula tan tajante. Me dijo que ese era el trato. El bebé sería de

Jerome o no habría bebé.

Se le humedecen los ojos. Se da la vuelta, aunque no creo que sea por mí. Es como si no quisiera que el Motor lo viera derrumbarse.

—¿Jerome lo sabe? —dice.

—Ursula le contó la aventura que tuvo con usted. Jerome sospecha que Emma pueda ser hija suya, pero no está seguro. No creo que sepa que Ursula y usted se vieron en Hong Kong justo en la época en que ella se quedó embarazada.

—¿Cómo demonios sabe usted eso?

—Me lo contó Emma —digo.

—¿Ella lo sabe?

—En el hospital, poco antes de morir, Ursula le contó que nunca había dejado de quererlo. Usted le contó en el funeral que vivía en Hong Kong. Supongo que habrá atado cabos. Además, no se parece nada a Jerome, pero muchísimo a usted.

Lionel sonrío al oír esto, pero solo un poco.

—Lo mantuvimos en secreto muy bien —dice—. Nadie supo jamás que nuestra relación continuaba.

—Bueno, Emma debe de andar cerca de los cincuenta —digo—. Ese viaje fue hace mucho tiempo.

—No. Nunca se acabó. Nuestra historia continuó durante cincuenta años. No terminó hasta la semana pasada.

—¿La semana pasada? Pero si Ursula murió hace dos años —digo.

—Sí, bueno —dice Lionel—. Hay otra cosa que tengo que enseñarle.

107.

Hay un coche negro esperándonos. Lo conduce el mismo rufián del cuello ancho que vi en el almacén —Lionel lo llama Wen— y no reconozco la marca ni el modelo porque, por supuesto, el diseño es de Lionel. Lo ha construido con un compuesto superdenso y biodegradable y funciona con una batería que se carga con la energía que genera el Motor. En la carretera serpenteante que discurre junto al borde de la colina, mientras vamos desde Shek O, por el lado oriental de la isla de Hong Kong, hacia Chai Wan, Lionel me cuenta lo que le ha pasado desde que tuvo lugar el accidente, en 1965, hasta la actualidad.

Es evidente que Lionel Goettreider sigue siendo un genio incomparable, pero como conversador deja bastante que desear. Se va mucho por las ramas, quizá porque no tiene demasiada gente con la que hablar y porque quiere explicarme demasiadas cuestiones técnicas de lo más abstrusas que ni siquiera a mí me interesan. Además, admitámoslo, probablemente sea el día más importante de mi vida, con lo cual me resulta difícil concentrarme. De vez en cuando me distraigo contemplando el paisaje que vamos dejando atrás a toda velocidad, las escarpadas colinas cubiertas por un exuberante follaje, las laderas verdes rodeadas de niebla y el azul intenso de la bahía de Tai Tam, mientras Lionel hace innumerables incisos sobre cosas como la diferencia entre fotones y polaritones —por si a alguien le interesa, un polaritón es una combinación de un fotón con una excitación material que transporta dipolos, como un fonón, que es una clase de cuasipartícula de materia condensada, lo cual tiene que ver con unas redes elásticas y vibratorias de átomos y moléculas interactuando—, y si habéis asimilado más de tres de estos términos, os felicito: os llevaríais estupendamente con Lionel Goettreider.

La cuestión es que, tras el desastre del 11 de julio de 1965, los diecisiete supervivientes ingresaron en el mismo hospital y fueron puestos en cuarentena —sí, es rarísimo— porque había motivos para temer que hubieran

sufrido un envenenamiento mortal debido a una dosis de radiaciones que podrían haberles afectado hasta el tuétano. Pero no fue así.

No sé muy bien cómo contarle a Lionel que todos los presentes en aquella habitación, incluyendo a Ursula y a Jerome y a él mismo, habrían muerto al cabo de unos meses si yo no hubiera modificado la línea temporal. Es evidente que cree que su experimento tendría que haber transformado el mundo, pero por lo visto no se ha planteado que también habría conllevado esas muertes terribles. No habría habido un triángulo amoroso de cincuenta años de duración; su historia con Ursula habría sido un secreto completamente desconocido y profundamente enterrado en todas las estatuas erigidas para celebrar su grandeza. Y esto es literal: hay una gigantesca estatua de Lionel Goettreider en el lugar de San Francisco donde esparcieron sus cenizas, y en ella aparece sosteniendo una réplica del Motor Goettreider original, que emite una espiral reluciente.

Cuando todos salieron del hospital sanos y salvos —el brazo de Jerome había quedado cauterizado por la onda azul que lo cercenó—, comenzó a investigarse lo que había ocurrido. Fue el gobierno federal el que se encargó de supervisar la investigación, que resultó sumamente tensa y estuvo muy cargada de implicaciones políticas. En julio de 1965 hacía cuatro meses que la guerra de Vietnam había entrado en su fase terrestre, y el presidente Johnson estaba a punto de anunciar que iba a enviar a ciento veinticinco mil soldados al tiempo que elevaba el reclutamiento de tropas a más del doble. Johnson estaba muy implicado en la «carrera espacial» contra Rusia y deseaba cumplir el propósito de Kennedy de pisar la Luna antes del final de la década. El gobierno federal necesitaba más que nunca que la población norteamericana se quedara fascinada ante los logros científicos de su nación. Si se corría la voz de que un experimento de poca importancia y perteneciente a un campo de conocimiento de lo más esotérico había estado a punto de arrasar medio continente, las consecuencias serían desastrosas para Johnson, que ya tenía serias dificultades para hacer frente al altísimo nivel de descontento de la ciudadanía: había firmado la Ley de Derechos Civiles apenas un año antes, lo cual supuso una gran polémica. Por lo tanto, desde el punto de vista político, no era viable afrontar el hecho de que había estado a punto de producirse, en suelo americano, un cataclismo que habría hecho que lo de Hiroshima y Nagasaki pareciera la explosión de un petardo en un descampado, sobre todo si dicho cataclismo había sido financiado nada

menos que por el gobierno de los Estados Unidos.

Así que se llegó a un acuerdo. Nadie diría jamás ni una palabra del asunto. El caso de Jerome, con el brazo amputado, era el más peliagudo, pero tenía alma de burócrata, de modo que un buen espaldarazo profesional bastó para garantizar su silencio. Además, sabía que eso era lo que quería Ursula. Los otros catorce observadores también recibieron recompensas a cambio de mantener la boca cerrada: se les allanó el camino en su trabajo y no tuvieron que volver a pagar impuestos.

A Lionel Goettreider le pidieron que se marchara de los Estados Unidos y no regresara nunca. Había inmigrado tras la Segunda Guerra Mundial, cuando los norteamericanos se pusieron a pescar las mejores mentes científicas del mundo, y ahora lo devolvían al mar.

Dos días después del accidente, Lionel entró a hurtadillas en las ruinas del laboratorio y rescató el Motor, lo reemplazó por una versión previa de aspecto similar y reparó las radiaciones que emitía, que no habían sido detectadas hasta entonces y que tendrían que haberlos matado a todos. Entonces lo encendió de nuevo, para no apagarlo nunca más.

Se suponía que tenía que regresar a Dinamarca, pero se fue en la dirección contraria: cargó el Motor encendido en un barco y se marchó de San Francisco con rumbo a Hong Kong.

Y allí, en un aislamiento casi absoluto, Lionel Goettreider inventó el futuro.

108.

Lionel no quiere decirme por qué nos dirigimos a su almacén de Chai Wan. Estoy seguro de que ya os lo imaginaréis, pero voy a intentar mantener un poco de suspense respetando su sentido dramático.

Hay una manifestación a favor de la democracia, de modo que pillamos un atasco espantoso. Avanzamos con una lentitud exasperante, y Wen se pone a soltar toda clase de improperios en cantonés, llenando el parabrisas de iracundos salivazos.

Cuando Lionel se instaló en Hong Kong, tenía un objetivo en la cabeza. Se trataba de un objetivo tan avanzado, desde el punto de vista tecnológico, que resultaba absurdo. Solo para poder crear unos modelos teóricos de su objetivo susceptibles de ponerse a prueba, hacía falta que se produjeran numerosas innovaciones que todavía no habían tenido lugar, por lo que construir un prototipo real y poner en marcha el largo proceso de detección de fallos y realización de mejoras quedaba fuera de su alcance, y nadie más podía llevarlo a cabo puesto que nadie más tenía lo que tenía él: un Motor Goettreider en funcionamiento. Una fuente ilimitada de energía limpia capaz de alimentar cualquier cosa que construyera.

Evidentemente, este Lionel Goettreider no puso su revolucionaria fuente de energía a disposición de todo el mundo. Este Lionel no contaba con el incentivo de convertirse en un mártir para las generaciones futuras mientras su cuerpo se descomponía debido a un envenenamiento agudo por las radiaciones que emitía su propio y defectuoso invento. Este Lionel ya no podría actuar con nobleza, pues se lo impedían la sensación de impotencia y el resentimiento causados por la mala suerte que había tenido cuando estaba a apenas un paso de su momento de gloria. Yo reconocía en él la vanidad del genio, que tantas veces había detectado en mi padre.

Ese era el verdadero problema de estar en un atasco con Lionel Goettreider: que me recordaba mucho a mi padre. No a mi padre de aquí, ese

hombre medio chiflado pero cálido y atento que languidecía a la sombra de mi madre. A mi verdadero padre.

Cuando Lionel llegó a Hong Kong, inventó de todo. Si necesitaba alterar la trayectoria de la tecnología global, fundaba una empresa fantasma para vender discretamente alguno de sus inventos y conseguir efectivo y acciones, aunque no se reconociera su autoría. Por medio de estas empresas estableció relaciones unilaterales con los titanes de las industrias manufacturera y tecnológica. Sus inventos se encuentran por todas partes, en el mundo moderno. Son el mundo moderno. Constituyen un hilo ubicuo en el tejido de la civilización. Goettreider es el mago anónimo de la vida cotidiana, el polímata que se oculta tras el telón.

Lo más impresionante es que no ha vendido sus mejores obras, solo las cosas que ya no necesitaba porque las consideraba superadas. Por ejemplo, en su casa no hay cables de electricidad, porque Lionel inventó los campos eléctricos inalámbricos hace más de dos décadas. Hace quince años, dejó completamente de lado la electrónica para dedicarse a la fotónica, que cinco años más tarde reemplazó por la polaritónica experimental. Y la humanidad, mientras tanto, se dedicaba a pavimentar el camino de la civilización con lo que él iba descartando, con sus sobras y desechos.

El mundo del que yo vengo no está tan perdido como creía. Resulta que estaba oculto en un pequeño rincón del planeta, concebido y construido y protegido por Lionel Goettreider, que no tenía el más mínimo interés por compartirlo con el resto de nosotros.

109.

Lionel es una persona desconcertante. Todo su ego, su resentimiento, su vanidad y sus expectativas se agitan y embisten y forcejean, tratando de hacerse con el poder en la conversación. Es como si quisiera mi aprobación y mi admiración, pero no puede evitar burlarse de mí por haber tardado tanto en encontrarlo. Noto un terror oscuro y abismal en cada comentario que hace.

Conozco ese terror porque lo sentí la última vez que vi a Penny. Era un miedo a que lo que me decía mi cerebro no fuera real, a que hubiera algo defectuoso en mi interior, a que todo lo que creía que sabía fuera solo una justificación ideada para protegerme de mi propia locura. ¿Y si yo también fuera un Motor Goettreider con un defecto fatídico, pero en vez de energía generara unos floridos delirios que me hubieran envenenado como un escape radiactivo?

La cuestión es que echo muchísimo de menos a Penny. Pienso en ella todo el tiempo. Sé que parezco un adolescente recién enamorado, pero joder, no puedo concentrarme en nada que no sea ella. Nuestra relación surgió de un modo completamente inesperado, y ahora que no sé si alguna vez continuará, me siento abatido por el anhelo y la nostalgia.

Estoy sentado en un supercoche con la persona más inteligente del mundo, la clave de todo lo que he estado buscando, y me va a llevar a su guarida, un lugar lleno de secretos y misterios, y sin embargo mi mente apenas es capaz de procesar lo que está pasando. Mi cerebro está hecho un desastre y abandona a cada instante el presente para volver a ciertos momentos, como la primera vez que besé a Penny, la presión exacta que sus labios ejercieron sobre los míos en aquel contacto inicial entre nuestras bocas, el balanceo de nuestras mandíbulas en busca de la posición más adecuada, su labio superior, mi labio superior, su labio inferior, mi labio inferior, mi barba incipiente contra la suave piel de su barbilla.

Si Lionel quiere guardarse su tesoro como una criatura de cuento de hadas,

es cosa suya. Lo que yo quiero es que Penny vuelva a confiar en mí.

Tengo un nudo en la garganta porque todo depende de este hombre de noventa y tres años que no deja de parlotear a mi lado, y lo siento si esto parece cruel, pero mientras él me cuenta, presumido, cómo se dignó a cederle al mundo la tecnología que permitió que se inventaran los teléfonos inalámbricos y el GPS e incluso internet décadas después de que él concibiera todas estas cosas por primera vez, lo único que pienso es: ¿y si él también estuviera loco? A lo mejor esto es un delirio colectivo, como el de esos fanáticos religiosos que se retuercen por el suelo y empiezan a hablar en otras lenguas. A lo mejor Lionel y yo compartimos un trastorno psicológico muy particular, que consiste en que pensamos que procedemos de una realidad alternativa, una especie de utopía tecnológica, y que somos imprescindibles para que la humanidad pueda alcanzar el destino que en verdad merece. ¿Y si conocerlo no demostrara que tengo razón? ¿Y si solo demostrara que los dos estamos equivocados?

110.

Aparcamos delante del almacén de Chai Wan, y Wen nos deja encerrados en el coche mientras va a comprobar que no hay moros en la costa. Uno de los botones de la camisa de Lionel está un poco suelto, y él se lo toca sin parar.

—Lo siento —dice—, pero hay algo que me tiene perplejo. ¿Por qué lo llama «motor»?

—¿Qué quiere decir? —le pregunto—. Así es como se llama.

—Pero no tiene sentido. Los motores convierten la energía en fuerza. Los generadores convierten la fuerza en energía. Tendría que llamarse el Generador Goettreider.

Me acuerdo de un profesor de ciencias bastante cascarrabias que tuve en el instituto que afirmaba que a Lionel Goettreider le horrorizaría que su legado hubiera quedado manchado con un error tan básico. Cuando el presidente Johnson anunció al mundo el invento, en un discurso televisado, el 22 de agosto de 1965, sus asesores científicos todavía estaban discutiendo sobre qué nombre ponerle. Dos de estos asesores, Jack Valenti y Richard N. Goodwin, se atribuyeron el mérito de haber bautizado el aparato como «El Motor del Futuro del Doctor Goettreider», el alegre apelativo que Johnson empleó en su discurso y que poco después se acertó informalmente para convertirse en el Motor Goettreider, nombre que pasó a ser el definitivo.

Por supuesto, el motivo por el que el aparato lo bautizó la persona que le escribía los discursos al presidente y no su inventor es que Lionel no vivió lo suficiente para ver cómo su ingenio cambiaba el mundo. Ni siquiera vivió lo suficiente para ponerle un nombre. Sé que debería decirle esto, que cuanto más tiempo pase, más incómodo será el momento en que lo haga, pero es difícil explicarle a alguien que debería haber muerto hace cinco décadas en medio de unos dolores espantosos.

Antes de que pueda tomar una decisión, Wen dice que todo está despejado

y Lionel se pone en marcha, andando con rigidez pero sin trastabillar, hacia la única puerta de entrada del edificio. Cuando está delante de ella, hace un gesto de director de orquesta, se oye el ruido sordo de los pesados pernos al girar y la puerta se abre.

El interior de la gran caja impenetrable está tan poco adornado como el exterior: hay unas paredes lisas, de cemento, con aislamiento acústico, y las vigas y travesaños están a la vista. La casa de Lionel me dio la impresión de ser el último refugio del mundo que he dejado atrás, pero este almacén es como cualquier otro almacén. El aire aquí es frío y ácido, como si se hubiera eliminado por completo todo elemento orgánico.

Sin embargo, también hay algunas cosas bastante chulas. Por ejemplo, no se ve ni un cable eléctrico por ninguna parte. Las luces cenitales son esferas de un gas iridiscente que se mueve sin parar. Lo que parece un suelo firme de cemento es en realidad una serie de cuñas muy finas situadas sobre unas bisagras rotatorias que se mueven como una cinta transportadora y que avanzan a una velocidad que Lionel puede modificar moviendo un dedo en el aire. Lleva en la muñeca algo semejante a un antiguo reloj de cuerda que le sirve para detectar cualquier movimiento y controlar todo lo que ocurre a nuestro alrededor.

Pasamos una puerta tras otra. Están formadas por varios segmentos metálicos con complejos mecanismos de cierre y paneles sensoriales. En ninguna dice nada, pero todas se iluminan seductoramente cuando nos acercamos a ellas, como cachorritos solitarios que movieran la cola al oír unos pasos cerca de la entrada. Lionel, que en el coche estaba tan hablador, ahora guarda silencio. Quizá esté tratando de crear suspense para preparar el momento de la gran revelación, pero yo tengo la mente en blanco debido al exceso de información, de modo que los gestos teatrales no me dicen nada.

Lionel señala una puerta cualquiera que hay al final de un pasillo y el suelo se detiene delante de ella. Hace otro movimiento con la mano y un foco situado en lo alto proyecta un radiante círculo añil sobre mí. Hasta el último folículo de mi cuerpo se estremece mientras me escanean. Él mira su reloj y yo veo un destello que se refleja en sus ojos; lleva una especie de lentillas que interactúan con el reloj, proyectando una imagen tridimensional en su campo de visión. Los segmentos de la puerta permiten que esta se doble sobre sí misma. Veo una habitación oscura de un tamaño indeterminado. Lionel entra. Quiere que lo siga, y es lo que hago.

Espera a que la puerta vuelva a cerrarse a nuestra espalda, dejándonos en la oscuridad.

Y entonces se encienden las luces. Estamos en una habitación enorme, redonda, con un techo abovedado que tiene la altura de siete u ocho plantas. Hay miles de lucecitas minúsculas que proyectan un brillo difuso y opaco por todo aquel espacio inmenso y diáfano.

En el centro de la habitación hay un artilugio pequeño y compacto de acero pulido con unos paneles ultranegros que deben de absorber la luz, porque el brillo que hay en el ambiente parece curvarse a su alrededor. De una cámara protuberante que tiene en la parte trasera salen algunas tuberías flexibles que se alejan serpenteando por el suelo y llevan a un enorme respiradero giratorio situado en el extremo de la habitación.

En un radio de unos tres metros, en torno al aparato, el suelo es más brillante que en el resto de la habitación, como si el cemento, por medio de una operación de alquimia, se hubiera transformado en un espejo.

Hay en el aire un olor extraño, pavoroso y salado. No es realmente sulfúrico, sino más bien... oceánico.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—Pues una máquina del tiempo, claro —dice Lionel.

111.

Lionel Goettreider ha construido una máquina del tiempo.

Para eso se ha pasado cinco décadas perfeccionando toda esa tecnología: para hacer posibles los viajes en el tiempo. Sus innovadores inventos nunca le han importado por sus propios méritos; solo le interesaban en la medida en que lo acercaban a su objetivo. Algunos los ha tirado por la ventana para que el mundo los aprovechara, como se le tira un buen hueso a un perro hambriento. Hay otros que nunca se ha preocupado por mostrar porque le parecía que nadie que no estuviera tratando de construir una máquina del tiempo los necesitaba o merecía.

Como el teletransporte, por ejemplo. Lionel pensó que ningún ser humano tenía la necesidad de descomponerse en átomos y reconstituirse después en otro lugar. Pero tenía que inventar el teletransporte para que su máquina del tiempo funcionara, así que lo hizo. Eso es lo que resulta más molesto de estar con Lionel: que no es el noble mártir-genio de mi mundo, sino un viejo solitario y extravagante. Es incluso más brillante de lo que era hace cincuenta años, pero no tiene la personalidad bien perfilada que tienen los personajes históricos que se convierten en míticos. Es demandante y algo taciturno, y también vanidoso y antipático y engreído. Contempla este mundo retrógrado con una mezcla de curiosidad y desdén, pero considera que él ha contribuido, de un modo decisivo aunque sin que nadie lo sepa, a que el mundo sea lo que es. Y al mismo tiempo está resentido porque nadie reconoce su importancia, a pesar de que la decisión de ocultarse ha sido suya. Todo es muy perturbador.

Lionel contó con algunas ventajas que mi padre no tuvo cuando inventó su modelo de máquina del tiempo. La principal es que sabía que era posible hacerlo, o por lo menos tenía una teoría que así lo aseveraba. Las lecturas que hicieron sus detectores de mi presencia en el laboratorio en 1965 le proporcionaron la idea clave de que podía emplear la energía del Motor Goettreider para seguirle el rastro a las radiaciones a través del tiempo y el

espacio.

—¿Funciona? —le pregunto.

—Sí —dice Lionel—. Funciona.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la he usado.

112.

Antes del accidente del 11 de julio de 1965, Lionel y Ursula habían estado viéndose durante casi un año. Se habían conocido por casualidad en la recepción de la oficina donde Jerome tenía su despacho. Lionel iba a una reunión para conocer las posibilidades de financiación que le ofrecía Jerome, y Ursula se había presentado sin avisar para ver si su marido estaba libre a la hora de comer. Jerome estaba ocupado, o al menos dijo que estaba ocupado, y entonces Lionel y Ursula se parecieron interesantes y se fueron a comer juntos.

Así es como cambia el mundo. Se produce un estallido de química entre dos desconocidos y las circunstancias les permiten explorarlo de un modo vacilante y precavido. Pero la conexión inmediata y excitante que sienten Ursula y Lionel es una llama cuántica, y la atención que se prestan es el oxígeno que la alimenta.

Lionel tenía cuarenta y un años. Ursula tenía treinta y siete. Ninguno tenía hijos en el momento de conocerse. Su trabajo lo era todo para ellos. Ursula y Jerome llevaban solo dos años casados, pero ya tenían una relación cómoda y práctica que les venía bien a ambos desde el punto de vista profesional. Ella tuvo dos abortos en su primer año de casados y decidieron dejar de intentarlo durante un tiempo y centrarse en el trabajo. Lionel había pasado la treintena buscando una pareja que intelectualmente estuviera a su altura. Quería una esposa que entendiera todo lo que entendía él. Que lo entendiera a él. Pero no la encontró hasta que apareció Ursula. Ella lo fascinó. Lionel no podía comprender cómo un hombre tan soso y poco imaginativo como Jerome, por mucha astucia que tuviera para las relaciones sociales, la había convencido para que se casara con él. No era capaz de concebir que lo que permitía a Ursula ser una mujer pionera en la comunidad científica era tener un matrimonio estable y cumplir con su papel de esposa devota. A comienzos de los sesenta, el hecho de que una mujer no se casara hasta los treinta y cinco

años llamaba mucho la atención. Para la clase de gente de la que dependían su puesto de trabajo, la publicación de sus artículos, sus clases y la financiación de sus investigaciones, que una mujer siguiese soltera a los treinta y tantos años resultaba sospechoso. El anillo que llevaba en el dedo había hecho que todas las sospechas se desvanecieran. Además, y esto no era una cuestión baladí, Ursula quería creer en su matrimonio. Era importante para ella.

No se fueron a la cama inmediatamente. Ursula tardó meses en confiar en él. Y Lionel tardó meses en aceptar lo que tendría que ser aquella relación. No se veía como uno de esos hombres que se acuestan con la esposa de otro, aunque estaba enamorándose de ella a toda velocidad y de un modo irreparable. Por lo tanto, tuvo que revisar sus principios éticos. Y lo hizo. Y ella acabó confiando en él. Y entonces comenzó su aventura.

Después del accidente estuvieron casi tres años sin hablar. Se vieron solo una vez, muy fugazmente, en el hospital donde todos estuvieron en cuarentena hasta que los médicos consideraron que no habían sufrido ningún daño a causa de las energías desconocidas que se habían desatado durante el experimento. Alguien tuvo la sensata idea de mantener a Lionel apartado de los demás, por lo que el hecho de que se entrevieran un instante de un extremo a otro del pasillo fue un inesperado golpe de suerte. O un giro del destino de lo más cruel. A Lionel le pareció que era ambas cosas.

En los primeros meses que pasó en Hong Kong, solo y desmoralizado, lo que más quería Lionel en el mundo era simplemente hablar con Ursula. Pero sabía cómo funcionaba la mente de ella: tenía que esperar hasta que estuviera preparada, por mucho tiempo que tardara.

Tardó dos años y diez meses. En mayo de 1968, Ursula se presentó sin avisar en el laboratorio de Lionel en Hong Kong. Él ni siquiera sabía que ella sabía dónde estaba.

Aquel día, Ursula estableció los términos de la relación. No podía soportar no ver a Lionel nunca más, pero tampoco abandonaría a su marido después de que él hubiera perdido una parte del cuerpo para salvarle la vida. Así que ese era el trato: se verían cuando pudieran, pero no en sus lugares de residencia. Cuando uno de los dos fuera a desplazarse a un lugar adecuado por algún motivo profesional justificado, se pondrían en contacto y, si el momento era oportuno, quedarían. Entretanto, por mucho tiempo que pasara, no se comunicarían en absoluto. Y si lo que alguno sentía hacia el otro

cambiaba, ambos aceptarían el final de la relación sin hacer preguntas ni discutir.

Por supuesto, todo iba a depender de Ursula.

Lo cierto es que ambos se imaginaron que la cosa no duraría. Antes o después, Ursula se olvidaría de Lionel, o volvería a enamorarse de Jerome, o Lionel conocería a alguien, o se olvidaría de Ursula, o simplemente se cansarían de los retorcidos condicionamientos logísticos y la aventura concluiría. Pero continuó durante décadas. Lo habitual era que se vieran un fin de semana al año, y a veces dos. Hubo etapas en las que estuvieron más de un año sin verse, algunas incluso dos años. Y una vez pasaron tres.

Cada vez que quedaban, Ursula decía que probablemente ese fuera su último encuentro, que aquello era demasiado para ella, el estrés, la ansiedad, el corazón dividido. En cada ocasión, actuaban como si fuera la última. Aquello no tenía nada que ver con la intimidad cotidiana del matrimonio.

No es que Lionel no volviera a liarse con nadie. Tuvo líos breves, pero ninguno tenía ni punto de comparación con la historia que vivía con Ursula. Intentó no obsesionarse con el hecho de que ella estaba casada con otro. Una vez Ursula trató de explicarle que el sexo con Jerome era un acto biológico distinto del sexo con él, un acto que consistía en fricciones y humedades, y que el placer que sentía en ese acto procedía de su velocidad y uniformidad. El sexo con Jerome era matemáticas. El sexo con Lionel era física. Jerome se sentía cohibido por tener un muñón e insistía en que apagaran la luz para que ella no lo viera, pero eso también impedía que él la viese a ella. Ursula le contó a Lionel que pensaba que si tenía un accidente grotesco y se quedaba sin cabeza, su marido no sería capaz de identificar su cuerpo desnudo sobre la mesa de autopsias del forense. En cambio, Lionel conocía cada parte de ella, tanto las superficiales como las profundas. Ursula vivía la vida oculta tras una máscara que solo se quitaba cuando estaba con él.

Lionel sentía lo contrario. Se organizó la vida para estar disponible en cualquier momento, de modo que cuando recibía un mensaje de Ursula en el que le proponía que se vieran en Praga o en Buenos Aires o en Tokio en tal o cual fecha, siempre podía viajar. Cuando estaba con ella, sabiendo que cada encuentro podía ser el último, sacaba lo mejor de sí, jamás bajaba la guardia y se mostraba de lo más atento, romántico y espontáneo. Pero cuando no estaba con ella, Lionel se quitaba la máscara y, con los experimentos que hacía, se adentraba en un terreno cada vez más dudoso desde el punto de vista ético.

Pasó tres décadas y media haciendo dos cosas: trabajar en su máquina del tiempo y esperar las llamadas de Ursula. No tuvo ninguna otra relación importante. Permitted que Ursula se convirtiera en la única persona del mundo para él, lo cual implicaba que solo tenía una relación íntima con el mundo durante unos días al año. A medida que fueron pasando las décadas, esos encuentros provisionales se fueron convirtiendo en toda su vida.

Hasta que un día todo cambió. Su máquina del tiempo ya estaba lista para ponerse a prueba.

113.

El experimento científico más impresionante de todos los tiempos tuvo lugar en el más absoluto secreto.

El 2 de febrero de 2002, a las 2:02, Lionel encendió su máquina y se preparó para retroceder sesenta segundos en el tiempo. No sabía lo que ocurriría si se materializaba en el mismo espacio físico donde él mismo estaba un minuto antes —y no quería averiguarlo, ya que probablemente no fuera nada bueno—, así que se construyó una cápsula que se cerraba herméticamente para contar con un punto de llegada seguro en su mansión de Shek O, situada a unos diez kilómetros.

Funcionó. Estuvo un minuto en el pasado y regresó al presente, un minuto después de haber partido. Viajó desde su laboratorio a las 2:02, hasta su hogar a las 2:01, y después reapareció en el laboratorio a las 2:03, en vez de hacerlo a la hora exacta de su partida. Dejó pasar ese minuto aposta, para seguir envejeciendo: era un minuto mayor, pero había vivido ese minuto en el pasado. No hubo testigos ni grabaciones.

Después tuvo una ligera sensación de *déjà vu*, como si estuviera intentando recordar la dirección de una casa en la que uno vivió en la infancia. Había un olor pavoroso y salado en el aire, un olor que nunca logró quitarse del pelo. Pero por lo demás, tras haber concluido la obra de su vida, no sentía que nada hubiera cambiado. Había construido una cosa increíble, el mejor invento de la historia de la humanidad, pero ya no podía hacer nada más, porque para poder llevar a cabo su plan necesitaba algo que no podía inventar: a mí. Estaba esperando que yo me presentara a su puerta.

Como muchos otros genios de primer nivel, cuando Lionel tenía un plan, era capaz de lograr lo imposible. Pero cuando no lo tenía, cuando lo único que podía hacer era esperar sin final a la vista, empezaba a pensar en lo posible. Por ejemplo, en todas las cosas que podrían hacerse con una máquina del tiempo.

Durante treinta y cuatro años, Lionel había dejado que fuera Ursula la que se pusiera en contacto con él. Esta vez se dio el capricho de llamarla él. Decidieron quedar en una pintoresca posada situada en las afueras de Nápoles. En cuanto Lionel abrió la puerta de la habitación y vio la cara de Ursula, comprendió que aquella vez sería la última. Ella no podía seguir con eso. Había ido para despedirse.

Más tarde, cuando estaban acostados en la cama y el sol de la tarde entraba por la ventana abierta, le contó a Ursula su gran logro. Y juntos idearon un plan.

Lo que más angustiaba a Ursula era que Jerome descubriera que tenían una aventura y eso destruyera la relación de ella con Emma. Su hija era el gran tabú entre Ursula y Lionel. Hablaban prácticamente de todo salvo de la sencilla ecuación que explicaba el origen de Emma. Ursula llevaba una doble vida, atrapada entre dos realidades gemelas, devota esposa y madre versus amante ardiente e intelectualmente desafortunada. Pero necesitaba creer que Emma era hija de Jerome.

Tener una aventura viviendo en dos hemisferios distintos siempre les había planteado muchos problemas logísticos, y la posibilidad de viajar en el tiempo los resolvía. Lo que empezaron a hacer fue lo siguiente: Ursula se iba a algún lugar privado, no importaba cuál, y encendía una baliza que le había hecho Lionel y que emitía una señal en una determinada frecuencia. Si no había interrupciones durante un cierto tiempo, por ejemplo, tres horas, apagaba la baliza y le enviaba a Lionel un mensaje con sus coordenadas espacio-temporales.

En cuanto Ursula enviaba el mensaje, surgía un recuerdo, como algo que se le hubiera ido de la cabeza durante un tiempo: había pasado esas horas con Lionel. Él había aparecido en cuanto ella había activado la baliza. Podía ocurrir en cualquier parte. En un hotel o en una posada, pero también en su despacho o incluso en su dormitorio. Con tal de que fueran cuidadosos y precisos, podían tener todo el tiempo que quisieran. Y los dos eran científicos, por lo que ser cuidadosos y precisos no les resultaba difícil.

Así se pasaron una década, viéndose varias veces por semana. Fueron los años más felices de la vida de Lionel. De vez en cuando se le ocurría hacerse una visita a sí mismo, en el pasado, para ayudarse a desarrollar la tecnología más rápida y poder pasar más tiempo con Ursula antes de ser tan mayores y de necesitar tantos incentivos farmacéuticos para disfrutar de sus cuerpos.

Pero le parecía poco sensato. Era algo peligroso y alocado. Él era un científico cuidadoso y preciso.

Y entonces la baliza no se encendió en una semana. Después pasó otra. Y una tercera. Antes de contar con la máquina del tiempo, a veces pasaban un par de años sin que tuvieran ningún contacto. Pero ahora Lionel estaba acostumbrado a verla prácticamente a diario.

De todos modos, se le daba muy bien esperar. Se había pasado esperando casi toda la vida.

Tardó un mes en descubrir que Ursula había muerto.

114.

Lionel cayó en una profunda depresión. Nada parecía tener sentido. Comenzó a dudar de que yo apareciera alguna vez. Quizá los viajes en el tiempo que había hecho para estar con Ursula habían alterado su realidad. Quizá estaba esperando a alguien que nunca llegaría.

Tras pasar seis meses sumido en un tenso letargo, a Lionel se le ocurrió un nuevo plan. Se trataba de ciencia de mala calidad, de lo contrario del genio, pero no le importaba. Una vez desaparecida Ursula, también desapareció la máscara que él llevaba en su presencia, es decir, la mejor versión de él. Lo único que quedaba era lo que él era sin ella.

La última vez que la vio fue el día antes de que se desmayara en la cocina y Jerome la llevara al hospital a toda prisa. Moriría seis días después con Emma junto a su cama.

Lionel tenía que tomar una decisión existencial. Podía emplear las coordenadas que ella le había enviado con la baliza para viajar al pasado y tratar de curarle el cáncer antes de que se le extendiera. Pero eso implicaría que Ursula tendría que volver a pasar por ciertas experiencias que él ya había modificado. Los resultados serían impredecibles.

Hasta aquel momento, los viajes en el tiempo habían sido muy coherentes y no habían tenido consecuencias, al menos a simple vista. Esta vez era distinta. Esta vez iba a hacer algunos nudos en el continuo espacio-temporal. Y las consecuencias podían ser profundas: tal vez le salvara la vida a la mujer a la que amaba.

Así que Lionel hizo lo que uno hace cuando tienes el corazón roto y una máquina del tiempo: una estupidez.

115.

Fueron los viajes en el tiempo la causa de que a ella le pasara eso.

No sé cuánta paciencia os quedará para mis explicaciones no del todo lúcidas sobre cuestiones de física y viajes en el tiempo, pero tengo que aclarar una cosa: la versión de Lionel de los viajes en el tiempo no era igual que la de mi padre. Ambos encontraron una manera de enviar a alguien al pasado, pero lo hicieron de modos radicalmente distintos. Dos caminos diferentes que llevaban al mismo destino.

Una distinción fundamental es que yo viajé a un instante anterior a mi nacimiento y, por error, hice que una nueva línea temporal se bifurcara a partir de ese punto. Lionel, en cambio, viajaba a otros lugares del planeta, pero no salía de su época, lo cual implicaba que a veces existía simultáneamente en dos lugares en el mismo momento.

Por ello, tardó bastante en darse cuenta de algo que yo aprendí al instante: que viajar en el tiempo es malo para el cerebro. Tu cuerpo puede soportarlo, más o menos, pero tu mente tiene que hacer un gran esfuerzo debido a la disonancia cognitiva.

Al principio parece que no hay problema. Parece que a nuestro cerebro se le da bien gestionar la disonancia cognitiva. Al fin y al cabo, es su objetivo principal. Nuestros sentidos absorben una tremenda cantidad de información durante todo el tiempo que estamos conscientes, y el cerebro tiene que ordenarla de una manera coherente para que podamos funcionar. Al hacerlo, nos permite concentrarnos enviando los estímulos innecesarios a la periferia de la conciencia y analizando un enorme flujo de datos perceptuales gracias a sus impresionantes trucos heurísticos.

Es como lo que pasa con las películas. Sabéis cómo funcionan las películas, ¿verdad? Lo que nos parece una imagen en movimiento en realidad es una secuencia de fotogramas, de imágenes estáticas que el cerebro interpreta como movimiento gracias a la persistencia de la visión y al efecto

estroboscópico. Gracias a la prodigiosa capacidad que tiene el cerebro para hacer que los datos encajen, un cuadro puede parecer maravillosamente realista desde una distancia pero, cuando uno se acerca, va degenerando hasta convertirse en unos pegotes de pigmentos sobre un lienzo. O podemos escuchar los diversos instrumentos de una orquesta fundidos en una sinfonía.

La versión de Lionel de los viajes en el tiempo no le exigía a su cerebro que tuviera recuerdos simultáneos de un mismo momento a la vez. Lionel vivía sus viajes al pasado como acontecimientos en presente. Siempre regresaba al presente al cabo de un tiempo que era el mismo que había transcurrido en el pasado. Si dejaba el presente a las ocho y pasaba dos horas en el pasado, cuando regresaba al presente eran las diez. Decidió gestionar el tiempo de este modo para envejecer como corresponde, pero esta estrategia supuso otra ventaja: su mente nunca se vio forzada a procesar una cantidad duplicada de experiencias. Cuando regresaba al presente, no tenía la sensación de que sus recuerdos del pasado procedieran del pasado, sino de que se había teletransportado a otro lugar y a otra zona temporal, aunque esa zona temporal se encontrara en el pasado. De este modo, sus recuerdos conservaban una cronología exacta.

Pero no ocurría lo mismo con los de Ursula.

A Lionel no se le superponían sus experiencias, pero a Ursula sí, y eso destruyó su mente. Las líneas temporales en conflicto fueron minando la integridad estructural de sus barreras neurológicas. Los dos trataron de proteger el matrimonio de ella empleando solo las horas que sabían que serían más seguras, pero cada vez que Lionel iba a verla, el cerebro de Ursula reescribía nuevos recuerdos sobre los recuerdos antiguos.

Las consecuencias eran insignificantes a corto plazo, pero el efecto acumulativo resultó devastador. La mente brillante y aguda de Ursula, que era lo que a él le resultaba más atractivo de ella y que hacía que fuera quien era, comenzó a deteriorarse. Ningún ser humano había pasado nunca por algo parecido: tenía que revisar pequeños fragmentos de sus recuerdos una y otra vez. Para aguantarlo, su cerebro, como haría cualquier órgano biológico, empezó a segregar placas neuríticas para formar una costra, ya que interpretaba que estaba sufriendo un daño en la materia gris. Estas placas tienen una estructura proteínica similar a la de los ovillos neurofibrilares de la enfermedad de Alzheimer.

A medida que su romance y sus viajes temporales se extendían a lo largo

de los años, estas placas neuríticas, que eran únicas en el campo de la neurología humana porque su situación era única en la historia de la humanidad, se fueron coagulando hasta convertirse en un veneno terrible: unas malignas células cancerígenas profundamente enterradas en los centros memorísticos del cerebro de Ursula, que no afectaron a sus actividades cotidianas hasta que empezaron a expandirse y a colonizar otras zonas de su cabeza.

Ursula se dio cuenta de que algo fallaba. Notaba cómo su mente, aguda y compleja, se replegaba sobre sí misma como un descuidado cobertizo en un jardín. Durante los meses anteriores, logró que sus encuentros con Lionel fueran breves y carnales para ocultarle la verdad. Nunca le contó que había comenzado un tratamiento de quimioterapia. Le preocupaba lo que pudiera hacer él.

Lo conocía muy bien.

116.

Al otro lado del planeta están en mitad de la noche, y entre el viaje a San Francisco, el vuelo a Hong Kong y el cambio de hora, Penny ya habrá tenido unos cuantos días para pensar en todo lo que ha ocurrido. ¿Qué estará haciendo en este momento? ¿Habrá abierto la librería, habrá saludado a los clientes, habrá preparado las devoluciones, habrá hecho los pedidos? ¿Se habrá comportado como si nada? ¿Estará durmiendo tranquilamente o no podrá pegar ojo? ¿Mi ausencia servirá para que las cosas mejoren o empeoren? ¿Cómo puedo demostrarle de manera incontestable que John no va a volver jamás?

Necesito respuestas, pero lo que me ofrece Lionel es mera información. Esperaba encontrarme con el Lionel Goettreider que falleció en 1965, el genio-mártir altruista cuyos errores y fracasos y sufrimientos han pasado a la historia convertidos en detalles biográficos que todo el mundo conoce. Pero aquí, en este mundo, no son más que errores y fracasos y sufrimientos. Su rostro no es el rostro de una estatua. Es el rostro de un hombre desgastado por el tiempo. Y cuanto más habla, menos me fío de él.

Quizá Penny sabría cómo reaccionar ante sus confesiones. Quizá ella podría mostrarle una adecuada combinación de curiosidad, compasión y respeto. Al menos, la Penny de antes de que yo irrumpiera en su vida podría. Quizá esa mañana que pasó con John creó una nueva versión de la realidad, al igual que hizo mi desplazamiento en el tiempo, una versión en la que Penny es tan distinta de la mujer que conocí en su librería como yo lo soy de John.

No hace falta viajar en el tiempo para destruir un mundo.

Pero ayuda.

117.

Por desgracia, esta no es una historia sobre cómo Lionel Goettreider curó el cáncer. Es una historia sobre cómo la persona más inteligente que ha habido nunca no consiguió salvar al amor de su vida y qué consecuencias tuvo eso.

Lionel era físico e ingeniero, no oncólogo ni genetista. Su genio tenía límites. Se pasó los siguientes dieciocho meses tratando de curar el cáncer o, por lo menos, detener su avance. No logró hacerlo. Quizá si lo hubiera intentado unas décadas antes... Pero tuvo sus mejores ideas relacionadas con la mecánica de los viajes en el tiempo entre los cuarenta y los sesenta años. Las décadas siguientes fueron para resolver las cuestiones logísticas. Terminó de construir su máquina del tiempo en 2002 y se había pasado los últimos doce años acostándose con Ursula y medicándose para tener la capacidad física de acostarse con Ursula. Sus mejores años habían quedado atrás. En cualquier caso, lo intentó.

Su idea más eficaz fue recurrir a las bacterias nanotecnológicas híbridas que comen células cancerosas. El problema era conseguir que distinguieran, en medio del banquete, entre las células enfermas y las células sanas que tenían al lado. Cuando los nanites se acostumbraban a la carne humana, solían seguir comiendo, por lo que había que vigilarlos con mucho cuidado.

Lionel regresó a su último encuentro con Ursula. No quería toparse consigo mismo, de modo que empleó el punto de salida de la baliza como punto de entrada. Para Ursula fue como si hubiera desaparecido y reaparecido al instante, pero con dos años más.

Ursula comprendió inmediatamente el plan que tenía Lionel para salvarle la vida y no le pareció bien. A ella se le había ido la cabeza, y no iba a volver. No le interesaba vivir así. Le suplicó que no viajara a un pasado anterior. El cáncer había aparecido en el hipocampo, en las profundidades de su lóbulo temporal medial, unos cuantos años atrás. Aunque logaran determinar el

momento exacto, ella necesitaba los recuerdos felices de todos esos años. No quería canjearlos por recuerdos de los intentos desesperados, y probablemente infructuosos, de Lionel por curarla. Quería morir en paz con lo que le quedaba de su otrora brillante cerebro, acostada en la cama y recordando los momentos que habían pasado juntos. El cuerpo de él y el cuerpo de ella, conectados de una manera que le daba sentido a la vida, aunque se tratara de un sentido secreto, de un sentido oculto, de un sentido vergonzoso. Si él le quitaba esos recuerdos, sería una amputación mucho más devastadora que la que había sufrido Jerome hacía tantas décadas.

Lionel le prometió que nunca regresaría más atrás en el tiempo. Y entonces lloraron, se besaron y se despidieron.

En cuanto volvió al presente, regresó de nuevo. Y otra vez. Y otra. Y otra y otra y otra vez. Perdió la cuenta de la cantidad de veces que había regresado exactamente al mismo momento. No fue solo por la promesa que le había hecho; también hay cuestiones técnicas que explican por qué no podía volver más atrás de aquel último día. Pero cada vez probó una nueva forma de convencer a Ursula de que lo dejara tratar de curarla. Y cada vez ella se negó a que lo hiciera. Cada vez lloraron y se besaron y se despidieron y cada vez él volvió a intentarlo.

Volvió al pasado y la obligó a seguir el tratamiento y el tratamiento falló y ella murió de todos modos, y en su última imagen de él había mucho de traición y de enfado. Lo intentó de nuevo y la obligó de nuevo y el tratamiento falló de nuevo y ella murió en sus brazos, con el cerebro destruido por los nanites descontrolados mientras Lionel trataba desesperadamente de neutralizarlos antes de que se la comieran entera y lo infectaran también a él. Lo intentó otra vez y falló otra vez, y lo intentó otra vez y falló otra vez, y Ursula estaba cada vez peor, más confusa, más desorientada, menos presente, menos ella misma. Su marido y su hija pensaban que se trataba de un deterioro provocado por la enfermedad. Ellos estaban encerrados en un tiempo lineal y no eran conscientes de que Lionel estaba haciendo que Ursula pasara una y otra vez por experiencias similares, por lo que les parecía que Ursula simplemente estaba empeorando mucho y muy rápido.

Entonces, por primera vez en su vida, Lionel Goettreider se rindió. Volvió al pasado por última vez y Ursula estaba destrozada, porque él la había destrozado, así que se limitó a abrazarla y decirle que lo sentía. Y entonces

lloraron, se besaron y se despidieron.

En esta ocasión, se quedó en el pasado. Ursula se desmayó en la cocina al día siguiente y Jerome la llevó al hospital a toda prisa. Murió seis días después con Emma junto a su cama.

Lionel fue al funeral, habló con Emma por primera vez, trató de disculparse ante Jerome y cuando todo terminó, regresó al presente. Hasta entonces, su estancia más larga en el pasado había durado unas tres horas. Su último viaje duró algo más de una semana.

Quieres a alguien durante cincuenta años y después se muere. La gente habla del dolor como si fuera un vacío, pero no es un vacío. Es algo lleno. Pesado. No es una ausencia que hay que llenar. Es un peso del que hay que tirar. Todos los futuros que pensaste que tendríais se suman para desgarrarte. ¿Cómo puedes evitar que cinco décadas de amor se conviertan en algo amargo, en un veneno que te recorre el cuerpo procedente de tu propio corazón?

Maldita sea, no quiero hacerlo pero no puedo evitar pensar en mi padre y en cómo se debió de sentir cuando mi madre murió. Porque, desde luego, nunca se lo pregunté.

Recuerdo que, una semana después de su muerte, encontré una docena de sándwiches de queso fundido tirados en la encimera de la cocina. A cada uno le habían dado un mordisco. Los metí en el módulo para triturar residuos orgánicos y negué con la cabeza pensando en el ensimismamiento de mi padre, capaz de desentrañar los misterios de los viajes en el tiempo pero incapaz de manejar el sintetizador de alimentos.

Ahora comprendo. No se trataba de un desperdicio de comida, sino de un acto de añoranza. Estaba tratando de recrear algo que su esposa le había estado preparando durante treinta años. Pero la máquina no daba con el sabor exacto. De este modo, algo tan banal como un sándwich puede cargarse de tristeza.

Mi padre se pasó toda la vida a la sombra de Lionel Goettreider, y yo me he pasado toda la vida considerándolo indigno de esa comparación. Hasta ahora, no lo había valorado por lo que no hizo. No usó su máquina del tiempo. No regresó al pasado. No la salvó. No sé cómo fue el dolor que sintió, pero sé que le hizo frente. Tenía una brújula interior de la que Lionel carece. Y yo también.

Cuando mi madre murió, a mi padre lo separaban cuatro meses del triunfo

científico para el que había estado trabajando toda la vida. Yo era lo único que le quedaba. Aunque no importe, aunque nunca haya sucedido, aunque ese dolor solo exista en mis recuerdos, resulta que mi padre al final me enseñó algo sobre el amor.

118.

Una vez, cuando estaban acabando de cenar en un pequeño restaurante situado en la campiña, en los alrededores de Clermont-Ferrand, tras pasar el día recorriendo los conos volcánicos de la Chaîne des Puys, Ursula le explicó a Lionel su concepción de la realidad mientras tomaba el postre. Según ella, la realidad no es concreta, sino laxa y gelatinosa, como la *crème brûlée* que había pedido. Aunque la superficie sea cristalina y dura, no es más que una fina corteza que sirve para que el interior, blando y suave, se mantenga en su sitio. Cuando se la atraviesa, se raja, formando esquirlas y dejando que lo de dentro se salga.

Lionel me cuenta que tiene miedo de que lo que le hizo a la línea temporal haya provocado un fallo sistémico en la realidad, nada menos. Todo comenzó porque dos personas querían pasar algo de tiempo juntas, pero al final una de ellas fue incapaz de despedirse de la otra. Volver una y otra vez al mismo momento es como dar unos golpecitos con una uña en un punto determinado de un espejo. ¿Basta para romperlo? Probablemente no. Pero ¿cómo puedes saber si no está dañando de un modo imperceptible la integridad de su estructura?

¿Qué sucede si se pincha la dura capa superior de la realidad? ¿Qué sale?

Sé que hay una versión mejor del mundo porque he vivido en ella y he conocido maravillas que en este mundo ni siquiera se pueden soñar. Pero eso no significa que no haya una versión mucho peor esperando a que alguien se descuide para imponerse.

¿Estoy siendo demasiado ambiguo? Lo diré más claramente: cosas tan terribles que ni siquiera se pueden soñar, eso es lo que sale cuando la capa superior se abre.

Si un único error que cometí hace cinco décadas puede crear una realidad nueva por completo, ¿qué no le habrán hecho al mundo todos los errores cometidos por Lionel en sus numerosos viajes? ¿Y a mí?

Tengo una pregunta que lleva reconcomiéndome desde que Lionel empezó a explicarme todo esto. Es una de esas preguntas que uno tiene que formular aunque conozca la respuesta.

—La última vez que fue al pasado —le digo—, ¿cuándo regresó exactamente?

Lionel lo consulta en su reloj y me dice que volvió hace cinco días, es decir, cuando en Toronto era domingo por la mañana.

Conocer la respuesta de antemano no sirve para impedir que todos mis músculos y órganos se hielan y agarroten. Cuando Lionel fue a ver a Ursula por última vez, y se quedó hasta su funeral, realizó un viaje mucho más largo que ninguno de los anteriores. Una semana en el pasado no es como dar unos golpecitos con la uña en el espejo. Es como golpearlo con un martillo. La superficie se rompió y lo que salió fue John.

El domingo por la mañana fue cuando John se despertó en la cama de Penny y yo desaparecí.

Yo no perdí el control como pensaba. La causante de todo fue la máquina del tiempo de Lionel.

119.

Me parece que todo esto está mal; es demasiado turbio, demasiado oscuro y peligroso. Lionel Goettreider inventó los viajes en el tiempo y los empleó para tener una aventura. Yo no soy físico ni filósofo, soy arquitecto y solo de boquilla, no soy nada en particular, y todo esto me supera ampliamente. Quiero estar en la cama de Penny y que pasemos la mañana holgazaneando, tratando de convencernos el uno al otro para hacer el café, dirimiendo si soy capaz de volver a tener relaciones sexuales sin pasar primero por el baño. No quiero estar aquí. Quiero irme a casa.

Y ahora me puedo ir a casa. Tengo que demostrarle a Penny que no estaba loco. A ver, sí, Lionel Goettreider está vivo y, desde luego, es un hombre extraño y muy narcisista, pero lo bastante genial como para inventar una máquina del tiempo. Ya está, misión cumplida.

Me despediré de Lionel educada y cordialmente y le diré que seguiremos hablando muy pronto. Me iré directo al aeropuerto, pagaré lo que cueste el primer vuelo rumbo a Toronto y me pasaré todo el viaje ensayando lo que le voy a decir a Penny para recuperar su confianza. Hablaré con mi familia y aceptaré someterme al tratamiento psicológico que sea necesario para que dejen de preocuparse por mí y, no sé, quizá eso ayude a que John no vuelva nunca y sí, me doy cuenta de que esto suena confuso y cuestionable pero no me importa: ya tengo lo que he venido a buscar y estoy satisfecho.

—Gracias por mostrarme todo esto —digo—, pero creo que ya me tengo que ir.

—Estoy de acuerdo —dice Lionel—. No tiene sentido seguir retrasándolo. Sus escáneres genéticos ya han sido incorporados a la matriz de transmisión y todos los sistemas están activados.

—¿De qué está hablando? —le pregunto.

—De enviarlo de vuelta —dice Lionel.

—¿De enviarme de vuelta dónde?

—A restablecer la línea temporal. Para que las cosas vuelvan a ser como tienen que ser. Sé que he causado algunos desajustes menores usándola para cuestiones personales, pero usted fue quien empezó. Usted provocó la primera raja en la corteza del tiempo. Mi experimento tendría que haber funcionado. Ursula tendría que haberme elegido a mí. Nada de esto debería haber ocurrido y usted puede arreglarlo. Usted puede evitar estropearlo todo.

—Lionel —le digo—. No voy a ir a ninguna parte que no sea mi casa.

—Pero tiene que hacerlo. Tiene una deuda con el mundo. Tiene una deuda conmigo. Esta no es mi vida.

—Escuche. Debería habérselo dicho desde el principio. Su experimento tendría que haber funcionado, sí, y debería haberle proporcionado la energía al futuro que nunca hemos llegado a tener. Pero usted no vivió para verlo. Usted, Ursula, Jerome y todos los demás que estuvieron en el laboratorio aquel día de 1965, todos murieron unas semanas después del experimento. ¿Se acuerda de esa radiación que usted detectó y arregló tras el accidente? En mi mundo, acabó con su vida. Y también con la de Ursula. No vivieron felices y comieron perdices. Nunca más se vieron.

—Entonces ¿esto es todo? —dice Lionel—. ¿Esto es lo mejor que puedo conseguir? ¿Mi recompensa es pasarme la vida deseando verla? No. No es suficiente. Preferiría morir sabiendo que mi trabajo sirvió para cambiar el mundo.

—Lo entiendo —digo—. He pensado sobre cómo podría arreglar las cosas. Podría volver al accidente y evitar que todo se estropeará, y después regresar a mi línea temporal un día antes y hacer algo distinto. Incluso podría acostarme con Penelope y, con tal de que no se quedara embarazada, todo iría bien. Sé que esto no tiene sentido para usted, pero lo que digo es que comprendo que cuando disponemos de la tecnología, empezamos a obsesionarnos con la posibilidad de cambiar el mundo. En nuestra mente, todo es muy limpio y claro. Parece que si alteramos algo mínimo, todo el resto irá mejor. Pero no es así. Es mucho más lioso. No podemos controlar nada. Solo podemos destruir. Bueno, pues yo estoy harto de destruir. Ahora quiero hacer cosas. Sé que es muy egoísta no impedir que el mundo del que vengo se pierda para siempre. Pero lo siento, no es más egoísta que el hecho de que usted haya mantenido su invento oculto aquí en este mausoleo cuando podría haber cambiado la historia. A ver, ¿no se da cuenta? Usted ya podría ser todo lo que piensa que tendría que haber sido. En mi mundo, lleva muerto

cincuenta años. Podría compartir todas estas cosas en vez de quedárselas para jugar con ellas, ¿no? Eso no nos va a proporcionar todo lo que podríamos haber tenido, pero es un buen principio. Y los viajes en el tiempo no lo mejorarán. Lo único que harán es empeorarlo.

—Lamento mucho oír eso —dice él.

—Incluso si creyera que iba a arreglar algo, y no lo creo, no podría renunciar a mi familia. A mi madre y mi padre y mi hermana. Ni a Penny. No cambiaría a Penny por nadie. De ninguna manera.

—Tenía la esperanza de que no llegaríamos a esto —dice Lionel—. Pero por favor, no olvide que es usted quien está decidiendo por cuatro personas frente a siete mil millones.

Toca su reloj y, con un movimiento fluido, avanza por el aire hacia mí. Y, como si nada, todo se desintegra.

120.

Un cuadrado plano flota delante de mí. En él aparece una imagen verde y granosa de Penny dormida en su cama. En la habitación hay dos mujeres con el rostro cubierto por unos pasamontañas de cuero y unas grandes gafas de visión nocturna. Cada una tiene un hacha, como si fueran a cortar leña.

Una tercera enmascarada coloca la cámara de vídeo sobre la cómoda. Lleva una especie de bombona y la veo toquetear la espita mientras las otras dos miran cómo duerme Penny, en silencio, sujetando sus hachas.

No tengo un plan, pero sí un ataque de pánico, de modo que me lanzo contra Lionel, pero ni lo rozo. Hace otro gesto con la mano en el aire y de repente me encuentro aplastado contra el frío suelo de cemento. No puedo moverme. Apenas puedo respirar.

—Es un campo de gravedad localizado —dice Lionel—, similar al sistema de vendas que llevo en las piernas. Camino por una gravedad que es tres cuartas partes la de la Tierra. Lo que usted siente en este momento es una gravedad cuatro veces superior a la de la Tierra. No pierda el tiempo tratando de moverse. A esos niveles de gravedad, la sangre no le llega bien a los músculos ni al cerebro. Y aunque alguien lo ayudara, sus ligamentos no podrían aguantarlo. Se le romperían las extremidades, lo cual es bastante fastidioso.

Trato de hablar, pero no puedo ni mover la lengua. Lo único que logro es babear.

La pantalla flotante vuelve a colocarse en su sitio, dentro de mi campo de visión, a nivel del suelo. Aparecen otras dos pantallas que también muestran unas imágenes verdosas de dormitorios. Uno es el de mis padres, que están durmiendo juntos. Otro es el de Greta, que duerme sola. Las cámaras están situadas sobre objetos estáticos y enfocan a las tres mujeres que hay junto a cada cama. Llevan la cara tapada y grandes gafas. Dos sujetan hachas y una sujeta una bombona, igual que las que hay en el cuarto de Penny.

La intrusa que tiene la bombona en la habitación de Greta abre la espita y deja salir un gas. Lo noto porque la nube de moléculas produce distorsiones en la visión nocturna, unos destellos como los de los polvos mágicos que las hadas echan sobre los niños dormidos, pero estas hadas llevan unas horribles máscaras y hachas de leñador. Lo mismo ocurre en la habitación de mis padres: un gas brillante flota sobre su cama.

—Es un agente sedante —dice Lionel—. No produce daños cognitivos, con estas dosis, pero no se despertarán hasta que estén aquí, en Hong Kong.

Pero el plan no está saliendo según lo previsto en el cuarto de Penny. Parece que la bombona no funciona bien y la mujer que la lleva se esfuerza por abrir la espita. La imagen no tiene audio, así que no oigo qué es lo que despierta a Penny.

Las tres intrusas la miran al mismo tiempo. A juzgar por su boca abierta, es porque está gritando. Siento una explosión de orgullo cuando Penny entra en acción como una auténtica campeona. Se levanta y sale de la cama, coge una lámpara y la arroja contra las intrusas. Pero la lámpara está enchufada a la pared, así que no le da a nadie. Ellas se apartan, en cualquier caso, lo cual le brinda a Penny un segundo para lanzarse contra la pared, encendiendo con el hombro el interruptor de la luz. Si ese era su plan y no ha sido pura suerte, es un plan muy bueno, porque llevan gafas de visión nocturna y el súbito estallido de luz las ciega. La imagen verdosa pasa a verse a todo color mientras Penny observa, con los ojos como platos, a esos tres extraños personajes encapuchados que han entrado en su habitación.

Toma la impactante y valiente decisión de no salir corriendo, que os aseguro que es lo que yo habría hecho en una situación así. En cambio, arranca de la pared un antiguo espejo que tiene un marco pesadísimo y se lo rompe en la cabeza a la mujer que está más cerca, que suelta su hacha y cae al suelo bajo una lluvia plateada mientras las otras dos se quitan las gafas. La que lleva la bombona sigue intentando abrir la espita, ciñéndose al plan original. La otra se encuentra entre Penny y la puerta, pero está detrás de la que recibió el golpe, que se revuelca entre los trozos de vidrio que le laceran la piel.

La mujer que queda en pie con un hacha en la mano seguramente da por hecho que Penny se va a dirigir a la puerta, de modo que tarda en reaccionar cuando se acerca a la mesilla. La ataca con su arma, Penny se agacha y la afilada hoja atraviesa la pared de pladur y se queda enganchada, motivo por

el cual, supongo, la gente no suele combatir con hachas.

Mientras la intrusa intenta sacar el hacha de la pared, Penny retrocede y le da un puñetazo en el estómago con todas sus fuerzas. La mujer se dobla a causa del dolor y empieza a vomitar, tratando desesperadamente de quitarse el pasamontañas para no ahogarse con su propio vómito.

La otra mujer del hacha, ensangrentada, se quita de encima el marco del espejo y se lanza sobre Penny.

Pero Penny ya ha sacado una pistola del cajón de la mesilla.

He abierto ese cajón muchas veces buscando condones y, en una o dos ocasiones, para coger un par de calcetines demasiado pequeños para mí, por lo que sé que ahí nunca ha habido una pistola. Supongo que hasta que John apareció en la vida de Penny.

Penny aprieta el gatillo. Es difícil fallar a esa distancia, y el hombro de la mujer del hacha revienta y lo llena todo de sangre. Luego se inclina hacia delante, se golpea la cabeza contra el borde de la mesilla y cae como un fardo a los pies de Penny.

Incluso sin sonido, observando lo que pasa en la pantalla flotante, está claro que el disparo ha cambiado la situación en el cuarto. Penny le dispara a la rodilla a la mujer que había vomitado y que, con la rótula hecha trizas, cae al suelo como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

La tercera mujer deja de intentar abrir la espita y le tira la pesada bombona metálica a Penny. Ella la detiene con el brazo, pero está claro que le duele terriblemente y, peor aún, la distrae durante el tiempo que le lleva a la mujer cruzar la habitación y darle un puñetazo en la cara.

Aturdida, Penny trata de apuntarla con la pistola, pero la mujer le retuerce el brazo y la obliga a soltarla. Luego tira a Penny al suelo y le pone la rodilla en la espalda para inmovilizarla.

No logro imaginarme nada peor que ver a la mujer a la que quiero pidiendo ayuda a gritos, pero no puedo ni oírla ni ayudarla porque, aun si fuese capaz de moverme, me encuentro a más de doce mil kilómetros de distancia. Pero estoy a punto de descubrir algo peor.

La mujer de la rodilla destrozada se levanta, manteniendo el equilibrio sobre su pierna buena y arrastrando la otra. Levanta el hacha y la deja caer, con el lado romo hacia abajo, sobre la cabeza de Penny.

La luz se apaga en los ojos de Penny. Se ha quedado inerte.

No se oye nada, pero el impacto silencioso del acero contra el pelo y la piel

y el hueso es como una nube de cuchillas que circulara por mis arterias y venas. Intento gritar, pero lo único que consigo es emitir un ronco lamento gutural. Soy miedo y odio. Soy violencia y venganza.

La mujer levanta el hacha para darle de nuevo, pero la otra mujer dice algo que la detiene. Las dos miran hacia la cámara que hay sobre la cómoda. Le toma el pulso a Penny y levanta el pulgar para indicarle a la cámara que todo está bien. La otra mujer la apaga.

No veo nada más. La pantalla está toda pixelada. En las otras dos, aparecen mi madre y mi padre y mi hermana, inconscientes. Los sacan de la cama y se los llevan. Noto que tengo lágrimas en los ojos, pero la intensa gravedad altera su estructura interna. Se van hinchando hasta que explotan en mis ojos, como globos de agua arrojados contra la acera. Es rarísimo.

—Le pido disculpas por eso que ha pasado —dice Lionel—. Nadie debía sufrir ningún daño. Estas operarias pertenecen a un culto apocalíptico japonés bastante peculiar, y aunque se muestran muy complacientes, a veces pueden ser difíciles de controlar. En su visión del mundo hay algo demasiado fatalista para que puedan ser empleadas realmente buenas. Por suerte, todos siguen con vida. Dentro de una hora, estarán a bordo de un avión privado rumbo a Hong Kong.

Vuelvo a pensar con claridad. El miedo ha desaparecido. El odio ha desaparecido. No tengo violencia, ni deseos de venganza, ni propósitos, ni planes ni esperanza. Es casi un alivio saber que ya no tengo que tomar más decisiones. Solo tengo que hacer lo que diga Lionel.

121.

La gravedad vuelve a ser normal, aun así no logro levantarme del suelo. Lionel pone en marcha su máquina del tiempo, gesticulando enérgicamente como el director chiflado de una orquesta invisible. No parece preocuparle lo más mínimo que yo pueda levantarme de un salto y darle una paliza de muerte. Y tiene razón. Tengo todo el cuerpo entumecido, pero aunque no fuera así, no haría nada que volviera a poner en peligro a mi madre y a mi padre y a mi hermana y a la mujer a la que quiero.

—Esto es lo que va a ocurrir —dice Lionel—. Va a regresar al 11 de julio de 1965 para impedir que usted mismo sabotee mi experimento. La línea temporal volverá a su curso adecuado. Y así estos últimos cincuenta años serán como tendrían que haber sido.

Baja la vista hacia mí, perplejo porque sigo en el suelo.

—Ya he restablecido la gravedad. Ya está normal. Puede levantarse.

De hecho, tengo la sensación de que podría saltar tanto como para tocar el techo curvado, más de veinte metros por encima de mi cabeza. Pero no lo hago. Me limito a sentarme.

—Lo único que quiero es que arregle lo que estropeó —dice—. Todos los seres humanos del planeta, incluyendo las cuatro personas que tanto le preocupan, están viviendo vidas que no les corresponden. Cuando las cosas sean como tienen que ser, sus vidas serán irrelevantes, al igual que sus muertes. Porque en la línea temporal correcta tendrán otra vida y otra muerte, y esta vida y esta muerte ni siquiera existirán. Aunque haya que sacrificarlas para conseguir que haga lo que debe, no será un asesinato. No se puede asesinar una ficción. Y todas las personas que hay en el planeta están viviendo una ficción terrible que debe ser reescrita. Y es usted quien debe reescribirla.

—La verdad es que esperaba mucho más de usted —le digo.

—El sentimiento es mutuo —dice Lionel—. Parecía mucho más listo

antes.

—¿Cuándo, hace dos horas? —le pregunto—. ¿Cuando pensaba que usted era el mejor ser humano que había existido en vez del gilipollas que ha secuestrado a toda la gente a la que quiero y que ha estropeado el continuo espacio-temporal para poder follarse a la esposa de otro?

—No —dice—. Antes.

Busca en el bolsillo del pantalón y saca una vieja foto Polaroid que tiene una esquina arrugada. Me la pasa.

En la foto salimos Lionel y yo. Pero no el Lionel que tengo delante. El Lionel de 1965. Yo, en cambio, tengo el mismo aspecto que ahora mismo. Incluso llevo la misma ropa.

—Esta foto fue tomada el 13 de julio de 1965 —me explica—. Dos días después del accidente, volví a encender el Motor por primera vez. Y apareció usted.

122.

Observo la fotografía. Evidentemente, podría estar trucada. Salgo con la misma ropa que llevo ahora, pero me podría haber escaneado antes. Lionel ha construido una máquina del tiempo, así que bien podría trucar una Polaroid. Pero la cuestión es que no parece trucada. Parece antigua. Parece una foto tomada hace cincuenta y un años.

—Va a regresar al 13 de julio de 1965 a las 4:38 de la mañana —dice Lionel—, cuando volví a encender el Motor. Mi antiguo yo seguirá sus instrucciones para ayudarlo a retroceder esos dos días y aparecer el 11 de julio de 1965, unos momentos antes del accidente. Mi aparato puede realizar pequeños saltos en el tiempo sin tener que seguir el rastro de las radiaciones. Pero también tiene un sistema de seguridad, una matriz de detección de fallos, para rastrear cualquier radiación que haya quedado en el ambiente desde su viaje en el tiempo inicial. Tendrá que asegurarse de que mi experimento salga bien y luego, tras haber restaurado el orden en el mundo, volverá al presente.

—¿Así que le llevo la tecnología que necesita para enviarme al pasado en ese último tramo de mi viaje y el Lionel Goettreider de 1965 lo va a aceptar como si tal cosa?

—Para entonces yo ya había teorizado que la persona que vi aquel día en el laboratorio era alguien que procedía del futuro —dice—, de modo que su aparición se limitó a confirmar mi improbable hipótesis. Usted parecía saber lo que estaba haciendo y estoy seguro de que en ese momento, justo tras irse por la borda el trabajo de toda mi vida, estaré encantado de recibir algún asesoramiento.

—¿Y si vuelvo y lo mato con mis propias manos?

—Bueno —dice Lionel—, usted no es tan inteligente como yo había supuesto, pero parece entender lo bastante sobre la causalidad como para darse cuenta de que eso tendría consecuencias impredecibles. Si yo muriera

en 1965, puede que Penelope no llegara a nacer nunca.

—Creo que este es un buen momento para decirle que se vaya a tomar por culo.

—Si eso nos permite avanzar —dice él—, entonces le ruego que no se prive.

—Váyase a tomar por culo —le digo.

—¿Ya está listo? —dice.

—¿Ahora?

—Hay que vivir el presente —dice Lionel.

Levanto la máquina del tiempo, que es sorprendentemente ligera.

—Tuve que hacerla fácil de transportar —dice—. Y fácil de manejar. Incluso para alguien tan ignorante en relación con los viajes en el tiempo como el hombre que yo era.

Me explica cómo funciona y es verdad que resulta muy sencillo. Peligrosamente sencillo. Mi mente se llena de negros pensamientos. Retroceder en el tiempo para impedir que Lionel Goettreider nazca. O no llamar a su puerta hace apenas unas horas. Dar media vuelta y volver a casa y encontrar otra forma de recuperar la confianza de Penny. Solo que, claro, ahora caigo en que Lionel había estado esperándome, dispuesto a cualquier cosa con tal de que yo haga lo que quiere. Y luego está la foto esa. Sé que es algo perverso, pero no puedo evitarlo: el círculo exige ser cerrado.

Una parte del suelo se repliega para que se eleve una tarima sobre la que hay otro Motor Goettreider, o más bien, como me explica Lionel, el Motor Goettreider original. El artilugio que vi en su casa es una copia de seguridad, por decirlo de algún modo. Este es el prototipo original, el que lleva funcionando sin parar desde 1965. Me doy cuenta de que sus componentes parecen mucho más antiguos que los de la versión actualizada que tiene en casa. Unos brazos robóticos conectan el Motor a la máquina del tiempo y Lionel se detiene junto a ellos, comprobando que funcionan bien, como un maestro de jardín de infancia protector.

Si parezco inadecuadamente tranquilo es solo porque estoy paralizado por los adrenalínicos destellos de terror. No dejo de ver a Penny en el suelo de su habitación mientras el lado romo del hacha le golpea el cráneo. Quizá ya esté muerta. Aunque lograra encontrar una manera de salvarla, ¿cómo me va a perdonar después de lo que ha pasado? Y si no hago lo que me ordena, Lionel los matará a todos, a mi madre, a mi padre, a mi hermana, a mi amor, y en

cualquier caso no tendré ningún motivo para seguir vivo en este mundo.

Resulta demasiado doloroso pensar en Penny y en mi familia, en la imposible decisión entre dejar que los maten o dejar que los borren, de modo que me pongo a pensar en el mundo que Lionel quiere que restaure. Con coches voladores y robots que hacen las tareas domésticas y alimentos comprimidos y Deisha y Xiao y Asher y teletransporte y Hester y mochilas cohete y Megan y aceras deslizantes y Tabitha y pistolas de rayos y monopatines eléctricos y Robin y vacaciones en el espacio y bases en la Luna y mi padre. ¿Acaso estoy capacitado para juzgar cuál de los dos mundos merece más existir? Si todo sale según el plan de Lionel, ese mundo se impondrá a este y lo único que quedará es mi recuerdo de una realidad que nunca debió existir.

Pero yo ya sé que los planes no siempre salen como se espera.

Lionel es mucho más inteligente que yo y ha tenido mucho más tiempo para pensar en todo esto. Doy por hecho que cuenta con un buen motivo para confiarme su máquina del tiempo y esperar que la use como él quiere. Pero una vez esté allí, si se presenta una solución mejor, la aprovecharé, aunque no entienda del todo cuáles pueden ser las consecuencias de mis actos. Nunca lo he entendido, he de admitirlo.

123.

La máquina del tiempo de Lionel es compacta y carece de adornos. Tiene un panel de control muy sencillo en la tapa, que se abre para mostrar sus microscópicas entrañas, pero por lo demás nada en ella llama la atención. Lionel no necesitaba impresionar a nadie para que se la financiara ni deslumbrar a ningún posible comprador. No le hacía falta que su invento tuviera un aspecto guay. Se conformaba con que pudiera mandar a alguien al pasado.

Lionel realiza un diagnóstico final y comienzo a desvestirme. Me mira, asombrado.

—¿Qué hace?

—¿No tengo que quitarme la ropa? —le pregunto.

—No —dice—. ¿Qué clase de pervertido querría que alguien viajara en el tiempo desnudo?

—Mi padre. En el lugar de donde yo vengo, él fue el que inventó los viajes en el tiempo.

—¿El profesor? Qué interesante. Así que no pudo resolver la cuestión de la transmisión espacio-temporal de la materia inorgánica. Eso tiene sus implicaciones, claro: el viaje se ralentiza considerablemente, pero permitiría resolver el problema de la instantaneidad...

Lionel toquetea su reloj y se pone a hacer gestos con las manos. Parece que ha notado algo. Podría explicarle lo de los trajes de piel, pero ahora mismo no me siento especialmente dispuesto a cooperar.

—Mi padre era un paranoico —dice—. Diagnosticado, ¿eh? Casi todo el tiempo era un hombre agradable, exigente y atento, pero de vez en cuando volvíamos del colegio y nos encontrábamos con un lunático que no dejaba de refunfuñar y que nos hacía sentarnos en la cocina, a mí y a mis hermanos, y se ponía a debatir con mi madre si no sería más humano matarnos a todos en vez de permitir que nos capturaran quién sabe qué sombras malvadas. Mi

madre se asustaba muchísimo, claro. Debió de ser la única judía de toda Europa que se sintió aliviada con la llegada de los nazis. Al final, la paranoia de mi padre resultó completamente justificada. Y sin embargo, aunque había dedicado toda la vida a prepararse para la persecución, se organizó fatal. Su plan era una locura y todos los que estaban bajo su protección fueron asesinados.

—Pero usted sobrevivió porque confió en el rey de Dinamarca —digo—. Conozco la historia. Todo el mundo conoce la historia.

—¿El rey? Lo que pasó es que no confiaba en mi padre. Era un delirante y yo fui lo bastante sensato como para decir que no. ¿Qué tiene que ver el rey con todo aquello?

—Eso fue lo que le contó a un antiguo compañero de clase en el funeral de Niels Bohr. Él escribió un libro sobre el tema. Todo el mundo al que usted le habló de algo, fuera lo que fuera, escribió un libro sobre usted.

—Presentarme en su funeral sin que me hubieran invitado fue un acto de vanidad. Yo era joven y me dejaba impresionar fácilmente. Bohr tenía ciertas intuiciones, ciertas ideas, pero ¿acaso llegó a construir algo alguna vez? No. Le gustaba salir en el periódico. Desde luego, no recordaba mi nombre. Yo no era más que un alumno que había tenido. Una vida que había salvado.

—Lionel, entiendo que no tiene a nadie más con quien hablar, pero amenaza con asesinar a mi familia y a la mujer a la que amo, así que la verdad es que no me apetece escuchar sus historias.

—¿La mujer a la que ama? —dice—. ¿Está de broma? La conoció hace dos semanas. ¿De verdad piensa que no me iba a tomar la molestia de enterarme de todo sobre usted? Llevo observándolo treinta y dos años. Esperando a que se convirtiera en el hombre que vino a verme en el pasado. No sé cómo se atreve a emplear esa palabra delante de mí, después de la vida que he vivido por amor. Usted nunca ha pasado más de un mes con una mujer. Se muestra muy distante con su familia. No tiene amigos. Sus empleados lo respetan a regañadientes debido a su talento. Su talento es lo que me ha dado esperanza, lo que me ha permitido pensar que algún día podría liberarme de esta vida que no me corresponde.

—Y ¿dónde están sus seres queridos, Lionel? ¿Dónde están su familia y sus amigos? En cincuenta años, la única persona por la que se ha preocupado ha sido la esposa de otro.

—Usted no tiene ni puñetera idea. ¿Acaso ha querido a alguien alguna

vez? ¿Acaso ha perdido a alguien alguna vez? Su vida consiste en hacer edificios, pero no le importa la gente que vive dentro. Yo lo arriesgué todo por ella. Crucé el tiempo y el espacio por ella. ¿Qué puede entender usted de esa clase de amor? ¿O de esa clase de pérdida?

Como Lionel es un genio impresionante, me desconcierta que pueda tener una idea tan equivocada de mí hasta que me doy cuenta de que piensa que soy John.

Aunque Lionel ha estado vigilando a John durante cada segundo de su vida, solo ha podido observar lo que ha ocurrido en esta línea temporal. Todo lo que sabe sobre mi mundo son conjeturas.

En las últimas tres semanas he perdido a la mujer de mis sueños y a un hijo no nacido, he robado un invento valorado en un billón de dólares, he sido el primer ser humano de la historia que ha viajado en el tiempo, he presenciado el experimento que dio comienzo al mundo moderno, he roto la realidad, he hundido a la humanidad en una distopía, he sido el causante de que miles de millones de personas no lleguen a nacer, he arruinado a mi padre, he hecho resucitar a mi madre, he conocido a una hermana que no debería existir y al amor de mi vida, me he convertido en el arquitecto más brillante del mundo, he encontrado a la persona más inteligente que ha vivido jamás y he descubierto la historia secreta de la tecnología global, pero ha hecho falta llegar hasta este preciso instante para que alguien me subestimara.

Sé lo que es el amor. Sé lo que es la pérdida. Sé lo que es el dolor que te mastica y te traga entero.

Pero Lionel no es consciente de ello. Ha perdido el tiempo observando a *John*.

Yo no me llamo John. Yo me llamo Tom Barren y ya he cambiado el mundo una vez. Puedo volver a hacerlo.

124.

Soy la única persona que ha probado las dos maneras que existen de viajar en el tiempo, y puedo decirles que la de Goettreider no se parece nada a la de mi padre. Y, desde luego, el muy hijo de perra no me preparó en absoluto para lo que me iba a encontrar.

Estoy de pie, sujetando la máquina del tiempo, y Lionel me mira a los ojos.

—Espero que para cuando llegue a su destino, comprenda que hice lo que tenía que hacer.

Luego Lionel añade algo realmente extraño, emitiendo unos ruidos ininteligibles que parecen ensayados pero no tienen sentido.

—*Ohcum otneis ol* —dice.

Y entonces me envía al pasado.

Daba por hecho que iba a sentir más o menos lo mismo que sentí cuando empleé la máquina del tiempo de mi padre y, al principio, tengo una sensación similar: la de caer durante un instante que se demora y en el que no existen ni el equilibrio ni la gravedad. Pero no llega el remolino que preveía, esa impresión de giro que hace que se te curve la mente y tu propio cuerpo te parezca extraño.

En cambio, Lionel está delante de mí y se pone a hacer unos repulsivos movimientos nerviosos mientras aparta las manos del panel de control del artilugio. Su mirada se cruza con la mía y abre la boca y la mandíbula se le tensa extrañamente cuando habla.

—Lo siento mucho —dice.

Quiero decirle que sus disculpas no tienen ningún valor para mí, pero estoy paralizado. No soy capaz de mover la boca. No soy capaz de cerrar los ojos. Lo único que puedo hacer es mirar hacia delante.

—*Recah euq áinet ueq ol ecih euq adnerpmoc, onitsed us a eugell odnauc arap euq orepse* —dice Lionel.

Tardo un momento en darme cuenta de que está hablando para atrás.

Me siento, ante todo, confundido. ¿Se trata de una broma? Se disculpó al revés aposta, como si me estuviera dando una pista. Pero justo antes de eso me había dicho «para cuando llegue a su destino». ¿Qué quería decir? Con la máquina del tiempo de mi padre el viaje era instantáneo. No se tardaba un rato en llegar. Uno estaba al instante en su destino. ¿Qué podía entender durante un viaje que tardaba unos microsegundos?

Pues resulta que no tardaba unos microsegundos. Tardaba unos segundos normales, uno tras otro, tictac, pero al revés. Veo los movimientos inquietos y escucho los temblorosos fonemas que Lionel y yo proferimos cuando hablamos unos momentos antes de que pusiera en marcha el invento. Es entonces cuando comienzo a entenderlo, no todo, aún no, pero ahí empiezo a atisbar la idea de que la máquina del tiempo de Lionel hace retroceder el reloj, literalmente.

Mi terror aumenta de manera gradual y trato de contenerlo pensando que el viaje no va a tener lugar en tiempo real. ¿Verdad? Esto va a acelerar en cualquier momento, en cualquier momento, en cualquier momento, en cualquier momento, en cualquier momento.

Pero no acelera.

Esto es lo que Lionel no mencionó: voy a retroceder cincuenta y un años y vivir cada segundo de ellos. Aunque no se tarda mucho en que conceptos como los de segundos, minutos y horas empiecen a percibirse como constructos humanos, que es lo que realmente son.

Nos veo hablando en esa habitación abovedada, veo nuestros torpes movimientos y oigo nuestro diálogo hacia atrás. Pero no presto demasiada atención porque estoy esperando a que todo acelere y adquiera una velocidad vertiginosa que me traslade al instante a 1965, de modo que me pierdo lo que resulta ser la última imagen de mí mismo que tendré en cinco décadas.

La tarima sobre la que se sitúa el Motor Goettreider baja a una cámara subterránea sin ventanas desde donde envía toda la energía necesaria para las actividades de Lionel. Y yo la sigo, paralizado en la posición en que estaba cuando comenzó a funcionar la máquina del tiempo, atado al Motor, invisible, inmaterial, inmóvil, sujetando el aparato como un mensajero que le lleva un paquete a alguien a su casa. No me estoy siguiendo a mí mismo rumbo al pasado. Estoy siguiendo al Motor Goettreider. Un camino que recorre su historia al revés, en pos del rastro de sus radiaciones tau, como quien enrolla la cuerda de un yoyó.

No veo a nadie durante lo que me parecen meses. Resulta que Lionel no va a ver el Motor demasiado a menudo. Mientras todo funcione bien, no hay motivo para hacerlo. Revisa la maquinaria una o dos veces al año, pero sus visitas son inesperadas y triviales: observa los indicadores, asiente con la cabeza y se marcha. Y Lionel es el único que viene, ya que no confía en nadie, lo cual es comprensible si tienes el invento más valioso de la historia y no quieres compartirlo.

Me habría vuelto loco al cabo de una semana de no haber sido por Penelope.

No Penny, sino Penelope. Y lo que ella me contó: que había logrado superar un módulo de entrenamiento dividiendo cada procedimiento técnico en tareas individuales y contándolas mientras las realizaba, segundo a segundo. De ese modo, podía controlarse algo tan vasto y líquido y desordenado como el tiempo. Eso fue lo que me ayudó a conservar la cordura durante la primera década. O por lo menos una cordura relativa, teniendo en cuenta que me encontraba en unas circunstancias para las que la mente humana no está preparada. Por lo tanto, Penelope Weschler hizo por mí lo que yo no pude hacer por ella: me salvó.

El sistema está automatizado, y por medio de una observación atenta llego a conocer las precisas secuencias rítmicas de las que se componen los segundos, los minutos, las horas, los días, las semanas, los meses y los años. El Motor no se apaga nunca, así que el rastro de las radiaciones no se interrumpe jamás.

Estoy de pie. Sujeto la máquina del tiempo. Espero.

Segundos que se convierten en minutos que se convierten en horas que se convierten en días que se convierten en semanas que se convierten en meses que se convierten en años que se convierten en una década de pie, sujetando la máquina del tiempo, esperando.

Probablemente así fue como lo vivió Lionel mientras se preguntaba cuándo me presentaría yo ante su puerta y pondría en marcha esta secuencia de acontecimientos. Quizá haya hecho esto aposta para castigarme, para torturarme, para enseñarme cómo fue su experiencia y por qué hizo las cosas que hizo.

Y aunque ese no fuera su plan, funciona. Lo entiendo. Cuando te pasas más de cincuenta años esperando a que algo ocurra, todo lo demás se va deteriorando hasta perder su sentido. Tienes un objetivo y todo lo que no te

ayude a conseguirlo es un obstáculo. La moral te parece una cosa pequeña y húmeda y delicada, un bicho que te encuentras dentro de una de tus botas.

Durante los primeros años pienso mucho en mi familia, en que todos están paralizados como yo en un momento de peligro, pero es difícil mantener un estado de preocupación extrema tanto tiempo. Además, estoy haciendo lo que puedo para ayudarlos, y su situación no es cada vez más peligrosa; el peligro es siempre exactamente el mismo, caminan siempre de puntillas por el filo de la navaja.

Y Penny. La intensidad con que la recuerdo, a pesar de mi empeño y mi concentración, es cada vez menor. Empiezo a percibirla, gradual y luego quizá irrevocablemente, como a alguien a quien conocí hace mucho, mucho tiempo durante un periodo muy, muy breve. Quiero salvarla, pero también es como si te pidieran que te juegues la vida por alguien a quien solo viste una vez, en la infancia. Te gustaría ser una de esas personas que son capaces de sacrificarlo todo por sus seres queridos, pero a medida que pasan los años y te encuentras prisionero, sin poder moverte, en una habitación oscura, Penny comienza a ser, a ver, una mujer con la que coincidí unas semanas hace diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años. ¿Estoy dispuesto a morir por ella? No, espero que le vaya bien, pero esto ya no es sobre ella. Es algo más grande, más importante. Tiene que serlo, ya que si no, me volveré loco por mucho que cuente los segundos.

Poco a poco comienza a parecerme obvio que no puedo permitir que el mundo sufra, convertido en un yermo tecnológico y estéril, solo porque tengo ciertas conexiones emocionales con cuatro seres humanos. Dejar que la civilización humana se eche a perder y que se reduzca considerablemente el bienestar del planeta porque me importa más mi familia y porque Penny me quiere es de un egoísmo cruel y estúpido. Me pregunto quién es en realidad más monstruoso: Lionel, que me ha amenazado y manipulado para lograr un mundo mejor, o yo, que me he resistido después de estropear tantas cosas buenas por hacer tonterías. Yo. Está claro que yo. Solo tardo unos diez u once años en liberarme por completo de mi egotismo, y entonces lo puedo aceptar de verdad. Cuando voy por 2004, más o menos, ya estoy decidido a restaurar la línea temporal para que siga su curso original. Mucho mejor que intentar vengarme de Lionel y rescatar a Penny y a mi familia.

Catorce años después, Lionel termina de construir su máquina del tiempo. Está lista para probarla.

Y entonces es cuando comienza mi verdadera educación. Tengo el privilegio y la desgracia de observar a Lionel tratando de crearla durante casi cuarenta años. Su taller está en una esquina del mismo búnker subterráneo donde se encuentra el Motor. Se trata de un hombre que dispone de cualquier recurso imaginable, económico, técnico e intelectual, y que elige trabajar en una especie de calabozo. No sé si es consciente de que yo también estoy confinado ahí; nunca demuestra que perciba mi presencia. Soy un fantasma, al igual que lo fui aquel día de 1965.

Lo que presencio es una serie de fracasos. Décadas enteras fracasando. Cuanto más retrocedo en el tiempo, más grande es el fracaso. Así es como se descubre quién es alguien. No por sus éxitos. No por los resultados que obtiene. Por sus esfuerzos. Por eso que va entre el principio y el final y que constituye la verdad de la vida. Fuera premeditado o no, esto es un regalo que me hace Lionel. Lo he respetado, lo he despreciado, lo he juzgado, lo he absuelto, me he maravillado ante sus logros, he planeado su asesinato, y al final he llegado a conocer a Lionel Goettreider mejor que a nadie. Encorvado sobre su mesa de trabajo, garabateando unos cálculos con un lápiz amarillo medio mordisqueado, toqueteando sus aparatos, llevando a cabo simulaciones en un ordenador diseñado por él mismo, día y noche, laborables y festivos, trabajando sin parar. Intentaba hacer algo que nadie había hecho nunca. Igual que mi padre.

No puedo decir que perdone a mi padre por haberse mostrado tan distante durante una gran parte de mi vida, pero al fin entiendo lo que estuvo haciendo a lo largo de tantos años, en su estudio, en su laboratorio, en la mesa mientras cenábamos, soltándoles discursos a sus colegas, dándoles órdenes a sus empleados, desconectando cuando mi madre se ponía a hablarle, saliendo de la habitación cuando yo entraba: estaba fracasando.

Al observar a Lionel, aprendo algo sobre el éxito que nunca aprendí de mi padre. Sigues trabajando. Sigues intentándolo. Sigues fracasando. Hasta que un día, en un futuro lejano, que para mí es un pasado lejano, dejas de fracasar. Así es como se vive el éxito. No es algo triunfal. No es algo glorioso. Es solo un alivio. Por fin has dejado de fracasar.

Si tienes cincuenta años para no hacer nada más que pensar, puedes aprovecharlos mucho.

Me acuerdo de lo que me dijo una vez Deisha en una ciudad abandonada de un mundo perdido. Haz algo. Sé algo. Invéntate algo. Y en lo que significa

eso en realidad.

Se me ocurre un plan. Ya sé lo que voy a hacer cuando al fin llegue a mi destino. No es un único plan lineal, sino una serie de planes interrelacionados teniendo en cuenta todas las contingencias potenciales, cada una de las cuales tiene un lugar en el entramado de las eventualidades.

La rabia que siento hacia Goettreider va desapareciendo a lo largo de las décadas. Ahora me parece un antiguo rencor familiar, un resentimiento que sé que debería importarme, pero que procede de un momento tan lejano que ya no vale la pena pensar en ello. Además, el suyo es el único rostro que veo y a medida que se va relajando y volviendo cada vez más joven, para convertirse en la cara del hombre que vi por primera vez en 1965, no puedo evitar sentir afecto por él. Su caminar es más erguido, su piel es más tersa, su cuerpo es más ágil, su pelo es más espeso y oscuro, su mirada es más luminosa, más amable, y empatizo con él. Es un hombre brillante que ha vivido aislado, perdido, por mi culpa. Esto es algo que resuena una y otra vez en mí cuando lo observo convertirse en la persona que fue. Yo soy la sustancia tóxica que lo destruyó. Le dije que esperara, que volvería para arreglar lo que había salido mal, pero no entendí el efecto que tendría sobre él esa espera.

O quizá sí. Al fin y al cabo, todavía no le he dicho que espere. El yo que está atrapado durante cinco décadas es el que tomará esa decisión. ¿Es para castigarlo por haberme hecho esto, es un bucle de dolor del que ninguno de los dos va a poder escapar hasta que haya llegado a su fin? ¿O es que cincuenta años sin hacer nada me han acostumbrado al sufrimiento que supone una espera interminable?

A partir de cierto momento, ya no puedo planear nada más. Sé lo que voy a hacer, qué voy a decir, todo lo que él podría contestarme y cómo voy a responderle yo: un árbol de palabras y actos que se ramifica de un modo que solo puede conducir a la resolución adecuada. Por lo tanto, dejo de hacer planes.

Me vuelvo hacia mi interior. Me planteo quién soy, qué partes de mí son Tom, qué partes de mí son John, dónde se solapan y en qué se diferencian. Llegamos a un acuerdo: a John no le importa retroceder hasta los pliegues más profundos de la mente que compartimos con tal de que le dé algo en que pensar.

Juntos, John y yo diseñamos cada uno de los edificios de cada una de las ciudades que hay en el planeta. Trazamos los planos del mundo, y son

extraordinarios. Todo lo que John había hecho hasta ahora no eran más que unos torpes garabatos infantiles. Juntos, construimos un nuevo entorno para nuestra civilización.

Escribo este libro, capítulo a capítulo, memorizando las palabras en orden para poder montarlo cuando quiera. Me acuerdo de cuando redacté este capítulo. Llevaba unos cuarenta años de viaje, fue a mediados de los setenta, a juzgar por el aspecto de Lionel, aunque para entonces, por supuesto, ya hacía mucho que había dejado de preocuparme por las fechas.

Intento aferrarme al recuerdo de Penny. No es solo que dos semanas, frente a cincuenta y un años, sean algo casi insignificante. Lionel construyó su vida en torno a Ursula, y eso le reportó una cantidad similar de felicidad y dolor. Pero él tuvo la ocasión de rellenar el tanque de vez en cuando; sus encuentros intermitentes le servían para ajustar los tornillos y para quitar el óxido de su maquinaria emocional. Lo único que yo tenía eran recuerdos. La luz del sol en su pelo. El sonido profundo de su risa. Un aroma impreciso que podría ser suyo o de la otra Penelope o de alguna otra persona o de nadie.

Pensé en entrar en detalles sobre este punto, en intentar transmitir lo que se siente viviendo un retroceso en el tiempo de cincuenta y un años, en tratar de explicar que, cuando al final llegas hasta unos acontecimientos que pensaste que te impresionaría presenciar —Lionel colocando por primera vez su mesa de trabajo en la esquina de la habitación, abriendo el primero de cientos de cuadernos de notas, metiéndose en la boca el primero de miles de lápices—, dichos acontecimientos te parecen rancios porque ya te los has imaginado de muchas maneras distintas y aplicas un proceso de retroingeniería a lo que ocurrió a partir de lo que ya has pensado, de modo que cuando al fin tienen lugar, te limitas a encoger te de hombros y a confirmar que las cosas sucedieron como tú creías.

Y además, ¿para qué serviría intentarlo? No es posible describir la experiencia de una cantidad de tiempo tan grande y aburrida. Y tampoco es deseable.

Tras pasar cinco décadas sin respirar ni pestañear ni hablar ni sonreír ni gritar, los meses se suceden como horas, las semanas como minutos, los días como segundos. Cuando empiezan a ocurrir cosas, me resulta tan difícil notar los hechos físicos que estoy a punto de perderme el momento en que el hilo termina de enrollarse en el carrete. El Motor es liberado de su nido de cables y tubos, cargado en un camión, llevado a un muelle, levantado por una grúa,

metido en un contenedor. Está en la bodega de carga de un barco. Está en el puerto de San Francisco. Gaviotas. Gasolina. Humo de cigarrillos y música pop procedente de una radio con demasiadas interferencias.

Me veo aparecer —desaparecer— con Lionel Goettreider, que tiene un aspecto muy parecido al que tenía la primera vez que lo vi. Debe de ser el 13 de julio de 1965, justo después de que pusiera en marcha el Motor y yo me materializara con la máquina del tiempo que le he llevado a través de cinco décadas. Nos escucho hablar con los descentrados sonidos glotales de los fonemas invertidos, que comprendo porque allá en los ochenta dediqué unos años a aprender a descifrar las palabras pronunciadas hacia atrás. Oigo todo lo que decimos en tiempo real, de modo que incluso esto, el momento definitivo que tanto he esperado, el clímax de este viaje interminable, se convierte en algo plano y predecible. Cuando me fusiono conmigo mismo, al aparecer en esta línea temporal, ya la he vivido al revés. Sé todo lo que voy a decir y hacer y todo lo que él va a decir y hacer, por lo que lo único que me queda es repetir mi parte al derecho.

125.

Me materializo en el ruinoso laboratorio de Lionel Goettreider, en el sótano del Centro Científico y Tecnológico del Estado de San Francisco, el 13 de julio de 1965. Estoy justo delante de Lionel, perturbadoramente cerca, y él suelta la palanca que acaba de accionar para encender el Motor por primera vez desde el accidente.

Se estremece. Está emocionado. No puede articular palabra. Tiene una ampolla abierta en la punta de la nariz, debido al calor abrasador que salió del Motor justo antes de fundirse. De sus cejas y pestañas solo quedan unos restos ralos y chamuscados. Lleva unos guantes de cuero y al verlos me acuerdo de que estuvieron a punto de quemársele las palmas de las manos antes de que yo pudiera apagar el Motor. Deben de dolerle muchísimo.

El laboratorio es un completo desastre. La mitad del techo está llena de grietas, la otra mitad se ha hundido, hay máquinas procedentes del laboratorio del piso de arriba amontonadas de cualquier manera. Las consolas están retorcidas y destrozadas. Veo vigas de acero fundidas que me recuerdan a las obras de algunos escultores contemporáneos. En las paredes, donde alcanzaron las llamaradas, hay agujeros negros. Hay algo de ceniza en el suelo: es lo que queda del brazo incinerado de Jerome.

Cuando abro la boca para hablar, aunque llevo un montón de décadas practicando para este momento, estoy a punto de cagarla hablando hacia atrás.

—Lionel —le digo—, me llamo John Barren. Vengo del futuro. Sé que me vio en este laboratorio hace dos días y sé que ya ha teorizado que procedía de otra época. Sé todo esto porque fue usted mismo quien me envió aquí.

—¿De verdad? —dice él.

—De verdad. Y cuanto menos diga usted, mejor. Usted diseñó una máquina del tiempo para que les siguiera el rastro a las radiaciones que emite su invento hasta este mismo instante. Ahora que lo ha encendido, no debe

apagarlo nunca. ¿Entiende?

—Sí, pero...

—Necesito su ayuda para dar el último saltito y llegar al momento anterior al accidente —digo—. Usted supuso que esas señales de radiación no identificada procedían de su invento y que, paradójicamente, eran detectables antes de encenderlo. Y tenía razón. Y yo soy la paradoja. La máquina del tiempo está diseñada para seguir los rastros que quedan en la atmósfera hasta el instante en que tuvo lugar el experimento.

Me doy cuenta de que sigo sujetando la máquina del tiempo, como si tuviera las manos atornilladas a ella. Estoy deseando soltar esta mierda después de haberla cargado cinco décadas, pero no puedo hacerlo. Todavía no.

—¿De verdad ha viajado en el tiempo? —dice Lionel.

—Lionel, ya lo sabe. Por favor, no pierda el tiempo. Usted me envió aquí para arreglar lo que salió mal. Para recuperar la línea temporal que corresponde.

—Así que el experimento tendría que haber funcionado —dice Lionel.

—¿Ya ha terminado de decir obviedades? Necesito energía para dar ese salto final. Usted diseñó esta máquina del tiempo para que sea compatible con el Motor. Conéctelos.

Lionel duda. Parece que está a punto de ponerse a llorar. Es un momento enternecedor y triste, pero no tengo ningún interés por empatizar con él ahora.

—¿Es esta la vida que usted quiere? —le digo, señalando el caos que nos rodea—. ¿O quiere la vida que se supone que debería tener?

No menciono que en la vida que se supone que debería tener, pronto estará muerto.

—¿Y Ursula? —pregunta.

—Se queda con Jerome toda la vida. Salvo que cambiemos la línea temporal.

También en la otra línea temporal se queda con Jerome toda la vida, solo que su vida dura apenas nueve semanas más. Pero qué más da, si gracias a eso he conseguido que Lionel conecte la máquina del tiempo al Motor. Al cabo de cincuenta años, no tengo ningún problema ético en relación con las mentiras o las omisiones.

—Usted construirá esta máquina del tiempo —digo—. Tardará muchos

años. Le parecerá imposible porque es imposible, pero usted es Lionel Goettreider, y la palabra *imposible* carece de sentido para usted.

Parece intimidado. Quizá estas gilipollecas para motivarlo son lo que lo ha estado corroyendo durante tantas décadas, pero es lo que ya me había oído decir cuando vi esta escena desarrollándose al revés.

—Ha dicho que yo lo envié aquí —dice—. Pero ¿desde dónde?

—Entiendo que se resista al enterarse de que su futuro está predeterminado, pero puede consolarse pensando que usted fue quien lo predeterminó. Este plan es suyo, lo ideó usted mismo. Para reparar lo que había salido mal.

—Pero ¿no fue culpa suya que el experimento saliera mal? Si no hubiera aparecido justo en ese instante...

—¿Y si usted no hubiera tenido un ataque de pánico al verme? Sí, los dos cometimos errores. Por eso estoy aquí. Puedo disculparme o puedo modificar la línea temporal para que ninguno de esos errores tenga lugar.

—O podría hacer ambas cosas —dice él.

Me mira y me sonrío, como si ya hubiera superado la conmoción inicial y estuviera disfrutando de la situación, que sin duda es de las más disparatadas de la historia. Valoro su capacidad para mantenerse tranquilo en un momento tan tenso, por mucho que vaya a convertirse en ese viejo gilipollas que amenaza con matar a todos mis seres queridos. Lo cual me lleva a la parte de mi plan de la que más desconfío, por su falta de solidez y de naturalidad, pero por lo menos tengo que intentarlo. Hay una remota posibilidad de que funcione.

—¿Me escucha con atención? —le pregunto.

—Sí.

—Me llamo John Barren. Mi padre es Victor Barren. Mi madre es Rebecca Crittendale-Barren. Mi hermana es Greta Barren. En el futuro, los encontrará y podrá investigarlos, pero nunca interactuará con ellos de ninguna manera. ¿Lo entiende? De ninguna manera. Si lo hace, todo se estropeará. Pero usted estará preparado. Cuando me presente ante su puerta, sabrá que ha llegado el momento de actuar. Enviaré a sus secuaces para que los capturen. Para que se los lleven por la fuerza. Necesitaré hacerlo para que yo haga lo que usted quiera.

—¿Qué está diciendo? —pregunta Lionel—. ¿Quiere que secuestre a su familia?

—En el futuro —le explico— no querré ayudarlo. Tendrá que obligarme. Pero nunca les hará daño. Nunca llevará a cabo su amenaza.

—Tiene que haber alguna otra forma —dice Lionel.

—También habrá una mujer llamada Penelope Weschler. Sus secuaces también se la llevarán a ella. Pero algo saldrá mal. Ella intentará escapar. Habrá una pelea y recibirá un golpe terrible.

—Yo soy un científico. El propósito de mi trabajo es crear una energía ilimitada para que la disfrute el mundo entero. Mejorar la vida de todo el mundo. No puedo hacer daño a la gente.

—Y no lo hará —le digo—. Será todo fingido. Yo creeré que es real, pero será una simulación, algo diseñado para que parezca auténtico. Nadie resultará herido.

—No lo entiendo —dice él.

—Usted los llevará sanos y salvos hasta su base de operaciones en Hong Kong.

—Espere. ¿Por qué en Hong Kong?

—Le estoy pidiendo que haga todo esto porque es necesario. Para cerrar el círculo. Su responsabilidad es mantenerlos a salvo, pero que parezca que amenaza con quitarles la vida.

—Si usted cambia el pasado —dice Lionel—, ¿qué importa lo que suceda en un futuro que nunca llegará a ocurrir?

—Importa porque es mi conciencia —digo yo.

Aunque he pasado cincuenta años pensándolo, no estoy seguro de que vaya a funcionar lo de convencer a Lionel para que finja que secuestra a mi familia y que Penny recibe un golpe terrible. Pero tras décadas sopesando cuidadosamente todas las opciones, me parece que la mejor manera de proteger a mis seres queridos sin dismantelar por completo la línea temporal que me ha traído hasta aquí es esta modesta maniobra psicológica. Todo tiene que encajar.

—Muy bien —dice Lionel.

—¿Dónde está su cámara Polaroid? —le pregunto.

—¿Qué cámara Polaroid? —dice él—. No tengo ninguna cámara Polaroid.

—Sí, tiene una. Vaya a buscarla.

Lionel está a punto de contestarme, pero se queda callado. Se ha acordado de algo. Se sube en una pila de escombros y se dirige al recoveco formado por dos mesitas. Saca de ahí su famoso morral de cuero. En su interior hay un

regalo de cumpleaños con un lazo. Lionel rompe el papel en el que está envuelto. El regalo es una Polaroid Automatic 100 Land Camera completamente nueva.

—Es un regalo de mi tía de Copenhague —dice—. Mi única pariente viva. No es mi cumpleaños ni nada. Está perdiendo la memoria. Me confunde con su hermano, mi padre, que cumplía el 29 de junio. He estado dos semanas llevando este regalo de un lado para otro. Pensaba que sería muy deprimente abrirlo.

—¿Ya están conectados los aparatos? —digo yo.

—Sí.

Enciendo la máquina del tiempo y su matriz de detección localiza el rastro de las radiaciones que quedan de mi primer viaje al 11 de julio de 1965 y dibuja un hilo enredado, serpenteante y fractal hasta el lugar y el instante en que todo salió mal.

Lionel carga la Polaroid con un cartucho de película instantánea y yo me pongo a su lado. Apunta la cámara hacia nosotros y saca una foto. No me molesto en mirar cómo la imagen emerge gracias a la fotoquímica. Ya sé qué aspecto tenemos en ella.

—No comprendo el funcionamiento de nada de esto —dice—. ¿Cómo voy a construir una máquina del tiempo? Y aunque alguna vez lograra hacerlo, ¿cuánto voy a tener que esperar a que usted llegue?

—Adiós, Lionel —le digo.

Pongo en marcha el aparato. Ya me he ido.

Que espere.

126.

La radiación está compuesta por tres partículas. Las partículas alfa son combinaciones, con carga positiva, de dos protones y dos neutrones; las partículas beta pueden ser electrones, con carga negativa, o positrones; y las partículas gamma son fotones con una alta cantidad de energía y con carga eléctrica neutra. Las radiaciones tau que produjo el Motor Goettreider al encenderse por primera vez siguen circulando por el laboratorio cuando llego el 13 de julio de 1965, y la matriz de detección de la máquina del tiempo está programada para encontrar el rastro que han dejado y seguirlo hasta su origen, dos días antes, el 11 de julio de 1965.

No tardo en descubrir que perseguir una nube de energía degradada retrocediendo en el tiempo es sumamente desconcertante. Me siento como un giroscopio que da golpes en el interior de una secadora que avanza por una montaña rusa en medio de un tornado. Incluso pensar resulta complicado. Capto algunos instantes justo cuando están a punto de quedar atrás. Goettreider manipulando el prototipo para arreglar la fuga radiactiva tras la que voy yo. El polvo cayendo, pero todo ocurre al revés, por lo que el polvo se levanta y se convierte en una neblina inquieta. Un terrible estruendo mientras la mitad del techo que ha quedado convertida en escombros se alza desde el suelo y se va colocando en su lugar. Mientras el techo se reconstruye, una docena de hombres con máscaras de gas y trajes protectores de los años sesenta, con unos guantes de goma sujetos a las muñecas con bandas elásticas, salen a toda prisa de la habitación para ponerse a salvo. Antes de eso, inspeccionan las ruinas con unos contadores Geiger amarillos, blandiendo los sensores metálicos por todo el laboratorio y dando unos golpecitos a las tapas de cristal que hay sobre las agujas de los calibradores para confirmar que las lecturas son correctas.

Aparecen unos paramédicos que se llevan a los testigos que no pueden caminar a causa de sus lesiones. El resto se marcha del laboratorio cojeando o

arrastrándose. A Goettreider se lo llevan bruscamente. Está sentado contra la pared, aturdido, y un paramédico le inspecciona las heridas. La nariz se le ha quemado y le sangra sin parar. Él mira la máquina, con las palmas de las manos despellejadas apoyadas en el regazo.

Los bomberos apartan los escombros para abrirse camino hasta la puerta. Apartan a Ursula de Jerome, aunque ella no deja de gritar y de extender los brazos hacia él. Ursula está sentada en el suelo, cogiéndole la cabeza a Jerome, sollozando, mientras él se estremece y se retuerce, agarrándose el muñón cauterizado.

El Motor deja de dar vueltas, va más lento, Goettreider lo apaga, ejecuta un procedimiento para detenerlo de manera segura. Tiene las manos chamuscadas, en carne viva, va dando tumbos hasta el panel de control, se levanta del lugar junto a la pared donde había caído cuando lo empujé justo antes de encender el Motor de nuevo y rebotar hacia mi propia línea temporal.

Cuando llegan los últimos segundos, cuando el hilo termina de rebobinarse, cuando me sincronizo con el momento en el que llegué por primera vez a este instante, tengo la cabeza completamente revuelta. Veo los acontecimientos que ya he vivido, pero me parecen frenéticos, descontrolados, como un torrente de palabras correctas aunque organizadas con una sintaxis incorrecta, torcida y trastornada.

127.

Desaparece Tom, algo para servido ha acción desesperada y última su si saber sin. Motor el encender a vuelve y salvarlo para Lionel a empuja Tom, funden se tiempo el en viajar para artilugio del circuitos los mientras. Quemarse de punto a está. Ampollas salirle a comienzan, recalentado Motor al cercano más el, Lionel a. Salida hay no pero, escapar intentan observadores demás los. Hacerlo al chamusca le se brazo un y onda una de Ursula a valientemente aparta Jerome. Laboratorio el completo por destruyen azules ondas terribles unas. Derretirse a empieza y temblar a pone se que, Motor el abruptamente apaga Lionel, pánico del presa.

Laboratorio su en fantasmal figura una ve Lionel. Invisibilidad de campo su altera y Tom contra impacta columnas las de una que hasta. Inofensivas pero deslumbrantes, plateada luz brillante una desprendiendo, habitación la por salvajemente giran humo de columnas unas. Energía de cantidad inmensa una generar a comienza y velocidad su aumentando va Motor el.

Motor el encender para palanca la sube que, Lionel de preocupaciones las sobre impone se momento del social presión la, fortuna por. Él de procede radiación dicha que de cuenta da se Tom. Desconocido radiación de tipo un captan Lionel de instrumentos los. Jerome, Ursula de marido el incluyendo, observadores demás los llegan. Aventura una tienen que descubre Tom así y solos estar creen. Francoeur Ursula interrumpe lo pero curiosidad siente Lionel.

Goettreider Lionel confuso un de atención la llamando, entorno el con involuntariamente interactúa Tom, inmaterial no pero invisible. Goettreider Motor el vez primera por active Goettreider Lionel que de antes minutos unos solo, 1965 a 2016 de viajar para padre su de tiempo del máquina de prototipo el emplea Barren Tom, estupidez la y rabia la, dolor el, impresión la por llevado.

128.

Si queréis recordar lo que pasó la última vez que fui al 11 de julio de 1965, releed los capítulos que van del 44 al 54. Yo estoy tan desorientado que me he olvidado de todo lo que ocurrió hasta el capítulo 52, más o menos.

Mi plan consistía en que, al llegar, me haría con el control de mi conciencia en 1965 del mismo modo que había hecho con la de John en 2016. Habría dos versiones de mí viviendo simultáneamente en el mismo punto del espacio-tiempo, y mi mente presente guiaría a mi yo anterior para que activara el sistema de regreso de emergencia del artilugio para viajar en el tiempo antes incluso de que se encendiera el Motor Goettreider por primera vez.

Pero el plan se estropea de inmediato. Llego, sí, y me hallo dentro de mi cuerpo, pero estoy medio grogui y muy desconcertado. No puedo pensar con claridad, y menos aún impedirme —impedirle al Tom que era en mi primer viaje a 1965— tomar exactamente las mismas decisiones exactamente en el mismo orden que la otra vez. No sé si es porque estoy en el interior de mi mente anterior, pero no soy capaz de tomar el timón cognitivo. Observo mis actos, pero no puedo cambiarlos.

¿He pasado cincuenta años inmóvil solo para verme a mí mismo cometiendo los mismos errores monstruosos? Si fracaso, sé que mi salud mental no resistirá otro intento. Me desquiciaré. Quizá ya esté desquiciado.

Estoy atrapado en mi propia mente, observando cómo meto la pata una y otra vez, y soy incapaz de detenerlo, de detenerme, de detenernos.

Supongo que esto mismo sentirá John con respecto a mí.

En alguno de esos capítulos se habla de un «cosquilleo» que, desde el fondo de mi mente, me decía —a Tom, al Tom anterior— que me quedara oculto, detrás de la gente, en vez de cambiar de posición para tener una vista mejor. Ahora me doy cuenta de que ese «cosquilleo» era yo —el yo actual; joder, qué difícil me resulta usar bien los pronombres—, empleando toda mi

capacidad cognitiva para hacerme con el control de la conciencia de Tom — del otro Tom— antes de que saliera de su escondite y quedara a la vista de Lionel. Y no hay mucho tiempo. En unos instantes, Lionel va a encender el Motor.

Tengo que apartarme del camino de las ondas de energía que están a punto de surgir del Motor y anular mi campo de invisibilidad, desencadenando toda la serie de acontecimientos que he venido a tratar de evitar. Pero no puedo hacerlo. Soy un observador impotente encerrado en sí mismo.

Imaginaos una habitación. Cuatro paredes, una de ellas con una ventana enorme por la cual puede verse el mundo exterior. Las paredes de la habitación están hechas de recuerdos, colocados en capas que se superponen y encajan como los cristales de un vitral, formando la historia de una vida, una historia de una densidad infinita. Esa es la mente de Tom en 1965.

Ahora colocad una habitación idéntica en esa habitación. Esta es mi mente al viajar a 1965 por segunda vez, metida en el mismo cuerpo. Las paredes están hechas con mis recuerdos y hay otra ventana enorme, pero que da a la ventana de la primera habitación.

Y hay una tercera habitación dentro de la segunda, que está dentro de la primera: la conciencia de John, que está dentro de mi conciencia, que está dentro de mi conciencia anterior. Son como muñecas rusas. Esa habitación está hecha con los recuerdos de John y, por ahora, él se encuentra encerrado en su interior.

Estoy tratando de aclararme las ideas, de mantener a John encerrado y de hacerme con el control de mi conciencia anterior, todo al mismo tiempo y antes de que el desastre que he venido a evitar tenga lugar repitiendo la secuencia original.

La mala noticia es que no lo estoy logrando.

La buena noticia es que he pasado cinco décadas atrapado en mi mente, de modo que he desarrollado una serie de recursos cognitivos con los que puedo llevar mi conciencia hasta el frente.

Veo a Lionel accionar la palanca y encender el Motor. En unos segundos, esas brillantes ondas de energía van a cruzar la habitación, deslumbrando a los testigos y anulando mi campo de invisibilidad. Lo mejor que puedo hacer, probablemente lo único que puedo hacer, es apoderarme de esta mente y salir de aquí mientras Tom esté distraído con el experimento. Tendré que estar muy atento para elegir el instante preciso, pero creo que puedo hacerlo...

Y ese instante es cuando toda la pared trasera de la habitación —es una metáfora, desde luego, pero también es lo que siento cuando ocurre— explota, y en medio de una lluvia de yeso y ladrillo, algo espeso y negro empieza a salir a borbotones, amenazando con sumergirnos a todos en unos recuerdos fríos, húmedos y untuosos que no conocía pero que se quedan adheridos a todo lo que tocan y consiguen arraigar con una fuerza alarmante.

Son recuerdos ajenos, pero esta mente también es su hogar. Son recuerdos a los que les corresponde estar aquí tanto como a los míos. Recuerdos de una línea temporal en la que todo va mucho, mucho peor.

129.

Así es como empieza el apocalipsis.

El 11 de julio de 1965, Lionel Goettreider prueba una fuente de energía experimental ante un grupo de colegas en un laboratorio situado en San Francisco (California). Pero antes de que el artilugio que ha construido alcance su máxima velocidad, la inexplicable aparición de un observador fantasmal lo sobresalta. Goettreider apaga la máquina repentinamente, provocando un fallo en su funcionamiento. Surgen unas terribles ondas de energía destructiva. El laboratorio queda destrozado. Goettreider y sus dieciséis colegas se queman. El observador —perdón, no sé por qué estoy describiendo los acontecimientos como si no formara parte de ellos, pero los recuerdos inundan mi mente a tal velocidad que resulta más fácil contarlos con distancia e indiferencia que asimilar todo lo que implican—, el observador, es decir, yo, me veo arrojado hacia un futuro completamente nuevo debido a la sobrecarga del aparato para viajar en el tiempo.

Pero la catástrofe no termina ahí. La fusión genera un cráter de 3.500 kilómetros de diámetro, tan caliente que el material cristalino de la parte inferior tiene un kilómetro y medio de grosor. Como San Francisco está en la costa, la mitad del cráter se encuentra en el océano Pacífico, y provoca tsunamis y terremotos que destruyen grandes partes de las costas orientales de Asia y Australia. California desaparece. Oregón, Washington, Idaho, Montana, Utah, Wyoming, Nevada, Arizona, Nuevo México, Colorado, Dakota del Sur, la mayor parte de Dakota del Norte, Nebraska, Kansas, Oklahoma y como la mitad de Texas, tres cuartos de la Columbia Británica y las mitades inferiores de Alberta y Saskatchewan, Baja California, Sonora, Chihuahua, Sinaloa, Durango y Coahuila de Zaragoza quedan abrasadas y se convierten en un yermo que el océano no tarda mucho en cubrir. Hawái, evidentemente, desaparece. Fiji, Tonga y las islas Cook desaparecen. Japón desaparece. Taiwán desaparece. Papúa Nueva Guinea desaparece. Filipinas

desaparece. Indonesia desaparece. La isla Norte de Nueva Zelanda desaparece, pero la isla Sur sobrevive. Costa Rica y Panamá quedan destruidas casi por completo. Los terremotos desestabilizan innumerables ciudades mientras los movimientos espasmódicos de las placas tectónicas desgarran la superficie del planeta.

Se producen grandes cambios en el nivel del mar en todo el mundo, lo cual, junto al efecto deformante provocado en los campos magnéticos de la Tierra por una liberación de energía sin precedentes, da lugar a un reposicionamiento radical de los polos magnéticos. El polo sur magnético se desplaza algo más de mil kilómetros hasta situarse en medio del océano Índico. El polo norte magnético acaba en la bahía de Hudson. Lo que queda de Canadá y del norte de los Estados Unidos termina enterrado en una tumba de hielo de casi un kilómetro de grosor. La tierra que hay debajo de la Antártida se vuelve habitable de repente: es un territorio virgen, desolado pero prístino. Por supuesto, todo el mundo lo invade y lo reclama como propio.

Es decir, todo el mundo que no se dedica a lanzar misiles a los demás. En los Estados Unidos comienza una segunda guerra civil tras un golpe de Estado militar que se apodera del arsenal nuclear del país y lo descarga contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas creyendo, pese a que las pruebas indican lo contrario, que la explosión de San Francisco es el primer ataque de la Tercera Guerra Mundial. Los soviéticos sostienen que son inocentes, pero un tercio de los Estados Unidos se ha volatilizado y otro tercio está cubierto de hielo, de modo que nadie es capaz de pensar con claridad. Tanto los Estados Unidos como la URSS se vuelven lugares inhabitables durante generaciones.

La inversión de la polaridad tiene consecuencias caóticas en el clima del planeta y provoca el hundimiento de ecosistemas enteros. Los supervivientes emigran en masa, tratando de escapar de las nubes de cenizas radiactivas que los huracanes propagan por todo el planeta. China se apodera de lo que queda de Asia, afirmando que ningún otro país está capacitado para hacer frente al cataclismo. En Europa y África estallan docenas de guerras civiles. Australia intenta mantenerse al margen, lo cual la convierte en un objetivo fácil cuando China se lanza a por ella. Sudamérica proclama una unificación política de emergencia y acaba siendo lo más parecido a un lugar seguro y estable, aunque nadie está a salvo de las pestilentes nubes que llevan las cenizas

tóxicas de un lado a otro.

Pero igualmente me presento en 2016 contando un relato delirante sobre viajes en el tiempo.

El arrastre temporal está plenamente operativo: para existir en 1965, tengo que haber nacido en 1983 y recobrar la conciencia en 2016. Los padres de mi madre procedían del norte de Inglaterra y sobrevivieron a la Tercera Guerra Mundial. Los padres de mi padre no se trasladaron de Austria a Canadá, de modo que él creció entre las ruinas de Viena. Se conocieron en un hospital de Ginebra. Mi padre había perdido las dos piernas tratando de detener a un terrorista suicida en el Museo Voltaire y mi madre se había quedado ciega debido a que le había caído ceniza radiactiva en las pestañas cuando estaba oculta en los Alpes, en una estación de esquí que había quedado abandonada tras ser arrasada por una avalancha de nieve. Iba por la mitad de *Grandes esperanzas* cuando se quedó sin vista. Por un error administrativo, los pusieron en la misma habitación y comenzaron a hablar. Mi padre se ofreció a leerle a mi madre el resto de la novela. Tardaron tres días en terminarla. Después, hicieron el amor.

Ella no llegó a saber qué aspecto tenía él. Mi padre murió al día siguiente. La relación sexual le exigió un esfuerzo que hizo que se desplazara un trozo de metralla que tenía alojado en la válvula aórtica. Mi madre me puso de nombre Victor y me llevó a Argentina para empezar una nueva vida. Mejor dicho, eso fue lo que intentó. Murió en el barco, en algún punto del océano Atlántico. Era difícil escapar del cáncer.

Tras quedarme huérfano en el mar, me medio adoptó el capitán del barco, un hombre llamado Hathaway, pensando que a su mujer, que vivía en Australia, le vendría bien la compañía. Era una señora muy cariñosa. Se llamaba Marigold. Guardo algunos recuerdos bonitos de ella, de antes de que la asesinaran unos ladrones cuando yo tenía nueve años.

Mi adolescencia, en el interior de Australia, fue bastante montaraz y no estuvo demasiado mal, teniendo en cuenta que el ecosistema del planeta andaba en caída libre. La vida se extinguió por completo en los océanos. A los reptiles no les iba mal, pero las aves y los grandes mamíferos habían desaparecido. La tierra era tóxica. Cuando llovía, tenías que refugiarte debajo de algo muy seguro porque las gotas de agua te quemaban la piel. La Luna empezaba a parecer una opción sensata para instalarse, aunque como la economía mundial se había derrumbado y todas las naciones desarrolladas se

encontraban en un estado de guerra perpetua, nadie podía construir naves espaciales.

A los diecisiete años me alisté en el Nuevo Ejército Pacífico, un forzado pacto militar entre China y Australia, que compartían el control de la Antártida y la empleaban como base para lanzar escaramuzas contra la República Sudamericana. En el Nuevo Ejército Pacífico hacían unas pruebas muy rigurosas para determinar el lugar de cada individuo en la maquinaria social, y a mí me destinaron a Investigación y Desarrollo, así que empecé a estudiar ciencias e ingeniería en vez de limitarme a aprender formas eficaces de matar a la gente. A ver, el objetivo final era inventar nuevas formas eficaces de matar a la gente, pero en cualquier caso había libros de por medio.

Mi carrera iba en ascenso cuando el 11 de julio de 2016 me puse a retorcerme por el suelo y a soltar juramentos y me desmayé. Al volver en mí, conté una historia de locos según la cual había retrocedido en el tiempo y había sido testigo del accidente que desencadenó el apocalipsis.

Las investigaciones científicas, en el Nuevo Ejército Pacífico, estaban razonablemente abiertas a los fenómenos inexplicables —supongo que es algo que ocurre cuando tu mundo queda devastado por un fenómeno imposible de explicar—, de modo que mis superiores no se negaron a hacer llegar mi mensaje a los puestos más altos de la cadena de mando. Un general que tenía mucho peso político, Antares Liong, sintió curiosidad, quizá porque pensó que por medio de los viajes en el tiempo podía derrotar a sus enemigos incluso antes de que se convirtieran en enemigos. Siguiendo sus órdenes, pasé a formar parte de un grupo clandestino cuya misión era construir una máquina del tiempo.

Al final, todos mis colegas fueron ejecutados por no poder cumplir con el objetivo. Como yo era el visionario que había inspirado el programa, me libré del pelotón de fusilamiento, pero sufrí otra clase de muerte: me congelaron en una cámara criogénica hasta que pudieran inventarse los viajes en el tiempo. Yo di por hecho que eso no ocurriría nunca, así que cuando el frío empezó a sumirme en un sueño profundo, pensé que aquella era la muerte más feliz que el mundo podía ofrecer.

Quizá alguien, a la larga, inventara los viajes en el tiempo, me descongelara y devolviera la conciencia y me enviara a 1965. No lo sé. Eso no forma parte de los recuerdos que me están devorando vivo. Puedo haber estado congelado una semana o diez mil años. Lo único que sé es que todo lo

que considero cierto está cuestionado por una nueva realidad que insiste, alto y claro, en que lo que sucede es que Lionel acciona la palanca, el artilugio se apaga y comienza a derretirse y yo no lo detengo.

El apocalipsis ya ha ocurrido. Alguien me envió aquí, pero no para prevenir el fin del mundo, sino para presenciar su comienzo.

130.

Ahora lo entiendo. Estoy todo el tiempo metido en un bucle causal.

El plan era que restaurara la línea temporal de mi 2016 asegurándome de que el experimento de Lionel saliera bien. Pero lo que traté de explicarle a Lionel antes de que me enviara aquí, lo que él se negó a aceptar incluso después de todo lo que pasó con Ursula, es que los viajes en el tiempo son malísimos para corregir errores. En cambio, son buenísimos para provocar errores aún más graves. No es posible recuperar mi mundo. Cuando viajé a 1965 por primera vez, lo borré para siempre. Esa realidad ha desaparecido y no hay tiempo para lamentarse por ello. Lo único que importa ahora es conseguir que el Motor Goettreider no falle y destruya medio planeta.

Por lo tanto, tengo un objetivo muy simple: evitar el apocalipsis.

Y mi única oportunidad para lograrlo es actuar exactamente igual. De hecho, cualquier intento de actuar de otra forma dará lugar a la espantosa línea temporal que ahora se me está metiendo en el cerebro. El experimento de Lionel debe fallar, pero sin poner nada en riesgo. Cuando Lionel se asuste y apague el Motor, tengo que estar preparado para encenderlo de nuevo antes de que empiece a derretirse.

Pensaba que la realidad de John era la peor posible, pero la de Victor es mucho peor, infinitamente peor. Resulta que el 2016 de John es el mejor al que puedo aspirar. Y cada segundo que pasa, es un poco más improbable.

Debo tomar el control de este cuerpo. Pero aunque he tenido cincuenta años para prepararme, no contaba con esto. No contaba con Victor.

Estamos juntos en el mismo cerebro, así que sé lo que quiere, igual que él sabe lo que quiero yo. Victor solo puede nacer si el apocalipsis tiene lugar. En su línea temporal, nadie evita que el Motor se derrita. Necesito que Tom levante la palanca, y Victor necesita impedir que lo haga. Quien logre imponerse podrá existir.

Justo ahora, en este momento, ambas líneas temporales son igualmente

posibles.

Joder.

Siento como si estuviera nadando en aguas residuales llenas de corrosivos recuerdos e impulsos y creencias, mientras la mente de Victor va anegando la mía como el océano Pacífico llenó el cráter de fondo cristalino que la fusión abrió en la Tierra. Perdón, que abrirá en la Tierra dentro de... algo menos de treinta segundos.

Lionel ya ha encendido el Motor. Yo ya he cambiado de lugar para poder ver mejor. Dentro de unos segundos, las ondas de energía me alcanzarán y anularán mi campo de invisibilidad. Lionel me verá y bajará la palanca, apagando el Motor, que se recalentará. Las inofensivas ondas de energía se volverán destructivas. Los observadores se pondrán a gritar mientras la habitación en la que están se viene abajo. Jerome salvará a Ursula pero perderá el brazo. Yo empujaré a Lionel para que no le pase nada y levantaré la palanca, justo en el momento en que mi deteriorada máquina del tiempo active el sistema de regreso de emergencia que me devolverá al futuro.

Todo eso tiene que ocurrir en los próximos veintiún segundos.

Lo cual significa que tengo veinte segundos para salvar el mundo.

131.

Veinte. De los rollos de absorción del Motor sale la primera onda de energía. Los Dieciséis Testigos se quedan impactados, encantados, fascinados. Tom no sabe que los demás estamos metidos en su mente, pero como está distraído con el Motor, tengo una oportunidad para quitarle el control. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, Victor ataca y me empuja contra las paredes, hechas de capas de recuerdos. Parecen sólidas, pero en realidad son blandas y flexibles como una membrana y atravesamos una, asomándonos a otro tiempo por una puerta hecha de arenas movedizas.

Diecinueve. Surge la segunda onda de energía, la que anula el campo de invisibilidad de Tom, pero él está demasiado deslumbrado por las brillantes espirales para darse cuenta de que se ha quedado sin camuflaje. Yo estoy en el dormitorio de Robin Swelter, que suelta un grito mientras su hermano me da un puñetazo en la cara. Pero esta es la lógica de los sueños, una lógica resbaladiza e inestable; es el puño de Victor el que me manda, despatarrado, hacia otro recuerdo.

Dieciocho. Lionel alucina al ver a Tom aparecer de repente en su laboratorio. Yo aterrizo en una silla de la sala de juntas del estudio de arquitectura de John. Victor me embiste desde el otro lado de la mesa de madera de arce mientras los socios del estudio nos miran en silencio. Todo es pegajoso y elástico. Es un mundo de cera derretida.

Diecisiete. Tom se queda petrificado cuando repara en que Lionel lo ve. Pero no se trata de un mero ataque de pánico. Aquí dentro hay un caos tremendo: múltiples conciencias compitiendo por el control cognitivo. Para Tom, sus pensamientos son un tartamudeante eco de los imperativos contradictorios que él confunde con el miedo. Yo estoy en el jardín delantero de la unidad habitacional de mis padres, mi madre lee una novela en la hierba, mi padre trabaja sentado frente a su escritorio, el limonero protege la ventana de su despacho. Victor aparece pilotando un coche planeador, gira

bruscamente y se sale de la formación. Pero veo que no se dirige hacia mi madre, sino hacia mí. Me preparo para tratar de esquivarlo y John me atrapa con fuerza. Pensaba que estaba a salvo de él, que no podría escapar de la prisión en la que se hallaba, pero en cuanto entendió que era viscosa y floja logró salir de ella. Consigo zafarme de él justo a tiempo y el impacto los arroja a los dos muy lejos.

Dieciséis. Logro hacerme con el control de Tom durante el tiempo suficiente para que vuelva a activar su campo de invisibilidad, de modo que desaparece. John y Victor me arrastran a otro recuerdo. Hay algo en Victor que me resulta familiar y que no soy capaz de identificar. Pensaba que John era una versión empeorada de mí, pero ¿qué pasa si yo soy una versión mejorada de él, y nunca se me ocurrió que podía tener un rival tirando de él hacia otro lado, un rival lo bastante astuto como para permanecer oculto hasta ahora?

Quince. Lionel les pregunta a los confundidos observadores si alguien ha visto lo que ha visto él. John y Victor se me acercan en el callejón de Hong Kong donde me atracaron. No se conforman con apoderarse de Tom. Lo que quieren es eliminarme. No soy un luchador, sino un corredor, así que echo a correr.

Catorce. Jerome parece sospechar de la familiaridad con que Ursula trata a Lionel. Mientras huyo a toda pastilla por el callejón, las paredes de los edificios se desdibujan y transforman en una verde espesura, un bosque de una altura imposible con el suelo cubierto de agujas de pino. John me persigue, pero Victor aprovecha el momento para tomar las riendas de la mente de Tom.

Trece. Tom quiere activar la función de regreso de emergencia y salir a toda mecha del pasado. Pero en realidad se trata de Victor, que está guiando a Tom y quiere echarlo del presente para que nadie pueda evitar la fusión. Corro a través del bosque, sin saber si John sigue detrás de mí.

Doce. Lionel entra en pánico y tira hacia abajo de la palanca de encendido para apagar el Motor. Este es el punto de no retorno para todos nosotros. El suelo del bosque ya no está cubierto por agujas de pino, sino por libros en proceso de descomposición, ejemplares de tapa dura de *Grandes esperanzas* abiertos por la página que estaba leyendo mi madre cuando murió.

Once. El Motor tiembla y escupe unos finos rayos eléctricos. No es de extrañar que Tom esté petrificado: hay tres versiones de él agitándose en su

mente. Yo estoy en la biblioteca abandonada y de la pila de libros mohosos brotan unos limoneros iguales al que le salvó la vida a mi padre. Siguiendo un impulso, me pongo a excavar con las manos entre los libros podridos. Desgarro las páginas y la tinta me mancha las manos, tatuándome palabras sueltas que forman frases carentes de sentido.

Diez. Las ondas de energía, que hasta ahora eran inofensivas, adoptan un tono azul intenso y destruyen el panel de control. Victor impone su voluntad, manteniendo a Tom paralizado. Lo único que necesita es impedir que Tom haga nada mientras el Motor se sobrecarga. Entro en el apartamento de John atravesando el techo y caigo al suelo. Victor y John se disponen a atacarme. Busco una ventana o una puerta para escaparme, pero han bloqueado todas las salidas. Victor le indica a John que me acorrale... y ese rasgo familiar que no podía identificar sale a la luz. El día que John me aniquiló e hizo todas esas cosas horribles, Victor estaba ahí. Porque fue el mismo día que Lionel rompió la corteza de la realidad. No fue John el que se introdujo entonces. John ya estaba ahí. Fue Victor. Él fue quien obligó a John a hacer lo que hizo. Y ahora lo está controlando de nuevo, tratando de eliminarme, ya que soy lo único que obstaculiza su existencia. Noto su desesperación; solo quiere conservar su arruinado mundo, pero eso implica matar a miles de millones de personas. No puedo permitir que eso ocurra. No voy a permitirlo. Me siento atravesado por una corriente eléctrica, como un filamento metálico que de pronto se hubiera puesto incandescente. No es ira. No es miedo. Es algo más simple que esos impulsos, algo tranquilo y dispuesto y verdadero. Es determinación. Creo que al fin he encontrado una lucha de la que no puedo escapar.

Nueve. Ursula le grita a Lionel que se aparte de la máquina. Y ese grito tiene un toque que no acabo de captar. Es como si tuviera una palabra en la punta de la lengua, pero no es una palabra. Es una sensación. Hasta ahora, he estado a la defensiva, de modo que Victor no espera que lo lance a través de la pared llena de revistas de ciencia ficción enmarcadas. Aterrizamos en la casa de Tom, en la planta ciento ochenta y cuatro del complejo octogonal. Los coches planeadores pasan velozmente junto a las ventanas, persiguiéndose con furia entre explosiones violentas y silenciosas. Victor me desafía, feroz, y veo con claridad que es demasiado fuerte como para ganarle una pelea. Pero tiene que haber alguna otra manera. Seguro que tengo algo que él no tiene. Algo que ni siquiera percibiría como una amenaza. Y

entonces lo veo. Sobre la cama. Un pelo de Penelope. Y entonces me doy cuenta: en ninguno de los recuerdos en los que hemos estado luchando aparecía Penny. Ella es la llave. No, la llave no. La cerradura.

Ocho. La siguiente onda azul va directa hacia Ursula, pero Jerome le da un empujón y la salva. Su brazo extendido queda desintegrado hasta la altura del codo. Me sumerjo en la turbia ciénaga de mi mente, sin estar muy seguro de qué estoy buscando, hasta que encuentro algo enterrado en esos recuerdos pastosos y elásticos, algo duro. Se trata de un recuerdo pálido y frágil, pero sólido. Es la cafetería donde Penny y yo desayunamos después de la primera noche que pasamos juntos. No sé de qué hablamos ni qué pedimos, aunque tengo la sensación de que ahí hay una posibilidad. Cuando trato de calzar este débil recuerdo en la melosa red que me rodea, se mantiene en su lugar. No basta para detener a Victor, pero no es el único recuerdo que tengo de ella.

Siete. Los demás observadores entran en pánico al mismo tiempo mientras otra llamarada hace una raja en el techo. Construyo una estructura con mis recuerdos de Penny. Algunos son tan delgados que se doblan por los bordes cuando los cojo: un viaje en taxi bajo la lluvia, las luces de la ciudad borrosas y vívidas como pintura mojada formando un halo alrededor del perfil de su rostro. Pero otros son fuertes y consistentes como ladrillos: su librería, Penny leyendo una novela sentada en un taburete, demasiado absorta como para mirar al cliente que acaba de aparecer para cambiarle la vida; la casa de mi familia, la cena que empezó tan bien y acabó tan mal; el auditorio donde di mi conferencia, dispuesto a correr cualquier riesgo porque entré de su mano; la puerta de su apartamento, la expresión de su rostro cuando se dio cuenta de que John se había equivocado al decir que yo no iba a volver nunca más. Ese recuerdo es tan pesado que casi no puedo levantarlo. La noche en que nos conocimos, su cocina, nuestro primer beso. Ese recuerdo podría soportar cualquier carga. Victor es soldado y sabe luchar. Pero yo soy arquitecto. Yo sé construir.

Seis. A Lionel se le llenan las manos de ampollas, se le queman los pelos de la cara y la punta de la nariz. Cuando encierro a Victor en la estructura de recuerdos que he armado, arremete contra ella, pensando que la va a atravesar con la fuerza bruta. Pero no puede. Para estos recuerdos tendría que emplear una táctica distinta.

Cinco. Ursula acuna a Jerome, que está conmocionado. Mientras intento atrapar a Victor, John se apodera de Tom y no tengo ni idea de qué lo

obligará a hacer. Sigo añadiendo recuerdos a la prisión de Victor, tantos como puedo encontrar, y él no es capaz de dar con una manera de atravesarlos. Porque Victor no tiene a ninguna Penny. No sabe lo que te hace querer a alguien como yo la quería a ella.

Cuatro. Este es el momento del que tan orgulloso me sentía, el momento en que actué con sangre fría a pesar de estar bajo presión. Pero ahora sé que es John el que acaba con la parálisis cognitiva y el terror animal de Tom, lo cual tiene sentido: Tom nunca ha sido valiente. Era imprudente, y en algunas circunstancias la imprudencia puede parecer una muestra de coraje. Pero Tom nunca ha sido de la clase de tío que saca fuerzas de flaqueza en medio de un apuro y resuelve una situación. No confío en John, pero él es quien hace que Tom empiece a actuar.

Tres. Tom aparta a Lionel del Motor de un empujón. O, en realidad, es John el que lo hace. Victor se pone hecho un basilisco. Está loco de rabia. Pero ¿por qué John no coge la palanca y acaba con todo esto? ¿Por qué está deleitándose con la explosión de adrenalina que se produjo en él al empujar a Lionel? Y entonces, porque todos estamos juntos en la misma mente, lo comprendo: a John no le importa la fusión ni le interesa impedirlo. Solo quiere vengarse de Lionel por el daño que le ha hecho a nuestra familia. No me había dado cuenta de que John sentía una lealtad tan intensa y protectora. Pero si no lo detengo, asesinará a Lionel Goettreider en el pasado para que nunca pueda convertirse en el hombre que amenazó a nuestros seres queridos.

Dos. Una onda impacta contra Tom, achicharrando su máquina del tiempo y poniendo en marcha el protocolo de regreso de emergencia. Me queda un segundo para subir la palanca. Y por fin entiendo lo que tengo que hacer. El crimen de Tom, borrar todo un mundo y a todos los que vivían en él, es incomparablemente peor que nada de lo que Victor o John hayan hecho nunca. Jamás he podido perdonarme por ello. Incluso ahora siento el peso terrible del arrepentimiento. No quiero que ninguno de ellos siga dentro de mí. No quiero la agresividad y el desconsuelo de Victor, ni la arrogancia y el desapego de John, pero tampoco quiero la melancólica pasividad y la indiferencia inmadura de Tom. Quiero purgarme, deshacerme de todos ellos. Quiero que no quede en mí nada que no sea ligero y puro y bueno. Pero, por supuesto, eso no es realista. Así solo son las estatuas de las plazas, que están desprovistas de cualquier cualidad humana que no pueda esculpirse en bronce. Lo que aglutina todos mis recuerdos de Penny es la abrumadora

sensación de que hay alguien que no necesita que sea nada más que lo que soy. Eso es lo que puede hacerte el amor, si se lo permites: construir una persona a partir de todos tus trozos rotos. No importa que se vean los puntos. Los puntos, las cicatrices, solo demuestran que te lo has ganado. Y entonces dejo de intentar que todas las versiones de mí se mantengan separadas y trato de que formemos una unidad. Dejo escapar a Victor, pero en vez de luchar contra él, me junto con él. John no lo ve venir hasta que ya es demasiado tarde y lo hemos arrastrado a nuestro interior. Tom no tiene ni idea de lo que está ocurriendo en su cabeza, pero no lo necesitamos. Hemos tomado el control.

Uno. Subimos la palanca de encendido del Motor justo cuando el protocolo bumerán nos devuelve al presente. Al único presente que habrá jamás.

132.

Siento una punzada ansiosa y fría: temo despertarme en el hospital, tras haberme desmayado en la zona de obras de John, y verme forzado a revivir toda esta secuencia una y otra vez en un bucle interminable. Pero ese espanto existencial en concreto se me ha ahorrado. Este último viaje en el tiempo se hace con el aparato instantáneo de mi padre, de modo que no me veo obligado a pasar otros cincuenta años de parálitica introspección. Con un fuerte destello de luz y un poderoso zumbido, aparezco de nuevo en 2016. Hasta ahora no había apreciado el genio de mi padre, lo bien parado que sale al compararlo con Lionel.

Por la expresión de perplejidad de su rostro, que tengo justo delante, está claro que casi no ha pasado nada de tiempo. Todo está exactamente como estaba cuando me marché, salvo que no estoy sujetando la máquina del tiempo.

—No ha funcionado —dice Lionel.

—Sí que ha funcionado —digo yo.

—¿Regresó al pasado?

—Sí.

—Pero yo sigo aquí —dice él.

—Así es, Lionel. Lo hemos conseguido. Hemos salvado el mundo.

Le doy un abrazo. Su cuerpo se pone rígido cuando lo aprieto contra el mío, rodeándolo con mis brazos.

—No —dice Lionel—. Tiene que intentarlo de nuevo.

Evidentemente, no abracé a Lionel porque lo hubiera echado de menos. Lo hice para acercarme lo bastante para poder pellizcarle un nervio del codo, mandándole unas dolorosas ondas hasta el cuello, mientras le arranco de la muñeca el artefacto que utiliza para manejar todos los sistemas que hay en sus instalaciones, lo tiro al suelo y lo pisoteo, destruyendo sus delicados circuitos con mis tacones.

Debe de haber una alarma incorporada, porque en cuanto se lo quito de la muñeca la puerta de seguridad se abre y Wen, el chófer del cuello ancho, entra a toda prisa con su pistola semiautomática en la mano.

Cojo a Lionel y lo pongo delante de mí para que me sirva de escudo y lo empujo ligeramente hacia Wen. Lionel se tambalea y tiene que dar un paso adelante para no perder el equilibrio. Wen vacila al ver que su principal fuente de ingresos está a punto de caerse al suelo de bruces.

Aprovecho ese momento de duda para arremeter contra Wen, de lado, con el fin de ofrecerle un blanco más pequeño. No tengo ni idea de cómo sé que debo hacer eso. Wen trata de apuntar, pero ya es demasiado tarde.

Le cojo la mano que sostiene la pistola, aparto el arma de mí y le rompo el dedo que está sobre el gatillo mientras le doy un codazo en la nariz y le machaco todos los cartílagos.

Con la otra mano le cojo la parte de atrás del cuello y se lo retuerzo de forma brusca, cortando la conexión de la columna vertebral con los músculos.

A Wen comienzan a temblarle las piernas y, consciente pero temporalmente paralizado, se desploma contra el suelo. Tengo su pistola. Le empieza a salir sangre de la nariz rota, pero no puede mover ninguna parte del cuerpo por debajo de los hombros, de modo que se limita a retorcerse como una araña atrapada.

Coloco la punta de la pistola sobre la frente de Lionel.

A ver, todo esto me lleva unos dos segundos, y aunque soy yo quien lo ha hecho, me parece increíble y tremendo.

Resulta que al integrar a Victor en mi conciencia, puedo disfrutar de los conocimientos que adquirió durante su salvaje entrenamiento militar para sobrevivir en una época posapocalíptica. Esto abre algunas posibilidades muy interesantes en relación con mis futuras opciones vitales, pero ahora mismo solo me preocupa una cosa: asegurarme de que Penny y mi familia están a salvo.

Le estoy pisando el cuello a Wen y tengo la pistola con tal firmeza apoyada sobre la frente de Lionel que le está empezando a dejar una marca.

—Espere —dice Lionel—. Fue idea suya, ¿recuerda? Usted me dijo que hiciera como si los hubiera secuestrado. Dijo que necesitaría esa motivación. Están todos sanos y salvos. Incluso lo de Weschler, la mujer, Penelope, fue falso. Contraté a un director de películas de acción de Hong Kong para que lo rodara todo. Piensa que es para un *reality show* japonés.

—La otra línea temporal ha desaparecido —digo—. Para siempre. Solo he salvado esta realidad.

—No —dice él—. Mi vida no puede ser así.

—Pues así es.

—Pero la he malgastado por completo.

—Ha construido una máquina del tiempo, Lionel —le digo—. Usted es el mejor científico que ha habido nunca.

—Yo no la construí —dice—. La plagié.

Con cautela, hace un gesto con la cabeza hacia un pequeño hueco que hay en la pared. Yo le aprieto la garganta a Wen con mi zapato hasta que pierde la conciencia, y después le indico a Lionel con la pistola que proceda. Lionel se acerca a la pared cojeando. El artilugio que siempre llevaba en la muñeca también servía para controlar los refuerzos que tiene en las piernas, de modo que sin él sus pasos son temblorosos e inestables. Dentro del hueco hay una pequeña caja metálica con un escáner genético que solo se abre cuando reconoce a Lionel.

En su interior está la máquina del tiempo.

—Usted me dejó esto el 13 de julio de 1965. No sé si esa era su intención, pero... lo hizo. Me di cuenta de que no podía usarla sin más. Eso sería catastrófico para la realidad tal como la conocemos. Pero yo no estaba en situación de construir una máquina del tiempo partiendo de cero. Era del todo imposible. Así que lo que hice fue desmontar esta. Pieza por pieza. Y entendí cómo construir todas sus partes. Hice todo lo que estuvo en mi mano para no hacer trampas. No manufacturé ninguna de las piezas hasta que no fue técnicamente viable, teniendo en cuenta los avances científicos de cada momento. Y cuando me encontraba con un obstáculo insalvable, sí, guiaba la investigación tecnológica mundial hacia donde necesitaba que fuera. Por eso fui vendiendo mis inventos en distintas épocas. No lo hice por dinero. Lo hice por necesidad. Usted no me dijo cuánto tiempo tendría que estar esperándolo.

—Usted no me dijo cuánto tiempo tardaría en llegar al pasado. Cincuenta y un años, Lionel. He estado atrapado cincuenta y un años.

—Sí —dice él—. Bueno, supongo que los dos podríamos habernos dado un poco más de información. Para reducir el sufrimiento.

—Entonces el bucle está cerrado —le digo—. Y nunca volveremos a abrirlo.

—No. Si usted no quiere intentarlo de nuevo, lo intentaré yo.

—Usted no sabe lo cerca que hemos estado de destruirlo todo. Esta vida, la que usted piensa que ha malgastado, es la vida de alguien que ha salvado el mundo.

—Pero yo no hice nada —dice Lionel—. Me plagué a mí mismo. Soy un impostor.

—Una vez mi madre me dijo que ese es el secreto de la vida. Todos pensamos que somos impostores. Todo el mundo finge.

—Me he pasado casi toda la vida atrapado en una paradoja ontológica. ¿Se supone que tengo que conformarme con eso?

—Sí —le digo—. Por el resto del mundo.

—¿A mí qué me importa el resto del mundo?

—Entonces piense en usted y en Ursula. Esto es lo mejor que puede conseguir. Se han pasado la vida entera queriéndose, aunque su amor fuera complicado y secreto y difícil. ¿De verdad eso le parece peor que no disfrutar de nada de tiempo?

—Por lo menos en ese mundo suyo era un héroe.

—Lionel, todavía puede serlo.

No me entiende, por supuesto. Pero se lo voy a explicar. Y después se lo explicaremos a todo el mundo.

133.

A ver, nunca había escrito un libro antes y quiero disculparme si lo he hecho mal, sobre todo aquí, en la última parte. Todavía tienen que pasar muchas más cosas, pero tengo la sensación de que ya he abusado bastante de vuestro tiempo, así que voy a liquidar esto tan rápidamente como me permita mi escaso talento.

Dejé que Lionel reviviese a Wen y el tío no pareció nada molesto por lo que había pasado. Tal vez cuando uno trabaja de chófer y guardaespaldas de un genio multimillonario y huraño, esas cosas van en el sueldo. Volvimos a la casa de Lionel e hicimos los preparativos para la llegada de mi madre, mi padre, mi hermana y Penny. Normalmente, la duración del vuelo de Toronto a Hong Kong es de unas quince horas, pero el avión privado que se había construido Lionel podía hacerlo en una cuarta parte de ese tiempo, por supuesto.

Lionel estaba cambiado. Parecía aliviado por no tener que llevar a cabo su elaborado plan maestro, pero también parecía un tanto perdido sin él. Se mostraba sorprendentemente maleable; estaba dispuesto a hacer todo lo que yo propusiera. Y eso era muy raro, desde luego, pero claro, también es verdad que fui yo quien le propuso el elaborado plan maestro: en 1965 le dije lo que tenía que hacer y se pasó los siguientes cincuenta años haciéndolo. Además, se le nota la edad. Es como si su obstinado empeño lo hubiera mantenido en forma durante todo ese tiempo, y ahora, sin él, hubiera perdido algo vital, convirtiéndose en un hombre muy cansado y de noventa y tres años.

Cuando trajeron a mi familia y a Penny a la casa, seguían inconscientes. Los revivieron con un vapor incoloro e inodoro que contrarrestaba los efectos del gas que los había dormido. Como me había dicho Lionel, estaban ilesos, incluida Penny.

Se sintieron confusos y disgustados al despertarse al otro lado del mundo. Greta tenía la fuerte impresión de que debía darle un puñetazo en la cara a

alguien, pero no estaba segura de si le correspondía a su hermano, al estoico guardaespaldas o al viejo. Mi madre quería llamar a la policía o al consulado o a quien tuviera jurisdicción sobre secuestros internacionales. Mi padre tenía un montón de preguntas sobre cómo habían podido llegar a Hong Kong tan rápido. Penny no dijo ni una palabra.

Les presenté a Lionel Goettreider.

Eso captó toda su atención. Lionel y yo les hicimos un breve repaso de lo que había ocurrido desde la última vez que me habían visto. Se esforzaron por comprenderlo pero, como seguro que vosotros también sabéis, es una lata tratar de entender bien todo el rollo este de los viajes en el tiempo, sobre todo porque al final mi gran heroicidad consistió en conservar el mundo exactamente como ellos siempre lo habían conocido. Es difícil interesarse mucho por lo que podría haber sido cuando lo único que uno sabe es lo que ya es.

La clave fue la casa de Lionel, que les demostró que el mundo tecno-utópico que yo les había descrito no era una mera fantasía adolescente que había permanecido en mi interior y se había manifestado durante una crisis nerviosa. Era algo real, y muy guay, y estaba a su alrededor, por todas partes.

Lionel les mostró a mis padres y a mi hermana sus numerosos y extravagantes inventos, pero Penny no estaba demasiado interesada. Los aparatos le dan bastante igual. Le gustan los libros hechos de papel y cola, las almohadas rellenas de plumas, las sillas construidas con madera y clavos, las frutas cultivadas en la tierra fresca, besar a la persona amada.

Nos quedamos de pie, juntos, ante una cristalera que daba a las frondosas colinas y al mar de la China Meridional, con su intenso oleaje coronado de espuma. Y hablamos.

Esa es otra cosa que le gusta a Penny: hablar. Y escuchar. Analizar ciertas cuestiones al detalle. Adoptar distintos puntos de vista. Tratar de comprender.

Me olvidé de muchas cosas en las décadas que pasé viajando hacia el pasado, y ante todo me olvidé de la sensación que uno tiene al conectar con otro ser humano. Esa sensación quedó profundamente enterrada, o sellada con hormigón, o encerrada en una caja de acero, o fue lanzada al espacio exterior, o sofocada, o disparada hacia el ardiente núcleo solar. Me parecía que había desaparecido para siempre.

A los diez segundos de estar con Penny ya la había recuperado. En cuanto Penny me miró, noté que estaba ahí.

134.

En la isla de Hong Kong tienen unas puestas de sol preciosas. En aquella ocasión, el cielo dejaba caer motas rosáceas y anaranjadas sobre el agua.

—Te creo —dice Penny—. Por si sirve de algo.

—Sirve de mucho —le digo yo.

—Pero no sé si basta —dice ella.

—¿Es un principio, por lo menos?

—Es un principio, por lo menos.

—Vale —digo.

—Claro que es posible que todo esto sea un engaño de lo más sofisticado que has urdido meticulosamente para conseguir que vuelva a enamorarme de ti. Pero si es eso, bueno, has ganado un montón de puntos por ser tan creativo.

—Cuando hablas de volver a enamorarte de mí, ¿es porque te habías desamorado? —le pregunto.

—Sí —dice Penny—. Bueno, no lo sé. Bastante, sí.

—¿Y ahora?

—Y ahora todo es más complicado —dice.

—No puedo cambiar lo que ha ocurrido. Tengo la posibilidad de usar una máquina del tiempo y ni siquiera así puedo cambiarlo. Además, a ver, tendría que explicar que la realidad es como una *crème brûlée* y no creo que eso me ayude demasiado. Creo que esa parte de mí ha desaparecido, pero puedo entender que mi palabra no baste. Puedo disculparme hasta el día en que me muera, y lo haré si me dejas, pero la mejor forma que se me ocurre de recuperar lo que teníamos es mostrarte día a día, durante toda la vida, que nunca volverá a ocurrir nada parecido a lo que ocurrió. Aunque si realmente sientes que no podemos volver atrás, que lo que teníamos se ha perdido para siempre, lo aceptaré. De verdad. Saber que estás viva y a salvo tendrá que ser suficiente para mí.

—Muy bien —dice ella—, pero no me refería a eso cuando decía que todo es más complicado.

—Vale —le digo.

—Estoy embarazada —dice Penny.

—¿O sea que vas a tener un bebé? —pregunto.

—Sí. Estoy embarazada, o sea que voy a tener un bebé.

—Es curioso —digo yo—, porque acabo de salvar yo solito el continuo espacio-temporal, la civilización humana y la mismísima realidad, y sin embargo esto es lo mejor que ha pasado en todo el día.

Penny mira por la ventana. El horizonte ya casi ha engullido la mitad del sol. El disco caliente se está fundiendo en el frío mar. Se va, se va, se fue.

—Tendría que haber estado contigo cuando te enteraste —digo.

—Estabas muy ocupado salvando el mundo.

—La mismísima realidad.

—Que no se te suban mucho los humos —dice ella—. Al margen de los que estamos en esta habitación, nadie sabe lo que ha ocurrido. De hecho, lo único que hiciste fue no joder la realidad aún más de lo que la jodiste la última vez. Así que relájate un poco con el tema ese del héroe salvador que ha viajado en el tiempo.

—A ver, ¿tú sabes que en otra realidad soy un guerrero apocalíptico tremendo?

—¿Quieres que tengamos el bebé? —me pregunta.

—Nunca he querido nada tanto.

—Yo siento algo parecido —dice ella.

—Penny, lo siento.

—Yo también lo siento. Y no me preguntes qué es lo que siento. Porque puedes creerme si te digo que he desconfiado infinitamente de ti. He tenido pensamientos terribles, vengativos y oscuros. Y es difícil olvidarlos y actuar como si no hubieran existido, pero me gustaría intentarlo.

—A mí también —le digo.

Ya casi he terminado de contar esta historia y todavía no considero ni de lejos que, como escritor, tenga la capacidad de transmitir cómo me siento al besar al verdadero e incomparable amor de mi vida después de cincuenta y un años, así que trataré de decirlo de un modo simple: me siento muy bien.

Esto es lo que Penny no dice. Lo que nunca dirá. Lo que nunca comentaremos, ni una sola vez, jamás. No sabe exactamente cuándo

concebimos a nuestro hijo. Estábamos recién enamorados, demasiado colados el uno por el otro como para fijarnos en los detalles de nuestras relaciones sexuales. Y pudo haber sido aquella vez con John. Desde el punto de vista genético, es irrelevante. Desde el psicológico, no tengo ni idea. Tal vez no importe. Tal vez sea algo maravilloso surgido de algo horrible. Tal vez esa sea una manera demasiado autocomplaciente de plantearlo. Tal vez yo sea un gilipollas por pensar que el efímero instante de la concepción de algo tan trascendental y cotidiano como una vida humana pueda tener alguna influencia sobre cómo va a ser nuestro hijo. Tal vez debería cerrar el pico y disfrutarlo sin más. Tal vez lo haga.

135.

Así es como empieza el futuro.

Mi padre investigará minuciosamente las especificaciones técnicas del Motor Goettreider y lo que encuentre lo dejará muy impresionado. Y eso pese a que, a ver, yo ya le he contado lo que es capaz de hacer el Motor. La diferencia entre los inverosímiles delirios de su hijo, que con toda probabilidad es psicótico, y el hecho de que la máquina de verdad pueda emitir zettajulios de energía limpia resultará insospechadamente grande. Mi padre sentirá que tenemos la responsabilidad de presentarla ante el mundo lo antes posible, ya que es uno de los logros científicos más importantes de la historia.

Debatiéndolo entre todos, optaremos por un enfoque más sensato.

Montaremos una empresa. Penny, Greta, mi madre, mi padre y yo compartiremos el 50,1%, es decir, tendremos un 10,02% cada uno, y Lionel se quedará con el 49,9%, que pasará a Emma cuando Jerome muera. Aunque lo que más querrá Lionel en el mundo será reivindicar su paternidad, respetará el deseo de Ursula de que su marido no sepa nunca la verdad. O, al menos, que no la sepa a ciencia cierta.

Greta sostendrá que el mundo en el que Lionel cedió con gran amabilidad la tecnología del Motor a quien dispusiera de los medios para construir uno es un mundo que ya hace mucho tiempo que no existe. El dominio de las corporaciones y la corrupción política están cinco décadas más arraigados, de modo que tendríamos que gestionar la presentación de esta tecnología que marcará el comienzo de una nueva época con muchas más precauciones de las que tomó el otro Lionel en su lecho de muerte en 1965.

Greta ha leído mucho desde que le quitaron su anterior empresa debido a su excesiva confianza en su superioridad y a su falta de visión para los negocios, características que ha hecho un gran esfuerzo para corregir. Le interesa particularmente Paul Virilio, un filósofo francés que escribe sobre el

concepto de accidente: cada vez que uno introduce una nueva tecnología, introduce también la posibilidad de que haya un accidente provocado por dicha tecnología. Por ello, uno tiene la responsabilidad de prever no solo el bien que puede hacer, sino también los desastres que puede ocasionar; no solo la gloria, sino también la ruina.

Ya he mencionado esta idea antes, pero en el lugar de donde yo vengo se le atribuía a otro autor. Quizá ninguna idea desaparece jamás. Quizá las ideas se quedan esperando en alguna parte, dando vueltas en espiral hasta que aparezca otro y las piense.

El almacén de Lionel está equipado para producir motores en masa, y nos ponemos a hacerlo de inmediato. Todas las piezas están dispuestas, pero como es natural, no queremos que un fallo de funcionamiento provoque una catástrofe. Todo tendrá que ser impecable. Por suerte, Lionel ha tenido mucho tiempo para perfeccionar cada parte de su artilugio.

Mi padre empleará el periodo de producción y pruebas para escribir un libro, el primero desde su muy calumniado debut, ese texto sobre viajes en el tiempo lleno de juegos de palabras que descubrirá, encantado, que Lionel leyó. Los dos se quedarán muchas veces hasta altas horas de la noche inmersos en discusiones arcanas e impenetrables tanto sobre la teoría científica como sobre sus aplicaciones prácticas. El libro hablará de Lionel, de su vida, de su trabajo, de cómo surgió el Motor Goettreider y de lo que este significa para la humanidad. Dejará de lado unos cuantos detalles personales fundamentales. Nos gustaría cambiar el mundo sin hacerle daño a nadie. El libro se convertirá en una de las biografías más vendidas que se han publicado. Contendrá muy pocos juegos de palabras.

El objetivo de la compañía será producir una tecnología de la que todo el mundo pueda disponer gratis. Pero Greta nos convencerá para que, al menos al principio, actuemos con cautela. Hay demasiada gente que percibiría lo que queremos hacer como una amenaza existencial, de modo que tendremos que dejarlos de lado.

A Greta se le ocurrirá un plan. Mi hermana cree que el dinero es algo arbitrario, en el sentido de que solo tiene poder porque la gente le confiere poder. Es como una alucinación colectiva hecha realidad, un golem de infinitos ceros. Aprovecharemos ese poder arbitrario y lo emplearemos para comprar cualquier empresa que pueda amenazarnos. Para esto, necesitaremos billones de dólares. Pero una máquina que puede producir una cantidad

ilimitada de energía es también un expendedor automático de riqueza.

Greta resultará ser una directora ejecutiva visionaria y tremendamente agresiva. Cuando estemos preparándonos para la presentación del Motor, resolverá todos los problemas que pudieran presentarse a largo plazo con una estrategia consistente en ir sacando al mercado, en un flujo constante, las baratijas con las que Lionel había equipado su casa.

A mi madre, todo esto le interesará por cuestiones políticas. Tendrá un único objetivo en mente: acabar con las guerras para siempre. Su imagen del Motor no tendrá que ver con la energía ilimitada o el dinero ilimitado que pueda generar, sino que lo considerará una máquina para lograr una paz ilimitada. Quiere que todas y cada una de las personas que hay en el planeta tengan la libertad para sentir lo que ella siente cuando se acurruca en un sofá, una tarde soleada, y se pone a leer una novela escrita en otra época: que no tiene preocupaciones. Su esfuerzo irá destinado a convertir esta época en otra época, como si nuestro tiempo fuera un mal sueño del que la humanidad al fin ha despertado.

Mi madre se convertirá en nuestra asesora política. Quizá penséis que, con su carrera académica, no estará bien preparada para esta clase de actividades, pero resulta que el mundillo universitario es una verdadera locura y que para conseguir hacer algo en un entorno donde prolifera hasta tal punto la necedad hay que ser tan retorcido e histriónico que a mi madre la verdadera política le parecerá relajante.

Lionel no sentirá ningún interés por implicarse más. Solo le preocupará una cosa: pasar todo el tiempo que pueda con Emma Francoeur. Vivirá dieciocho meses más que Jerome y morirá con Emma junto a su cama. Nunca le preguntaré a ella cómo se siente en relación con todo ese tema. Emma es muy reservada y, en cualquier caso, nada de eso es asunto mío.

Lionel vivirá lo justo para poder recibir el Premio Nobel.

Penny y yo no desempeñaremos un papel muy importante en la empresa. No nos apetecerá. Penny dará a luz a nuestro hijo y lo criaremos juntos. Con nuestra parte de los ilimitados beneficios económicos del Motor, compraremos un edificio y lo derruiremos y lo reconstruiremos. Y después compraremos otro edificio y lo derruiremos y lo reconstruiremos. Y haremos esto una y otra vez durante tanto tiempo como siga entrando dinero, es decir, siempre.

No creo que se me pueda perdonar alguna vez por haber suprimido la

existencia de mis amigos, pero la mejor manera que se me ocurre de homenajearlos es ladrillo a ladrillo. Cada vez que pongamos los cimientos de un nuevo edificio, escribiré los nombres de todos los que perdí en el cemento húmedo. Deisha. Asher. Xiao. Hester. Megan. Tabitha. Robin. Penelope.

Así, de edificio en edificio, Penny y yo recrearemos el mundo. A Penny le gustan las cosas que puede tocar, y yo acabaré descubriendo que a mí también. Y me daré cuenta de que lo que más feliz me hace, al margen de Penny y de nuestro hijo, es crear cosas. Un edificio. Una familia. Una vida.

No será rápido, lo de cambiar el mundo. Pero tenemos tiempo.

136.

Como ya he comentado muchas veces, vengo del mundo en el que deberíamos vivir. Pero últimamente he estado pensando mucho en eso, y no sé si es cierto o no.

Cuando lo pienso ahora, a pesar de mis apasionadas descripciones de sus numerosas maravillas, me llama la atención lo reconocible que era todo. Me refiero a que la gente vivía en edificios, tenía trabajo, compraba las cosas que aparecían en los anuncios, seguía las tendencias de la moda, disfrutaba de las distintas formas de entretenimiento que se proyectaban en sus pantallas, comía comida, bebía líquidos, tenía relaciones sexuales, se enamoraba y partía corazones, tenía hijos y los criaba como le pareciera más adecuado, votaba cuando había elecciones, a veces infringía la ley, y trataba de contribuir de un modo significativo a una civilización que, a su entender, siempre podía mejorar, pero que ante todo valía la pena desarrollar y expandir. Esa empresa, punto por punto, la habría comprendido de inmediato y de una manera intuitiva cualquier persona del 2016 del que estoy hablando. O, y esto es lo que quiero decir, del 1965 que tenemos en común.

El mundo del que vengo era una versión acelerada de la civilización que se desarrolló durante el siglo xx, que sufrió las calamidades de la Segunda Guerra Mundial y que avanzó cada vez más rápido sobre la pista construida en las dos décadas que transcurrieron entre 1945 y 1965. A partir de entonces siguió avanzando, con una tecnología más sofisticada, más abarcadora y completa, más integrada, más... más. Pero no era, desde el punto de vista de la imaginación, distinto del futuro soñado tras Pearl Harbor, Normandía, Stalingrado, Auschwitz e Hiroshima.

De hecho, mi mundo consistía precisamente en que esos sueños se habían convertido en realidad. Si hubiera existido una tecnología para que los escáneres cerebrales pudieran crear un mapa que mostrara la proyección virtual de las más fervientes esperanzas de la humanidad, que proporcionara a

los seres humanos una realidad brillante y optimista y reconfortante en la que despertar tras el horrible y pesadillesco pandemio de la guerra, dicho mapa habría tenido el mismo aspecto que tenía el mundo del que vengo. Y existía: la puso en marcha Lionel Goettreider el 11 de julio de 1965.

Fue como si la imaginación colectiva de la humanidad dejara de darle vueltas a la idea de lo que debería ser la civilización, optara por un modelo definitivo y fijo y se pusiera a trabajar para llevarlo a la práctica. Era el mundo en el que deberíamos vivir. Y, por lo tanto, no había ningún motivo para considerar la posibilidad de vivir en otro mundo. Otra definición bastante buena de lo que es la ideología.

Pero, a ver, ¿qué alternativa hay? Si el mundo no tiene por qué sufrir una aceleración apabullante de las fantasías tecno-utópicas de la generación de la posguerra, entonces... ¿qué? ¿Hay alguna posibilidad que esté entre el destino futurista manifiesto y la devastación apocalíptica?

Nos sentamos a cenar, Penny y yo, con mis padres y Greta y Lionel y, tras la muerte de Jerome, a menudo también con Emma, y hablamos de esto. ¿Es posible pensar más allá de los límites de la propia ideología? ¿O es que una ideología es una serie de límites, y de lo que se trata es de esforzarse para ampliarlos? Tal vez ya sea demasiado tarde para nosotros, y lo mejor que podamos hacer es educar a la próxima generación para que esté menos encorsetada por unos sueños pasados de moda y tenga más libertad para imaginar algo distinto. Penny y yo también estamos trabajando en eso.

Necesitamos nuevos futuros.

137.

He escrito todo esto por dos motivos.

El primer motivo es John. Esta es la novela que él quería escribir. Yo me apoderé de su vida y él nunca ha vuelto, al menos hasta ahora, así que me pareció adecuado hacer una última cosa por él.

¿Por qué me importa portarme bien con John? Por Victor. Imaginarme a Victor y a mí como un ángel y un diablo sobre los hombros de John, como en una viñeta antigua, me resulta reconfortante, porque eso significa que la vida de la que puedo disfrutar en el mundo que he salvado no está determinada irrevocablemente, que puede pasarme cualquier cosa, como a los demás.

Desde un punto de vista moral, emocional, ontológico, no estoy seguro de que importe quién es responsable de las cosas imperdonables que hizo John. Tengo que asumir yo la responsabilidad porque soy el único que queda. Si Victor es un tumor que yo he extirpado, eso significa que era un problema que tenía una solución. Victor ha desaparecido, así que mis seres queridos están a salvo. Todos tenemos problemas y a todos nos gusta creer que tienen solución. Todos sabemos que hay partes de nosotros mismos que nos gustaría eliminar.

Sé que las novelas no deberían afirmar rotundamente de qué tratan. Pero esto no es una novela. Son unas memorias. Así que supongo que no está mal que admita que todo esto tiene un sentido, un propósito. Nunca he pretendido pasar por una persona sabia, más bien al contrario: he mostrado mis limitaciones en todo momento. Pero pienso que el tema de este libro es el siguiente: no existe «la vida que deberíamos tener».

Desde luego, yo no soy más que un idiota, y si tengo algo de perspicacia, se trata de arrebatos en los que prima la confusión, así que sentíos libres para pensar que el tema del libro es cualquier otro.

Es el que necesitéis que sea.

El segundo motivo eres tú, Tom.

Quiero que sepas por qué tu madre y yo te pusimos el nombre que te pusimos y todo lo que pasó, en el caso de que por alguna razón no pueda contártelo, o no quiera, o simplemente no te lo cuente. He terminado esto cuando he podido, escribiendo un poco cada noche, a veces contigo dormido en mis brazos mientras tu madre se tomaba un rato de descanso entre toma y toma. He intentado reflejar cómo me fui sintiendo en cada momento para que leerlo te resulte interesante y no te suponga una obligación ni una vergüenza, aunque probablemente haya también algo de estas dos cosas debido a mis limitaciones como escritor.

Y está bien, de verdad que está bien si no te crees ni una palabra de todo esto, incluso si crees que este último capítulo es una cursilada rarísima, otra de las extrañas bromas de tu padre, que afirma que una novela son unas memorias cuando, evidentemente, es una obra de ficción de lo más absurda. Diles a tus amigos que tus padres te pusieron tu nombre por el personaje de una historia mal concebida que tu padre escribió una vez porque había tenido un sueño del que no se podía librar, pero que se negó a admitirlo, que llevó la broma demasiado lejos, que insistió hasta el final en que todo era cierto, palabra por palabra.

La cuestión es que te vi salir de tu madre y eso me ha cambiado la vida. Todos los demás momentos que me cambiaron la vida parecen limpios y ordenados, en retrospectiva. Pero ese momento fue embarullado y ruidoso, lleno de sangre y sudor y lágrimas. Una nueva vida que comenzaba con los ojos, con tus ojos, que ya entonces se parecían a los de ella, completamente cerrados, y con la boca, con tu boca, que ya entonces se parecía a la mía, completamente abierta, mientras Penny me apretaba la mano y me miraba y yo le apretaba la mano y la miraba y los dos sabíamos que por fin empezaba. El mundo en el que deberíamos vivir. Eras tú.

Todo el tiempo, eras tú.

Agradecimientos

«Debemos sufrir a los tontos con alegría. De lo contrario, ¿cómo vamos a ayudarlos a dejar de ser tontos?» es una frase inspirada en algo que solía decir mi madre, Judith Mastai. Y, lo cual es más pertinente, su manera de abordar el trabajo y la vida. Murió el 17 de febrero de 2001, por lo que nunca llegó a descubrir en qué clase de personas se convertirían su hijo y sus hijas. Esta novela está dedicada a su memoria.

El concepto del accidente está influido por los escritos de Paul Virilio, en particular por *Open Sky* («Cielo abierto»). La crítica que hace Greta de la ciencia ficción está influida por los escritos de Daniel Quinn, en particular por *Ismael*.

A lo largo de su carrera, uno suele encontrarse con pocas personas que hacen exactamente lo que dicen que van a hacer. Mi agente, Simon Lipskar, es una de ellas, y le agradezco su indispensable orientación. Gracias también a Maja Nikolic, Katie Stuart, Celia Taylor-Mobley, Taylor Templeton, Joe Volpe y a todos los que trabajan en Writers House por el esfuerzo que han hecho por mí.

Escribí este libro sin absolutamente ninguna expectativa de publicarlo, pero gracias a algunas personas de Penguin Random House dicha falta de expectativas fue desbaratada.

Gracias a mi editora estadounidense, Maya Ziv, que fue la primera en contratar este libro y —con gran sensatez y aún mayor paciencia— me ayudó a mejorarlo. Gracias también a Ben Sevier, Christine Ball, Amanda Walker, Alice Dalrymple, Eileen Chetti y a toda la gente de Dutton.

Gracias a mi editora canadiense, Amy Black, por sus reflexivos consejos para refinar la novela. Gracias también a Kristin Cochrane, Val Gow, Susan Burns, Melanie Tutino, Christie Hanson, Tracey Turriff y a toda la gente de Doubleday.

Gracias a mi editora británica, Jessica Leeke, por sus incisivas

observaciones, su entusiasmo y su apoyo. Gracias adicionales a Alex Clarke por sus aportaciones editoriales. Gracias también a Louise Moore y a toda la gente de Michael Joseph.

Gracias a los editores y traductores que van a llevar este libro a tantos idiomas y países. Espero que mis viajes me permitan conocerlos a todos en persona.

Agradezco a Frank Wuliger, Greg Pedicin y Karl Austen los años de amistad, consejos y trabajo duro. Soy mejor escritor por haberlos conocido.

Las conversaciones con Jonas Chernick, Ron Cunnane, Jonathan Feasby, Zoe Kazan, Anna Levin y Ziya Tong ayudaron a que ciertas ideas del libro tomaran forma. Se lo agradezco. Martha Sharpe y Jonathan Tropper hicieron unas recomendaciones que fueron muy apreciadas por este novelista primerizo. También les doy las gracias.

Dar clase de Lengua y Literatura en un instituto puede ser un trabajo muy ingrato. Pero Muriel Densford, de la Escuela Secundaria Sir Winston Churchill, de Vancouver, me estimuló a ver los libros, y a mí mismo, de otra manera, y espero que mencionarlo ayude a que su trabajo sea un poco menos ingrato.

Gracias a mi familia: Moshe Mastai, Galit Mastai, Talia Mastai, Bill Morris, Mary Morris y, en fin, a cualquiera que tenga los apellidos Mastai o Morris o esté casado o guarde cualquier vínculo de parentesco con alguien que tenga esos apellidos.

Gracias a mi esposa, Samantha Morris Mastai, y a mis hijas, Beatrix y Frances. Gracias a ellas soy marido y padre y gracias a eso muchas cosas de la vida por fin tienen sentido.

En la casa de mis abuelos había una estantería baja llena de deterioradas antologías de ciencia ficción de los años cincuenta y sesenta. De niño solía sacarlas y mirar las frágiles cubiertas, pensando en los futuros que aquellos artistas y escritores habían imaginado y que ya han quedado fijados en mi pasado lejano. Mi abuela, Leonore Freiman, murió en 2004, y mi abuelo, Milton Freiman, murió en 2006. Esa colección de antologías ahora está en una estantería junto al escritorio en el que escribí este libro. Todavía miro las cubiertas de vez en cuando.

**Una irreverente novela de ciencia ficción romántica.
Emocionante, divertida, inteligente. Una novela como nunca has leído
ninguna.**



«La física tiene soluciones y el corazón solo tiene preguntas.»

Tom Barren vive en un 2016 utópico de coches voladores, aceras móviles y bases en la luna, en el que los aguacates no se estropean y el punk nunca ha existido... porque no fue necesario crearlo. En 1965 Lionel Goettreider inventó una nueva forma de producir energía y el mundo disfruta ahora de todas las comodidades para una vida feliz.

Tom, sin embargo, no encuentra su lugar y, afligido por la muerte de su madre y el abandono de Penelope, la chica de sus sueños, roba la máquina del tiempo inventada por su padre y viaja al momento de la activación del Motor Goettreider. Durante su travesía, un accidente altera el curso de los acontecimientos y la estructura del universo, y Tom queda varado en nuestro sucio y decadente 2016, donde descubre una versión inesperada de su vida... y de Penelope.

¿Arreglará el flujo de la historia regresando a su universo utópico o tratará de forjar un nuevo destino en nuestra realidad desordenada e impredecible?

Reseñas:

«Como novelista, odio a Elan Mastai por haber escrito un libro tan perfecto. Como lector, no podría estarle más agradecido.»

Ron Currie

«Una novela sobre viajes en el tiempo no tiene derecho a ser tan adictiva. Una novela tan adictiva no tiene derecho a ser tan inteligente. Y una novela tan inteligente no tiene derecho a ser tan divertida. O perspicaz. O

envolvente. Básicamente, esta novela no tiene derecho a existir.»

Jonathan Tropper

«Elan Mastai crea casi por arte de magia una historia de amor ingeniosa y desenfadada: una bofetada emocional. Esta novela es una adictiva delicia literaria.»

Maria Semple

«Un original debut literario. Mastai se divierte empleando todas las convenciones típicas de los viajes en el tiempo y sus muchas paradojas, pero la guinda del pastel son sus diálogos, una reminiscencia de la *Guía del autoestopista galáctico* de Douglas Adams.»

Publishers Weekly

«Una novela deslumbrante, psicodélica y conmovedora.»

Washington Post

«Tom Barren es el viajero del tiempo más hilarante e incompetente desde Marty McFly.»

Dene Moore, *Toronto Star*

«Encantadora y fantásticamente construida.»

Kirkus Reviews

«Ha captado el tono DE Kurt Vonnegut admirablemente: una voz narrativa al tiempo inteligente e ingenua, indignada y resignada, lunática y profundamente triste.»

Wall Street Journal

«Es como si Mastai hubiera viajado en el tiempo y hubiera tomado abundantes notas de cómo sería un mundo utópico futuro. El aspecto científico cautiva tanto como la trama amorosa.»

The Associated Press

«A pesar de haber sido escrito antes de que Donald Trump fuera presidente, *Todos nuestros presentes equivocados* resulta una novela muy oportuna para

todos los que tengan la sensación de estar viviendo en una realidad paralela.»
Stuart Miller, *Paste Magazine*

Sobre el autor

Elan Mastai es un guionista canadiense nacido y crecido en Vancouver (Colombia Británica), y actualmente residente en Toronto (Ontario). Es conocido por el guion de *Amigos de más*, una película protagonizada por Daniel Radcliffe y Zoe Kazan que ganó el Canadian Screen Award en 2014. *Todos nuestros presentes equivocados* es su primera novela, cuyos derechos de traducción se han vendido ya a veinticuatro países, revolucionando el panorama editorial, y que será llevada al cine por la productora de Amy Pascal.

Título original: *All Our Wrong Todays*
© 2017, Elan Mastai
© 2017, Mariano Peyrou, por la traducción
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-2814-7
Diseño de cubierta: Adaptación del diseño original de Penguin UK
Imagen de cubierta: © Getty Images
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Todos nuestros presentes equivocados](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43. Resumen: capítulos 1-42](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55. Resumen: capítulos 44-54](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capítulo 70](#)
[Capítulo 71](#)
[Capítulo 72](#)
[Capítulo 73](#)
[Capítulo 74](#)
[Capítulo 75](#)
[Capítulo 76](#)
[Capítulo 77](#)
[Capítulo 78](#)
[Capítulo 79](#)
[Capítulo 80](#)
[Capítulo 81](#)
[Capítulo 82](#)
[Capítulo 83](#)
[Capítulo 84](#)
[Capítulo 85](#)
[Capítulo 86](#)
[Capítulo 87](#)
[Capítulo 88](#)
[Capítulo 89](#)
[Capítulo 90](#)
[Capítulo 91](#)
[Capítulo 92](#)
[Capítulo 93](#)
[Capítulo 94](#)
[Capítulo 95](#)
[Capítulo 96](#)
[Capítulo 97](#)
[Capítulo 98](#)
[Capítulo 99](#)
[Capítulo 100](#)
[Capítulo 101](#)
[Capítulo 102](#)

[Capítulo 103](#)
[Capítulo 104](#)
[Capítulo 105](#)
[Capítulo 106](#)
[Capítulo 107](#)
[Capítulo 108](#)
[Capítulo 109](#)
[Capítulo 110](#)
[Capítulo 111](#)
[Capítulo 112](#)
[Capítulo 113](#)
[Capítulo 114](#)
[Capítulo 115](#)
[Capítulo 116](#)
[Capítulo 117](#)
[Capítulo 118](#)
[Capítulo 119](#)
[Capítulo 120](#)
[Capítulo 121](#)
[Capítulo 122](#)
[Capítulo 123](#)
[Capítulo 124](#)
[Capítulo 125](#)
[Capítulo 126](#)
[Capítulo 127](#)
[Capítulo 128](#)
[Capítulo 129](#)
[Capítulo 130](#)
[Capítulo 131](#)
[Capítulo 132](#)
[Capítulo 133](#)
[Capítulo 134](#)
[Capítulo 135](#)
[Capítulo 136](#)
[Capítulo 137](#)
[*Agradecimientos*](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)